

pensamiento
crítico

pensamiento crítico

Pensamiento crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no correspondan necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

Director

- Fernando Martínez

Consejo de dirección

- Aurelio Alonso
- José Bell Lara
- Mireya Crespo
- Jesús Díaz

Diseño y emplane

- Navarrete

Suscripción anual \$4.80

Redacción / calle J no. 556, Vedado, La Habana, Cuba, teléfono 32 2343 ● Precio del ejemplar / 0.40 centavos ● Circulación / Distribuidora Nacional de Periódicos y Revistas, Virtudes no. 257, teléfono 6 6765 ● SUSCRIPCIONES ● En el extranjero a / Departamento de Exportación del Instituto Cubano del Libro / calle 19 no. 1002, Vedado, La Habana, Cuba ● Precio de la suscripción anual / Correo marítimo: 5.00 dólares canadienses / Correo aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares canadienses / para Europa: 25 dólares canadienses.

índice

NUMERO 52 — MAYO 1971

- | | | |
|-------------------------|------------|---|
| Inti Peredo | 2 | MI CAMPAÑA CON EL CHE |
| Kim Il Sung | 68 | SOBRE LOS PROBLEMAS DEL PERIODO DE TRANSICION DEL CAPITALISMO AL SOCIALISMO Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO |
| Michel Tort | 84 | INCIDENCIAS DEL SICOANALISIS |
| Patricio Biedma | 110 | CIENCIA SOCIAL Y RACIONALIDAD CAPITALISTA |
| Casiana Ahumada | 140 | ENTREVISTA |
| Wilfred Burchett | 150 | LOS MONOPOLIOS JAPONESES DE NUEVO EN COREA |
| | 158 | EL COLONIALISMO PORTUGUES EN LA ERA DEL IMPERIALISMO |

NOTAS DE LECTURAS

- | | | |
|------------------------|------------|--|
| Hugo Azcuy | 177 | LAS IDEAS EN CUBA |
| Angel Hernández | 185 | LA FORMACION DEL PENSAMIENTO ECONOMICO DE MARX |



**MI CAMPAÑA
CON EL CHE
INTI PEREDO**

Las páginas que siguen constituyen la mayor parte del trabajo del mismo nombre, publicado recientemente por Ediciones El Umbral, de Santiago de Chile. Mi campaña con el Che es un libro de combate no solamente por su asunto —la experiencia de Inti Peredo en la guerrilla de Bolivia dirigida por el Che, desde sus inicios hasta las jornadas posteriores a Quebrada del Yuro— sino por las circunstancias y los propósitos de su realización. No se trata de unas memorias: el autor lo escribió como parte del trabajo revolucionario, lo unió a su lucha tenaz por aunar fuerzas y voluntades para continuar la insurrección en Bolivia, como una fuerza más. Y no lo vio impreso: Inti Peredo, jefe del Ejército de Liberación Nacional boliviano, murió, combatiente, en septiembre de 1969.

En el relato de Inti la guerrilla de Bolivia revive en la narración sencilla de las hazañas, en las lecciones dadas por los aciertos y por los errores, en la graduación revolucionaria y humana de los combatientes; el autor cuenta lo sucedido sin perder por ello la pasión del revolucionario. Frente a los «adeptos» al Che por exotismo u oportunismo, a los que quisieran hacerlo santo o mito para adormecer en vez de arma, en el texto como en la vida de Inti el ejemplo de los combatientes marca el camino a través de los triunfos y las derrotas, el camino de formas diferentes pero con un fin único: la liberación antimperialista y el socialismo.

PENSAMIENTO CRÍTICO

EL MONTE: ESCUELA PARA EL HOMBRE NUEVO

Los problemas provocados por la deserción del partido en el instante que más precisábamos de él no fueron obstáculos para que nuestro grupo guerrillero elevara su moral y realizara trabajos preparatorios que tenían carácter educativo.

El Che estimaba que el hombre, cuando está metido en el monte, proscribía los hábitos de la ciudad, no sólo por la dureza con que se desarrolla la lucha y la falta de contacto con algunas formas culturales o de «civilización». La vestimenta andrajosa, la falta de higiene personal, la comida escasa y a veces primitiva, muchas veces la carencia de utensilios domésticos, obliga al guerrillero a adoptar ciertas actitudes semisalvajes.

Che combatía con energía esta conducta y orientaba el trabajo para estimular un espíritu constructivo y creador del guerrillero, la preocupación por la ropa, las mochilas, los libros y todo lo que constituía nuestros «bienes materiales». Por eso dirigió con cariño las «obras públicas» del segundo campamento, ubicado a unos ocho kilómetros de la Casa de Calamina. Rápidamente se construyeron bancos, un horno para el pan, que estaba a cargo de Apolinar, y otro tipo de «comodidades». Regularmente ordenaba lo que él bautizó como «guardia vieja»: una limpieza a fondo de todo el campamento.

Algunos periodistas y críticos de nuestra guerra han considerado que ese campamento era la base de operaciones estables. Es una apreciación falsa. Ramón nunca pensó quedarse ahí definitivamente. Todo el trabajo realizado, con excepción de las cuevas estratégicas, tuvo el carácter ya descrito: para que el hombre estuviera en permanente actividad y no perdiera sus costumbres adquiridas.

Allí surgió también lo que podría denominarse la primera «escuela de cuadros». Todos los días de 4 a 6 de la tarde los compañeros más instruidos, encabezados por el Che, daban clases de gramática y aritmética, en tres niveles, historia y geografía de Bolivia y temas de cultura general, además de clases de lengua quechua. En la noche, a los que deseaban asistir voluntariamente (las clases de la tarde eran obligatorias) Che les enseñaba francés. Otro tema al que le daba primerísima importancia era al estudio de la economía política.

Frecuentemente nos señalaba el papel de «vanguardia de la vanguardia» que tiene el guerrillero. Pero para hacer honor a esa denominación, afirmaba, es necesario que ustedes se conviertan en cuadros dirigentes.

—El guerrillero —recalcaba Ramón— no es un simple tiratiro. Es el gobernante en potencia, el hombre que en algún momento se convertirá en el conductor de su pueblo. Por eso debe estar preparado para cuando llegue ese momento.

Siempre buscaba la oportunidad para ponernos de ejemplo a Fidel y la revolución cubana, especialmente cuando se refería a la necesidad urgente de consolidar y desarrollar la revolución después de la victoria.

—Cuando nosotros triunfamos y tomamos el poder en Cuba —nos decía— nos encontramos con un problema más difícil que el de la guerra; no teníamos gente capacitada para asumir responsabilidades. En un principio los cargos burocráticos se designaron prácticamente «a dedo». La rápida ruptura con el imperialismo nos mostró la dramática realidad: nos faltaban expertos para dirigir la economía, las industrias, la agricultura. Especialmente doloroso resultó comprender que no teníamos gente preparada en niveles intermedios, para orientar y dirigir a la masa que en contacto con la revolución había adquirido una sensibilidad extraordinaria y estaba ansiosa de aprender. Nos faltaban cuadros, es decir, hombres con un adecuado desarrollo político para interpretar las directivas que emanaban del poder central, convertirlas en realidad trasmitiéndolas sin distorsiones a ese conglomerado de hombres y mujeres que tenían fe en nosotros, y a la vez poseer la suficiente sensibilidad como para percibir las manifestaciones más íntimas de ese núcleo humano y a su vez darlas a conocer al poder central.

Para el Che, el cuadro debía reunir, entre otras, las siguientes cualidades:

—Gran valor físico y moral, desarrollo ideológico que le permita defender con su vida los principios revolucionarios, capacidad de análisis para tomar decisiones rápidas y adecuadas, sentido de la creación, disciplina y fidelidad.

El Che quería que nosotros nos desarrolláramos no tan sólo como cuadros, sino también como **hombres nuevos** dentro del proceso de

6 la lucha guerrillera. Constantemente nos repetía que teníamos que ser los mejores, el núcleo que debía convertirse en maestro de los nuevos combatientes que se fueran incorporando.

Pero esa formación del «hombre del futuro», la toma definitiva de conciencia de clase que nos debía convertir en agente catalizador de las aspiraciones e inquietudes de la masa, teníamos que adquirirla en el transcurso de la guerra.

El Che consideraba que el hombre es un ser fácilmente moldeable. Esta verdad la había descubierto la sociedad capitalista, por eso nos había educado en el respeto hacia el sistema. En las frecuentes conversaciones que teníamos durante las caminatas o en las exploraciones, nos instaba a eliminar las taras de la vieja sociedad decadente, «**tomar conciencia**». La conciencia era para él un valor fundamental. Su definición era breve y certera:

—No puede verse el comunismo meramente como un resultado de contradicciones de clase en una sociedad de alto desarrollo, que fueran a resolverse en una etapa de transición para alcanzar la cumbre: el hombre es un actor conciente de la historia. Sin esta **conciencia**, que engloba la de su ser social, no puede hacer comunismo.

La toma de conciencia que significa romper las cadenas que atan al hombre con la sociedad decadente, equivale a su realización plena como criatura humana.

Otro de los rasgos que estimulaba era el amor hacia sus semejantes. A mi juicio uno de los trabajos que retrata mejor al Che como hombre, como político revolucionario, como el hermano más generoso de los pueblos oprimidos, es **El socialismo y el hombre en Cuba** en el que plantea:

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Che fue generoso siempre. Fuimos testigos de cómo trató sin rencor a los soldados enemigos, curó sus heridas aun restando medicamentos a nuestra propia gente, les dio trato digno y justo. Más tarde ellos, animalizados por el imperialismo, responderían a este gesto asesinándolo cobardemente.

Las lecciones del Che están vigentes y creemos que se plasmarán en los hombres del ELN, el ejército que él fundó.

EL NACIMIENTO DEL ELN

En vísperas de la caminata que se inició el 1 de febrero, cuya duración estaba programada para aproximadamente veinte días, ya se podía hablar de un núcleo guerrillero vertebrado, que se dividía en vanguardia, centro y retaguardia. A mediados de diciembre Che había hecho los primeros nombramientos que recayeron en Joaquín como segundo jefe militar y jefe de la retaguardia; Marcos, jefe de la vanguardia; Alejandro como jefe de operaciones; Pombo, de servicios; Nato, de abastecimientos y armamentos; Rolando y yo como comisarios políticos. Además se me encargaron las tareas de finanzas. Moro fue designado jefe de los servicios médicos.

De esta manera al iniciar nuestra larga exploración, la columna ya estaba estructurada para rendir su primera prueba de fuego. Los objetivos que el Che había planteado para esta maniobra militar eran los siguientes:

—Dar un fuerte entrenamiento al núcleo guerrillero para que adquiriera experiencia, se endureciera, aprendiera a sobrevivir en las condiciones más difíciles, conociendo lo que es el hambre, la sed, falta de sueño, las caminatas agotadoras de día y de noche, y al mismo tiempo aprender en el terreno nociones tácticas más profundas.

—Examinar las posibilidades de formación de núcleos campesinos, contactándonos con ellos para explicarles el objetivo de nuestra lucha. Ramón estaba plenamente conciente de que en el primer momento el campesinado tiene más bien una actitud de desconfianza, que en la segunda etapa mantiene una posición de neutralidad, y en la tercera, cuando la guerrilla se desarrolla, está francamente de parte de las fuerzas liberadoras. Por lo tanto, debíamos pasar

por la experiencia de la primera etapa y tratar de formar bases de apoyo en el campo, aun cuando fueran débiles. Estamos seguros que de sobrepasar ese período, los campesinos habrían estado de parte nuestra, como indudablemente ocurrirá en el futuro.

—Por último, conocer en detalle el terreno en el cual íbamos a operar. Desde el momento en que el Che ingresó al monte con otros dos compañeros, las perspectivas de combatir eran inmediatas. En ningún instante se planteó la disyuntiva de que nos fueran a apresarse mansamente, sin oponer resistencia.

Por eso destinó cuatro compañeros para la defensa del campamento principal, a pesar de que éste no tenía características de «base de operaciones». Ellos fueron Arturo, Nato, Camba y Antonio. Coco se quedó en la Casa de Calamina, esperando a Moisés Guevara y sus hombres. Previniendo la posibilidad de una sorpresa dejó un plan de emergencia, una forma de alarma para advertirnos si había ocurrido algún ataque, instrucciones para la retirada, un esquema del recorrido que nosotros haríamos, y por último, recomendó que cada uno de los hombres llevara siempre dinero de reserva consigo.

Desde el principio la exploración fue durísima, un adelanto de lo que vendría más tarde. En los primeros días muchos compañeros quedaron prácticamente sin zapatos y la ropa se fue destrozando lentamente. La zona estaba prácticamente deshabitada, a pesar de que en los mapas oficiales estaban marcadas varias casas. El día 10 de febrero establecimos contacto con el primer campesino. Resultó ser Honorato Rojas, un hombre al que Ramón calificó inmediatamente de «potencialmente peligroso». Más tarde Honorato Rojas se convertiría en delator y principal colaborador del ejército en la emboscada en la que perdieron la vida Joaquín y el grupo de la retaguardia. Yo me presenté a Rojas como «cazador» y el Che asistió en carácter de «ayudante» mío. Moro, nuestro médico, curó a los hijos del campesino que tenían gusanos en distintas partes del cuerpo. Incluso uno de ellos tenía varios hematomas, producto de una patada que le había dado una yegua. Después de pedirle datos sobre casas por la cercanía, ubicación de otros campesinos, posibilidades de comprar alimentos, etc., nos despedimos, comprometiéndole a colaborar con nosotros.

La idea del Che era llegar hasta el río Masicurí, para que viéramos a los soldados, decisión psicológica importante, aunque no deberíamos entablar combate con ellos en esos momentos.

Casi al terminar el mes ocurren dos hechos dolorosos: el primero de carácter conflictivo y el segundo, la pérdida de uno de nuestros hombres antes de combatir.

Dos compañeros, Marcos y Pacho, tuvieron un incidente de proporciones, motivado no solamente por el carácter de ambos, sino también por las condiciones en que íbamos marchando, con alguna gente enferma, sin comida, en condiciones que durante algunos días fueron infernales. Me tocó conocer el problema, pues en mi carácter de comisario político junto con Rolando debía intervenir en la solución de ellos. Un mes más tarde el Che conocería de otras actitudes de Marcos y lo amenazó con expulsarlo deshonorosamente de la guerrilla. Marcos contestó que antes preferiría morir fusilado.

Por desgracia el **Diario** del Che es sólo la recopilación de apuntes para uso personal, donde consignaba fundamentalmente los errores que debía corregirse. Por eso no colocó algunos hechos que demuestran la firmeza ideológica y el coraje de los compañeros.

Después de estos incidentes en que Marcos fue sustituido de la vanguardia, mantuvo una conducta de absoluta disciplina, y se empeñó por ser el mejor de todos. Incluso se destacaba por cargar, en condiciones cada vez más difíciles, la mochila más pesada, y además de su fusil garand, una ametralladora 30. Marcos y Pacho murieron combatiendo heroicamente, convirtiéndose en hombres ejemplares y queridos.

El otro hecho penoso fue la muerte de Benjamín, un joven boliviano de físico muy débil; sin embargo tenía un carácter fuerte, una posición ideológica muy desarrollada, y una decisión inquebrantable de defender con su vida nuestros ideales. Che quería mucho a Benjamín, y en los meses que permaneció con nosotros siempre lo estimuló a seguir adelante. En el Río Grande Benjamín caminaba muy agotado y tenía dificultades con su mochila. Cuando marchábamos por una faralla hizo un movimiento brusco y cayó al río que iba muy crecido, y con fuerte corriente. No tuvo fuerzas para dar unas cuantas brazadas. Corrimos a salvarlo e incluso Rolando se tiró al agua y buceó tratando de rescatarlo. No lo pudimos ubicar.

10 Estos problemas hicieron impacto entre nosotros. Fue allí cuando afloró nuevamente el genio del Che quien nos dio lecciones de solidaridad, disciplina y moral.

En los momentos más angustiosos nos decía:

—Las principales armas de un ejército revolucionario son su moral y disciplina. La moral tiene dos sentidos: uno ético y otro heroico. En nuestros guerrilleros deben reunirse las dos condiciones. Ustedes, por ejemplo, no pueden saquear una población si ésta cae en poder de nosotros, ni maltratar a sus habitantes, ni faltarles el respeto a las mujeres. Esto es lo ético. En el sentido heroico es la decisión que debe tener cada uno de ustedes para vencer, para combatir hasta la muerte en defensa de la revolución. Esta es la fuerza que nos llevará a realizar las más extraordinarias hazañas. A estas dos condiciones hay que agregar la disciplina, que no es la tradicional, la que ustedes han podido apreciar en los ejércitos represivos. Disciplina para nosotros no es cuadrarse ante un superior jerárquico. Esta es una actitud externa, formal, automática. Nuestra disciplina es conciente, motorizada para una ideología. Ustedes saben por qué luchan, porque aspiran a tomar el poder. Los soldados de los ejércitos represivos son entes fríos, mecánicos, vacíos por dentro. Esta es la diferencia entre ellos y nosotros. Y esa diferencia radica en que ellos no tienen conciencia de lucha. Nosotros sí la tenemos.

También estimulaba el desarrollo de la solidaridad entre nosotros. En una oportunidad nos dijo:

—Es nuestro deber rescatar a los guerrilleros muertos y darles sepultura. Pero si por esa acción se va a perder otra vida, nadie debe correr ese riesgo. Con nuestros heridos la sensibilidad debe ser mayor. Debemos jugarlos por rescatarlos. El esfuerzo por salvarlos debe ser real. La solidaridad entre los combatientes es una muestra acabada de humanismo.

Estas conversaciones se realizaban cada vez que hacíamos un alto en la marcha o cuando nos reuníamos en torno a una fogata a comer, una alimentación pobre en proteínas.

Durante la exploración el Che se enfermó. Sin embargo nos estimulaba con su ejemplo. Nosotros sabíamos que iba mal, pero él continuaba sin ceder un instante, con una voluntad férrea. Incluso se enojaba cuando tratábamos de atenderlo o aliviarlo o si el cocinero

trataba de darle preferencia en la comida, o si veía que le cambiaban las postas por horarios más cómodos.

Hombre sensible, la muerte de Benjamín también lo golpeó. Por eso habló nuevamente de la necesidad de recibir estos hechos con estoicismo, como un riesgo de la guerra.

—No deben desmoralizarse —recalcó—. Hay ocasiones en que parece que las energías hubieran llegado al límite de nuestras fuerzas. Es entonces cuando ustedes deben apelar con energía a su voluntad y dar un paso más. Después de ese otro y otro, sin detenerse nunca.

Una anécdota de la que fui testigo muestra otra de las ricas facetas de su personalidad. Por desgracia tampoco aparece reflejada en su **Diario**. El 5 de febrero la vanguardia encontró dos animales: una yegua y un potrillo. Como no había casas a muchos kilómetros de distancia, entendimos que esos animales no tenían dueño. Seguramente algún arriero pasó por allí con su tropilla y los animales se extraviaron, quedándose en el monte. El hambre que pasamos en el período subsiguiente fue tan grande que muchos hicimos comentarios de que regresando, los mataríamos para comerlos. Ese comentario se convirtió luego en una actitud mental, una especie de obsesión que nos intranquilizaba. Che había dicho que esos animales los llevaríamos a la finca para emplearlos en labores agrícolas, ya que veía los acontecimientos con perspectivas futuras. Faltando tres días para volver al campamento, hinchados por la carencia de proteínas, de grasas, hambrientos, cansados, el problema de los animales recrudesció. Hubo un instante en que el Che amenazó a dos compañeros con dejarlos sin comer si volvían a insistir en el tema, sobre todo porque ya estábamos cerca de nuestro destino. Él deseaba que nos forjáramos un carácter tal que nos permitiera vencer todos los obstáculos especialmente éste que podría presentarse más adelante.

Algunos compañeros salieron a cazar pero sólo mataron unos pocos pajaritos. En estas circunstancias Che cambió de actitud y ordenó matar al potrillo para que toda nuestra gente repusiera sus energías. ¿Qué significaba esto? Simplemente que el Che era un hombre de buen criterio, que sabía analizar con serenidad todas las circunstancias y resolver con justicia los problemas. No era un hombre obcecado que defendiera porque sí las decisiones. Sabía cambiarlas si a su vez las circunstancias se modificaban. La pérdida de otro hom-

12 bre —Carlos— volvió a entristecernos. Era un combatiente que pertenecía a la retaguardia. De él dice el Che en su **Diario**: «Hasta ese momento, era considerado el mejor hombre de los bolivianos en la retaguardia, por su seriedad, disciplina y entusiasmo.»

Su muerte fue similar a la de Benjamín. Cruzando el Río Grande en la desembocadura del Ñancahuazú, la balsa fue arrastrada por la fuerte corriente. Un remolino lo sacó con violencia, junto a Braulio, y se perdieron en las aguas turbias del río. Braulio se salvó. Carlos fue arrastrado, al parecer inconsciente. Joaquín, que había salido más adelante con el resto de la gente de la retaguardia, no lo vio pasar.

El Che conoció esta nueva pérdida luego que Miguel y Tuma, que se había adelantado para llevar comida a la gente de la retaguardia comandada por Joaquín, regresaron de su misión. Habíamos perdido otro hombre sin entrar en combate. Esta experiencia lamentable también fue aprovechada para sacar conclusiones y estimular a los compañeros a que siguieran adelante sin vacilaciones. En una de sus frecuentes charlas en este período subrayó:

—A la naturaleza hay que vencerla. El hombre siempre triunfará sobre ella. Pero no hay que desafiarla ciegamente. La valentía debe estimularse, siempre que no se convierta en imprudencia. En esta oportunidad el río venía muy crecido, con una corriente violenta. Tal vez se pudo esperar mejores condiciones. En todo caso en el futuro debe tenerse en cuenta esta situación.

El 19 de marzo tuvimos el primer presagio de que algo importante ocurriría al ver una avioneta que sobrevolaba en insistente misión de reconocimiento por la zona. Casi al llegar al campamento Che se encontró con el Negro (el médico peruano que venía a quedarse con nosotros) y con Benigno, quien se había adelantado para llevarnos comida. Las noticias que nos dieron fueron nutridas. En el campamento principal estaban esperándonos Debray, el Chino, Tania, Bustos y Guevara, con los nuevos combatientes. El ejército había atacado nuestra finca después que dos hombres habían desertado entregando valiosa información, luego de ser apresados en Camiri.

Es necesario referirse a los desertores con el objeto de transmitir nuestra experiencia a otros revolucionarios latinoamericanos: A la guerrilla se ingresa en muchas ocasiones con escasa preparación

ideológica, motivados por las hazañas épicas, episodios heroicos o simplemente por intuición político-militar. Se produce entonces un proceso de idealización falsa de la lucha y de la vida guerrillera, fenómeno que se acentúa más entre los estudiantes universitarios especialmente. Se tiene la equivocada impresión de que el guerrillero está cómodamente instalado en su campamento, durmiendo en una hamaca, comiendo poco. Desde allí planifica una batalla, se enfrenta con el ejército, alza sus muertos y heridos y regresa al campamento a reponer energías. Por eso cuando llegan y se enfrentan con la realidad, sufren un fuerte impacto. Eso no es lo que ellos pensaban. La vida extremadamente dura, el constante «gondoleo» o tareas de constructor, la carga pesada de la mochila que a veces dobla las piernas, el hambre que a veces se clava en el estómago como un cuchillo afilado, las caminatas largas por terrenos difíciles, y la siempre latente posibilidad de encontrar soldados emboscados, influye en la mente de esa gente débil ideológicamente. Por eso, es necesario tener un criterio muy selectivo en el reclutamiento de hombres para la guerrilla, teniendo siempre en cuenta que ésta es la «vanguardia de la vanguardia».

Tal cosa ocurrió con algunos hombres. La realidad los asustó y desertaron. Un desertor siempre es un delator en potencia. Cuando llegaron a Camiri el ejército los detuvo presumiendo que venían de la finca donde ellos creían que se fabricaba cocaína. Lo demás es conocido como para abundar en detalles: hablaron, dijeron que había un grupo alzado pero no pudieron dar mayores antecedentes, porque nosotros estábamos en exploración y ellos no nos vieron. Sin embargo, entregaron algunos indicios de que en Nancahuazú podía estar el Che, pues habían escuchado algunas infidencias. También sabían que había hombres de otras nacionalidades.

Ramón conversó con el Chino, que venía a incorporarse junto con otros tres compañeros peruanos a nuestro grupo guerrillero el día 20 de marzo. El Che me relató más tarde aspectos sobresalientes de esta charla, y profundizó la idea sobre algunas cuestiones tácticas con relación a la continentalidad de la lucha, y la conducta que debía seguirse en ese momento.

El Chino planteó **entrenarse** con nosotros en forma práctica, participando en algunos combates, para luego alzarse en el Perú. En su **Diario**, Ramón explica escuetamente:

Hablé preliminarmente con el Chino. Pide cinco mil dólares mensuales durante diez meses y de la Habana le dijeron que discutiera conmigo. (...) Le dije que en principio sí, sujeto a que en seis meses se alzara. Piensa hacerlo con quince hombres y él como jefe en la zona de Ayacucho. Convinimos además, en que le recibiría cinco hombres ahora y quince más, con algún lapso y los enviaría con sus armas luego de entrenarlos en combate.

Che tampoco quería que la internacionalización de la lucha trascendiera rápidamente los ámbitos bolivianos, y se conociera su presencia allí por razones puramente tácticas. En diversas conversaciones me dijo que si el imperialismo ignoraba en la primera etapa su presencia, y la composición de la guerrilla, sólo iba a entregar armas y «asesoramiento» al ejército. Sin embargo, si conocía en forma inmediata las perspectivas de la lucha entraría con todas sus fuerzas en forma directa, como lo ha hecho en Viet Nam para aplastar al foco en su embrión.

—Esto ocurrirá tarde o temprano —decía el Che—, pero mientras más se retrase tanto mejor. Ello nos permitirá foguearnos, adquirir experiencia, endurecer nuestras fuerzas y convertirlas en un núcleo mucho más eficiente. Sabemos que finalmente enfrentaremos en forma directa al ejército imperialista, pero de todas maneras es necesario por ahora tomar ciertas medidas de tipo táctico. Independientemente de esa cuestión, si es necesario enfrentar ahora al ejército imperialista, lo haremos sin vacilaciones.

Hasta la víspera de nuestro primer combate guerrillero —la emboscada de Nancahuazú— nuestra columna no tenía nombre. Existía como un ejército diminuto, pero decidido a dar batalla en cualquier instante. Es cierto que todavía se observaban algunas debilidades, pero éstas eran producto de su incipiente formación. Sin embargo, ya habíamos tenido una prueba de fuego durante la marcha de 47 días que endureció a nuestros hombres y afloraron en toda su inmensa realidad las características de la lucha que tendría dimensiones épicas.

Los lineamientos programáticos de nuestro núcleo se habían estudiado suficientemente durante nuestra marcha de exploración, de manera que todos conocíamos por qué peleábamos, y cuáles eran nuestras perspectivas futuras. Sin embargo, el Che, en una actitud pedagógica característica en él, decidió dictarnos un manifiesto

que se distinguía por carecer de todo tipo de signos gramaticales. Cada vez que se refería a nuestra guerrilla dejaba un espacio en blanco, con el objeto de que nosotros la «bautizáramos». Su explicación fue la siguiente:

—Este manifiesto que les he dictado tiene dos objetivos: el primero tiene carácter de cultura general (ustedes deben poner la puntuación y corregir la redacción); el segundo tiene carácter político. Es necesario que lo lean bien, agreguen antecedentes, eliminen lo que crean conveniente, definan qué somos y para qué estamos aquí. Por último coloquen el nombre que tendrá nuestro ejército.

Durante la exploración continuamos con cierta irregularidad nuestros estudios habituales, pero no fue posible examinar debidamente el documento.

De regreso encontramos que los acontecimientos se precipitaban aceleradamente: Llegaron los visitantes, entró el ejército a la finca, y luego se produjo la primera emboscada netamente exitosa para nosotros. Fue entonces cuando hubo necesidad de divulgar nuestro primer manifiesto, redactado completamente por el Che, y que por su valor histórico lo reproducimos íntegramente:

D XVII

Comunicado no. 1.

AL PUEBLO BOLIVIANO

Frente a la mentira reaccionaria, la verdad revolucionaria.

El grupo de gorilas usurpadores, tras asesinar obreros y preparar el terreno para la entrega total de nuestras riquezas al imperialismo norteamericano, se burló del pueblo con una farsa comicial. Cuando llega la hora de la verdad y el pueblo se alza en armas respondiendo a la usurpación armada con la lucha armada, pretende seguir su torneo de mentiras.

En la madrugada del 23-III, fuerzas de la IV División, con acantonamiento en Camiri, en número aproximado de 35 hombres al mando del mayor Hernán Plata Ríos, se internaron en territorio guerrillero por el cauce del río Nancahuazú. El grupo íntegro cayó en una emboscada tendida por nuestras fuerzas. Como resultado de la acción quedaron en nuestro poder 25 armas de todo tipo, incluyendo 3 morteros de 60mm con su dotación de obuses, abundante parque y equipos.

Las bajas enemigas fueron siete muertos, entre ellas un teniente, y catorce prisioneros, cinco de los cuales resultaron heridos en el choque, siendo atendidos por nuestros servicios sanitarios con la mayor eficiencia que permiten nuestros medios. Todos los prisioneros fueron puestos en libertad, previa explicación de los ideales de nuestro movimiento. La lista de bajas enemigas es la siguiente:

Muertos: Pedro Romero, Rubén Amézaga, Juan Alvarado, Cecilio Márquez, Amador Almasán, Santiago Gallardo y el delator y guía del ejército apellidado Vargas.

Prisioneros: mayor Hernán Plata Ríos, capitán Eugenio Silva; soldados, Edgar Torrico Panoso, Lido Machicado Toledo, Gabriel Durán Escobar, Armando Martínez Sánchez, Felipe Bravo Siles, Juan Ramón Martínez, Leoncio Espinosa Posada, Miguel Rivero, Eleuterio Sánchez, Adalberto Martínez, Eduardo Rivera y Guido Terceros. Los cinco últimamente nombrados resultaron heridos.

Al hacer pública la primera acción de guerra establecemos lo que será norma de nuestro ejército:

La verdad revolucionaria. Nuestros hechos demostraron la justeza de nuestras palabras. Lamentamos la sangre inocente derramada por los soldados caídos, pero con morteros y ametralladoras no se hacen pacíficos viaductos, como afirman los fantoches de uniformes galonados, pretendiendo crearnos la leyenda de vulgares asesinos. Tampoco hubo ni habrá un solo campesino que pueda quejarse de nuestro trato y de la forma de obtener abastecimientos salvo los que, traicionando su clase, se presten a servir de guías o delatores.

Están abiertas las hostilidades. En comunicados futuros fijaremos nítidamente nuestra posición revolucionaria; hoy hacemos un llamado a obreros, campesinos, intelectuales a todos los que sientan que ha llegado la hora de responder a la violencia con la violencia y de rescatar un país vendido en tajadas a los monopolios yanquis y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo, cada día más hambreado.

EJERCITO DE LIBERACION NACIONAL DE BOLIVIA

De acuerdo con los planteamientos tácticos formulados desde un principio por el Che, el documento estaba dirigido «al pueblo boliviano», denunciaba que el país estaba «vendido en tajadas a los monopolios yanquis» y entregaba una relación estrictamente verda-

dera de lo ocurrido. Estaba fechado el 23 de marzo de 1967 y lo firmaba el «Ejército de Liberación Nacional de Bolivia». Más tarde otros comunicados se abreviaron firmando simplemente «ELN».

Los acontecimientos guerrilleros que conmovieron a la opinión pública durante los ocho meses siguientes popularizaron el nombre de «ELN», su denominación actual.

En los documentos falta nuestra consigna de ¡VICTORIA O MUERTE! creada también por el Che. Ella no es una simple frase. Tiene una motivación muy importante que fue desarrollada de esta manera por Ramón:

—El pueblo tiene una sola alternativa: la victoria. Nuestros enemigos también tienen una sola alternativa: la muerte. Podemos ser vencidos o nuestra lucha puede sufrir tropiezos, pero independientemente de esas dificultades transitorias el pueblo vencerá. Esta es una verdad indiscutible. La alternativa de victoria o muerte —ambas— son para nosotros los guerrilleros. Podemos llegar a ver el triunfo final, o podemos caer en el camino. Pero si morimos, la lucha seguirá adelante sin detenerse.

LOS PRIMEROS COMBATES

El programa preliminar del Che, descansar varios días para reponer energías mientras se entrenaban los nuevos compañeros, fue bruscamente alterado. El 17 de marzo alrededor de 60 soldados se habían metido por el camino de Algarañaz y se llevaron preso a Salustio, uno de los reclutas que debutaba como mensajero. En el ataque a la Casa de Calamina, el Lorito había matado a uno de los guardias. Al conocer la noticia, Marcos ordenó la retirada porque estimaba que no se debía defender posiciones. En el **Diario** del Che aparece descrito el problema en la siguiente forma:

Rolando había sido enviado para organizar la retirada de todo; un clima de derrota imperaba. Poco después llegó un médico boliviano recién incorporado con un mensaje para Rolando en el que se le comunicaba que Marcos y Antonio estaban en la aguada, que fuera a entrevistarse. Le mandé a decir con el mismo mensajero que la guerra se ganaba a tiros, que se retiraran inmediatamente hacia el campamento

y allí me esperaran. Todo da la impresión de un caos terrible; no saben qué hacer.

Más tarde el Che me explicó su decisión:

—El criterio de que la guerra no defiende posiciones es correcto, pero hay que tomar en cuenta una serie de factores que se habían acumulado hasta ese momento.

En primer lugar, nosotros no «defendíamos una posición», puesto que el campamento no tenía ese carácter. Además en el trabajo preparatorio de las acciones militares habían quedado demasiadas huellas por la falta de cuadros para realizar una serie de labores preliminares. Eso nos obligó a «quemar» compañeros. La misma Casa de Calamina se había convertido en un foco de sospecha y Algarañaz incluso nos había enviado un cazador para que nos vigilara constantemente. Retirarse en ese momento, sin dar batalla cuando la guerrilla había sido detectada por los datos que habían entregado los desertores, significaba simplemente que se iniciara una persecución contra nosotros por un ejército con energías, fresco, con moral elevada. Por el contrario, combatir significaba foguearnos para afrontar con decisión las futuras batallas. Hay que tener en cuenta que, de todas maneras, tendríamos que combatir en los días subsiguientes, por los factores ya mencionados. Otra alternativa, aunque parezca extremista, habría sido desaparecer como guerrilla hasta crear las condiciones en la ciudad, tomar contactos nuevamente, reclutar nuevos elementos para recomenzar. Esto era absurdo.

Por otra parte, por las penurias que nos ocasionó la marcha de exploración, veníamos con la moral no muy alta, no con buena disposición combativa. El momento táctico se presentaba ahora con todas sus perspectivas favorables para nosotros. Por eso el Che consideró un grave error retirarse en esos momentos y ordenó a Rolando tender una emboscada río abajo. Enseguida ordenó la defensa en la entrada del campamento y envió a un grupo de compañeros a explorar río abajo.

El día 22 de marzo fue de tensos preparativos. A las 7 de la mañana del 23, mientras Rolando revisaba las posiciones de los guerrilleros emboscados, se sintió un chapoteo por el río. Rápidamente se situó en su lugar y esperó que la tropa fuera avanzando lentamente. Se mantuvieron en silencio hasta que penetró un grupo

grande. Rolando, como responsable de esta primera acción nuestra, abrió fuego sorpresivamente. Muchos soldados se desplegaron en posición combativa. Los pocos que hicieron frente fueron abatidos en forma rápida. El resto huyó. El fuego duró aproximadamente unos seis minutos, según informó Rolando al Che, hasta que las fuerzas enemigas se rindieron.

En este combate participaron Rolando, Benigno, Coco, Guevara, Pablito, Ernesto, Apolinar y Walter, los que mataron a 7 soldados, hirieron a 6 y tomaron 11 prisioneros. Otros 8 soldados escaparon. Como se puede apreciar las fuerzas enemigas eran cuatro veces más grandes que la nuestra. Nosotros no tuvimos bajas. Además quedaron en nuestro poder 3 morteros de 60 mm, y ocho cajas de granadas, una ametralladora calibre 30 con 500 tiros, 2 ametralladoras BZ, 2 metralletas UZI, 16 máuser con dos mil cartuchos, 2 aparatos de radio y otros elementos.

Coco llegó a las 8 de la mañana hasta nuestras posiciones para dar cuenta del resultado de la batalla. Inmediatamente Che ordenó que Marcos saliera por el camino de maniobras número 1, con el objeto de cortarle la retirada por detrás al ejército si éste avanzaba por el cañón del río tratando de llegar al campamento y a Braulio lo envió con la retaguardia por el camino número 2 para impedir que saliese del cañón, que era una verdadera trampa mortal. El centro atacaría desde las posiciones que ya estaban ocupadas. Che me ordenó interrogar a los prisioneros y presentarme como jefe. Esta misión la cumplí durante todo el trascurso de la guerra.

El mayor Plata, jefe de las fuerzas prisioneras, lloriqueó largamente mientras los soldados nos pedían que lo fusiláramos por los malos tratos y los abusos que cometía. Por encargo del Che le dije que todos los prisioneros quedarían en libertad, que le dábamos plazo hasta el 27 a las 12 del día para retirar a sus muertos. Muy asustado manifestó que se retiraría del ejército. Nos dio una serie de datos importantes sobre las operaciones que se estaban realizando. Por ejemplo, nos dijo que ese ataque estaba programado junto con un bombardeo que se iniciaría a mediodía. Ellos debían dejar señaladas sus posiciones con el objeto de que no sufrieran bajas. La emboscada los hizo perder contacto radial e impidió que la aviación actuara. En realidad el bombardeo se realizó al día siguiente. El capitán Silva, otro de los prisioneros, también habló mucho in-

20 formando que había reingresado al ejército por petición del PCB, que tenía un hermano estudiando en Cuba y luego dio los nombres de otros dos oficiales que podían ser posibles colaboradores.

Les quitamos toda la ropa a los prisioneros, excepto a los dos oficiales que conservaron sus uniformes, y les dimos nuestras vestimentas civiles que estaban guardadas en las cuevas.

También curamos a los heridos y les explicamos a los soldados los objetivos de nuestra lucha. Ellos nos contestaron que no sabían por qué los habían mandado a combatirnos, que estaban de acuerdo con lo que nosotros decíamos y nos reiteraban la petición de fusilar al mayor Plata, oficial que tenía una actitud déspota en la unidad pero que ahora, delante de la tropa, se comportaba como un cobarde. Les explicamos que nosotros no matábamos a enemigos desarmados y tratábamos a los prisioneros como seres humanos con dignidad y respeto.

Los días siguientes a la emboscada fueron de euforia, presión y alegría, porque se iniciaba una etapa histórica con una fuerza combativa pequeña, pero con la moral muy alta. Además el resonante y sorpresivo triunfo revelando la presencia de un foco guerrillero acaparaba el primer lugar de las noticias que escuchábamos por radio. La presión era producto de la presencia de los dos visitantes: Régis Debray y Ciro Bustos (el Pelao). Tania había sido detectada y forzosamente tenía que quedarse con nosotros hasta esperar una oportunidad adecuada para que saliera con la más absoluta seguridad. El Chino que también había quedado como visitante, decidió quedarse como combatiente. Pero Debray y Bustos debían salir en el menor tiempo posible. En una reunión, realizada el 27 de marzo, Che planteó que las tareas inmediatas eran:

- a. Sacar a los visitantes por un camino seguro, cercano a la ciudad.
- b. Esconder todo el armamento y materiales que habían caído en nuestro poder después de la primer emboscada más algunas cosas nuestras para lo cual era necesario abrir otra cueva estratégica, labor que estaría a cargo de Moisés Guevara.
- c. Enviar diez hombres a buscar maíz a la finca, tarea que debían realizar con mucho cuidado para evitar que el ejército los sorprendiera.

Al día siguiente, cuando nuestros hombres fueron a la finca a buscar el maíz se encontraron con que la cueva táctica había sido revisada por el ejército. Sorpresivamente llegaron también siete funcionarios de la Cruz Roja, varios soldados sin armas y dos médicos. Más tarde apareció un camión lleno de soldados, pero nuestros compañeros les ordenaron retirarse, orden que el ejército cumplió obedientemente.

Estos acontecimientos se producían 24 horas después del plazo que les habíamos dado para que recogieran sus muertos, lo que demuestra la desmoralización que había en sus filas y el respeto a nuestros hombres:

Mientras tanto, Debray planteó que para él era un deber moral integrarse en nuestro núcleo guerrillero. El famoso autor de **¿Revolución en la revolución?**, conocido entre nosotros por Dantón, quería demostrar que no era un simple teórico, sino también un hombre de acción.

Che nos explicó que en esas circunstancias el filósofo francés era más necesario afuera que dentro. Dantón podría servir para dirigir un gran movimiento de solidaridad con nuestro foco, obtener declaraciones de intelectuales, reunir dinero, hacerse cargo de la propaganda, etc. Por lo escueto y personal, el **Diario** del Che no refleja la opinión cabal que tenía sobre Debray, hombre al que estimaba mucho y le concedía gran valor intelectual. Che le dijo que en ese momento debería salir y que más tarde tendría suficiente tiempo para realizar su experiencia guerrillera. Con el objeto de sacar a los visitantes y cambiar nuestra zona de operaciones, conforme a los planes trazados previamente por Ramón, nos dirigimos a Gutiérrez porque el camino a Muyupampa, según nuestras primeras informaciones, estaba cortado por el ejército; sin embargo, en Pirirrenda nos enteramos de que en Gutiérrez también había tropas, por lo que decidimos regresar a Ñancahuazú, luego de la fuga de uno de los pobladores que, supusimos, informaría de nuestra presencia al ejército.

En Iripití nos juntamos con la retaguardia que estaba al mando de Rolando y con el personal enfermo en el que estaba Joaquín. Ahí acampamos y se iniciaron las exploraciones para dirigirnos nuevamente a Gutiérrez, lugar que parecía más indicado para evacuar a los visitantes.

22 Iripití fue el escenario de nuestro segundo combate y la tumba de nuestro primer compañero, el Rubio, Jesús Suárez Gayol, un hombre de magníficas condiciones humanas, excelente compañero, con una moral sencilla y valiente; viceministro del azúcar, dejó todo, familia, honores, para incorporarse a nuestra lucha.

A las 10 de la mañana del 10 de abril, nuestra retaguardia que estaba emboscada avistó una patrulla del ejército de varios hombres. La dejó avanzar hasta una distancia prudente. Veinte minutos más tarde comenzaba el combate con un saldo de tres muertos, un herido y siete soldados capturados. En nuestro poder cayeron también 6 fusiles garand con una carabina M-1 y 4 fusiles máuser. Por nuestra parte perdimos al Rubio.

Cuatro soldados escaparon. Por esta razón, Che ordenó adelantar la emboscada, esperando que el ejército enviara refuerzos de tropa a investigar lo ocurrido.

Nuevamente me tocó interrogar a los prisioneros. Nos dijeron que formaban parte de una compañía que estaba río arriba, en Nanchahuazú, que había atravesado el cañón, recogido sus muertos y tomado el campamento.

Tal como se pensaba, una compañía de aproximadamente 120 hombres al mando del mayor Sánchez, entró en nuestra emboscada. A las 17:10 empezó de nuevo el combate con una victoria para nosotros, y un saldo negativo para el enemigo de 7 muertos, 6 heridos y 13 prisioneros, incluyendo al jefe de la columna. Además ocupamos una browning, un mortero, 15 garand, 4 M-3, 3 M-1 y cinco máuser.

Inexplicablemente, esta columna entró confiada a nuestra emboscada, sin tomar ninguna medida de seguridad. Cuando se les abrió fuego trataron de buscar protección. Como no encontraron dónde cubrirse se dispersaron y el resto de la tropa huyó, internándose en el monte. Comenzamos entonces una persecución con tiros esporádicos contra los soldados. En ella Coco apresó al mayor Sánchez, al que Rolando, que estaba cerca, conminó a que diera la orden de rendición a su tropa. Sánchez ordenó a su gente que se retirara.

El mayor Sánchez pensó que lo íbamos a fusilar y cuando lo interrogué me pidió por favor se le permitiera enviar un recado a su esposa con uno de los soldados. Como lo había hecho anteriormen-

te con el cobarde mayor Plata, le dije al mayor Sánchez que era norma nuestra respetar al enemigo vencido, garantizarle su vida, curar sus heridos y permitirle llevarse a sus muertos junto con sus efectos personales. Le pregunté enseguida por qué había entrado tan confiado en el cerco, y contestó:

—Veníamos a buscar a nuestros muertos y a investigar lo ocurrido. Como nos han enseñado que el guerrillero da un golpe y se retira no nos imaginamos que ustedes estaban aquí de nuevo esperándonos.

La respuesta del mayor Sánchez es una lección para las fuerzas guerrilleras. No debemos regirnos por esquemas, debemos crear siempre, desconcertar al enemigo.

En la mañana siguiente pusimos en libertad a los prisioneros y les permitimos llevarse a los muertos y heridos de ambas batallas. También les concedimos una tregua de 24 horas.

El interrogatorio hecho a los prisioneros nos había llevado a la conclusión de que las tropas que cerraban el Ñancahuazú arriba, eran las que se habían desplazado hasta la Casa de Calamina. Por lo tanto, el camino a Muyupampa estaba expedito. Como ya estábamos detectados en la zona de Iripití, Ramón cambió de itinerario y en lugar de partir hacia Gutiérrez iniciamos la marcha hacia Muyupampa, siempre con el objetivo de sacar con seguridad a Debray y Bustos.

La muerte del Rubio conmovió a todos. Yo había visto que ocupaba una mala posición, pues era visible desde el río. Por eso le sugerí que la corrigiera. Cuando lo fueron a ver luego del tiroteo de la emboscada de la mañana, tenía una bala en la cabeza y murió a los pocos instantes. Fue su primer y único combate. Che hizo un emotivo acto de recordación resaltando que la primera sangre caída era cubana, por lo que era necesario más que nunca integrarse con afecto a eliminar cualquier tendencia chovinista.

El 17 de abril nos quedamos esperando que avanzara el ejército, después que un campesino se escapó. No sucedieron acontecimientos guerreros. Ese mismo día el Pelao habló con Pombo y le planteó que estaba muy inquieto por sus hijos, que no les había dejado recursos económicos para subsistir y tenía que cumplir otra serie de misiones en Buenos Aires. Le solicitó también que la salida

24 no se realizara por un lugar donde la guerrilla hubiese operado para no llamar la atención del ejército. Pombo le contestó que no había por qué agitarse y esperara tranquilo el momento oportuno. Ya se notaban en él los primeros síntomas de desesperación.

En lo sucesivo es necesario mencionar una serie de fechas, pues se producen hechos que tienen una secuela de consecuencias posteriores. Ese mismo día Che dio orden a Joaquín de que se quedara con cuatro hombres considerados «resacas» y agregó al grupo a Moisés Guevara, Alejandro y Tania, pero estos últimos en calidad de enfermos. Moisés había sido afectado por un fuerte cólico hepático y Tania junto con Alejandro tenía el cuerpo hinchado y fiebre que oscilaba entre 38 y 39 grados. Joaquín debía esperar por la zona, maniobrar pero sin chocar frontalmente con el ejército. Como se puede apreciar se preveían dos cuestiones: nuestro pronto regreso (3 a 5 días) después de evacuar a los visitantes y la posibilidad de reintegro a la escuadra del centro que mandaba el Che, de cuatro compañeros: los tres enfermos más el médico —Negro— que se había quedado con ellos. Ese fue, sin embargo, el último contacto que tuvimos con la retaguardia por una serie de factores que narraremos más adelante. Debemos destacar que siempre, en toda oportunidad, tratamos de ubicar a estos compañeros: incluso pensamos que Joaquín iría al Rosita, región que habíamos explorado en febrero-marzo y que era uno de los lugares de maniobra que el Che había dado a conocer al jefe de la retaguardia. Nosotros sabíamos que Joaquín no tenía fuerza combativa con cuatro hombres resacas, tres enfermos de consideración y sólo diez compañeros que tenían que llevar todo el peso de las operaciones, de manera que nuestro afán por contactar con él fue permanente.

El 18 fue de caminata y exploración. Además detuvimos a algunos campesinos para que nos vendieran alimentos y nos entregaran información. Al día siguiente se produjo otro acontecimiento novedoso: llegó hasta nosotros el periodista anglochileno George Andrew Roth, guiado por unos muchachitos del lugar por donde se había quedado operando Joaquín. El periodista nos pareció sospechoso. Su pasaporte tenía tachada la profesión de estudiante y cambiado por la de periodista, aunque él decía ser fotógrafo profesional que trabajaba como «free-lancer» para algunas publicaciones extranjeras. También tenía documentos como instructor de los Cuerpos de Paz, visa de Puerto Rico. Además, en su libreta de apuntes traía

un cuestionario de preguntas que, según él, tenían por objeto confirmar los rumores difundidos por el ejército de que el Che estaba con nosotros con el nombre de Ramón, además de la presencia de Tania y Debray. Estos informes los habían entregado los delatores.

Nuevamente me correspondió interrogar al prisionero. Contó que había estado con el ejército en nuestro campamento, y que incluso se había encontrado un diario de Braulio, donde se decía que Ramón era el Che. Roth y los muchachitos guías relataron luego que el ejército estaba en Lagunillas y conocía nuestra presencia.

Le entregué a Roth una entrevista conmigo —el «jefe» de la guerrilla— que había sido redactada por el Che y contenía un apretado relato de las acciones que habían ocurrido los días anteriores y los objetivos de nuestra lucha.

Che se quedó con Pombo, Tuma y Urbano, cerca de Muyupampa. Al llegar cerca del pueblo dejamos al Pelao, Debray y Roth. Régis me pidió encarecidamente que le dijera al Che que él salía en ese momento sólo por no dejar abandonado a Bustos, el que se encontraba muy desesperado y con bastante miedo. A esas alturas el Pelao ya mostraba lo que sucedería en el futuro. Por eso no nos sorprendió mucho que se convirtiera en eficiente colaborador del ejército, identificara los cadáveres de nuestros compañeros muertos e hiciera dibujos de nuestros rostros, además de entregar una serie de datos característicos.

El objetivo nuestro y la petición de los visitantes estaban cumplidos. Esa noche no quisimos tomar Muyupampa, porque nos informaron que el ejército nos estaba esperando en el pueblo.

El día 20 fue de agitación, «parlamentarismo» y bombardeo. En nuestro viaje de regreso para juntarnos con Joaquín, tratamos de conseguir alimentos, que ahora se convertía en un serio objetivo.

Llegamos a la casa de Nemesio Carballo, un hombre que la noche anterior nos había ofrecido café y había tenido una actitud amable con nosotros. Ahora no estaba. Se había ido dejando sólo a unos trabajadores que estaban muy temerosos. Les compramos algunos víveres y organizamos el almuerzo. Pasado el mediodía apareció una camioneta con una bandera blanca en la que venían un sacerdote, un médico y el subprefecto de Muyupampa. El cura era alemán. Nos traían en señal de buena voluntad algunas golosinas y

26 cigarros. La delegación nos ofreció «paz de tipo nacional» y nos rogó que no atacáramos Muyupampa porque el ejército estaba atrincherado. «No queremos derramamiento de sangre» —reiteró.

Les contesté que no queríamos una «paz nacional» a menos que nos entregaran el poder, que era el objetivo de nuestra lucha como vanguardia del pueblo. Les pregunté cómo vivían los campesinos de los alrededores, la forma como los explotaban y al médico le exigí datos sobre la mortalidad infantil. Como en toda Bolivia, el cuadro era allí deprimente. Les dije: ¿encuentran justo esta situación?; nosotros estamos peleando para que los pobres no sean más pobres y los ricos más ricos. Nosotros estamos combatiendo por el progreso del pueblo, para que no haya tanta hambre, tanta miseria. Especialmente el cura, contestó en forma de crítica que con nosotros estaban participando extranjeros. Le repliqué que los pobres, que los revolucionarios de todos los países, teníamos derecho a unirnos para luchar contra un enemigo común que estaba unido antes que nosotros y que era cruel y fuerte, que esta situación daba carácter internacional a la lucha y que por eso nuestro ejército tenía abiertas las puertas a los patriotas de cualquier parte del mundo que quisieran participar con nosotros en la gran empresa de liberar a Bolivia. **(Por instrucciones expresas del Che, yo no debía desmentir categóricamente la presencia de compañeros de otras nacionalidades, aunque tampoco había que confirmarla, pues él sabía que este diálogo sería publicado y difundido internacionalmente.)**

Finalmente les ofrecí una paz para Muyupampa con la condición de que nos trajeran antes de las seis de la tarde, una camioneta con víveres y medicinas que necesitábamos. Por los mismos personajes nos informamos que Dantón, Roth y Bustos habían sido detenidos.

La delegación se retiró, pero en lugar de medicinas y alimentos llegaron los aviones a bombardearnos. Tres AT-6 dejaron caer sus cargas mortíferas cerca de la casita donde estábamos ubicados y una esquirla hirió levemente en un pie a Ricardo.

Esa noche salimos rumbo a Tichuca. Desde ese momento tratamos de ubicar a Joaquín y al mismo tiempo proveernos del máximo de alimentos. El 22 tuvimos un breve choque con el ejército. En la mañana, habíamos sorprendido al chofer de una camioneta de Ya-

cimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) que estaba examinando nuestras huellas acompañado por un campesino que había delatado nuestra presencia. Los apresamos. Enseguida nos emboscamos para detener otros vehículos y golpear al ejército si se acercaba hasta nuestras posiciones. Sólo logramos conseguir alguna mercancía y plátano de un camión que cayó más tarde. A las 8 de la noche, cuando estábamos listos para partir, se sintió un breve tiroteo. Era Ricardo que sorprendió a un grupo de soldados y a un guía que llegaban a un firme para enseguida caer sobre nosotros. No supimos si habíamos ocasionado bajas al enemigo. En esa oportunidad se nos perdió el Loro Vázquez.

Nuestros hombres estaban emboscados y Rolando había dado orden de abandonar las posiciones a las 18:30 horas. Después de ese plazo, lo esperaron un largo rato pero no apareció. Días más tarde la radio anunció que había sido capturado herido. Luego difundió su «fuga» del hospital de Camiri. Algunos periodistas han divulgado la idea de que el Che lo envió en una misión solitaria. Esto es absolutamente falso.

Nunca supimos qué había pasado con él. El mismo Ramón explica en su **Diario** que el saldo es «negativo», entre otros factores, por la «pérdida (aunque espero que transitoria) de un hombre...» Antecedentes que hemos recogido con el tiempo nos permiten conocer, sin embargo, que Loro murió como un valiente. Herido, fue bestialmente torturado por los esbirros del presidente Barrientos. Como no le pudieron sacar ni una sola confesión que nos delatara, se lo llevaron en un helicóptero y lo tiraron vivo en medio de la selva. Loro fue un hombre valiente, audaz, leal. Fue uno de los cuatro que trabajó incansablemente en la preparación previa al foco.

Al día siguiente de ese pequeño choque, Ramón envió a Benigno y Aniceto en una misión de cuatro días para buscar a Joaquín. Mientras tanto, nosotros seguimos en los alrededores, esperando el cumplimiento de esa misión. El 25 de abril tuvimos otra pérdida sensible: la de Rolando. Mientras estaban de posta Pombo y Eustaquio descubrieron una columna del ejército de aproximadamente 30 soldados. Luego regresó Eustaquio diciendo que no eran 30 sino 60 soldados. Che dispuso ocupar posiciones en forma rápida, pero nos vimos obligados a luchar en un lugar no apto para la emboscada. Rolando, que era un hombre de gran coraje, se puso en la

28 posición más difícil a la salida de una cueva y tuvo que enfrentarse directamente con un ametralladorista que le disparó varias ráfagas. Un balazo le partió el fémur y todo el paquete vásculo nervioso. A pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvarlo, se desangró rápidamente. Rolando, comisario político, hombre de apenas 26 años de edad, tenía un porvenir brillante. Era el más desarrollado política y militarmente de todos los compañeros que allí había.

Esa fue la emboscada que dirigió personalmente el Che y que relata de la siguiente manera:

Al poco rato apareció la vanguardia que para nuestra sorpresa estaba integrada por tres pastores alemanes con su guía. Los animales estaban inquietos pero no me pareció que nos hubieran delatado; sin embargo, siguieron avanzando y tiré sobre el primer perro, errando el tiro; cuando iba a darle al guía, se encasquilló el M-2. Miguel mató otro perro, según pude ver sin confirmar, y nadie más entró a la emboscada. Sobre el flanco del ejército comenzó un fuego intermitente. Al producirse un alto mandé a Urbano para que ordenara la retirada pero vino con la noticia de que Rolando estaba herido; lo trajeron al poco rato ya exangüe y murió cuando se empezaba a pasarle plasma.

La retirada fue lenta y nos preocupamos de salvar todas las cosas y enterrar a Rolando. Por la noche nos encontramos con Benigno y Aniceto que habían perdido las mochilas después de un breve tiroteo con el ejército. Eso determinó una nueva situación. Entre nosotros y Joaquín se interponían ahora los soldados y nuestras salidas naturales estaban bloqueadas. Por lo tanto había que tirarse hacia las montañas abriendo sendas y alejándonos un poco de Joaquín para tratar de llegar hasta su posición por otro lado.

Hasta ese momento el triunfo era neto para nuestras fuerzas. Debíamos lamentar la muerte del Rubio, Rolando y la desaparición del Loro. La moral estaba muy alta y la disposición combativa excelente. Sólo se hacían denodados esfuerzos para tomar contacto con Joaquín y con ese propósito estábamos operando.

En mayo hubo tres batallas mientras dábamos vueltas por la zona realizando nuestro trabajo de persuasión campesina y la denodada búsqueda de Joaquín. Todas fueron victorias resonantes para nosotros, a pesar de que los radios y los partes oficiales inventaban

«grandes bajas guerrilleras». La primera fue el 8 de mayo. Che había dispuesto una emboscada en Nancahuazú, en nuestro campamento que lo habíamos retomado. Estaba a cargo de Pacho. A las 10:30 de la mañana herimos a dos soldados que se internaron descuidadamente. Luego de curarles sus heridas los dejamos prisioneros. A las 12 detuvimos a otros dos que venían desarmados bajando por el Nancahuazú. Los cuatro eran unos mentirosos redomados. Trataron de desinformarnos diciendo que habían salido a cazar pero a su regreso la compañía había desaparecido. Ahora la andaban buscando. Todo era falso, la compañía estaba situada más arriba.

La emboscada siguió en su puesto hasta que a las 7 de la tarde, cuando ya estaba oscureciendo, el ejército se asomó tomando muchas medidas de seguridad. Llegó hasta la entrada del cañón y se retiró, al parecer probando si se les disparaba o no. En una de estas oportunidades se internaron y cayeron en la trampa. El combate fue breve. En la acción cayó muerto el subteniente Laredo junto con dos soldados. Tomamos 6 prisioneros más, pero el resto del pelotón huyó. El saldo fue: 3 muertos, 10 prisioneros (2 de ellos heridos), 7 M-1, 4 máuser, equipo personal, parque y un poco de comida.

El subteniente Laredo tenía un diario de campaña y una carta de su mujer que nos causó tremenda sorpresa. En el diario, en la fecha marcada 1 de mayo, se refería a los trabajadores como holgazanes y otros adjetivos despectivos. En cuanto a su tropa hablaba de la falta de moral combativa mencionando a soldados que lloraban cuando se enteraban de la presencia cercana de guerrilleros. La carta de la esposa se refería a la preocupación que ella tenía por Laredo, pero luego hacía un agregado en el que más o menos decía lo siguiente: «Nuestra amiga te pide que nos traigas una cabellera de guerrillero y yo te pido lo mismo para adornar el living de la casa.»

Este episodio nos hace recordar los tristes y siniestros días del nazismo y la profunda brecha que existía entre la conducta o el ánimo del ejército respecto a los guerrilleros, que contrastaba con el trato digno y humano que nosotros dimos a los prisioneros.

La carta y el diario causaron conmoción y repudio entre nosotros.

El respeto del Che por la persona humana, independientemente de la conducta que ésta observara, se puso de manifiesto una vez más

30 al decidir esperar una oportunidad adecuada para devolver el diario del teniente Laredo a la madre de éste, puesto que el oficial enemigo así lo hacía constar, como un deseo expreso, si llegaba a morir en combate o era capturado por nosotros. El diario de Laredo permaneció en la mochila del Che hasta la emboscada del Yuro el 8 de octubre.

El segundo combate del mes de mayo fue el día 30. Habíamos llegado a la línea del ferrocarril a Santa Cruz buscando el Michuri, siempre con el pensamiento puesto sobre Joaquín que, al parecer, se había movido hacia el norte. En un camino petrolero Che dejó una emboscada mientras se realizaba una exploración en un yip que se había requisado a YPF. A las tres de la tarde se produjo el choque. Nuevamente dimos un golpe: tres soldados muertos y uno herido. Al día siguiente cerramos el mes de mayo con otro triunfo, aunque menor de lo que esperábamos. Dos camiones del ejército que avanzaban por el camino fueron atacados por nosotros. Uno huyó, pero destruimos otro. Pudimos provocar grandes bajas en sus filas si el Ñato, en su apresuramiento, no dispara una granada con bala de guerra en lugar de hacerlo con bala de salva. Este incidente provocó una gran explosión que asustó a los militares. Afortunadamente el Ñato resultó ileso, aunque destruyó el tromblón del fusil.

LA BUSQUEDA DE JOAQUIN

Los tres meses de operación militar significaron para nosotros un avance notable: habíamos ocasionado más de 50 bajas al enemigo entre muertos, heridos y prisioneros incluyendo en la lista a tres oficiales de alta graduación. Habíamos ocupado gran cantidad de armamentos, parque, vestuarios y un poco de alimentos. Sin embargo el balance más notable era la desmoralización y falta de combatividad de los soldados, que contrastaba con la agresividad y temeridad de nuestros guerrilleros. Lamentábamos, sin embargo, la pérdida del Rubio y Rolando, el desaparecimiento del Loro y la falta de contacto con nuestra retaguardia y la ciudad.

En estas circunstancias iniciamos nuestro octavo mes en las montañas de Bolivia y el cuarto de combates sostenidos. Pese a las dificultades, el hambre, las enfermedades, la falta de contacto con

la ciudad y el hecho de no encontrar a Joaquín, nuestra moral era alta. La guerrilla era una fuerza agresiva, conciente de su poder y daba golpes tan fuertes al ejército que no le habían permitido reorganizarse, modificar su táctica ni replicarnos con agilidad.

Durante el corto trascurso de la guerra, Che nos dio lecciones de solidaridad humana que se proyectaban incluso, frecuentemente, a los enemigos. Uno de estos hechos sucedió a principios de julio, precisamente el día 3. Estábamos todavía cerca del camino petrolero, donde habíamos chocado con el ejército. Los días anteriores buscábamos agua y comida y nos habíamos devorado un puerco que tenía sabor a manjar. Esa mañana, después de caminar por las márgenes de un arroyo, Che ordenó una emboscada en el camino mencionado, esperando que pasaran camiones del ejército. Pombo debía avisar con un pañuelo amarillo cuando el vehículo entrara a nuestro radio de fuego. Después de cinco horas y media de espera, pasó un camión militar y Pombo hizo la tan ansiada señal. Inexplicablemente para nosotros, Che, que debía abrir fuego contra el vehículo para continuar nosotros disparando, no gatilló su M-2.

Más tarde, para que todos escucháramos, dijo:

—Era un crimen dispararles a esos soldaditos.

La anécdota está relatada en su **Diario** como si fuera un hecho intrascendente. Dice:

A las 14:30 pasó un camión con chanchos que dejamos pasar, a las 16:20 una camioneta con botellas vacías y a las 17 un camión del ejército, el mismo de ayer, con dos soldaditos envueltos en frazada en la cama del vehículo. No tuve coraje para tirarles y no me funcionó el cerebro lo suficientemente rápido como para detenerlo, lo dejamos pasar.

Cuánta diferencia con los oficiales del ejército boliviano y con los propios soldados que asesinaron al Che y a los compañeros que cayeron con él en la quebrada del Yuro. Tal vez los mismos que el Che consideró un crimen matarlos, fueron los que algunos meses después se retrataron sonrientes junto a su cadáver.

La mayoría de los análisis que se hacen sobre el desarrollo de nuestra guerrilla son superficiales y muchas veces frívolos.

32 No se ha investigado suficientemente su desarrollo o sencillamente se han tomado hechos aislados para combatir la teoría del foco.

A pesar de nuestras limitaciones por la búsqueda constante de Joaquín, lo que nos impedía movilizarnos hacia otras zonas más convenientes para que nosotros operáramos, pudimos confirmar que la convivencia con los campesinos lógicamente tendría que ser favorable para nosotros. Lo pudimos comprobar en Moroco, un pequeño poblado en las márgenes del río. Allí llegamos el 19 de junio y ocurrieron hechos que es necesario examinar con detención, pues dan un índice de lo que significa la permanencia de las fuerzas guerrilleras entre la población.

Como era natural, al principio la acogida fue fría. Incluso hubo una buena dosis mezcla de curiosidad y desconfianza. Ese mismo día llegaron al poblado tres individuos armados de revólveres y fusiles máuser que dijeron ser comerciantes en chanchos. No hicimos reuniones ni el mitin que se acostumbra en estos casos para informar a los pobladores de nuestros principios y pedirles su incorporación o solidaridad. Sencillamente nos dedicamos a charlar con ellos, pedirles datos sobre caminos, trillos, antecedentes sobre otros vecinos, etc. Esta conducta familiar nos permitió captar valiosos amigos y allí se produjo nuestro primer reclutamiento: Paulino, un muchacho campesino que tenía allí su familia y conocía toda la zona. A pesar de su juventud (tenía alrededor de 22 años) estaba afectado por la tuberculosis, producto de la mala alimentación y de la vida miserable que llevaba en esa región.

Al día siguiente se produjo un acontecimiento espectacular. Paulino nos informó que los tres «comerciantes» no eran tales sino espías que enviaba el ejército para realizar labores de inteligencia. La valiosa información de Paulino, que a su vez la había recibido de su novia, otra muchacha del poblado, nos permitió detenerlos. Fue una colaboración sumamente importante que nos mostraba las ricas perspectivas que existen cuando el contacto con los campesinos es prolongado. Paulino continuó posteriormente con nosotros y fue enviado a Cochabamba llevando algunos mensajes, los que no llegaron a su destino porque el ejército detuvo al muchacho.

En ese mismo lugar Che trabajó como dentista y se sacó el cariñoso apodo de Fernando Sacamuelas.

Nuevamente empezamos a buscar Río Grande y posteriormente la desembocadura del Rosita para llegar a Samaipata, donde pudiera estar Joaquín, ya que Che le había comunicado que esta era una zona probable de operaciones. Sorpresivamente el día 10 una escuadra nuestra compuesta por Coco, Ñato, Pacho y Aniceto tuvo un choque con el ejército. El acontecimiento se desarrolló así: los cuatro compañeros llevaban la misión de llegar a la casa de un campesino para buscar alimentos e información, cuando se encontraron inesperadamente con los soldados que avanzaban por las márgenes contrarias del río. Inmediatamente se intercambió un tiroteo nutrido con un inmenso gasto de parque por parte de los nuestros. Posteriormente se retiraron Ñato y Aniceto y luego lo hicieron Coco y Pacho. No tuvimos noticias de bajas en las filas enemigas hasta que dos días después los noticiarios radiales anunciaban que habíamos muerto a un soldado y herido a otro.

Aunque no habíamos sufrido ninguna baja, el ejército en sus partes oficiales anunciaba mi muerte y la de otros dos compañeros no identificados. Esta era una simple maniobra de carácter psicológico para disminuir en parte el impacto de nuestros golpes, el efecto desastroso para ellos que estaba causando en la opinión pública. Por eso, mientras nosotros llegamos de nuevo al Río Grande y luego al Rosita en busca de nuestra retaguardia con la cual habíamos perdido contacto desde hacía casi tres meses, el ejército desviaba una parte de sus recursos a las tareas represivas en las minas. Aunque no nos informamos por las emisoras bolivianas que estaban censuradas, una radio argentina dio la noticia de la masacre de San Juan en las minas del Siglo XX con un saldo de 87 víctimas. En esta forma, el gobierno lacayo del gorila Barrientos pretendía acallar el clamor de las peticiones obreras y los signos evidentes de apoyo de este sector hacia nuestra lucha. Esta acción demostraba, indudablemente, la debilidad del régimen. Nosotros adquiríamos más conciencia de que un grupo pequeño de hombres de vanguardia es capaz de destruir los cimientos de una sociedad corrompida en un tiempo infinitamente menor que todo el esfuerzo que emplean los politiqueros en conciliaciones, componendas y reformas sin importancia que frustran finalmente al pueblo.

En esta ocasión el Che hizo un llamado a los mineros (el comunicado no. 5) instándolos a unirse a la lucha guerrillera y explicando

34 las verdaderas tácticas de lucha que debe adoptar el pueblo. Ese manifiesto fue conocido sólo después de su muerte.

Dos días más tarde, el 26, chocamos nuevamente con el ejército. Estábamos acampados en Piray en las faldas del río Durán. Che había ordenado una emboscada mientras otro grupo de compañeros iba a buscar alimentos al pequeño pueblito de Florida. Alrededor de las cuatro y media de la tarde, envió de relevo a Pombo, Arturo, Nato y Tuma, con el objeto de que descansaran Miguel y la gente de la vanguardia. En los momentos de llegar se sintió un fuerte tiroteo. Tendidos en la arena había cuatro soldados, aunque no todos estaban muertos. El ejército estaba desplegado al otro lado del río totalmente seco, ocupando buenas posiciones. Che llegó a ocupar su posición de combate; se situó al lado de Benigno y dio orden de que los compañeros de relevo, que ahora se convertían en refuerzos, se colocaron en el flanco en que estaba Miguel. Sentimos unos gajos quebrarse, por lo que supusimos que el ejército se estaba replegando. Un ruido de camión nos indicó que llegaban refuerzos al enemigo. Inmediatamente se inició el tiroteo que nos sorprendió en una zona sin buena defensa. Pombo fue herido en un pie con una bala de ametralladora 30. Posteriormente, Che dio la orden de retirada. Cuando se cumplían estas instrucciones se conoció la noticia de que Tuma había sido herido en el vientre. Rápidamente fue trasladado a una de las casas de Piray, a varios kilómetros de la emboscada. Moro lo anestesió y empezó la operación, pero Tuma o Tumaini, como le decíamos cariñosamente, no alcanzó al término de la intervención. Tenía el hígado destrozado y una serie de perforaciones intestinales.

Ese fue un día de dolor intenso para nosotros. Se perdía uno de los mejores compañeros, el más alegre, un combatiente ejemplar y querido. Sobre él escribió el Che:

Con él se me fue un compañero inseparable de todos los últimos años, de una fidelidad a toda prueba y cuya ausencia siento desde ahora casi como la de un hijo. Al caer pidió que se me entregara el reloj, y como no lo hicieron para atenderlo, se lo quitó y se lo dio a Arturo. Ese gesto revela la voluntad de que fuera entregado al hijo que no conoció, como había hecho yo con los relojes de los compañeros muertos anteriormente. Lo llevaré toda la guerra.

Pombo que estaba herido, sintió la muerte de Tuma como si fuera el familiar más querido. Se habían prácticamente criado juntos, combatiendo juntos en la guerra de liberación de Cuba, habían participado juntos en el Congo y ahora la muerte los separaba en Piray.

Esa misma tarde se tomó prisioneros a dos nuevos espías, uno de ellos oficial de carabineros; luego de advertirles cuáles eran las normas de la guerra y de amenazarlos con una sanción severa si se les volvía a sorprender en esa actitud, fueron dejados en libertad, pero en calzoncillos. Por una mala interpretación de una orden del Che en el sentido de que fueran despojados de todo lo que servía, se les quitó la ropa. Cuando el Che conoció esta acción se indignó, llamó a los compañeros que la habían realizado y les dijo que a los seres humanos había que tratarlos con dignidad, que no se les debía ocasionar humillaciones ni vejaciones gratuitas. A su lado estaba el cadáver de Tuma.

El mes de julio estuvo jalonado de acontecimientos guerreros, mientras la crisis del gobierno del gorila Barrientos era aguda. Al mismo tiempo teníamos las primeras noticias de Joaquín a través de distintas informaciones radiales que anunciaban combates entre fuerzas guerrilleras y el ejército, lejos del lugar donde estábamos situados nosotros. Por esa razón decidimos dirigirnos a Samaipata, lugar que como habíamos anticipado estaba acordado como zona de operaciones con Joaquín. Nuestro plan inmediato era tomar el pueblo incluido el cuartel de policía, comprar alimentos y medicinas, especialmente las que hacían falta al Che para el asma. Primero pasamos por Peña Colorada, una zona muy poblada que nos recibió con poco entusiasmo y luego nos reagrupamos en Alto de Palermo. Para llegar a Samaipata decidimos apoderarnos de un vehículo adecuado. Paramos varios, pero uno intentó fugarse por lo que nos vimos obligados a dispararle en las gomas. Posteriormente partieron en un camión a cumplir esta misión Pacho, Coco, Ricardo, Julio, Aniceto y Chino.

Nuestra escuadra llegó primero a una pequeña fuente de soda donde tomaron unos refrescos. Dos carabineros que entraron a ver lo que sucedía fueron tomados presos y desarmados.

Más tarde llegó al lugar un teniente de apellido Vacaflor, que también fue tomado prisionero. Mientras el Chino, Julio y Aniceto se quedaban custodiando a los dos carabineros presos y cumplían el

36 objetivo de buscar medicina, el resto de la escuadra se dirigió con el teniente al cuartel para tomarlo. El oficial dio la contraseña y la puerta se abrió sin dificultad. Inmediatamente entraron Ricardo, Pacho y Coco capturando a algunos soldados, mientras otros hacían resistencia. Incluso uno disparó sobre Pacho, pero Ricardo que estaba atento lo salvó empujándolo. Este fue el único que presentó combate hasta lo último, por lo que fue necesario dispararle, muriendo inmediatamente.

Nuestro botín fue 9 soldados capturados, uno muerto, una ametralladora BZ-30 y 5 máuser. La acción se realizó en presencia de todo el pueblo y una cantidad de viajeros que se encontraban allí, de manera que tuvo una repercusión enorme. Los presos fueron dejados en la carretera a un kilómetro del pueblo. Además se compró alimentos y se obtuvieron medicinas, aunque ninguna servía para el asma.

Entre el material que requisamos estaba un mapa con toda nuestra ruta trazada y se preveía una posible salida hacia la carretera. Después de esta operación relámpago nos retiramos. Los días siguientes caminamos en dirección a Florida. En el transcurso de la marcha escuchamos por radio la noticia de dos acciones guerreras: una en el Dorado entre Samaipata y Río Grande y otra en Iquirá. En ambas se anunciaba que por parte nuestra habían ocurrido bajas. Inmediatamente nos dimos cuenta de que el grupo que estaba combatiendo era el de Joaquín. Paralelamente las emisoras anunciaban una crisis que afectaba la base de sustentación política del gobierno, con el retiro del PRA y del PSD del llamado «Frente de la revolución», que sostenía al gorila Barrientos. Al mismo tiempo se escucharon unas lastimeras declaraciones de éste, rogando que lo dejaran terminar su período presidencial. Fue en ese momento cuando Che dijo, conversando con un grupo de nosotros, que era una lástima que no hubiese cien hombres más en la guerrilla, para acelerar la descomposición del régimen.

Al terminar el mes escuchamos noticias de otras dos acciones militares de Joaquín, y al mismo tiempo chocamos dos veces con el ejército. El 27 estábamos preparándonos para buscar un camino que eludiera Moroco donde, según las informaciones que nos habían dado campesinos, había gran cantidad de soldados, cuando Willy anunció que un grupo de soldados estaba entrando en la emboscada que teníamos tendida. En el lugar se situaron Chapaco, Willy, León,

Arturo, Ricardo, Chino, Eustaquio, Aniceto y yo. Los soldados caminaban lentamente y casi con descuido. Hicieron algunas señales y luego dispararon tres tiros de mortero. Como no hubo respuesta siguieron avanzando. Eran solamente ocho porque el resto se había quedado rezagado. Cuando estuvieron cerca disparamos matando a cuatro de ellos. El resto huyó por el monte. Inmediatamente organizamos nuestra retirada sin quitarle las armas ni el equipo porque esto significaba arriesgar innecesariamente a hombres nuestros y seguimos. Dos días más tarde, volvimos a chocar, pero en condiciones diferentes. Estábamos en las márgenes del Rosita, a una hora de camino de la desembocadura del Suspiro. Eran aproximadamente las 4:30 de la mañana. Che no había dormido en toda la noche afectado por el asma. Miguel estaba despierto para hacer el cambio de posta y Moro calentaba café cuando éste último vio la luz de una linterna en la orilla del río. Moro preguntó:

—¿Oiga, quién es?

Desde la orilla le contestaron:

—Destacamento Trinidad.

Che oyó todo el diálogo, pues estaba en la improvisada cocina. Inmediatamente nuestros compañeros dispararon. A Moro se le encasquilló el M-2, pero Miguel lo protegió con su garand. Che ordenó entonces la formación de una línea de defensa. Los soldados estaban ocultos en un pequeño barranco. Benigno les tiró una granada que cayó en el agua. El ruido de la explosión los asustó de tal manera que corrieron despavoridos. Esto permitió que les disparáramos con facilidad. Miguel, que era hombre audaz, llegó hasta donde estaba uno de los soldados heridos, le quitó su M-1, su canana y lo interrogó logrando obtener valiosa información: eran 21 hombres que se dirigían hacia Abapó, y en Moroco, el lugar que estábamos eludiendo, estaban apostados 50 soldados.

En esta emboscada cometimos varios errores. Los caballos que teníamos con nosotros se cargaron con mucha lentitud. Mas todo fue un exceso de confianza en nuestra capacidad y un desprecio por el poder del enemigo.

Un compañero se retrasó probándose un par de botas nuevas. A otro se le cayó la carga de frijoles. Un caballo se espantó y se perdió con un mortero, algunos fusiles, ropa, etc. Así nos cogió la claridad. Los

38 soldados se repusieron de la sorpresa, recibieron refuerzos de Moroco, se reagruparon y nos persiguieron. Cruzamos por un chaco donde estaba la hermana de uno de los campesinos que nos había ayudado. La mujer, con cariño y mucha serenidad a pesar del tiroteo que era intenso, nos informó que todos los campesinos de Moroco habían sido apresados y conducidos a la Paz. Nos vendió una lata de leche y nos ofreció gallinas. Actuaba con una tranquilidad pasmosa a pesar de que los soldados estaban ya cerca de nosotros y nos disparaban con fuego sostenido.

Al cruzar por uno de los vados, el caballo del Che resbaló y cayó pero Coco, Julio y Miguel hicieron una línea de defensa para impedir que el ejército concentrara el fuego sobre él. Más tarde resbaló Julio, los soldados gritaban alborozados:

—Lo tumbamos, lo tumbamos. . .

Nuestro grupo cruzó a todo galope el vado, pero no lo pudo hacer más tarde una parte de la vanguardia (Pacho, Aniceto y Raúl) y la retaguardia, donde estaba Ricardo.

Al cruzar el vado fue herido Ricardo; Pacho y Raúl se lanzaron al rescate. Raúl cayó muerto con un tiro en la boca y Pacho fue herido con un disparo penetrante en las nalgas que le comprometió levemente los testículos. Pacho se parapetó detrás del cuerpo ya sin vida de Raúl y logró silenciar una ametralladora. Arturo y otros compañeros rescataron a Ricardo, lo colocaron en una hamaca, pero desgraciadamente el plasma se perdió en la mochila de Willy. A pesar de todos los esfuerzos que hizo el médico, Ricardo murió en la noche.

Dos nuevas bajas:

Raúl era un compañero muy callado, que nunca hacía preguntas, disciplinado, pero en general, no se destacaba del resto. El día del combate, sorprendió a todos con su comportamiento temerario y heroico. Su magnífica y necesaria solidaridad con un compañero herido lo llevó a la muerte. El respeto que por él teníamos se acrecentó.

Ricardo o Papi, como cariñosamente lo llamábamos todos, fue el hombre que tuvo el peso de la preparación previa del foco guerrillero. Querido por los compañeros bolivianos, respetado por los cu-

banos y peruanos que estaban combatiendo allí, no podíamos abandonarlo en un momento tan doloroso. Por eso, porque la guerrilla desarrolla hondamente los sentimientos fraternales entre los hombres, hubo actos de arrojo tan maravillosos para salvarlo como los de Raúl, Pacho y otros compañeros.

El mes de agosto fue el mes malo para nosotros. Nuevamente volvimos a las márgenes del Río Grande con la esperanza de encontrar a Joaquín. Las emisoras locales estaban anunciando cada vez con mayor frecuencia encuentros entre guerrilleros, que no éramos nosotros, y soldados. En este período pasamos mucha hambre y una sed torturante a tal extremo que algunos compañeros tomaron sus orines para saciarla. Esta acción les provocó una serie de trastornos intestinales. Para peor, Moro, nuestro médico, enfermó de lumbago, una afección tan dolorosa que prácticamente lo dejó inmovilizado. Por lo tanto hubo que prestarle a él los mayores cuidados.

Por otra parte afloraron en Camba los primeros síntomas de cobardía y me planteó que quería abandonar la lucha pues «sus condiciones físicas no le permitían seguir». Agregó que no le veía mayores perspectivas a la guerrilla. El pretexto de su incapacidad física era falso, pues Camba había demostrado ser un hombre de mucha fortaleza. Simplemente tenía miedo y quería desertar. Las perspectivas negativas de la lucha eran otro pretexto vergonzoso. Le comuniqué a Che esta situación y él conversó con Camba, advirtiéndole que no podía salir hasta que nuestra pequeña columna concluyera la ruta que ya se había dado a conocer. Camba aceptó.

El 26 tuvimos el único choque con el ejército durante ese mes. Teníamos planificada una emboscada en Río Grande; los soldados, que ya mostraban más preparación, se dividieron en dos grupos y tomaron una serie de precauciones que antes habían desestimado, por ejemplo, en la escuadra de siete hombres, cinco se colocaron río abajo y dos se dispusieron a cruzar frente a nosotros. Antonio, que estaba frente a la emboscada, se precipitó errando en el tiro. Los dos huyeron en busca de refuerzos y los otros cinco corrieron a saltos por la playa. Con Coco le propusimos a Che que nos dejara ir hasta la otra orilla y tratar de tomar prisioneros a los soldados, pero éstos se parapetaron y nos rechazaron.

Hubo días duros, tensos, de relajamiento de la moral en los que se necesitaba una voluntad fuerte y una conducción política firme

40 y respetada. Sin estas últimas condiciones la desintegración de nuestra columna era factible. Allí surgió una vez más con toda su grandeza, el espíritu del Che, su carácter de jefe íntegro, indiscutido, seguro en el mando, claro de sus concepciones, rápido en sus decisiones, tajante para liquidar cualquier síntoma de descomposición, y decidido a llegar hasta el final en la defensa de sus ideales.

Nunca como entonces tuvo tanto valor su histórico, preciso y categórico llamado a definirse como hombre revolucionario:

Es uno de los momentos —dijo el 8 de agosto— en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres; los que no puedan alcanzar ninguno de estos dos estadios deben decirlo y dejar la lucha

Los hombres que continuaron la lucha a su lado no sólo acentuaron su cariño y admiración por este jefe excepcional, sino que además se comprometieron, cualesquiera que fueran las circunstancias, a vencer o morir por sus ideales, que en estos momentos catalizan a hombres y mujeres de todo el mundo.

Aunque lo ignoramos en ese momento y sólo nos dimos cuenta días más tarde, todo el resto del grupo de Joaquín cayó en la emboscada del Vado del Yeso, el 31 de agosto, delatados en forma miserable por el campesino Honorato Rojas. El ejército esperó pacientemente que Rojas los llevara hasta la trampa y cuando estaban vadeando el río los asesinaron por la espalda. Allí se extinguió heroicamente la vida de Tania; la mujer, guiada por sus ideales revolucionarios y la admiración que tenía por el Che, trabajó pacientemente dos años en Bolivia preparando el terreno para nuestro trabajo final y luego empuñó el fusil para luchar por la libertad de nuestro pueblo. Tania, con la leyenda de mitos y realidades que mundialmente han tejido en torno a ella, entró en la historia continental como una heroína.

La muerte de Joaquín y de nuestra retaguardia que en sí era sólo una escuadra sin capacidad combativa por la forma en que estaba integrada, con la cual operamos sólo un mes y estuvimos separados cuatro meses, fue un golpe de suerte para el ejército. Uno o dos días antes de la emboscada, nosotros con el Che a la cabeza llega-

mos hasta uno de los lugares donde había acampado este compañero. Las huellas estaban frescas aún.

Los antecedentes que hemos reunido más tarde nos permiten conocer que Joaquín y su escuadra sufrieron indecibles penurias, hambre, angustia, nos buscaron tanto como nosotros a ellos. Sin embargo, nunca desmayaron, su moral se mantuvo alta, decididos a morir por nuestros ideales antes que entregarse, fieles a la consigna creada por el Che de ¡VICTORIA O MUERTE!

Aunque sólo teníamos 22 hombres, uno de los cuales —el médico— estaba en malas condiciones, Camba era un desertor que estaba aterrizado y sólo nos acompañaba por la fuerza de las circunstancias y León nada nos había dicho que estaba «rajado», nuestro pequeño ejército se hacía respetar, mantenía su actitud agresiva y estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias.

El Che nuevamente reinició con fuerza su educación sobre nuestro grupo, especialmente para mejorar algunas debilidades que se estaban notando. Sus charlas, retos, o «descargas», como él las llamaba, tenían a veces el carácter de consejo de padre a hijo y en otra era enérgico y duro, como correspondía a las circunstancias. También sabía ser tierno especialmente cuando se acordaba de su familia o de los compañeros que formaron parte de su vida militar como Tuma o Rolando. Un día recordándose de sus hijos, nos contó con un sentimiento de cariño y nostalgia la última conversación que había sostenido con su hija Celita.

Próximo a partir definitivamente de Cuba fue a su casa para ver por última vez a los niños y despedirse de ellos. Como es natural, iba caracterizado de Ramón, el hombre maduro con facha de comerciante que recorría buena parte del mundo burlando la vigilancia de la CIA. Su disfraz era tan bueno que no lo reconoció ni la posta que estaba en su casa ni su hija. Che la tomó en sus brazos, después la sentó en las piernas y le acarició la mano. La niñita le dijo a Aleida, su esposa que presenciaba la escena:

—¡Mamá, este viejucu me quiere enamorar!

Che no demostraba dolor cuando contaba esta anécdota, aunque su voz denotaba una gran ternura. Nosotros comprendíamos cuánto significaba para él esa frase de su hija querida, a la que ni siquiera le podía dar un adiós como lo hace cualquier padre en una situación similar.

42 La misma ternura demostraba para los compañeros guerrilleros y éstos retribuían su afecto y admiración sin dobleces, como una entrega total. Precisamente por esos días, Che se había autocastigado como ayudante de cocina, porque se le había mojado el fusil al cruzar un vado. Al cruzar de nuevo el Río Grande se le perdieron los zapatos. Inmediatamente el Ñato, que era hombre que resolvía todos los problemas menudos que se presentaban, le fabricó un par de abarcas de cuero, enteramente cerradas. Estos zapatos caseros fueron los que despertaron curiosidad y comentarios el día de su muerte en el Yuro y luego en Vallegrande. Así impidió el Ñato que Che caminara descalzo. Cualquiera de nosotros le habría dado los zapatos, pero estoy seguro de que el Che habría rechazado violentamente este gesto. A su vez, Che retribuía este afecto con una serie de actitudes que nosotros valorábamos. Por ejemplo, el 17 de setiembre, en los días que teníamos menos comida y nuestra situación no era buena, ordenó cocinar arroz, un plato de lujo, para celebrar el 22 cumpleaños de Pablito, compañero de gran valor y el más joven de todos los guerrilleros. Igualmente había celebrado el cumpleaños de Benigno el 6 de setiembre.

LA EMBOSCADA DE LA HIGUERA

Setiembre fue mes de combates, de pérdidas humanas valiosas, de largas caminatas y privaciones, de promisorios contactos con los campesinos, de altibajos en la moral de la tropa y en el que se empieza a vislumbrar la pérdida definitiva de Joaquín y su grupo.

El 2 fue nuestra primera escaramuza que pudo tener un saldo netamente favorable para nosotros si no ocurre un hecho que relataremos sólo con el objeto de transmitir experiencias que pueden servir en el futuro.

Chino estaba de posta con Pombo cuando vio un soldado a caballo. En lugar de disparar, gritó:

—¡Un soldado!

Naturalmente el soldado fue alertado disparando en forma instantánea hacia el lugar de donde había surgido el grito. Mientras Chino manipulaba su arma, Pombo fue más rápido y disparó varias veces matando al caballo.

El soldado huyó.

Al día siguiente una escuadra nuestra integrada por Benigno, Pablito, Coco, Julio, León y yo chocó con unos 40 soldados en el Masicurí, en la casa de un latifundista.

El encuentro ocurrió sorpresivamente. Estábamos discutiendo con el encargado de la casa y la mujer de éste cuando aparecieron los soldados. Al vernos se replegaron y tendieron un semicírculo. Inmediatamente empezaron a dispararnos. Les replicamos con fuego sostenido y por lo menos vimos caer a uno de ellos. Sin embargo, no pudimos llevar alimentos y nos retiramos.

El día 6 —cumpleaños de Benigno— hubo otra escaramuza. Una patrulla casi nos sorprende por descuido de la vanguardia, pero después de un breve tiroteo no pasó nada y nos fuimos tranquilamente.

Los días siguientes fueron de caminatas constantes en las que observamos con preocupación que la enfermedad de Moro, nuestro médico, se agravaba constantemente y sufría de intensos dolores. Che lo cuidaba con dedicación y se esmeraba en crearle las mejores condiciones para aliviar, aunque fuera levemente, su mal. Por otra parte, él mismo era aquejado por nuevos ataques de asma y carecía de medicinas para controlarlos.

El 22 de setiembre llegamos a Alto Seco, un villorrio de unas 50 casas modestas con pésimas condiciones de higiene. Sin embargo, el pueblito tiene cierta importancia. En el centro hay una plazuela, una iglesia y una escuela; también tiene un camino de tierra por el cual pueden llegar algunos vehículos motorizados. Inmediatamente supimos que el corregidor había acudido presuroso a Valle Grande, a dar cuenta al ejército de nuestra presencia.

La reacción de la población fue interesante. Los habitantes no se retiraron del lugar. Lentamente se fueron acercando a nosotros, con gran desconfianza. Su temor, porque existía temor, no era a los guerrilleros propiamente, sino a la perspectiva de que se combatiera en el pueblo, o las represalias que pudiera tomar el ejército contra sus habitantes.

Es preciso destacar que por primera vez se realizó un mitin en el local de la escuela, a la que acudieron asombrados campesinos que guardaron silencio y escucharon con atención. El primero en hablar fui yo. Explicué cuáles eran nuestros objetivos, les recalqué sus du-

44 ras condiciones de vida, el significado de nuestra lucha y su importancia para el pueblo, ya que de nuestro triunfo dependía que la suerte de ellos cambiara positivamente. Por primera vez habló también a los habitantes del lugar el Che, aunque nadie lo reconoció. Che explicó el abandono en que permanecía el pueblo, la explotación de que eran víctimas los campesinos del lugar, y dio varios ejemplos. Entre ellos destacó que Alto Seco sólo tenía un pozo anti-higiénico para abastecer de agua a los vecinos. «Acuérdense —les dijo— que después de nuestro paso por aquí, recién se acordarán las autoridades de que ustedes existen. Entonces les ofrecerán construir algún policlínico, o mejorar algunos aspectos. Pero ese ofrecimiento se deberá única y exclusivamente a la presencia nuestra en esta zona y, si alguna obra realizan, ustedes sentirán, aunque indirectamente, el efecto beneficioso de nuestra guerrilla.»

Este fue el único mitin que realizamos en toda la guerra; nuestra propaganda en el campo la dieron nuestros exitosos combates; el trato permanente entre guerrilleros y campesinos hace el resto.

En los días siguientes recorrimos Santa Elena y Loma Larga hasta llegar a Pujío, el 25. Nuevamente la curiosidad y desconfianza al principio, para luego recibir un trato cordial. La gente se nos acercó hasta tomar confianza con nosotros.

Dos hechos caracterizaban nuestra situación: Moro seguía mal y estaba muy débil; Camba estaba francamente «rajado». En esta oportunidad el Che y yo hablamos con él para decirle que esa misma noche se afeitara y cambiara de ropa, para que luego pudiera buscar una salida sin que lo detectara el ejército. Camba dijo que todavía no era necesario, y que seguiría con la columna hasta que cambiara de rumbo con el objeto de que él pudiera llegar con relativa facilidad a Santa Cruz.

Esa noche dormimos a la vera del camino.

El camino entre Pujío y Picacho realizado en la madrugada del 26 lo hicimos sin inconvenientes. La población nos trató bastante bien. Incluso dos viejitas campesinas invitaron a Julio y Coco a dormir en la casa y les regalaron varios huevos. Por razones obvias de seguridad, ambos compañeros no aceptaron tan acogedor y generoso ofrecimiento. Estos actos de solidaridad, indudablemente, confortaban. Demuestran también que el campesinado no es tan impermeable

ble en su trato con el guerrillero y que con una labor regularmente sostenida es fácil captarlo y movilizarlo como auxiliar importante en las tareas combativas hasta su total integración.

Muy temprano llegamos a Picacho. La población estaba de fiesta y nos trató bastante bien. Nos invitaron a chicha y algunos bocados; menudearon los abrazos para despedirnos; el Chapaco dijo algunas palabras en un brindis.

Decidimos seguir la marcha. Nuestro próximo punto era La Higuera. Como era de esperarlo, nuestra presencia estaba totalmente detectada. Coco se incautó de un telegrama que había en casa del telegrafista, donde el subprefecto de Valle Grande comunicaba al corregidor de ese lugar la presencia de fuerzas guerrilleras en la zona.

Pocos minutos más tarde se libraría el más negativo de nuestros combates.

Durante los últimos días la enfermedad de Moro había recrudecido. El 26 su salud continuaba siendo mala, y esta era otra de las preocupaciones más serias del Che. Tal vez era la presión más grave, puesto que las noticias de las emisoras sobre Joaquín, aunque todavía fragmentarias, permitían suponer que el grupo estaba definitivamente perdido. Ello significaba que terminaba la búsqueda en círculo y que la columna se desplazaría hacia otra zona de operaciones.

A las 13 horas de ese día salió la vanguardia para tratar de llegar a Jagüey. Después de media hora, cuando el centro y la retaguardia se aprestaron para alcanzarlos, se escuchó fuego nutrido a la entrada de La Higuera.

Che organizó inmediatamente la defensa del poblado para esperar a la vanguardia. Nadie dudó en ese instante de que los nuestros habían caído en una emboscada, por eso esperamos nerviosos y tensos las primeras noticias.

El primero en regresar fue Benigno, con un hombro atravesado por una bala, la misma que había matado a Coco. Luego lo hicieron Aniceto y Pablito, este último con un pie dislocado. También habían muerto en la emboscada Julio y Miguel.

46 El combate fue ligero y desigual. El ejército, con un gran poder de fuego y un número aplastante de hombres, había atacado sorpresivamente a nuestros combatientes en una zona sin ninguna defensa natural, totalmente desprovista de vegetación; podían dominar desde el firme en que se encontraban una vasta extensión de terreno con armas de grueso calibre.

Miguel fue muerto casi instantáneamente; Coco quedó mal herido. El resto de los compañeros peleó heroicamente tratando de rescatarlo, dando una hermosa prueba de solidaridad. Cuando Benigno arrastraba su cuerpo sangrante, una ráfaga de ametralladora lo remató y una de las balas hirió a Benigno; otro rafagazo mató a Julio.

Coco y yo éramos —si así cabe decirlo— más que hermanos. Camaradas inseparables de muchas aventuras, juntos militamos en el Partido Comunista, juntos sentimos el peso de la represión policial en muchas oportunidades y compartimos la cárcel, juntos trabajamos en Tipuani, juntos recorrimos el Mamoré, aprendimos agricultura y pasamos largas jornadas cazando caimanes, juntos ingresamos a la guerrilla. En esta nueva aventura no lo veré a mi lado, pero siento su presencia, exigiéndome cada vez más.

Un día conversando en el monte, a propósito de la muerte de Ricardo que produjo un fuerte impacto en su hermano Arturo, Coco me dijo:

—No quisiera verte muerto, no sé cómo me comportaría. Afortunadamente creo que si alguien muere primero, ése seré yo...

Coco era un hombre muy generoso, capaz de emocionarse y llorar como un hombre por un ser querido, como lo hizo el día que murió Ricardo.

Yo no lo vi morir. Tampoco derramé una lágrima, por una cuestión de carácter, me cuesta mucho llorar. Pero no por eso el dolor, el sentimiento y el afecto por un hombre tan querido es menos intenso. Coco, Julio y Miguel, compañeros de jornadas heroicas, alcanzaron el escalón más alto de la especie humana y se graduaron de hombres y de guerrilleros, como lo hicieron antes Joaquín, Tania, Rolando, Marcos, Tuma, Rubio, Aniceto y tantos otros compañeros queridos.

Por eso el Che, que no era partidario de prodigar elogios, dijo de ellos: «Nuestras bajas han sido muy grandes esta vez; la pérdida más sensible es la de Coco, pero Miguel y Julio eran magníficos luchadores y el valor humano de los tres es imponderable.»

EL YURO

La emboscada de La Higuera marcó una nueva etapa, angustiosa y difícil para nosotros. Habíamos perdido tres hombres y, prácticamente, no teníamos vanguardia. El médico seguía mal y la columna estaba reducida a solo 17 guerrilleros desnutridos por la prolongada carencia de proteínas, lo que, naturalmente, influía en la capacidad combativa. Definido ya el problema de Joaquín, los próximos pasos del Che se orientaban a buscar otra zona de operaciones donde el terreno nos fuera más favorable. Teníamos necesidad inmediata de contactarnos con la ciudad, para solucionar problemas logísticos y recibir refuerzos humanos; puesto que nuestras fuerzas se habían desgastado, sin que hubiésemos podido remplazar a los hombres que habían caído. Sin embargo, era previo romper dos cercos, uno que estaba rondando casi nuestras propias narices y el otro que había dispuesto el ejército y que habíamos conocido a través de filtraciones periodísticas dadas a conocer por emisoras argentinas y chilenas. Para nadie era un misterio que nuestra presencia estaba claramente detectada y así lo anunciaban también las informaciones de carácter internacional, aunque las emisoras locales, silenciadas por el régimen, daban solamente una información muy general.

Entre el 27 de setiembre y el 1 de octubre permanecimos ocultos aunque algunos compañeros realizaban exploraciones para buscar una salida adecuada por los «firmes», que nos permitiera eludir las fuerzas enemigas. Nuestra ración se redujo considerablemente y sólo consistía en tres cuartos de una pequeña lata de sardinas, y una cantimplora de agua para todo el día. Para peor el agua era amarga. Pero no había más y la mandábamos a buscar en la noche o cuando aún estaba oscuro en la madrugada. Dos compañeros cargaban todas las cantimploras, bajaban tomando toda clase de precauciones y borraban los rastros.

48 Hasta el día 30 los soldados, en gran cantidad y perfectamente equipados, pasaban frente a nosotros sin detectarnos. El 1 de octubre empezamos a movernos con un poco más de rapidez y después de varios días de privaciones, comimos unas frituras que cocinó Chapaco y Che ordenó que se repartiera un poco de charqui frito. Para que el fuego no fuera detectado por los soldados lo protegimos con frazadas.

Las emisoras, por otra parte, empezaron a dar mayores informaciones entre las cuales resaltaban las delaciones de Camba y León, que habían desertado el 26 y los cambios de los puestos de avanzada del Estado Mayor del ejército. Nuestras caminatas se realizaban extremando las precauciones, aunque a veces pasábamos por lugares algo poblados a plena luz del día. Así llegamos al 8 de octubre.

La tarde anterior habíamos cumplido once meses desde que el Che ingresó al monte en Bolivia y hasta ese momento el balance no era precisamente desfavorable a nosotros. El ejército sólo nos había dado un golpe grave, el de La Higuera, que por otra parte fue casual. Todo lo demás era un saldo positivo, puesto que, a pesar de lo reducido de nuestras fuerzas, habíamos capturado cerca de un centenar de soldados, incluyendo oficiales de alta graduación, habíamos puesto fuera de combate a otra gran cantidad de enemigos y nos habíamos incautado de diversas armas y de mucho parque.

Era imprescindible, como nueva fase táctica, romper el cerco para llegar a la nueva zona de operaciones, donde podríamos dar combate imponiendo nuestras condiciones al enemigo, y al mismo tiempo contactarnos con la ciudad, cuestión importante en este período para reforzar nuestra columna.

Cualquiera que lea el **Diario** del Che, aunque estos sólo son apuntes de tipo personal donde se reflejan más los aspectos negativos con el objeto de analizarlos para corregirlos más tarde, se podrá dar cuenta de que en ningún momento denotaba desesperación o pérdida de fe, a pesar de los muchos momentos angustiosos por los que pasamos. Por eso, al resumir los once meses de operaciones Che sintetiza su pensamiento diciendo que han pasado «sin complicaciones, bucólicamente».

La madrugada del 8 de octubre fue fría. Los que teníamos charmarra nos la colocamos. Nuestra marcha era lenta, porque el Chino

caminaba muy mal de noche y porque la enfermedad de Moro se acentuaba. A las dos de la mañana paramos a descansar y reanudamos nuestra caminata a las cuatro. Éramos 17 figuras silenciosas que avanzábamos mimetizándonos en la oscuridad por un cañón angosto llamado el Yuro.

La mañana se descargó con un sol hermoso que nos permitió observar cuidadosamente el terreno. Buscábamos una cresta para dirigirnos luego al río San Lorenzo. Las medidas de seguridad se extremaron, especialmente porque la garganta y los cerros eran semi-pelados, con arbustos muy bajos, lo que hacía casi imposible ocultarse.

Che decidió entonces enviar tres parejas de exploradores: una por el cerro hacia la derecha, integrada por Benigno y Pacho; otra por el cerro hacia la izquierda, integrada por Urbano y otro compañero, y la tercera hacia adelante a cargo de Aniceto y Darío. Pronto regresaron Benigno y Pacho; la información no resistía duda: los soldados estaban cerrando el paso. El problema era saber si nos habían detectado o no.

¿Qué perspectiva nos quedaba?

No podíamos volver atrás, el camino que habíamos hecho, muy descubierto, nos convertía en presas fáciles de los soldados. Tampoco podíamos avanzar, porque eso significaba caminar derecho a las posiciones de los soldados. Che tomó la única resolución que había en ese momento. Dio orden de ocultarse en un pequeño cañón lateral y organizó la toma de posiciones. Eran aproximadamente las 8 y 30 de la mañana. Los 17 hombres estábamos sentados al centro y en ambos lados del cañón esperando.

El gran dilema del Che y de nosotros era saber si el ejército había descubierto nuestra presencia o si sus posiciones eran simplemente una maniobra táctica que correspondía al cerco que nos estaba teniendo desde hacía varios días.

Che hizo un análisis rápido; si los soldados nos atacaban entre las 10 de la mañana y la una de la tarde estábamos en profunda desventaja y nuestras posibilidades eran mínimas, puesto que era muy difícil resistir un tiempo prolongado. Si nos atacaban entre la una y las tres de la tarde teníamos más posibilidades de neutralizarlo. Si el combate se producía a las tres de la tarde hacia ade-

50 lante las mayores posibilidades eran nuestras, puesto que la noche caería pronto y la noche es la compañera y aliada del guerrillero.

A las 11 de la mañana, aproximadamente, fui a remplazar a Benigno a su posición, pero éste no bajó y se quedó ahí tendido, porque la herida en el hombro le había supurado y le dolía mucho. Definitivamente nos quedaríamos allí Benigno, Darío y yo. En el otro extremo de la quebrada estaban Pombo y Urbano, y en el centro el Che con el resto de los combatientes.

Aproximadamente a las 13 y 30, Che envió al Ñato y Aniceto a remplazar a Pombo y Urbano. Para cruzar hacia esa posición debíamos atravesar un claro que era dominado por el enemigo. El primero en intentarlo fue Aniceto, pero una bala lo mató.

La batalla había comenzado. Teníamos la salida cerrada. Los soldados gritaban:

—Cayó uno, cayó uno. . .

En la misma garganta estrecha, en una posición que ocupaban los soldados, se escuchaba el tableteo regular de ametralladoras que, al parecer, estaban cubriendo el camino por el que habíamos venido la noche anterior.

La posición nuestra quedaba frente a una facción del ejército y a la misma altura, de manera que podíamos observar sus maniobras sin que ellos nos detectaran. Por eso sólo tirábamos cuando ellos hacían fuego, para no delatarnos. Por su parte, el ejército creía que los disparos nuestros sólo partían desde abajo, o sea, desde la posición en que se encontraba el Che.

La situación más difícil era la de Pombo y Urbano. Ocultos detrás de una roca recibían fuego ininterrumpido. No podían salir de allí porque al cruzar el claro podían liquidarlos con suma facilidad, como lo hicieron con Aniceto. Con el objeto de obligarlos a salir de esa trinchera natural, el enemigo les disparó un granadazo; la explosión levantó una gran polvareda que aprovecharon Pombo y Urbano. Con una velocidad impresionante traspasaron el claro mientras los soldados disparaban al bulto y gritaban agresivamente. Ambos llegaron justamente al lugar en que estaba Ñato esperando.

Los tres intentaron salir por un camino de retirada que nos había indicado previamente el Che para llegar a un lugar de reunión an-

teriormente acordado. Sin embargo, lograron vernos y captaron nuestras señas de que se quedaran donde estaban.

La batalla continuó sin interrupciones. Disparábamos sólo cuando ellos hacían fuego para no delatarnos y para ahorrar parque. Desde el lugar en que estábamos ubicados dejamos fuera de combate a varios soldados.

Anocheecía cuando bajamos a juntarnos con Pombo, Urbano y Nato, y a buscar nuestras mochilas. Ya estábamos actuando en nuestro medio. Preguntamos a Pombo:

—¿Y Fernando?

—Nosotros creíamos que estaba con ustedes —nos respondieron.

Cargamos nuestras mochilas y nos dirigimos presurosos al lugar de contacto. En el camino encontramos botados algunos alimentos, entre ellos harina, lo que nos llamó profundamente la atención, porque el Che jamás permitió que se botaran alimentos; cuando hubo necesidad de hacerlo, la carga se ocultó cuidadosamente. Más adelante encontré el plato del Che, bastante pisoteado. Lo reconocí inmediatamente, porque era una vasija honda de aluminio bastante característica. Lo recogí y lo guardé en mi mochila.

No encontramos a nadie en el lugar de reunión aunque reconocimos huellas de pisadas y las abarcas del Che, que dejaban una marca bastante diferente a las demás y por lo mismo era fácilmente identificable. Pero esta huella se perdía más adelante.

Supusimos que el Che y el resto de la gente se había dirigido hacia el río San Lorenzo como estaba previsto, con el objeto de ir internándose en el monte, lejos del alcance del ejército, hasta alcanzar la nueva zona de operaciones.

Esa noche caminamos los seis (Pombo, Benigno, Nato, Darío, Urbano y yo) con una carga más liviana.

En el fondo de la quebrada habíamos botado algunas cosas que nos parecían innecesarias para aligerarnos y marchar más rápido.

Mi mochila estaba abierta y faltaba la radio; es indudable que el que la sacó fue el Che ante de retirarse y era natural. Hombre sereno, previsor, jamás organizaba una retirada sin planificar cuidadosamente. Por el contrario, en estos momentos de grandes decisio-

52 nes su figura de jefe y conductor militar y político se agigantaba. Por eso es obvio que la radio la sacó para escuchar las noticias, ya que la información pasa a constituir un elemento muy importante en el monte.

Marchamos con sigilo. Ninguno ocultaba su inmensa preocupación por la suerte del Che y el resto de los compañeros.

Después de perder el rastro de nuestra gente volvimos a caer en La Higuera, lugar que nos traía recuerdos dolorosos que aún no se habían borrado. Nos sentamos casi frente a la escuela del lugar. Los perros ladraban con persistencia pero no sabíamos si era delatando nuestra presencia o estimulados por los cantos y gritos de los soldados que esa noche se emborrachaban eufóricos.

Jamás nos imaginamos que a tan corta distancia de nosotros aún estaba allí herido, pero con vida, nuestro querido comandante.

Con el trascurso del tiempo hemos pensado que tal vez, si lo hubiésemos sabido, habríamos tratado de hacer una acción desesperada por salvarlo, aun cuando eso nos significase morir en la empresa. Pero esa noche tensa y angustiada, ignorábamos absolutamente lo que había sucedido, y en voz baja nos preguntábamos si quizás otro compañero, además de Aniceto, había muerto en el combate.

Seguimos caminando, bordeando La Higuera sin alejarnos mucho y al amanecer, con las primeras luces del día, nos ocultamos en un lugar del monte muy poco denso. Habíamos decidido caminar solamente de noche de manera que el día era de vigilancia rigurosa.

El día 9 fue tranquilo. Dos veces vimos pasar un helicóptero, el mismo que en esos instantes llevaba el cadáver aún tibio del Che, asesinado cobardemente por orden de la CIA y de los gorilas Barrientos y Ovando; pero nosotros no sabíamos nada.

No teníamos más comunicación con el exterior que un pequeño aparato de radio que era de Coco, pero ahora lo cargaba Benigno. Esa tarde Benigno escuchó una información confusa. Una emisora local anunciaba que el ejército había capturado gravemente herido un guerrillero que, al parecer, era el Che. Desestimamos inmediatamente esta posibilidad, puesto que si lo hubiese sido, pensábamos, habrían hecho un gran escándalo. Pensamos que el herido podía ser Pacho y la confusión derivaba de algún parecido que podría haber entre ambos.

Esa noche caminamos por quebradas infernales, riscos filudos y empinados, que ni las cabras habrían escogido. Pero Urbano y Benigno, con su sentido de orientación extraordinario y una decisión inquebrantable, nos guiaban, sacándonos lentamente del cerco.

Avanzamos poco. El día 10 nos sorprendió en un lugar aún cercano a La Higuera y comentamos alegremente que el agua que estábamos tomando era la misma que más abajo tomaban los soldados. Otra vez estábamos esperando la noche para alcanzar el Abra del Picacho por donde pensábamos romper el cerco.

Aproximadamente a la una de la tarde, Urbano escuchó una noticia que nos dejó helados: las emisoras anunciaban la muerte del Che y daban su descripción física y su indumentaria. No había posibilidad de equivocarse, porque señalaban entre su indumentaria las abarcas que le había hecho el Ñato, una chamarra que era de Tuma y que el Che se ponía para abrigarse en las noches, y otros detalles que nosotros conocíamos perfectamente.

Un dolor profundo nos enmudeció; Che, nuestro jefe, camarada y amigo, guerrillero heroico, hombre de ideas excepcionales, estaba muerto. La noticia horrenda y lacerante, nos producía angustia.

Permanecimos callados, con los puños apretados, como si temiéramos estallar en llanto ante la primera palabra. Miré a Pombo, por su rostro resbalaban lágrimas.

Cuatro horas más tarde el silencio fue roto. Pombo y yo conversamos brevemente. La misma noche de la emboscada del Yuro los seis nos habíamos puesto de acuerdo para que él asumiera el mando de nuestro grupo hasta que encontráramos al Che y al resto de nuestros compañeros. Era preciso, en este instante tan especial, tomar una decisión que honrara la memoria de nuestro querido jefe. Intercambiamos algunas opiniones y luego ambos nos dirigimos a nuestros compañeros.

Es difícil reflejar exactamente, en sus menores detalles, un momento saturado de tantas emociones, de sentimientos tan profundos, de dolor intenso y de deseo de gritar a los revolucionarios que todo no estaba perdido, que la muerte del Che no se convertía en panteón de sus ideas, que la guerra no había terminado.

¿Cómo describir cada uno de los rostros? ¿Cómo reproducir fielmente cada una de las palabras, de los gestos, de las reacciones, en

54 aquella soledad impresionante, bajo la amenaza siempre permanente de una fuerza militar canibalesca que nos buscaba para asesinar-nos y ofrecía recompensa por nuestra captura «vivos o muertos»?

Sólo recuerdo que con una sinceridad muy grande y unos deseos inmensos de sobrevivir, juramos continuar la lucha, combatir hasta la muerte o hasta salir a la ciudad, donde nuevamente reiniciaríamos la tarea de reestructurar el ejército del Che para regresar a las montañas a seguir combatiendo como guerrilleros.

Con voces firmes pero cargadas de sentimiento, esa tarde surgió nuestro juramento, el mismo que ahora cientos de hombres de muchas partes del mundo han hecho suyo, para plasmar en realidad el sueño del Che.

Por eso la tarde del 10 de octubre Ñato, Pombo, Darío, Benigno, Urbano y yo dijimos en la selva boliviana:

Tus ideas no han muerto. Nosotros, los que combatíamos a tu lado, juramos continuar la lucha hasta la muerte o la victoria final. Tus banderas, que son las nuestras, no serán arriadas jamás. ¡Victoria o muerte!

LA RUPTURA DEL CERCO

¿Por qué sobrevivimos a los cercos que se nos tendieron después del Yuro, con fuerzas inmensamente superiores a nosotros en número y armamento?

Muchos pueden pensar que sólo se debe a ese factor primario que se llama «instinto de conservación» o al ansia de continuar viviendo. Creo sinceramente que no fue sólo eso.

Es cierto que queríamos continuar viviendo, pero eso no era todo. Esencialmente éramos agresivos y estábamos dispuestos a dar combate en cualquier circunstancia, como lo hicimos siempre.

¿Era imposible, entonces, romper el apretado cerco enemigo y regresar a la ciudad en busca de contactos para continuar la lucha?

La tarde del 10 de octubre, después que juramos no desertar jamás del proceso revolucionario, planificamos la ruptura del cerco y decidimos buscar al resto de los sobrevivientes. Por la radio nos informamos que el ejército sabía que sólo quedábamos con vida diez

guerrilleros: nuestro grupo integrado por los seis ya mencionados y otro, cuya dirección de marcha no conocíamos, pero suponíamos que era la misma que la de nosotros, integrados por Chapaco, Moro, Eustaquio y Pablito. En la identificación nuestra y en el dato del número exacto de los que quedábamos, colaboraron los desertores Camba y León.

Ya nos habíamos dado cuenta de la forma en que se extendía el cerco enemigo, sus características y la forma en que procedían los soldados. Por eso decidimos romperlo por la parte más abrupta. Infortunadamente el día 11 fueron muertos en la desembocadura del río Mizque los compañeros Moro, Pablito, Eustaquio y Chapaco. Seguramente habían tomado la misma decisión nuestra de no entregarse jamás y murieron combatiendo dignamente. Ellos habían escogido un rumbo contrario al nuestro (al sur) seguramente buscando también la ciudad. Sólo quedábamos nosotros.

Estábamos en malas condiciones físicas. Habíamos comido poco y realizado un gran esfuerzo en los días anteriores, al margen de que las grandes tensiones también habían hecho efecto sobre nuestro organismo.

Volvimos a aligerar la carga. Nato, que llevaba todo el instrumental médico, lo enterró, pues en el futuro no nos serviría y convirtió en olla la caja metálica que antes servía para esterilizar. La sopa de harina que cocinamos después de tantos días de privaciones sólo sirvió para «engañar a las tripas», pero no reparó nuestras fuerzas.

Al comenzar la madrugada del 12 de octubre empezamos a marchar en dirección a un sector del cerco. A las tres de la mañana cruzamos el camino de La Higuera al Abra del Picacho, el mismo que ya antes habíamos hecho con el Che. Todo estaba silencioso. Cuando clareó ya estábamos al otro lado del Abra. Caímos cerca de una choza y decidimos llegar hasta allí para preguntar a sus moradores la ubicación exacta del lugar, reorientarnos, tratar de abastecernos de alimentos y continuar. Buscamos a los campesinos, pero no encontramos a nadie. Quedarse en la choza era demasiado peligroso, por lo que estimamos más conveniente ocultarnos en los espinales que rodeaban la casa.

Dos hechos totalmente antagónicos marcaron el trascurso del día. Un muchacho de unos doce años, muy despierto, nos identificó el lugar exacto donde estábamos; nos indicó la dirección del río, nos

56 prestó una olla para cocinar y empezó a ordeñar una vaca para darnos leche. Desgraciadamente un campesino que pasaba por el lugar nos vio y corrió hacia el Abra a denunciarnos a los soldados que en buen número se encontraban concentrados allí como parte del cerco estratégico que habían tendido alrededor de nuestra merma columna. Por nuestra debilidad física no pudimos darle alcance. Tampoco quisimos dispararle, precisamente porque se trataba de un campesino.

En esta emergencia nos vimos obligados a partir inmediatamente, sin cocinar y sin esperar la leche. Caminábamos bordeando un arroyo muy encajonado que desemboca en el río San Lorenzo, cuando Urbano, que caminaba a la vanguardia, vio a los soldados que ya habían tomado posiciones. Provistos de todos los recursos técnicos se nos habían adelantado, y allí estaban esperándonos.

Urbano, de reflejos rápidos, disparó instantáneamente. Los soldados replicaron al fuego.

Esta fue la última vez que cargamos las mochilas; obligados por las circunstancias a eludir con rapidez al enemigo, sacamos sólo la ración de azúcar y nuestras respectivas chamarras. El resto lo botamos.

Subimos por una empinada ladera, muy abrupta y peligrosa, para caer al otro lado del arroyo. Como esa es una zona que sólo tiene árboles en las quebradas, nos veíamos en la obligación de salir de cualquier manera para ubicar un lugar mejor. Nos arrastramos hasta llegar a una especie de «isla» de monte, con una superficie aproximada de 50 metros cuadrados. La situación era relativamente peor que la anterior, porque el pequeño campo estaba rodeado por pampas abiertas donde los soldados podían matarnos fácilmente. Nos ocultamos y guardamos silencio, esperando que no nos hubiesen detectado, hasta que cayera la noche para salir.

Algunos campesinos comenzaron a rondar la zona. El ejército nos empezó a cercar. Aproximadamente a las 16 y 30 del 12 de octubre, un círculo compacto de soldados estrechaban sus posiciones en torno a la «isla». Era la mejor oportunidad para eliminarnos, pero la última palabra no estaba dicha.

Los seis compañeros resolvimos agruparnos en la parte más alta de pequeño bosque y responder al fuego enemigo sólo cuando estuvié-

ramos seguros de dar en el objetivo. Los soldados empezaron a disparar, a insultarnos y a exigirnos la rendición. Nosotros nos manteníamos en silencio, atentos a las maniobras que ellos estaban realizando.

Fueron momentos sumamente difíciles. Pensábamos que había llegado nuestro último momento, de manera que nos preparamos para caer dignamente. En uno de esos instantes propuse enterrar el dinero que nos quedaba y los relojes para que no cayeran en poder de los soldados; pero Pombo, con mucha seguridad, afirmó que el cerco se podía romper en la noche. Todos seguimos entonces con nuestras respectivas pertenencias.

El silencio desconcertó al ejército. Algunos soldados, reflejando su miedo, gritaban:

—Aquí no hay nadie, vámonos.

Otros nos insultaban.

Pronto se inició una nueva operación. Grupos de soldados empezaron a «peinar» la isleta, tarea fácil si se consideraba su reducido tamaño. Cuando los tuvimos cerca, disparamos. Tres soldados y un guía cayeron muertos.

Las tropas se replegaron, pero enseguida nos empezaron a tirar ráfagas de ametralladora y granadas, pues ya estábamos ubicados. Pero también varió su tono insolente. Ahora ya no nos insultaban, sino nos gritaban:

—Guerrilleros, ríndanse. Para qué siguen combatiendo si ya murió su jefe...

Como había previsto Pombo, el fuego cesó apenas cayó la noche. Pero para desgracia nuestra apareció una luna hermosa, que derramaba su luz por todos los rincones. Intentar la salida en tales circunstancias era arriesgar demasiado.

Nos quedamos vigilantes. El frío que se descargó con una inclemencia terrible traspasaba la ropa y nos llegaba hasta los huesos. Tiritábamos mientras mirábamos el cielo, esperando que se ocultara la luna.

A las tres de la mañana las sombras se descolgaron por todo el sector. Este era el momento que habíamos esperado con impaciencia.

58 Nos arrastramos lentamente; para sorpresa nuestra los soldados se habían replegado un poco. Al parecer las cuatro bajas que habían sufrido la tarde anterior los había obligado a tomar precauciones. Pronto llegamos cerca de las posiciones enemigas. Los puestos de los soldados estaban situados a una distancia de cinco metros entre sí. El clima y la espera también los había afectado.

Seguimos avanzando cuando de pronto uno de los soldados, en lugar de dispararnos, gritó:

—¡Alto, quién anda ahí...!

Fue nuestra salvación. Nos lanzamos a una de las trincheras, matamos a dos soldaditos y nos quedamos ahí, reagrupados. Se generalizó un tiroteo intenso que duró aproximadamente quince minutos o más. Cuando terminó empezamos a salir. El cerco más cerrado que nos había tendido el ejército estaba roto.

Nuestra salida del monte ha servido para que escritores y periodistas divulguen historias fantásticas. Algún día, porque ahora no es el momento ya que perjudicaríamos a los campesinos que nos ayudaron, relataremos los detalles de esta acción que de verdad tiene aspectos increíbles y fascinantes. Bástenos sólo afirmar que sin esa solidaridad, nuestra supervivencia habría sido sumamente difícil.

A partir de la madrugada del 13 de octubre caminamos solamente de noche, tratando de eludir el contacto con la población, excepto en las ocasiones en que este contacto era imprescindible para adquirir alimentos o recoger información. Teníamos cierta desconfianza porque algunos campesinos —no todos ni la mayoría—, motivados por la recompensa de 10 millones de bolivianos que se ofrecía por nuestras «cabezas», como lo anunciaban los radios, corrían a denunciarnos a los soldados. Pero hubo muchos que nos ayudaron a salir de la zona neurálgica, nos guiaron hasta Valle Grande, nos proporcionaron alimentos, nos dieron valiosa información y guardaron silencio a pesar de los golpes, las amenazas y hasta los robos de que fueron víctimas por parte del ejército.

Durante un mes caminamos buscando la carretera Cochabamba-Santa Cruz. El día 13 de noviembre intentamos nuestra primera salida seria a la ciudad. Nato y Urbano llegaron hasta Mataral a comprar abarcas y ropas para cambiar nuestros raídos «trajes» y modificar nuestra apariencia patibularia. En la tienda del lugar

ambos recogieron la información de que los soldados habían detectado nuestra presencia y se aprestaban a combatirnos. Inmediatamente regresaron para avisarnos. Por la tarde divisamos varias patrullas que nos buscaban insistentemente. Permanecimos ocultos todo el día. Esa noche empezamos de nuevo a caminar, cruzamos la carretera y tratamos de alejarnos del sector. Sin embargo, el 14 nos descubrió el ejército y nuevamente sostuvimos un combate desigual. En el alto de una loma, cuando ya estábamos próximos a eludir a la fuerza enemiga, un tiro derribó al Ñato. Formamos una línea de defensa, y lo arrastramos hasta nuestras posiciones. Pero ya estaba muerto.

El Ñato, hombre querido por todos, firme en sus convicciones, valiente, atento a solucionar estos pequeños problemas domésticos, que a veces, si se acumulan, provocan tantas consecuencias desagradables, moría en el último combate, después de afrontar peligros mayores que éste, en el que perdió la vida. Son las sorpresas alternativas de la guerra. Como homenaje sencillo a este prototipo de hombre de pueblo, sólo cabría decir:

—Fue un guerrillero cabal, y un hombre leal con las ideas de liberación.

A partir de Mataral marchamos paralelos a la carretera, esperando que la gente de la ciudad, que había recibido duros golpes, se diera cuenta de nuestra maniobra y acudieran a yudarnos para salir del monte. Sin embargo, la fuerte represión había destruido la débil organización que dejamos, y los cuadros que quedaban también se encontraban en una situación difícil, lo que impedía buenas condiciones de operatividad. La maniobra nuestra fue detectada fácilmente por el ejército, ya que inevitablemente íbamos dejando rastros a nuestro paso. Por eso, hasta diciembre sostuvimos muchas otras escaramuzas con los soldados, provocándoles nuevas bajas.

Deliberadamente nunca hemos explicado nuestra salida del monte, porque ella pone en peligro la vida de varios campesinos y sus familiares que se jugaron enteros por nosotros, así como honestos revolucionarios de la ciudad. Ellos comprendieron el sentido de nuestra lucha y arriesgando lo poco que tienen crearon las condiciones para que pudiéramos iniciar la etapa de restructuración del ELN. Algún día no lejano habrá que hacerles justicia. Es necesario advertir, sin embargo, que esa actitud solidaria y generosa desmiente ca-

60 tegóricamente a quienes pretenden hacer creer que la población rural es impermeable a las ideas revolucionarias, y que con ella «no hay nada que hacer». Afortunadamente, y con orgullo, nosotros podemos decir lo contrario. Además, estamos seguros de que en la próxima etapa de la lucha guerrillera el campesino, tarde o temprano, estará masivamente con nosotros, pues nuestro ejército representa sus ideales de superación social, económica y política.

Como breve epílogo podemos decir: Urbano y yo fuimos los primeros en salir a la ciudad. Allí tomamos contacto con otros compañeros y organizamos la salida de Pombo, Benigno y Darío.

El resto de la historia es conocida, pero no ha terminado aún. La segunda parte se escribirá pronto y con nuevas acciones guerreras en las selvas bolivianas.

CHE: HOMBRE DEL SIGLO XXI

Che fue un hombre del siglo XXI.

Aunque su nombre resplandece en la historia «sólo» como un genio militar, el desarrollo político y social de los pueblos, que brotará como un torrente de la lucha de liberación, lo tendrá que situar como el revolucionario más completo de nuestra época.

Ernesto Guevara y Fidel Castro aparecen en el escenario continental en un momento histórico en que el imperialismo norteamericano ejerce sin contrapeso su dominación sobre nuestros países; ordena masacres en forma sistemática; cambia a gobiernos corrompidos por otros más inmorales; los gobernantes tradicionales se disputan el triste cetro de quién es más lacayo y servil y se presencia el grotesco espectáculo de veinte manos extendidas pidiendo limosna a Estados Unidos; los pueblos son dirigidos por grupos claudicantes, políticamente petrificados y fatalistas, incapaces de catalizar a esa cantera generosa y rica que es la masa, para iniciar la gran aventura de nuestra independencia definitiva.

Existe desencanto, frustración y desconfianza.

En medio de esa noche negra de coloniaje y opresión, la revolución cubana, victoriosa sangre del pueblo hecho poder, muestra un ca-

mino para sacudir las cadenas. Camino duro, cruel y largo pero el único real para triunfar: la lucha armada.

Enérgicamente derriba viejos y nuevos mitos creados por fuerzas seudorrevolucionarias que, al enquistarse dentro del sistema, se convierten en parte de él. Cuando más tratan de introducir reformas para perfeccionarlo. En la práctica olvidan que el imperialismo es nuestro principal enemigo y que hay que combatirlo hasta extirparlo de raíz.

América oprimida, patria con líderes sin vigencia, se nuclea entonces esperanzada tras la bandera de los nuevos conductores: Che y Fidel. Che se identifica con el pueblo y se funde con él para emerger más enriquecido ideológicamente, más puro. A su vez el pueblo se identifica con el Che y trata de formarse en su ejemplo. Y esa revolución considerada como fenómeno «excepcional» remece a las masas adormecidas por principios ideológicos monstruosamente deformados.

Che rescata la ideología revolucionaria, la coloca en su justo lugar, le da interpretaciones correctas y la enriquece con aportes teóricos que tendrán vigencia mientras exista opresión imperialista. Después entraremos de lleno al mundo del hombre nuevo, que él se empeñó en formar, tipificó y representó con su ejemplo de heroísmo que ahora motoriza a juventudes de todos los continentes. La huella de su humanismo está impresa en sus actos. Constructor de vanguardia de la sociedad socialista cubana, destruyó implacablemente el falso concepto de **excepcionalidad** que se le otorgó a esta revolución. Porque no creía en esta supuesta excepcionalidad, sistematiza el pensamiento bolivariano de que «**La patria es América**» impulsando a nuestros pueblos a convertir este continente oprimido en un escenario de la guerra antimperialista tan importante como el heroico Viet Nam.

Che no dudó jamás que en América Latina son más fuertes los factores que nos unen de los que nos separan: tenemos un lenguaje común, excepto en Brasil; tradiciones, costumbres y situación socio-económica similares. Somos explotados brutalmente por el imperialismo. La democracia es una simple ficción. Estamos gobernados por tiranos, y los países que tenían débiles rasgos de democracia burguesa los han trocado en masacres horribles, hambre y cárcel para el pueblo. Heredamos de los españoles colonialistas las formas feudales

62 de la explotación de la tierra. El desarrollo del capitalismo crea nuevas situaciones y los patrones latifundistas se alían con el imperialismo para crear el capital financiero y monopolista cuyo radio de acción es mundial. **Se pasa a la etapa del colonialismo económico generosamente calificado de «subdesarrollo» por los economistas domésticos.**

El subdesarrollo no es otra cosa que la explotación, el saqueo de nuestras riquezas por la potencia imperial, el subempleo, la cesantía, el hambre y la miseria. En todos los países latinoamericanos, excepto Cuba, el panorama es idéntico.

Las condiciones objetivas, entonces, para la liberación continental, están dadas por los factores enumerados, por la represión brutal y desmedida, por el odio que se acumula cada vez con más fuerza en el pueblo. Como valor subjetivo sólo falta la conciencia (elemento tan indispensable en cada análisis que se haga sobre el Che) de que la victoria sobre el imperialismo mediante la lucha armada llegará tarde o temprano, que es el único camino posible para alcanzar la libertad.

La excepcionalidad no existe. Sólo ha cambiado la «calidad» de la lucha. Ahora será más sangrienta, sin tregua, más dura, como se demostró ya en las montañas de Nancahuazú. El imperialismo aprendió su lección. No está desprevenido.

Por eso el Che escoge a Bolivia como foco inicial de la gesta liberadora continental. Sus misérrimas condiciones de vida son producto de la fría explotación imperialista en complicidad con los gobernantes lacayos. Aquí está todo por hacer: desde una revolución agraria que cree formas de vida modernas y satisfaga las necesidades del pueblo, hasta un desarrollo industrial sólido que lo independice de la importación de productos manufacturados esenciales, vendidos a precio de usura y en condiciones humillantes.

Hombre de fina percepción, el Che comprende que es inhumano que una población de cuatro millones de habitantes consuma apenas 1 800 calorías diarias por persona, cuando el consumo necesario para subsistir en condiciones adecuadas es de 3 000 calorías; que se consuman 30 litros de leche o productos lácteos por persona al año, cuando en los países desarrollados el consumo es de 300 litros; que el 10% de la población no tenga casa donde vivir, y que los

que existen, incluyendo las de los oligarcas y corrompidos del régimen, sean malas, no reúnan condiciones de salubridad, porque el 86% de ellas no están dotadas de instalaciones de agua en su interior, y que el 42% de la población muera de desnutrición o por enfermedades parasitarias. **Esta es otra de las causas principales de su viaje a Bolivia.**

La grandeza del Che resalta con más nitidez cuando interpreta a Marx, «**monumento de la inteligencia humana**» como acostumbraba a definirlo, para normar todos sus actos y para desarrollar dentro de la sociedad cubana y, por qué no decirlo, en una masa tan heterogénea como es la europea, la asiática y la americana, una **conciencia**, que permita al hombre obtener una verdadera liberación en toda su extensión. Y eso es el comunismo. Porque a la luz de los hechos nadie podrá discutir ya que el Che fue un verdadero comunista, el mejor de todos, en una época en que la lucha ideológica lleva al mundo a sucesivas guerras (Cuba, Corea, Argelia y Viet Nam).

De esta conciencia decantada o, en términos no exagerados, purificada, derivan conceptos económicos que colocan a Marx no en calidad de fetiche, de ideas que pierden su sentido original, sino en posición de pensamiento vivo y activo. Lo mismo hace con Lenin.

Ejemplos son la NEP, la teoría del valor, y la planificación socialista. ¡Cuántos economistas famosos, cuya palabra era considerada ley, caen pulverizados por los disparos conceptuales del Che!

Con rigurosa seriedad científica demuestra que la NEP (o nueva política económica de la URSS) es un concepto leninista transitorio para desarrollar las bases de la sociedad soviética. Es un repliegue táctico en un momento especial de la historia del primer país socialista del mundo. Sin embargo, en forma dogmática y ligera muchos economistas y dirigentes de la política económica de varios países socialistas, la aplicaron o la aplican otorgándole validez universal permanente. Consecuencia de ese falso análisis son los retrasos y altibajos económicos que surgen más tarde en los países socialistas. Por eso defiende con firmeza la dirección político-económica partiendo de que «el comunismo es una meta de la humanidad que se alza concientemente».

De la aplicación mecánica de la NEP nacen graves contradicciones que el Che no vacila en atacar, una vez que las ha detectado, sin

64 temor a que los teóricos equivocados lo combatan despiadadamente. Así es posible presenciar discusiones de elevado nivel en las que el Che planta una bandera que para nosotros tendrá una vigencia permanente cuando dice:

Si el estímulo material se opone al desarrollo de la conciencia, pero es una gran palanca para obtener logros en la producción, ¿debe entenderse que la atención preferente al desarrollo de la conciencia retarda la producción? En términos comparativos, en una época dada es posible, aunque nadie ha hecho los cálculos pertinentes; nosotros afirmamos que en tiempo relativamente corto el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material, y lo hacemos basados en la proyección general del desarrollo de la sociedad para entrar al comunismo, lo que presupone que el trabajo deja de ser una penosa necesidad para convertirse en un agradable imperativo.

Ante los ojos asombrados del mundo crece y se desarrolla ahora una nueva sociedad socialista, la de Cuba, mejorada, heroica, solidaria con todas las luchas de liberación, que practica activamente el internacionalismo proletario, que vence las dificultades porque tiene una conciencia desarrollada: la que Che, Fidel y los más esclarecidos dirigentes le dieron en el exacto momento histórico.

Por esta razón no hablamos de Che como una cosa muerta: sus ideas están vigentes. Al hablar de Che no podemos dejar de mencionar a Fidel, ni al hablar de Fidel podemos dejar de mencionar a Che.

La influencia que ha ejercido el Che en la juventud de varios continentes, su magnetismo personal y su grandeza se acrecentó hasta convertirse en una leyenda apasionante, que movilizó al imperialismo a presionar a través de sus medios publicitarios para que se anunciara dónde estaba.

Paralelamente se inició una campaña publicitaria fabulosamente orquestada y sostenida durante largo tiempo, con el objetivo de tratar de disminuir su figura, y neutralizar, aunque fuera levemente, el impacto político, militar y emocional que provocaría su aparición dirigiendo la lucha de liberación en algún lugar del mundo. Con este objeto se inventaron rencillas entre Che y Fidel, discrepancias entre Che y la revolución cubana (que era parte de él mismo) presentándolo como un hombre «herido en su amor propio», «despreciado,

atacado por sus examigos». En esta forma el gesto grandioso del Che, su responsabilidad dirigiendo un foco guerrillero, podría aparecer mezquino, personalista y hasta resentido.

Este problema preocupó al imperialismo desde el año 1965, y desde entonces hasta ahora, a poco más de un año de su muerte, la CIA ha empleado diversos agentes y medios para desarrollar esta labor. El más notorio de estos agentes por los medios de difusión que se pusieron a su alcance, es el abogado de nacionalidad argentina Ricardo Rojo, autor de un folleto titulado **Mi amigo el Che**.

Es infantil presumir que el Che pudiese haberme entregado una lista de sus amigos. Es indudable que un revolucionario sólo considera amigos a sus camaradas de lucha. Y en este sentido, el Che fue siempre categórico para delimitar dónde empezaba y dónde terminaba la amistad. Ejemplo notorio se puede encontrar en todos sus escritos, partiendo de los episodios guerreros de la Sierra Maestra, hasta su **Diario** en Bolivia. Che era un hombre capaz de emocionarse y en su vida de guerrillero y conductor de pueblos siempre tuvo un gesto sentido, una palabra cariñosa para sus amigos. Y amigo del Che fue «Patojo», el revolucionario guatemalteco que murió combatiendo por la libertad de su patria. Amigo del Che era Camilo, el legendario guerrillero de la Sierra Maestra. A otros hombres los quiso en un sentido diferente, como quiere un padre a sus hijos. Es el caso de Tuma y Rolando.

Frente a figuras tan limpias y heroicas ¿pudo Che alguna vez considerar «su amigo» a un individuo de una línea política tan zigzagueante y tortuosa como Ricardo Rojo, que es el mismo que comerció con la vida y memoria de los guerrilleros de Salta, que esperó la muerte de la madre de Che para inventar diálogos y conversaciones con ella y su hijo?

No me hubiese referido a las calumnias de Rojo contra Che y las supuestas divergencias con la revolución cubana, pues ellas ni siquiera son novedosas, si no fuera que alguna gente de buena fe pudiese considerar que el relato mal intencionado de Rojo estuviese escrito por un amigo y porque algunos párrafos presentados, para que aparezcan verosímiles, no pueden ser desmentidos por sus protagonistas porque ya están muertos.

Afortunadamente por la misma fuerza moral del Che, que guiaba todos sus actos, y por su conducta heroica, demostrada en muchas

66 batallas, ninguna leyenda tortuosa urdida por la CIA o por sus agentes, algunos de los cuales con audacia y descaro se autotitulan «amigos», podrá empañar su querida figura o manchar su paso de revolucionario por Cuba, donde dejó un pueblo que lo ama. La identificación entre Che y Fidel, el respeto y cariño mutuo, eran indestructibles. No es casual que Che, hombre que odiaba los halagos personales o para otros, haya escrito sobre Fidel:

Tiene las características de gran conductor que, sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza y valor, y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad para asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro, y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros. Con estas grandes cualidades cardinales, con su capacidad de aglutinar, de unir, oponiéndose a la división que debilita; su capacidad de dirigir a la cabeza de todos la acción del pueblo; su amor infinito por él, su fe en el futuro y su capacidad de preverlo, Fidel Castro hizo más que nadie en Cuba para construir de la nada el aparato hoy formidable de la revolución cubana.

¡Cuánta sinceridad hay en este juicio! Para nosotros que convivimos con el Che hasta la batalla final, que aprendimos a conocerlo como ser humano integral, como soldado, comandante y camarada insuperable, las obligaciones de la revolución cubana —vanguardia de nuestra patria americana— son más grandes. Así también la identificación de Fidel con el Che, del pueblo cubano con el Che, son absolutas. Nadie mejor que Fidel para sintetizar el dolor que causó su muerte:

...nos duele no sólo lo que se haya perdido como hombre de acción, nos duele lo que se ha perdido como hombre virtuoso, nos duele lo que se ha perdido como hombre de exquisita sensibilidad humana y nos duele pensar que tenía sólo 39 años en el momento de su muerte, nos duele pensar cuántos frutos de esa inteligencia y de esa experiencia que se desarrollaba cada vez más hemos perdido la oportunidad de percibir.

Desde el punto de vista revolucionario, desde el punto de vista de nuestro pueblo, ¿cómo debemos mirar nosotros el

ejemplo del Che? ¿Acaso pensamos que lo hemos perdido? **67**
Cierto es que no volveremos a ver nuevos escritos, cierto es que no volveremos a escuchar de nuevo su voz. Pero el Che le ha dejado al mundo un patrimonio, un gran patrimonio, y de ese patrimonio nosotros —que lo conocimos tan de cerca— podemos ser en grado considerable herederos suyos.

Nosotros, guerrilleros del ELN, queremos aspirar también a ese honor. Y ningún camino más puro, más honesto, que reiniciar la lucha continental en el escenario que lo dejó impreso en el sitio más alto de la historia: Bolivia.

Bolivia, 1969.

¡VICTORIA O MUERTE!



KIM IL SUNG

**SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
PERIODO DE TRANSICION
DEL CAPITALISMO
AL SOCIALISMO
Y LA DICTADURA
DEL PROLETARIADO**

Últimamente, en el curso del estudio de los documentos de la conferencia del partido surgieron, entre algunos sabios y trabajadores encargados de la labor ideológica, diversas opiniones acerca de los problemas relacionados con el período de transición y la dictadura del proletariado. En particular, al ver la luz una disertación que trata de estos problemas, dichas opiniones se multiplicaron todavía más. Por eso, estudié los materiales relacionados con esos problemas, intercambié opiniones con los teóricos y di breves conclusiones. Pero como los compañeros que escucharon estas conclusiones las transmitieron interpretándolas cada uno a su manera, muchos puntos fueron tergiversados. Hoy, quisiera referirme algo detalladamente al respecto, ya que los problemas en discusión son cuestiones de suma importancia, concernientes a los documentos de la conferencia del partido, y que jamás se puede, por eso, tomarlos a la ligera.

Al igual que todos los demás problemas científicos y técnicos, debemos dar solución a los problemas del período de transición y de la dictadura del proletariado, partiendo, sin falta, de la idea del Zuche de nuestro partido. De ninguna manera, debemos solucionar dogmáticamente esos problemas aferrándonos a las tesis clásicas, ni tampoco interpretarlos de modo ajeno, dejándonos cautivar por la idea del servilismo a las grandes potencias. Sin embargo, tanto de las notas de opiniones de muchos teóricos como de los artículos de algunos camaradas que leí, se desprende que casi todos los compañeros tratan de interpretar de manera dogmática las tesis clásicas o explicarlas en la misma forma como piensan las personas de otros países, deslizándose a la tendencia del servilismo a las grandes potencias, por lo que, finalmente, plantean los problemas en sentido radicalmente distinto a lo que piensa nuestro partido. De hacerlo así, jamás se puede estudiarlos ni resolverlos correctamente. Sólo cuando se ponen en claro los problemas con su propia cabeza, libre del servilismo a las grandes potencias y del dogmatismo, se puede llegar a justas conclusiones.

Vamos a hablar primeramente sobre el problema del período de transición.

Para aclarar correctamente el problema del período de transición, considero preciso, ante todo, analizar en qué circunstancias histó-

* Discurso pronunciado ante los trabajadores del campo de la labor ideológica del partido, el 25 de mayo de 1967. Publicado por primera vez en 1969.

70 ricas y con qué premisa lo plantearon los clásicos, y especialmente Marx.

A nuestro juicio, en primer lugar, cuando Marx dio la definición del socialismo y planteó el problema del período de transición del capitalismo al comunismo o del capitalismo al socialismo tenía en cuenta, sin duda, a un país capitalista desarrollado. Considero que sólo cuando uno comprende claramente, antes que nada, este hecho, puede solucionar de manera justa el problema del período de transición.

Entonces, ¿qué sería el país capitalista desarrollado que presentamos como una cuestión? Pues es un país capitalista en cuyo campo ya no existen campesinos sino que existen obreros agrícolas junto con industriales, dado que predominan en toda la sociedad las relaciones capitalistas, por haberse operado una total transformación capitalista no sólo en la ciudad sino hasta en las áreas rurales. El país capitalista desarrollado que Marx tenía en cuenta para desarrollar su doctrina era tal país capitalista, y el país como Inglaterra que él viera siempre y donde viviera y actuara, era precisamente tal país. Por lo tanto, cuando planteó el problema del período de transición del capitalismo al socialismo, Marx partió, tomando como premisa, ante todo, las condiciones en que no existe la diferencia clasista entre la clase obrera y el campesinado.

Si tomamos a los países capitalistas más desarrollados de la época actual, en los mismos las fuerzas productivas han alcanzado un alto desarrollo, como resultado de lo cual se ha realizado completamente la transformación capitalista hasta en el campo y, por consiguiente, tanto en la ciudad como en el campo la clase obrera es la única clase trabajadora. En cierto país capitalista existen decenas de miles de granjas, las cuales están todas muy altamente mecanizadas. Además de esto, la electrificación, quimización e irrigación en el campo igualmente han alcanzado un nivel muy alto. Se dice que de este modo, en ese país un obrero agrícola labra 30 **zongbos** de tierra. ¿Qué quiere decir esto? Pues quiere decir que en realidad no sólo ha desaparecido la diferencia clasista entre la clase obrera y el campesinado, sino que también las fuerzas productivas agrícolas han llegado casi al mismo nivel de las industriales. Si hay una diferencia, ésta existe sólo en las condiciones de trabajo: el obrero industrial trabaja en la fábrica y el obrero agrícola en el campo.

Por esa razón fue que Marx vio como un período relativamente corto la etapa transitoria al socialismo, que sigue a la toma del poder por el proletariado en tales países capitalistas desarrollados. En otras palabras, él consideró que si en la revolución socialista derrotan la clase capitalista y despojan su propiedad convirtiéndola así en la posesión de todo el pueblo, las tareas del período de transición pueden ser cumplidas en un espacio de tiempo relativamente breve y marchar rápidamente hacia la fase superior del comunismo, ya que en la sociedad no existen más que dos clases: la clase capitalista y la clase obrera. Pero de ninguna manera dijo Marx con eso, que se puede ir directamente del capitalismo al comunismo sin pasar por la fase del socialismo. Aunque las fuerzas productivas hayan alcanzado un desarrollo muy alto y sea liquidada la diferencia clasista entre la clase obrera y el campesinado, hay que realizar sin falta, antes de llegar allí, las tareas del período de transición para eliminar las fuerzas restantes de la clase explotadora y extirpar las supervivencias de viejas ideologías que quedan en la mente de los hombres. Tenemos que tomar en consideración, primero, este punto.

Lo que debemos tomar en consideración, en segundo lugar, para el análisis de la doctrina de Marx acerca del período de transición y la correcta aclaración de este problema, es el punto de vista de Marx sobre la revolución ininterrumpida.

Como es sabido por todos, Marx no pudo ver claramente el desarrollo desequilibrado de la política y la economía del capitalismo, porque vivió en la época del capitalismo premonopolista; por eso consideró que en los principales países capitalistas de Europa se originaría casi simultáneamente y sucesivamente la revolución proletaria y que se lograría relativamente rápido el triunfo de la revolución mundial. Partiendo de esta premisa, Marx no sólo vio el período de transición del capitalismo al socialismo como un espacio histórico relativamente corto, sino que también determinó que la dictadura del proletariado coincide en el tiempo con el período de transición, es decir, que la primera es inseparable del segundo. También este punto debemos tenerlo evidentemente en cuenta.

Podemos decir que cuando Lenin presentó los problemas del período de transición y de la dictadura proletaria, también heredó en lo fundamental la posición de Marx. La Rusia en que vivió y actuó Lenin era, por supuesto, un país capitalista, pero no desarrollado, sino atrasado, a diferencia de Inglaterra o Alemania donde Marx

72 permaneció y llevó a cabo sus actividades. Por eso, Lenin no consideró corta, como Marx, la fase socialista que es una etapa transitoria, sino que la vio como un plazo relativamente largo.

Pero siguiendo el criterio de Marx, también Lenin consideró a la sociedad donde queda todavía la diferencia clasista entre obreros y campesinos, aunque la clase obrera ha derrotado al régimen capitalista y tomado el poder, como una sociedad transitoria, que no es, desde luego, la sociedad comunista ni la socialista completa. Y dijo que para lograr la completa realización del socialismo no basta sólo con derrocar a los capitalistas como clase, sino que se debe eliminar la diferencia entre obreros y campesinos. Así, en fin de cuentas, Lenin consideró el período de transición del capitalismo al socialismo o al comunismo como hasta cuando la clase obrera, luego de aplastar a la clase capitalista, realiza la sociedad sin clases en que no existe la diferencia entre la clase obrera y el campesinado. Pienso que esta definición sobre el período de transición es fundamentalmente correcta.

Pero el problema está en que nuestros compañeros interpretan dogmáticamente las tesis de Marx y Lenin, sin tomar en consideración la época y las circunstancias históricas bajo las cuales aquéllas aparecieron y, sobre todo, en que piensan que la dictadura del proletariado corresponde al período de transición, siendo inseparables uno de otro.

Desde luego, es verdad que el período de transición del capitalismo al socialismo o al comunismo se termina sólo cuando, después del derrocamiento de la clase capitalista, se haga realidad la sociedad sin clase, en que deje de subsistir la diferencia entre la clase obrera y el campesinado. Asimismo puede pensarse que en el caso de que la revolución socialista acontezca sucesivamente en todos los países y la revolución triunfe en escala mundial, la dictadura del proletariado corresponde al período de transición, y dejará de existir también la dictadura del proletariado y se extinguirá el estado, con la terminación del período de transición.

Sin embargo, si en un país o en algunas zonas se construye el socialismo y se realiza la sociedad sin clases, se debe considerar que el período de transición termina aun cuando la revolución no haya podido alcanzar el triunfo en escala mundial. Aun así, mientras en el mundo exista el capitalismo, la dictadura del proletariado no puede desaparecer, ni mucho menos puede hablarse de la extinción

del estado. Por lo tanto, para esclarecer de modo correcto las cuestiones del período de transición y de la dictadura del proletariado, debemos interpretarlas partiendo de las experiencias prácticas de la construcción socialista en nuestro país, en vez de aferrarnos dogmáticamente a las tesis de Marx o Lenin.

En la actualidad, algunas personas usan la noción del período de transición del capitalismo al socialismo, pero no usan en ningún sentido la noción del período de transición del capitalismo al comunismo, es decir, a la fase superior del comunismo. Ellos usan el término de tránsito gradual del socialismo al comunismo.

La desviación oportunista de derecha consiste en considerar el período de transición como un plazo que va desde la conquista del poder por la clase obrera hasta el triunfo del régimen socialista y juzgar que con la terminación del período de transición se cumple la misión histórica de la dictadura del proletariado, poniendo en concordancia el período de transición y el plazo de la dictadura del proletariado. Por eso, los que recurren a esta posición sostienen que con el logro del triunfo completo y definitivo del socialismo, primera etapa del comunismo, y al pasar a la edificación total del comunismo, la dictadura del proletariado ha cumplido su misión histórica y, por tanto, no se necesita más. Este es el criterio oportunista de derecha, diametralmente opuesto al marxismo-leninismo.

Ahora bien, ¿cuál es el criterio oportunista de izquierda? Las personas de mentalidad izquierdista antes veían la cuestión del período de transición en igual forma que las gentes con el criterio oportunista de derecha, pero en estos días, partiendo de la posición de que el comunismo podría ser convertido en realidad únicamente tras varias generaciones, insisten en que por período de transición debe entenderse el período de transición del capitalismo a la fase superior del comunismo. Pienso que el propósito de esta insistencia suya estriba en criticar al oportunismo de derecha. Es bueno hacer crítica a la desviación derechista. Sin embargo, no podemos reconocer que sea correcto este criterio en cuanto al problema del período de transición.

Como hemos visto antes, podemos constatar que esas personas cometen por igual desviaciones cuando examinan los problemas del período de transición y de la dictadura del proletariado.

Pensamos que es indiferente que se llame el período de transición del capitalismo al socialismo o del capitalismo al comunismo. Por-

74 que el socialismo es la primera fase del comunismo. Pero la cuestión estriba en que algunos de nuestros compañeros, aprisionados por el servilismo a las grandes potencias, consideran el período de transición como un plazo comprendido desde el capitalismo hasta la fase superior del comunismo, siguiendo el criterio oportunista de la izquierda, o hasta el triunfo del socialismo según el criterio oportunista de derecha.

Por lo tanto, el punto focal de la polémica sobre la cuestión del período de transición no reside en los términos de si es la transición al socialismo o la transición al comunismo, sino en dónde se marca el límite del período de transición. Actualmente, no pocas personas se ven confundidas al fijar erróneamente este límite, y esto acarrea diversos problemas. Hay problemas tanto en el límite fijado por la gente con criterio derechista, como en el marcado por las personas con criterio izquierdista.

La fase superior del comunismo no sólo comprende una sociedad sin clases en que no existe la diferencia entre el obrerismo y el campesinado, sino también una sociedad altamente desarrollada, en la cual no hay diferencia entre el trabajo intelectual y el manual, y todos los miembros suyos trabajan según sus capacidades y se les distribuye según sus necesidades. Por esta razón, considerar como período de transición hasta la etapa superior del comunismo, equivale, de hecho, a no fijar el límite. Algunas personas no sólo ven el período de transición como hasta la fase superior del comunismo, sino que también dicen que en un solo país es imposible realizar el comunismo. Ellas sostienen que sólo cuando se haya cumplido la revolución mundial, se puede entrar en el comunismo. Según tal opinión, el período de transición no puede terminar antes de que la revolución mundial se realice totalmente. Esas personas interpretan como si la dictadura del proletariado correspondiera al período de transición, considerándolo como hasta la fase superior del comunismo, mientras las otras con la posición derechista han puesto la dictadura del proletariado en concordancia con el período de transición, considerándolo como hasta el triunfo del socialismo. A nuestro juicio, tales opiniones son excesivas.

Por otra parte, el problema está también en que las personas con el criterio derechista consideran como el período de transición, hasta el triunfo de la revolución socialista. Considerar como el período de transición hasta el triunfo del régimen socialista parte del punto

de vista ideológico de renunciar en el interior a la lucha de clases contra los elementos supervivientes de la clase explotadora derrocada, e internacionalmente, abstenerse de hacer la revolución mundial, viviendo en paz con el imperialismo. Sobre todo, insisten en que la dictadura del proletariado deja de existir cuando termina el período de transición; pero, ¿cómo es posible que ocurra esto? Es totalmente incorrecto.

Por lo tanto, no se debe seguir mecánicamente lo fijado por las personas con el punto de vista derechista, ni tampoco considerar como una pauta lo fijado por los que tienen el criterio izquierdista.

Nosotros debemos resolver en todo caso el problema a base de la experiencia práctica de la revolución y la construcción de nuestro país, estableciendo firmemente el Zuche.

Como ya he dicho antes, la definición de los clásicos sobre los problemas del período de transición y de la dictadura del proletariado es totalmente correcta bajo las condiciones históricas de aquel tiempo y la premisa con que partieron.

Pero nuestra realidad de hoy exige que no la apliquemos mecánicamente, sino que la desarrollemos de manera creadora. Nosotros hemos realizado la revolución socialista en condiciones en que heredamos fuerzas productivas muy atrasadas en un país agrícola colonial y estamos construyendo el socialismo en las circunstancias en que el capitalismo subsiste todavía en el mundo como una fuerza considerable.

Para aclarar de un modo correcto los problemas del período de transición y de la dictadura proletaria, inevitablemente debemos tomar en consideración esta concreta realidad nuestra. Cuando se tiene en cuenta estos puntos, se ve que es una exageración considerar el período de transición como hasta la fase superior del comunismo en nuestro país, y es correcto, a mi parecer, verlo como hasta el socialismo. Pero es erróneo considerar que el período de transición termina tan pronto como la revolución socialista triunfe y el régimen socialista se establezca. Enfocado el problema tanto a base de las afirmaciones de los fundamentos del marxismo-leninismo, como a la luz de la experiencia práctica de nuestra lucha, se deduce que no se construye la sociedad socialista completa sólo porque la clase obrera haya derrotado a la clase capitalista y realizado la revolución socialista, después de la toma del poder. Por esta razón nunca hemos

76 dicho que el establecimiento del régimen socialista es el triunfo completo del socialismo.

Entonces, ¿para cuándo podrá realizarse la sociedad socialista completa? El triunfo completo del socialismo se logrará sólo cuando desaparezca la diferencia clasista entre la clase obrera y el campesinado, y las capas medias, sobre todo las masas campesinas, nos apoyen activamente. Aunque los campesinos nos apoyen, antes de ser claseobrerizados, ello no podrá ser sólido, ni evitar vacilaciones en cierto grado.

La toma del poder por la clase obrera no es sino el comienzo de la revolución socialista y para construir la sociedad socialista completa hay que echar una sólida base material del socialismo, impulsando continuamente la revolución. Lo he subrayado ya repetidas veces en mis informes y discursos. Sin embargo, ya que algunos de nuestros compañeros tienen en su mente la idea del servilismo a las grandes potencias, han dirigido mucha atención a qué dicen otras personas, sin estudiar bien los documentos de nuestro partido. Es una práctica muy mala.

Hay que tener los pies bien puestos en nuestra realidad, y de allí ver correctamente todos los problemas. Como nuestro país no ha pasado por la revolución capitalista, las fuerzas productivas están muy atrasadas y la diferencia entre la clase obrera y el campesinado quedará durante un tiempo muy largo, aun después de ser realizada la revolución socialista. En realidad, hoy en el mundo no hay muchos países capitalistas altamente desarrollados y la mayoría de los países son atrasados, habiendo sido en el pasado colonias o semicolonias como nuestro país o países semejantes al nuestro, o los que hasta hoy se hallan en un estado de dependencia. Tales países podrán construir la sociedad sin clases y consolidar el socialismo, sólo cuando desarrollen las fuerzas productivas durante un tiempo relativamente largo, aun después de llevar a cabo la revolución socialista.

Puesto que no pasamos normalmente por la etapa de desarrollo del capitalismo, nos vemos obligados a realizar hoy, en nuestra época socialista, las tareas del desarrollo de las fuerzas productivas, que debieran ser cumplidas sin falta bajo el capitalismo. Pero jamás necesitaremos crear adrede a los capitalistas mediante la transformación capitalista de la sociedad, para luego derrocarlos a fin de construir de nuevo el socialismo, porque no hemos cumplido con los deberes que debiéramos realizar en la fase del capitalismo. La clase

obrera que ha tomado el poder en sus manos debe cumplir bajo el régimen socialista estos deberes que no ha podido llevar a cabo en la fase de la revolución capitalista, para construir una sociedad sin clases, en lugar de hacer resurgir la sociedad capitalista.

Debemos elevar infaliblemente las fuerzas productivas, por lo menos, hasta el nivel de los países capitalistas desarrollados, consolidando continua y firmemente los cimientos materiales del socialismo y eliminar por completo la diferencia entre la clase obrera y el campesinado. Para ello, debemos mecanizar las faenas agrícolas, llevar a cabo la quimización e irrigación, e implantar la jornada de ocho horas mediante la revolución técnica al mismo grado en que los países capitalistas desarrollados han efectuado la transformación capitalista del campo.

Precisamente para lograr esto, hemos presentado las tesis sobre el problema rural socialista. Pero nuestros compañeros no estudian bien ni estas tesis. En todo caso debemos pensar en ir resolviendo los problemas con nuestras cabezas, sobre la base de los documentos de nuestro partido. ¿Cuál es la idea central de las «Tesis sobre el problema rural socialista en nuestro país»? La idea principal de las tesis es desarrollar altamente las fuerzas productivas agrícolas mediante la realización de la revolución técnica en el campo y, junto con ello, eliminar gradualmente la diferencia entre la clase obrera y el campesinado en la esfera de la técnica, ideología y cultura a través de la revolución ideológica y cultural, y elevar la propiedad cooperativa hasta el nivel de la propiedad de todo el pueblo.

Pero estas tareas no pueden resolverse sin la dirección y ayuda de la clase obrera al campesinado. La orientación de nuestro partido es la de realizar la revolución técnica en el campo por medio de la ayuda material y técnica a los campesinos, apoyándose en las sólidas bases de la industria. A este fin, es preciso enviar al campo un gran número de tractores, y llevar a cabo la quimización suministrándole en gran cantidad fertilizantes y medicinas agrícolas, así como efectuar la irrigación. Al mismo tiempo, es menester que la clase obrera ayude a los campesinos en su transformación ideológica y también ejerza una influencia cultural sobre ellos. Sólo procediendo así, se puede lograr la completa claseobrerización del campesinado.

La claseobrerización de los campesinos es, en realidad, uno de los problemas más importantes en la construcción del socialismo y el

78 comunismo. Precisamente por este medio, nos proponemos clase-obrerizar a los campesinos y eliminar las diferencias entre la clase obrera y el campesinado.

También debemos ir solucionando el problema de la claseobrerización del campesinado, manteniéndonos firmemente sobre la posición de Zuche de nuestro partido, en vez de profesar el servilismo a las grandes potencias. Debemos materializar el espíritu de las tesis y echar sólidamente la base material del socialismo para, de este modo, elevar las fuerzas productivas a un alto nivel, eliminar las diferencias entre la ciudad y el campo y hacer abundante la vida del pueblo.

Sólo haciéndolo así, podemos ganarnos por completo a las capas medias del pasado. No se puede decir que se ha consolidado el socialismo, ni considerar que éste ha triunfado completamente, hasta que las capas medias dejen de vacilar y lleguen a darnos su apoyo total. Sólo cuando las capas medias nos ofrezcan un apoyo activo, podremos decir que hemos realizado completamente el socialismo. Cuando hayamos ganado definitivamente a nuestro lado a las capas medias haciendo avanzar la construcción socialista; cuando hayamos eliminado las diferencias entre la clase obrera y el campesinado y edificado así una sociedad sin clases, podremos decir que se ha dado cima a las tareas del período de transición del capitalismo al socialismo.

Así pues, opino que es correcto poner el límite del período de transición a la realización de la sociedad sin clases, a diferencia de las personas desviadas hacia la izquierda o la derecha.

Entonces, ¿cómo hemos de llamar a la sociedad que dura desde el triunfo de la revolución socialista y la realización de la transformación socialista hasta la desaparición de la diferencia clasista entre la clase obrera y el campesinado? Aquélla pertenece, sin lugar a dudas, al período de transición, pero como es una sociedad sin explotación no se puede llamar de otro modo que sociedad socialista.

Claro está que con la terminación del período de transición no se pasa enseguida a la fase superior del comunismo. Aun después de terminado el período de transición, para dar acceso a la fase superior del comunismo, es necesario continuar la revolución y la construcción y así desarrollar las fuerzas productivas a tal nivel en que cada uno trabaje según su capacidad y se le distribuya según su necesidad.

Tratar así del problema del período de transición conviene, en mi opinión, a la definición de Marx y Lenin y deriva de las nuevas condiciones históricas y la experiencia práctica de la revolución y construcción en nuestro país. Esta no es nuestra conclusión definitiva sino una conclusión preliminar, y sería bueno que ustedes hicieran más estudios en esta dirección.

Si así debemos definir el período de transición, ¿cómo debemos abordar el problema de la dictadura del proletariado? Como he dicho más arriba, los clásicos consideraron que la dictadura del proletariado corresponde al período de transición. De ser cierto esto, ¿dejará de ser necesaria la dictadura del proletariado cuando se haga realidad la sociedad sin clases y se logre la victoria completa del socialismo en nuestro país, es decir, cuando se cumplan las tareas del período de transición? De ninguna manera se puede decir así. Huelga decir que la dictadura del proletariado debe existir durante todo el período de transición, y aun después de terminado este período aquélla tendrá que perdurar seguramente hasta la fase superior del comunismo.

Aun cuando realicemos la revolución técnica en el campo y llevemos la propiedad cooperativa al nivel de la de todo el pueblo, claseobrecemos al campesinado y liquidemos las diferencias entre la clase obrera y el campesinado a través de la consolidación de la base material y técnica del socialismo y la realización de las tesis sobre el problema rural socialista, el nivel de las fuerzas productivas no alcanzará todavía tal grado que permita poner en práctica el principio comunista consistente en que cada cual trabaja según su capacidad y es remunerado según sus demandas. Es por esta razón que aun entonces se deberá continuar la construcción del socialismo y luchar sin tregua por la realización del comunismo. Es obvio que no se puede cumplir esta tarea al margen de la dictadura del proletariado. Dicho con otras palabras, aunque se termine el período de transición, la dictadura del proletariado debe persistir hasta la fase superior del comunismo.

Pero aquí surge otro problema. Es el problema de qué sucedería con la dictadura del proletariado cuando quede todavía el capitalismo en el mundo y se haya realizado el comunismo en un país o en algunas zonas. Bajo las condiciones en que no se ha cumplido aún la revolución mundial y subsisten el capitalismo y el imperialismo, aunque se haya realizado el comunismo en un país o en algunas zonas, esa sociedad no podrá ser libre de la amenaza del imperia-

80 lismo ni evitar la resistencia de los enemigos internos que estén en contubernio con los externos. En tales condiciones, el estado no podrá extinguirse aun en la fase superior del comunismo, y la dictadura del proletariado tendrá que subsistir como tal. Si se da el caso de que en todos los países del mundo se produzca la revolución en cadena, se derrumbe el capitalismo y triunfe la revolución socialista en escala mundial, entonces sí coincidirán el período de transición y la dictadura del proletariado; y ésta dejará de ser necesaria una vez que llegue a su fin el período de transición, y las funciones del estado se extinguirán. Pero mientras admitamos la teoría de que es posible construir el comunismo en un país o en algunas zonas, es totalmente correcto abordar así separados el período de transición y la dictadura del proletariado.

Discurrir de este modo los problemas del período de transición y de la dictadura del proletariado, no significa revisar de manera alguna el marxismo-leninismo. Nuestra posición estriba en aplicar de manera creadora las tesis escritas por Marx y Lenin, a las nuevas condiciones históricas y las prácticas concretas de nuestro país. Hacerlo así es —considero— el camino de oponerse al dogmatismo y al servilismo a las grandes potencias y salvaguardar la pureza del marxismo-leninismo.

En relación con la dictadura del proletariado, quisiera referirme brevemente a algunas cosas ligadas con el problema de la lucha de clases. Mientras exista la lucha de clases subsiste la dictadura proletaria y esta última es necesaria para llevar a cabo la lucha de clases. Pero son diversas las formas de lucha de clase. Ésta adopta diferentes formas cuando se derroca al capitalismo y después de su aniquilamiento. Esto ya está aclarado correctamente en los documentos de nuestro partido. Sin embargo, hay bastantes hombres que no tienen una clara comprensión al respecto, por lo que cometen errores de derecha o de izquierda.

La lucha de clases en el período de la revolución socialista es una lucha por la liquidación de los capitalistas como clase, mientras en la sociedad socialista es una lucha cuya finalidad es la unidad y cohesión, y de ninguna manera es una lucha de clases para hacer que los miembros de la sociedad estén en discordia y se miren con malos ojos unos a otros. En la sociedad socialista se libra la lucha de clases, pero ésta se realiza con el método de cooperación en aras de la unidad y cohesión. Para no hablar de que la revolución ideológica que llevamos a cabo en la actualidad es una lucha de

clases, también es una forma de lucha de clases la ayuda que se da al campo para claseobrerizar a los campesinos. Porque el fin de la producción y el suministro de las máquinas, el aprovisionamiento de abonos químicos y la irrigación que el estado de la clase obrera realiza para los campesinos, consiste, en última instancia, en hacer desaparecer a los campesinos como clase y claseobrerizarlos por completo. La finalidad de la lucha de clases que libramos reside no sólo en eliminar a los campesinos como clase mediante su claseobrerización, sino también en transformar a las capas medias incluso la vieja intelectualidad y la clase pequeñopropietaria urbana de ayer dándoles los rasgos de la clase obrera a través de su revolucionarización. Esto constituye la forma principal de lucha de clases que llevamos a cabo.

Fuera de esto, bajo nuestro régimen hay penetración de la influencia subversiva de las fuerzas contrarrevolucionarias desde afuera y actúan en el interior los elementos supervivientes de las clases explotadoras derrocadas, y por eso existe la lucha de clases encaminada a aplastar sus maniobras contrarrevolucionarias.

Así, en la sociedad socialista, junto con la forma principal de lucha de clases, tendiente a revolucionarizar y transformar a los obreros, campesinos e intelectuales trabajadores a través del método de cooperación para su unidad y cohesión, existe otra forma de lucha de clases, de ejercer la dictadura sobre los enemigos externos e internos.

Por lo tanto, en la sociedad socialista la lucha de clases no desaparece, sino continúa como antes, cambiando sólo de forma. Es del todo correcto caracterizar así la cuestión de la lucha de clases en la sociedad socialista.

Con relación al problema de la lucha de clases, quisiera subrayar un poco más la cuestión de la revolucionarización de los intelectuales. No podemos decir todavía que hemos logrado tomar las medidas completas para su revolucionarización. A fin de revolucionarizar a los intelectuales, los hemos enviado a las fábricas a que trabajen junto con los obreros, y ahora si este es o no el método más acertado, también constituye un problema. El propósito que perseguíamos con la formación de los intelectuales consistía en hacer que ellos escribieran libros, investigaran las ciencias y técnicas y también sirvieran de maestros. Pero si los queremos enviar a las fábricas a trabajar, ¿para qué necesitamos entrenarlos a gran costo, en vez

82 de hacer de ellos obreros desde el comienzo? Por eso, tampoco este método es tan acertado.

Desde luego, es bueno acercar a los intelectuales a los obreros para que aprendan su espíritu organizativo y su firmeza, así como su espíritu de abnegación de servir al pueblo con el trabajo físico. Pero con ello no se puede resolver del todo el problema de la revolucionarización de los intelectuales. No es que nuestros escritores hayan ido pocas veces a las fábricas. Sin embargo, algunos escritores no lograron mayor progreso, aunque trabajaron en las fábricas. Por lo tanto, sólo con mandar a los intelectuales a las fábricas para que trabajen es imposible revolucionarizarlos.

Lo importante es hacer que ellos intensifiquen la vida partidista y la vida en otras diversas organizaciones. Hoy, a algunos de nuestros intelectuales no les gusta intensificar la vida partidista y la vida en otras organizaciones, ni participar activamente en la vida organizativa. Ellos piensan como si no hubiera libertad si se intensifica la vida partidista y participan en la vida organizativa.

También entre los cuadros, los que no observan la política del partido son precisamente aquéllos que no toman parte activa en la vida partidista, ni llevan a cabo bien el estudio partidista. Como en este momento la escuela central del partido tampoco logra intensificar la vida partidista entre los estudiantes, éstos, aun después de graduarse, no saben utilizar bien los conocimientos adquiridos, ni trabajan y viven de manera revolucionaria.

Para revolucionarizar a los intelectuales, lo más importante es, por eso, hacer que ellos lleven fielmente la vida organizativa revolucionaria. Antes que nada, deben reforzar la vida en las células del partido y armarse con la ideología revolucionaria, haciendo bien el estudio partidista, en vez de vanagloriarse de su sabiduría. Asimismo, no deben tener miedo a la crítica o vacilar en criticar a otros, sino hacer severamente autocrítica y crítica y observar estrictamente la disciplina organizativa. Sólo entonces esto servirá de ayuda para su propia revolucionarización. Las personas han de cultivar la ideología colectiva en la vida del partido o de cualquier organización social, y poseer el espíritu revolucionario de recibir estrictamente las tareas revolucionarias de la organización y llevarlas a cabo sin falta. Los miembros del partido y los integrantes de las organizaciones sociales deben armarse firmemente con la política del partido y propagarla, así como ser revolucionarios que cumplan sin

falta con las tareas revolucionarias, conforme a la política del partido. Los revolucionarios son verdaderos comunistas. Los comunistas no tienen nada que ver con el egoísmo de perseguir sólo su propio interés. Los revolucionarios deben tener los rasgos comunistas de trabajar y vivir «uno para todos y todos para uno», y templarse con el espíritu partidista, clasista y popular que consiste en trabajar en aras de la clase obrera y todo el pueblo.

En última instancia, si los intelectuales no participan bien en la vida organizativa del partido y en la de otras organizaciones se echarán a perder. Y de tales ejemplos hay muchos. Tanto los viejos intelectuales como los nuevos deben intensificar, sin excepción —subrayo otra vez—, la vida organizativa del partido y la vida en diversas organizaciones, a fin de eliminar el liberalismo y la ideología pequeñoburguesa y templarse como revolucionarios.

Hoy les he hablado relativamente con detalles sobre los problemas del período de transición y de la dictadura del proletariado. Pienso que con esto se comprenderán en general los problemas discutidos en el curso del estudio de los documentos de la conferencia del partido.



INCIDENCIAS DEL

SICOANALISIS

MICHEL TORT

EL SICOANÁLISIS EN EL MATERIALISMO HISTÓRICO

El psicoanálisis «aplicado» ocupa un lugar incontestablemente subordinado, marginal e incierto en el desarrollo del psicoanálisis. Lo equívoco resulta esencialmente del término aplicación; no se sabe ya si se trata de una disciplina teórica o de un conjunto de aplicaciones técnicas, ni qué relación puede tener con otras técnicas, ni qué relación puede tener con otras disciplinas y cuáles. Es, pues, indispensable determinar primero la diferencia entre la teoría psicoanalítica, su funcionamiento aplicado y sus aplicaciones técnicas.

No podemos esperar que la práctica de la confrontación interdisciplinaria dé una respuesta a esta pregunta. Ésta debe tomarse, más bien —con lo que implica de reconocimiento-desconocimiento imaginario—, como una especie de índice de la nueva insistencia de una pregunta mucho más radical. En efecto, la problematización concertada del psicoanálisis «aplicado» descansa, en cierto modo, en la complicidad de un **desplazamiento**. Consiste en suponer que los problemas comenzarían en los límites de las disciplinas, en las zonas exóticas disputadas por su colonización y no en el corazón de sus metrópolis teóricas. Invitar al «sociólogo», al «antropólogo», al «crítico literario», sólo podría hacerse sobre la base de la seguridad tácita de que lo esencial no se pondría en tela de juicio. Debe saberse que el psicoanálisis como tal sólo tiene que ver con la historia de manera secundaria, del mismo modo que el sociólogo o el antropólogo pueden hacer valer la aprobación de un dominio teórico. Existen otras tantas suposiciones cómodas, pero insostenibles, respecto a este simple hecho; por ejemplo, que la antropología «social» no puede considerarse, como señalara E. Terray,¹ sino esencialmente formada y apoyada en una denegación de los conceptos del materialismo histórico. Asimismo, el problema del psicoanálisis aplicado, en su forma habitual, **desplaza** al problema del lugar de la teoría psicoanalítica en general. El objeto de las tesis que siguen es reducir ese desplazamiento, ubicar el funcionamiento aplicado del psicoanálisis.

¹ El marxismo ante las sociedades «primitivas», Maspero, p. 173.

86 I. El psicoanálisis es la ciencia de los objetos construidos por las teorías psicoanalíticas sobre la base de una situación experimental específica: la situación psicoanalítica.

El conjunto de los problemas suscitados por el psicoanálisis «aplicado» tiene por condición formal de posibilidad, la existencia de un grupo de conceptos obtenidos como resultado de la teorización de una experiencia. Su naturaleza de disciplina científica particular impone su determinación en tanto que método o en tanto que procedimiento terapéutico.

II. Considerado como conjunto de teorías, el psicoanálisis está provisto: 1) de cierto dominio de **objetos**; su relación con esos objetos no puede ser pensada como la principal aplicación; 2) de cierta **adecuación** y de un dominio de adecuación en un estado determinado de su desarrollo. Se denominará **extensión** al proceso teórico mediante el cual una teoría psicoanalítica engloba en su aparato teórico objetos teóricos nuevos: por ejemplo, extensión de la teoría de la libido al yo (introducción del narcisismo).

a. Determinar **la adecuación** de las teorías psicoanalíticas equivale a preguntarse si, en un estado dado de la teoría psicoanalítica, éstas dan cuenta del conjunto de los fenómenos que son sus objetos. La adecuación hace intervenir, además de las condiciones formales impuestas a la teoría (no contradicción, por ejemplo), una limitación radical por lo empírico. Esta limitación, que es la de toda ciencia, no justifica evidentemente ningún empirismo. En este marco puede plantearse el problema de la estructura de las teorías psicoanalíticas, objeto privilegiado de los epistemólogos anglosajones, entre los cuales el psicoanálisis ha sido desprovisto, como resultado de un rechazo que pudiera considerarse prematuro, de todo carácter científico. Sin embargo, hay que tomar en serio las dificultades con que tropieza el psicoanálisis para hacer que se reconozca su científicidad. Se asemejan bastante a las dificultades enfrentadas por la ciencia de la historia fundada por Marx: el materialismo histórico. Hay motivo, pues, para pensar en la especificidad de los protocolos de determinación de los hechos pertinentes en el psicoanálisis, dados al nivel de las prescripciones del método analítico, entendido como conjunto de los modos de pertinización* de objetos a partir del resultado de las estructuraciones anteriores. Resulta aberrante seguir imaginándose que el psicoanálisis será científico sobre la base de «medidas», cuando

* **Pertinisation** en el texto original (N. de R.).

los modos de estructuración matemáticos se utilizan en otras disciplinas (lingüística, por ejemplo). Decir que las teorías psicoanalíticas deben construirse según exigencias epistemológicas rigurosas no significa desear, como algunos analistas creen, un «cierre» de la apertura perpetua de la ciencia. En física o en biología existen teorías, continuamente puestas en tela de juicio, que satisfacen normas de construcción idénticas, precisas (exigencias que corresponden a las medidas, los aparatos, la síntesis inductiva, la representación axiomática y la deducción matemática). Hacer acto de cientificidad por el psicoanálisis, equivale a enunciar principios generales análogos respecto a la construcción de sus teorías.

b. Determinar **los objetos de conocimiento** pertinentes de la teoría, en la misma medida en que penetran en el proceso indefinido de la verificación de su adecuación, es un problema totalmente distinto. El campo de objeto de las teorías psicoanalíticas está constituido por el conjunto de las formaciones del inconsciente y de sus leyes de producción. Dentro de las limitaciones de un estudio dedicado al psicoanálisis aplicado, se saldría del tema el hecho de abordar el problema epistemológico general de los objetos de conocimiento del psicoanálisis. Evidentemente, no queremos decir que el único problema del psicoanálisis aplicado sea definir una aplicación científica, de manera rigurosa, sin ocuparse de lo que se ha aplicado, es decir, de los conocimientos científicos mismos; tanto más cuanto que a diferencia de las disciplinas científicas, sobre las cuales hemos razonado, el estatuto y el contenido científico del psicoanálisis teórico no se han considerado aclarados universalmente. Digamos sólo que el análisis de los propios conocimientos científicos depende de un análisis «anterior» en el sentido de los lógicos. Presuponemos, pues, este análisis.

III. El psicoanálisis está provisto de un dominio experimental: **la situación psicoanalítica.**

Sólo la situación psicoanalítica permite poner en evidencia y verificar adecuadamente interpretaciones e hipótesis teóricas. La situación psicoanalítica es un dispositivo técnico, puntualizado por Freud, que implica un número finito de determinaciones en lo concerniente a la relación psicoanalítica (regla fundamental, libre asociación, libre escucha, etc.). Este dispositivo es el resultado, en sí, de una construcción teórica y está sometido, por definición, a todos los arreglos que necesita el avance de la teorización, la cual en su forma pri-

38 mitiva él ha permitido, en lo que respecta a la relación analítica. La situación sicoanalítica es, en un sentido, punto de apoyo de las formaciones del inconciente, entre otras. Sin embargo, está concebida de manera que permita no sólo una manifestación particularmente clara de las formaciones inconcientes, sino también de los mecanismos a los que obedecen, de sus condiciones de producción inconciente, restituidas por la libre asociación y su corolario la libre escucha.

IV. Lo característico de la **situación sicoanalítica**, como situación experimental, es el estar situada en el interior de un dispositivo mayor dotado de fines explícitamente no teóricos, sino de tipo terapéutico.²

Conviene, a la vez, distinguir con rigor la situación sicoanalítica como situación experimental y comprender la limitación radical que se impone constitutivamente a esta situación debido a su integración a una visión «terapéutica» que excluye en todos los casos una experimentación en el sentido usual. Sólo la teoría de los efectos producidos en la situación sicoanalítica puede determinar las limitaciones en su propia manipulación conforme a su finalidad «terapéutica». El sentido particular que adopta aquí una situación experimental no es absolutamente específico: se volvería a hallar limitaciones análogas —no decimos las mismas— en todas las ciencias experimentales, por cuanto ellas toman como objeto ciertos procesos (biológicos, por ejemplo) que se producen en el hombre.³

Se comprende por qué Freud tenía, de manera penetrante, al «sicoanálisis médico» por el sicoanálisis propiamente dicho, aunque, a primera vista, esta determinación es exageradamente restrictiva e inadecuada desde un punto de vista teórico. No es, como se cree a menudo, porque el objeto teórico del sicoanálisis, las formaciones del inconciente, se limite al conjunto de sus formas patológicas,

² De tipo terapéutico, en la medida en que el carácter médico de esta terapéutica constituya un problema. También se podría llegar más lejos y poner en duda el hecho de que el sicoanálisis sea (y no como teoría, sino en «práctica» como aplicación de esta teoría) una «terapéutica» con lo que esto implica en lo tocante a cierto número de nociones: salud, cura, etc. Pero, en toda hipótesis, ello en nada cambiaría la validez de la tesis que exponemos respecto a los fines no teóricos o dispositivo de la situación analítica.

³ Cf. en cuanto a este punto los trabajos de G. Canguilhem, «La experimentación en la biología», en **El conocimiento de la vida**, Vrin, 1965; «Terapéutica, experimentación, responsabilidad» y «¿Qué es la psicología?», en **Estudios de historia y de filosofía de las ciencias**, Vrin, 1968.

sino simplemente porque la situación analítica —única adecuada para fundar las construcciones analíticas— no existe, al menos generalmente por el momento, más que en el interior de una situación de **tipo** «terapéutico». No se trata directamente de una determinación definitiva de la situación analítica. De cualquier modo es muy importante, desde el punto de vista teórico, destacar la autonomía relativa de la situación analítica con relación a su manipulación «terapéutica», que sería una técnica empírica pura, o sea, «la aplicación» de una ideología, sin la teoría elaborada a partir de los datos de la situación analítica.

V. El **método psicoanalítico** designa un conjunto de procedimientos de estructuración de los objetos psicoanalíticos susceptible de actuar en el interior de la situación psicoanalítica, o fuera de su realización efectiva. Se sobrentiende que la situación psicoanalítica sola garantiza la validez de las construcciones del método.

La teoría psicoanalítica de las formaciones del inconsciente no está enteramente elaborada a partir de la situación analítica. Los análisis de la palabra del espíritu y de la psicopatología de la vida cotidiana, entre otros, no se fundan en una investigación de procesos interpretados en la situación psicoanalítica. En **La palabra del espíritu** todo el análisis es guiado, sin la menor referencia, al análisis detallado de las asociaciones de uno de los autores de rasgos, con excepción del «familiar» de Heine; pero, incluso en este caso, el análisis de los motivos de ese rasgo no es asimilable al proceso efectivo de su análisis en la situación analítica. En realidad, el hecho de que puedan efectuarse análisis en tales condiciones, fuera de toda situación psicoanalítica, tiene, como Freud bien comprendiera, una importancia decisiva y confirma el estatuto especial de la situación psicoanalítica.

Es evidente que, ante todo, sin esta situación no se habrían percibido los mecanismos que se hallaron de nuevo fuera de ella. Por otra parte, todas las interpretaciones que, en definitiva, se pueden dar respecto a una palabra del espíritu, de un lapso, se supone que son fundamentalmente verificables mediante el establecimiento de una situación psicoanalítica, y sólo mediante ella. La mayoría de los análisis se limitan a destacar los mecanismos análogos a aquellos que la situación analítica ha evidenciado, y a introducir y construir un sujeto = x a partir del texto, sin pasar por una situación psicoanalítica propiamente dicha. El método analítico permite, pues,

90 una serie de procedimientos de estructuración del material, sobre la base del conocimiento de los mecanismos síquicos, que se obtiene en la situación analítica. Pero ésta sigue siendo el único sitio adecuado de verificación a que el análisis recurre en caso de que sea irrealizable en una serie de esos **procedimientos sustitutivos** que tienen la misma estructura teórica: pruebas por recopilación en otros textos, en otras circunstancias, biografías, verificación de la interpretación con motivo de los acontecimientos, etc.⁴

Al tratar de las relaciones entre situación sicoanalítica y método sicoanalítico es preciso, sin embargo, cuidarse de oponerlos y de considerar el método sicoanalítico como una especie de suple faltas en ciertos casos. Esta oposición no tendría evidentemente ninguna significación epistemológica, ya que el método sicoanalítico rige la propia situación sicoanalítica como otros dispositivos experimentales posibles. Sólo puede decirse que, para definir las leyes de producción generales de ciertas formaciones del inconciente, es imposible poner en marcha la situación analítica; esto no impide adaptar el método sicoanalítico para hacer frente a este género de problemas; y en fin, el margen de indeterminación de las interpretaciones es en este caso mucho mayor, como puede comprobarse en el carácter problemático del desciframiento inmediato del simbolismo general del sueño.

VI. El sicoanálisis, en tanto que disciplina teórica, tiene por objeto posiciones subjetivas y formaciones del inconciente que le corresponden **como tales**, haciendo abstracción de los diversos procesos, discursos y prácticas de todo orden que **apoyan** dichas formaciones.

En el origen de las trasgresiones ideológicas del sicoanálisis aplicado, como también de ciertas dudas de la interpretación sicoanalítica «aplicada», hallamos ante todo una representación ideológica del objeto del sicoanálisis como ciencia, y del objeto del sicoanálisis «aplicado».

Todas las formaciones del inconciente sin excepción (objetos del sicoanálisis), son sostenidas por prácticas y discursos. No existen sin este sostén. El sicoanálisis como teoría se caracteriza por la construcción de una situación teórica que es capaz de retener las formaciones del inconciente por sí mismas: **neutraliza su sostén**. Como hemos visto, esta situación teórica está en una relación absoluta-

⁴ Cf. *Sicopatología de la vida cotidiana*, *passim*.

mente específica con un objetivo no teórico («terapéutico»). Sin embargo, la teoría psicoanalítica sigue siendo la que permite explicar (por la naturaleza de los fenómenos que son sus objetos teóricos) las condiciones de producción particulares de la teoría psicoanalítica (la relación con una situación «terapéutica»).

Esta determinación del objeto del psicoanálisis como teoría nos lleva a un primer resultado. No es posible a otras disciplinas aceptar la teoría analítica mediante una repartición de territorio que le concedería la cura o la psicopatología y le prohibiría otros dominios. Esta repartición no es sólo empírica, sino falsa.

VII. El psicoanálisis es una disciplina teórica inscrita en el continente del materialismo histórico, como teoría del proceso de producción y de reproducción de los individuos-sostén bajo el doble aspecto antagónico del sometimiento-no sometimiento requerido para el funcionamiento en la instancia ideológica y, por tanto, en las otras instancias de las formaciones sociales (juridicopolítica, económica).

No basta determinar los «objetos» del psicoanálisis. O, más bien, estos objetos no están bastante determinados, si no se sabe dónde tienen lugar. La paradoja del psicoanálisis es precisamente que, aun cuando se empieza a saber describir bastante bien los mecanismos de ciertas «formaciones del inconsciente», su lugar teórico, el «continente científico» —según la expresión de Louis Althusser— al cual se unen, sigue siendo incierto.

La neutralización que he evidenciado en las tesis precedentes no remite el psicoanálisis al continente físico-biológico. Sea cual sea el interés que pueda ofrecer para los resultados de ciertos sectores de la biología (etología, neurofisiología, etc.), no llega, incluso, para el psicoanálisis más biologizante, a hacer que se opere esa unión. El psicoanálisis se ha constituido históricamente en una relación compleja con la biología, y más recientemente con la lingüística. Relación real de **presuposición**, por una parte. La relación de presuposición puede establecerse entre disciplinas de varios continentes científicos, y define esencialmente la representación de los resultados o de las hipótesis de una ciencia en un momento dado de su desarrollo en otra ciencia. En este sentido, la teoría psicoanalítica no puede dejar de presuponer continuamente los conocimientos de la neurología, de la etología, de la neurofisiología, de la lingüística. Relación imaginaria de **constitución ideológica**, por otra parte, que

92 adopta la forma del biologismo o de un recurso a la teoría lingüística, como constituyente o como modelo de la teoría sicoanalítica.

En realidad, no vemos cómo el psicoanálisis pueda hallar cabida en otro sitio que no sea en el continente del materialismo histórico, del que representa una teoría regional. Esta posición ha sido obstruida por el hecho de que su relación con el materialismo histórico se concibe muy a menudo a un nivel preteórico: el de la confrontación del «marxismo» con el «psicoanálisis». A ese nivel se mezclan de manera confusa los elementos propiamente teóricos más ciertos del psicoanálisis y los elementos de «concepción del mundo», los cuales pretenden hallar ahí justificación y que, en realidad, los explotan con fines diversos. Ya se trate de bruñir las armas contra la teoría marxista y la concepción proletaria del mundo, o de componer cocteles molotov teóricos con el deseo laudable de utilizar el explosivo freudiano como arma de revolución (freudo-marxismo), se sigue estando más acá de una posición científica del problema, lo que hace inoperantes, finalmente, las mejores intenciones revolucionarias

Nos acercamos más al corazón del problema al considerar que el conjunto de los objetos construidos por el psicoanálisis está en relación directa con lo que el materialismo denomina la instancia ideológica. Sin embargo, no tardamos en encontrar aquí, de nuevo, un obstáculo en la concepción misma de esta instancia, tal como fue desarrollada por el propio materialismo histórico. Por razones fundamentales, a la vez históricas (la lucha «ideológica» de Marx) y teóricas (el carácter determinante, para la teoría de la instancia ideológica, de la determinación, en última instancia, por el nivel económico), se siente uno tentado a concebir los objetos del psicoanálisis como **transportados** por lo ideológico. Esta determinación no es incompatible con el deseo de reconocer una especificidad, es decir, no implica explícitamente la reducción del «inconsciente» a una forma de implícito social, como es el caso en la ideología de Lévi-Strauss. Tiene por consecuencia la tesis de una «articulación» entre el materialismo histórico y el psicoanálisis, que abre la perspectiva de una colaboración entre psicoanálisis y materialismo histórico al nivel del psicoanálisis «aplicado».

Esta concepción sigue siendo, sin embargo, insuficiente y descriptiva. Descansa esencialmente en una presuposición no explícita. Concebir los objetos del psicoanálisis como apoyados por lo ideológico, supone en efecto que lo ideológico sea definible por el materialismo

histórico fuera de toda referencia al psicoanálisis, sin que ello excluya relaciones secundarias entre las dos disciplinas teóricas.

Esta presuposición es, en realidad, insostenible tanto respecto al propio materialismo histórico como respecto al psicoanálisis. Del lado del materialismo histórico, la ideología se reduce —en una perspectiva unas veces mecanicista, otras idealista— a su determinación por lo económico. Cuando uno se toma el trabajo de determinar cómo los individuos se relacionan a través de la ideología con la realidad de sus relaciones, uno se contenta con una psicología vulgar (imaginaria, ilusoria, etc.), o, subrepticamente, hace un uso analógico de los conceptos psicoanalíticos, sin producir el concepto de este préstamo, para transformarlos en vista de una teoría de la ideología estrictamente **home made**. Por otra parte, de una manera u otra, en virtud incluso de una concepción de la ideología definida por su dependencia única de las demás instancias y funciones que reviste en las formaciones sociales, se llega a concebir los objetos del psicoanálisis como el reflejo deformado, imaginario e idealista de los que el materialismo histórico sería capaz de producir sin el psicoanálisis.

Esta práctica demuestra que la representación de la ideología como apoyo de las formaciones del inconsciente es del todo errónea. Comienza por autonomizar las formaciones del inconsciente, como si fueran distintas de la ideología, para reducirlas, por otra parte, a expresiones o remplazos. Es parasitaria porque explota el psicoanálisis en beneficio de una teoría de la ideología, algo imposible cuando los conceptos psicoanalíticos son desplazados y transformados en nociones. Es ruinoso porque le falta la inscripción del aparato conceptual psicoanalítico en el materialismo histórico.

Pero la insuficiencia de la concepción que acaba de debatirse no es comprensible si se deja a un lado la responsabilidad del propio psicoanálisis. La reducción idealista del «inconsciente» a la ideología responde, de hecho, a las concepciones idealistas complementarias del objeto del psicoanálisis, ya como sicobiología o como teoría de lo significante, que comparten al menos la presuposición de que el objeto del psicoanálisis puede definirse sin referencia no secundaria sino constitutiva a lo ideológico. Lo que se desarrolla «biológicamente» o de manera biológica no puede mantener más que una relación secundaria con la historia. El psicoanálisis no depende ni del campo de la biología ni del campo de la historia. Propiamente

94 hablando, es insituable. Esta posición asumida por la teoría de lo significativo se vale, paralelamente, de la lingüística para obstruir la ideología de otra manera, sin darse cuenta de que el conjunto de las operaciones sobre lo «significante» que tendría por objeto esta moderna versión de la ciencia de las ciencias sólo tiene significación para lo «significante» ideológico.⁵ Resulta claro que, en todos los casos, los objetos construidos por el psicoanálisis son insituables, no ya en virtud de alguna propiedad metafísica, sino porque no están inscritos en la ideología. El inconsciente no es ni el lenguaje ni la condición del lenguaje, sino una de las condiciones de lo ideológico, su dispositivo de **embrague** sobre los individuos-sostén. **El psicoanálisis es, pues, una disciplina particular del continente del materialismo histórico.** El conocimiento de los objetos producidos por la teoría psicoanalítica se inscribe en la teoría de **la ideología** en dos formas.

Primera: Una determinación objetiva general de todos los procesos que tienen lugar en las formaciones sociales es la de poner en juego «sostenes» que se representan por la ideología como «sujetos». Es al nivel de los mecanismos de asignación y de ocupación de esos lugares de sujetos que los conocimientos psicoanalíticos intervienen. Para definir de manera justa esta intervención resulta indispensable distinguir realidades esencialmente diferentes.

a. Por el término de **(sujeto) -sostén**, se designará la individualidad biológica de los individuos (individualidad que es un concepto biológico), en tanto que es la base material a partir de la cual deben funcionar por las relaciones sociales. Es evidente que el concepto de (sujeto) -sostén no es un concepto biológico.

b. Por **sujeto ideológico** se entenderá un **lugar** en el proceso de la práctica y del discurso ideológicos —lugar específicamente constitutivo de éstos— que tiene como función asegurar la entrada de los (sujetos) -sostén en los diferentes procesos sociales. Se tendrá un ejemplo simple de función de sujeto ideológico en el caso del etnocentrismo: ese punto ciego a partir del cual se aprehende una cultura externa, y que constituye la posición espontánea ocupada por los individuos en su discurso, es un lugar de sujeto ideológico.

Es intuitivo el hecho de que las propiedades precisas de este punto ciego: 1) son enunciables (en el caso contemplado, el sujeto ideológico podrá contar con predicados tales como blanco, adulto, etc.);

⁵ A. Badiou, «Signo y carencia: a propósito del cero», en **Cahiers pour l'analyse**, no. 10, p. 162.

2) resultan de una aplicación en lo ideológico de las asignaciones limitantes de las estructuras sociales en las que está ramificado lo ideológico.

c. Se llamará **sujeto de la ideología** a una variante teórica, una racionalización ideológica del sujeto ideológico, elaborada por **la ideología del sujeto**. El sujeto ideológico es un **operador** de lo ideológico que no está dado como tal, en tanto que el sujeto de la ideología es el enunciado explícito de cierto número de predicados de tal sujeto ideológico (por ejemplo, unidad, unicidad, permanencia, etc., en el caso de la filosofía clásica occidental, en la que la ideología del sujeto desempeña un papel muy importante).

d. **El sujeto en el sentido psicoanalítico** se definirá, provisionalmente, según la teoría de J. Lacan, como una **posición** respecto al significante, inducida en el (sujeto) -sostén de los procesos sociales, efecto de su estructuración por los significantes.⁶

Esas distinciones permiten definir la inscripción de la teoría psicoanalítica en la teoría materialista de las ideologías de la siguiente manera: los lugares de (sujeto) -sosten de los procesos sociales no pueden ser ocupados sin definir simultáneamente, por su estructura (el conjunto de los predicados que define el lugar), las posiciones de sujeto en el sentido psicoanalítico, es decir, sin que las relaciones sociales, respecto a las cuales los individuos funcionan, sean sostenes o estén constituidas, en cambio, en sostenes de posiciones subjetivas.⁷

Esta dialéctica de los sostenes excluye toda causalidad mecánica. Un proceso en una formación social sólo puede engendrar lugares de **(sujeto) -sostén**; sus requisitos conciernen sólo a elementos homogéneos en la estructura del proceso. Sin embargo, al definir sus lugares de sostén, induce posiciones subjetivas y por ello somete el sostén a sujeto ideológico. Es preciso entender por ello que el requi-

⁶ Conviene destacar que las pertinencias teóricas así definidas tienen en común no hacer referencia alguna a la singularidad, propiedad ideológica, tradicionalmente imputada como esencia al «sujeto» (de la ideología), en el enunciado del concepto. Lo particular de estos conceptos es precisamente eliminar esa ideología, al considerar las singularidades de todos los órdenes como elementos contingentes de singularización de las **funciones** que son las diversas formas de sujeto.

⁷ Debe recordarse que subjetivos no significa en modo alguno singulares, incluso si las posiciones subjetivas, en tanto que están ocupadas siempre, se ven afectadas por rasgos singularizantes que son secundarios y que la teoría no tiene que considerar.

96 sito, que no puede ser llevado a cabo más que a través del rodeo de su representación, implica inevitablemente una posición de sujeto (en el sentido sicoanalítico) que **opera** la ubicación ideológica. Por ejemplo, los procesos objetivos de la distribución de los medios de producción, regidos dentro de un modo de producción por las relaciones de propiedad y de apropiación real, inducen en los (sujetos)-sostén (portadores —Träger— en la terminología de Marx) determinadas posiciones subjetivas en el sentido sicoanalítico (cierto tipo de relación fantasmal con los objetos de la apropiación en tanto que su goce sea «privado», o «común», etc.), sin las cuales no pueden funcionar como sujetos ideológicos y, por consiguiente, efectuarse el proceso.

Segunda: Pero la operación que acaba de analizarse no puede ser realizada por sí misma, si no existe un proceso específico de producción de las posiciones subjetivas de los sostenes.

La estructura de las posiciones subjetivas de un individuo, en el sentido estricto, no está, en efecto, determinada **directamente** por los procesos situados al nivel que acabamos de considerar, sino por un proceso de estructuración específica, el complejo de Edipo, que se presenta, pues, como la condición de la reproducción de los sostenes en las especies de su sometimiento-no sometimiento con relación a la ideología.

Evidentemente, ese proceso de reproducción de los sostenes es por sí mismo histórico, y, por tanto, está sometido a la eficacia de las otras instancias del todo social.

Para dar cuenta de la causalidad que se ejerce entre procesos (con sus funciones-sostén) y posiciones subjetivas hay que ubicarla con exactitud: al nivel de la representación ideológica de los procesos, reales como relación doble (real e imaginaria) con esos procesos. El aspecto real de la representación ideológica es la función indispensable que desempeña en el propio proceso por imaginaria que sea. Por eso se ve cómo lo imaginario se relaciona con el proceso. Pero no es menos decisivo comprender cómo el proceso se relaciona con lo imaginario. Todo análisis de la representación ideológica que se limitara a seguir los desplazamientos del proceso real, tal como la práctica científica lo crea, no daría cuenta de lo organizado por lo ideológico, no ya en su función de realidad (de realización del proceso), sino en su naturaleza imaginaria. En otros términos, la ideología ejerce sus efectos de desplazamiento sólo porque está sometida

a un número, sin duda limitado, de representaciones organizadoras donde el psicoanálisis halla sus objetos de conocimiento.⁸

No es posible desarrollar más aquí los mecanismos ni las formas de este aspecto de la teoría de la ideología, que es la teoría del sometimiento como mecanismo de producción-reproducción del sujeto ideológico, ni su relación dialéctica con el no sometimiento, que plantea el problema de los efectos del conocimiento científico. Se expondrá simplemente las consecuencias de la tesis que acabamos de sostener al surgir algunas dificultades.

1. De ningún modo podemos atenernos a invocar entre el psicoanálisis y el materialismo histórico relaciones de proximidad o de vaga «articulación». El psicoanálisis sólo tiene un objeto: el aspecto de la reproducción de las relaciones de producción, que es el sometimiento como mecanismo de producción-reproducción del sujeto ideológico.

2. La determinación que acaba de formularse nada tiene que ver con la reducción del inconsciente a una forma vaga de inexplicito «social». No puede ser una cuestión de reducir los objetos de la teoría psicoanalítica, de hacerlos aparecer como el fenómeno de otra realidad, la «ideología», por el simple motivo de que son sólo ellos los que detentan, bajo un aspecto preciso, su determinación. El problema no es, como sucede corrientemente, remplazarlos por objetos ideológicos más agradables, sino situarlos y mostrar cómo están constituidos para la integralidad de la región de lo ideológico. Una de las razones de la resistencia que puede encontrar esta idea se funda, precisamente, en una representación de las «formaciones del inconsciente» como un número limitado de efectos puntuales (síntomas, efecto de espíritu, lapsos, etc.). En realidad constituyen formas extremadamente variadas de un zócalo general de la ideología, que forma la base material de los pensamientos y de los actos de los individuos (incluso en sus actividades teóricas), base en la que se apoyan las demás prácticas.

3. Situar el psicoanálisis en el materialismo histórico desplaza, finalmente, el psicoanálisis «aplicado». La paradoja de la posición habitual de éste era una doble ignorancia de la ideología: ignorado como

⁸ Este punto ha sido bien destacado por G. Bachelard. Él no se ha contentado con mostrar cómo la ciencia se desolidariza de las representaciones ideológicas a través de las cuales y contra las cuales se erige. Al menos ha planteado el principio del sometimiento de las representaciones ideológicas a la jurisdicción del psicoanálisis, lo cual resulta más importante que los propios análisis que ha podido desarrollar empíricamente en este dominio donde todo queda por hacer.

98 lugar de la teoría, evidentemente no podía volverse a hallar en el nivel de una «aplicación» sin estatuto. De manera inversa, el que se inscriba la teoría sicoanalítica en el materialismo histórico no quiere decir que se sitúe uno en el nivel del llamado sicoanálisis aplicado; sino que sólo esa relación en el propio nivel de la teoría sicoanalítica funda la posibilidad del sicoanálisis aplicado.

VIII. «Sicoanálisis aplicado» designa el **uso constituyente** de la teoría sicoanalítica, que relaciona los objetos teóricos del sicoanálisis con sus objetos-sostén.

1. Todas las formaciones del inconsciente, sin excepción, están inscritas en prácticas y discursos ideológicos. No existen en absoluto fuera de este sostén que constituye lo ideológico considerado en sus otras condiciones de producción.⁹ El carácter específico del sicoanálisis como disciplina teórica le viene de la **neutralización experimental del sostén**, doblemente determinado por: las exigencias teóricamente justificadas de la terapéutica; la construcción de una situación teórica propia para retener las formaciones del inconsciente por sí mismas. Desde el instante en que se ordena a sus sostenes las formaciones del inconsciente, se sitúa uno en la perspectiva del **sicoanálisis aplicado**: la del conjunto de las aplicaciones constituyentes de las formaciones del inconsciente en el dominio de los discursos y prácticas en general, por el método analítico o la situación analítica.

Una consideración errónea consiste en vincular el sicoanálisis aplicado con el método sicoanalítico: sicoanálisis de situación sicoanalítica. De hecho, el recurrir a la situación sicoanalítica puede, muy bien, ser el único modo adecuado de manifestar ciertos conocimientos en sicoanálisis aplicado. La evolución de las exigencias en el dominio señalado con el nombre de «antropología sicoanalítica» lo verifica claramente. La condición de una situación sicoanalítica real ha acabado por imponerse a la interpretación inmediata en el nivel de la observación, e incluso al mantenimiento de estilo no directivo.¹⁰ Este ejemplo también está lleno de enseñanzas en lo que respecta a la paradoja del dispositivo «experimental» del sicoanálisis. Como la finalidad explícita **a priori** de la teoría sicoanalítica es desgajar

⁹ Dicho de otro modo: si lo ideológico como tal no puede funcionar en tanto que «sostén» de los objetos del sicoanálisis (sin imposibilitar la inscripción del sicoanálisis en la teoría de la ideología), las demás condiciones de producción de lo ideológico están, por el contrario, en posición de objetos-sostén con relación a ellas.

¹⁰ C. y E. Ortigues, **Edipo Africano**, Plon, 1966.

los modos de posición del Edipo en configuraciones sociales diferentes, parece bastar una situación de «tipo» sicoanalítico separada de su anclaje «terapéutico». En realidad es notable, por el contrario, que este desprendimiento de los vínculos «terapéuticos» pone en cortocircuito la manifestación de una parte de los procesos que justamente se intenta poner en evidencia. Así se manifiesta un dato absolutamente fundamental: la relación de la situación sicoanalítica con el contexto de la cura no es reducible a una relación técnica, sino que define, de hecho, la forma específica de dispositivo experimental requerida para poner en evidencia objetos del sicoanálisis; por tanto, no es un dato inicial contingente, sino una condición estructural. Se comprende en todo caso que no es porque la formación del inconsciente analizada pertenezca, por ejemplo, a un producto artístico, que dependerá, por derecho, del sicoanálisis «aplicado». Es perfectamente posible neutralizar su sostén artístico-estético, lo cual ha hecho, por otra parte, la **clínica** sicoanalítica con todo rigor. De ahí que esa no sea la verdadera división que debe hacerse entre el sicoanálisis teórico y el sicoanálisis «aplicado».

En realidad, hay sicoanálisis «aplicado» a partir del momento en que se halle la neutralización de los objetos-sostén, y en que los objetos de la teoría sicoanalítica **se relacionen** con los objetos-sostén, en los cuales intervienen.

«Sicoanálisis aplicado» no es el nombre de ninguna disciplina particular, sino que designa la intervención que constituye el sicoanálisis como teoría en otras ciencias, en que algunas de sus disciplinas no pueden desarrollarse en modo alguno sin recurrir al sicoanálisis.

La categoría de uso constituye parte de la distinción, anunciada por Althusser y P. Macherey,¹¹ de las dos relaciones: de constitución (relación de constitución de las matemáticas con la física) y de aplicación (de una ciencia con las técnicas). La forma «aplicada» de una ciencia, que nada tiene que ver, pues, con sus aplicaciones técnicas, relaciona los objetos de la forma teórica con sus objetos-sostén, establece una relación de **constitución** entre el objeto teórico y el objeto-sostén, correspondiente a la producción de un nuevo objeto teórico en disciplinas nuevas. El término «sicoanálisis aplicado» como todas las expresiones del mismo orden no sólo implica una confusión con las prácticas (técnicas) de aplicación tomadas en una representación ideológica del funcionamiento «aplicado» de una

¹¹ *Curso de filosofía para científicos*, 1, 7, roneotipado.

100 ciencia; tiene como resultado ocultar el estatuto de las disciplinas cuya formación permitiría el psicoanálisis.

2. Como se ha visto, la relación de los objetos psicoanalíticos con el materialismo histórico figura en la determinación misma del lugar de esos objetos. Por consiguiente, es necesario precisar en qué consiste el movimiento mediante el cual el uso aplicado del psicoanálisis relaciona los objetos construidos por la teoría con sus objetos-sostén. La etnología psicoanalítica puede servir también de ejemplo en este caso. Bajo esta rúbrica, a cuyo propósito no se sabe nunca con exactitud lo que proviene de la teoría psicoanalítica y del psicoanálisis «aplicado», se halla, en realidad, confundidos dos tipos de problemas.

Todo lo que proviene de la universalidad del Edipo y de sus modos de posición, por ejemplo, concierne de hecho a la teoría psicoanalítica como tal. Lo que está en juego es la función general del Edipo, cuestión ésta a la que ha sido anticipado el hecho de que no se puede aportar respuesta más que dentro del marco de una teoría de la producción-reproducción de los (sujetos)-sostén en sujetos ideológicos. Hay neutralización de las demás condiciones de producción de los procesos ideológicos que están en juego.

Por el contrario, nos hallamos en presencia de un uso aplicado de la teoría psicoanalítica cuando sobre la base de una hipótesis que concierne a la función del Edipo (su estructura), se determinan sus formas históricas.

Se observa que una vez que se disponga de una hipótesis sobre la ley de producción de cierto número de efectos, es decir, de una **relación** entre ciertas condiciones de lo ideológico y ciertos efectos objetos del psicoanálisis, se podrán constituir sistemáticamente por lugares **formas de relación** invirtiendo el movimiento de neutralización, es decir, contribuyendo a definir condiciones típicas de los objetos-sostén que acarrearán efectos conceptualizables por el psicoanálisis.

Puede verse también que la neutralización no excluye la admisión presupuesta de otras determinaciones de lo ideológico. El estudio del «medio familiar» de los esquizofrénicos no depende del psicoanálisis «aplicado»: la relación de los objetos del psicoanálisis (en el caso particular, las posiciones subjetivas del esquizofrénico) con la institución familiar es explícita; pero el problema, interior a la teoría psicoanalítica, es determinar las formas particulares de configuración familiar que inducen las posiciones observadas por el psicoanalista.

IX. En su uso constituyente en el interior del materialismo histórico; el psicoanálisis **se articula** con otras disciplinas.

Hemos definido anteriormente el funcionamiento aplicado del psicoanálisis y la relación que mantiene con el psicoanálisis como teoría. Sin embargo, no puede considerarse que por ello sea suficientemente determinado. En efecto, las dificultades que suscita el «psicoanálisis aplicado» no residen solamente en la incertidumbre de su estado, en la confusión del método y de la ciencia, de la aplicación-constitución y de la aplicación técnica. Algunas tentativas de psicoanálisis aplicado se presentan como si llevaran a cabo, de manera ciega y empírica, esa propia relación de los objetos teóricos del psicoanálisis con algo así como «objetos-sostén». Pero es precisamente la manera de establecer esta relación lo que resulta inaceptable, pues toma la forma de una deducción psicológica de los «objetos» teóricos de otras disciplinas, haciendo aparecer éstas como simples racionalizaciones. En esas condiciones es indispensable precisar cómo se efectúa esa «relación» de los objetos teóricos del psicoanálisis con lo que hemos denominado objeto-sostén. Por ejemplo, si ahora se comprende claramente la medida en que el psicoanálisis aplicado puede relacionar sus objetos teóricos (sus objetos de conocimiento) con los fenómenos «literarios», la cuestión que se plantea sin duda es la de saber qué lugar ocupan los conocimientos que puede así producir en una «teoría de la literatura» y sus relaciones con otras ciencias que tratan de este objeto.

Digamos ante todo que esta cuestión no puede recibir respuesta satisfactoria si nos atenemos al nivel de las nociones ideológicas, tomadas por objetos teóricos. Es esta confusión la que acarrea las trasgresiones psicoanalíticas, los «psicoanálisis» del «grupo», de la «literatura», de la «música», de la «guerra». Al nivel de estas nociones ideológicas es absolutamente imposible determinar la relación que una ciencia pudiera tener con otras: todas tienen, por definición, el mismo «objeto», es decir, están desprovistas de objeto teórico. Distinguiremos, pues, dos relaciones:

La **relación ideológica** de los objetos teóricos con el objeto empírico ideológico, que se limita a designar el dominio empírico de intervención de los objetos teóricos de una ciencia. Es con este tipo de relación con que se contenta, en la mayoría de los casos, el psicoanálisis aplicado. Le permite deshacerse del reproche de dogmatismo o de imperialismo cómodamente. De hecho, las innumerables protes-

102 tas que «reservan el lugar» a otros caminos científicos carecen de valor, pues van apareadas con trasgresiones efectivas del dominio legítimo de los enunciados psicoanalíticos. Considerado en conjunto, e incluso en el caso de que el psicoanálisis aplicado se mantenga en sus límites, los objetos teóricos de las ciencias que comparten el mismo dominio de intervención sólo existen en el horizonte en forma de una denegación sutil.

La **relación teórica o articulación** de los objetos teóricos de una ciencia con los objetos de otra ciencia como **objetos-sostén**, consiste en el hecho de que los objetos-sostén, con los que la ciencia «aplicada» relaciona sus objetos teóricos son, ellos mismos, los objetos teóricos de otra ciencia, y no el objeto empírico ideológico.

Hemos dicho que el psicoanálisis aplicado relaciona los objetos teóricos del psicoanálisis con sus objetos-sostén. Éstos, definidos por otras disciplinas científicas, conceptualizan diferentes condiciones de producción de los efectos que dependen del psicoanálisis. Como hemos visto, estas condiciones de producción son específicas: conciernen al desarrollo histórico de las formaciones sociales, de las ideologías y de las prácticas que las caracterizan. No pueden deducirse por la investigación analítica.

Recíprocamente, esos procesos y esas prácticas implican, a su vez, ciertas condiciones de producción que son los objetos teóricos específicos del psicoanálisis aplicado. Por eso hemos manifestado que los procesos que se producen en las formaciones sociales en todos los niveles (económico, político, ideológico), y cuyas leyes de producción dependen de las diversas disciplinas particulares del materialismo histórico, requieren para realizarse poner en práctica mecanismos significantes (en el sentido psicoanalítico) al nivel de los (sujetos)-sostén que asignan como sujetos, siendo en general el objeto del psicoanálisis aplicado el estudio de los mecanismos significantes: posiciones subjetivas, formaciones del inconsciente inherentes a los procesos de las formaciones sociales.

Sin embargo, para dar a la categoría de articulación un estatuto riguroso, se está obligado a ir más lejos y a preguntarse sobre qué rige esa relación. No podemos contentarnos con marcar los títulos y los límites de los dos discursos legítimos; hay que fijar las condiciones en las que las determinaciones de uno son sometidas a las determinaciones del otro, haciendo intervenir la categoría de determinación, en última instancia, por lo económico, lo cual sitúa el

discurso del psicoanálisis en el materialismo histórico en cuanto ciencia de las formaciones sociales. Esta ubicación no es el establecimiento de una relación entre otras, sino que define la naturaleza de todas las relaciones de articulación que el psicoanálisis aplicado puede tener con disciplinas científicas. Al determinar sus objetos de conocimiento, una ciencia define también, según la naturaleza de los objetos-sostén sobre los que se alzan, la naturaleza de las demás disciplinas con las que puede articularse eventualmente. Hemos visto que los objetos-sostén del psicoanálisis pertenecían al dominio de las prácticas y de los discursos ideológicos. Del mismo modo, el psicoanálisis aplicado, que relaciona los objetos de conocimiento del psicoanálisis con objetos-sostén determinados, no admite como teorías científicas, con las que puede articularse en cada caso, más que las ciencias cuyos objetos teóricos determinan el objeto-sostén del psicoanálisis.

El materialismo histórico, cuyas disciplinas regionales han tenido un desarrollo desigual, al ser el nombre genérico de las ciencias que acabamos de tratar, se comprende por qué, a través de esas disciplinas regionales, el psicoanálisis aplicado mantiene una relación constitutiva con el materialismo histórico.

Hemos dicho que esa relación, es decir, la articulación de los objetos teóricos de ambas disciplinas, estaba regida por las leyes fundamentales del materialismo histórico. Eso quiere decir simplemente que todos los fenómenos que puede abordar el psicoanálisis aplicado, en cuanto históricos, están sometidos a las leyes que gobiernan las formaciones sociales.

Sobre esta base se pueden explicar las dificultades surgidas con la interpretación psicoanalítica ideológica en su referencia con el «individuo», con el «sujeto», en la generalización de los mecanismos individuales en los fenómenos colectivos. Particularmente provienen de la confusión de los conceptos que han sido destacados anteriormente, y de la denegación de la subordinación de las formas concretas de existencia de los objetos del psicoanálisis a las leyes fundamentales del materialismo histórico. Los análisis construidos sobre el sujeto en el sentido psicoanalítico, atribuidos al sujeto ideológico, al «individuo» (noción ideológica del sujeto-sostén) o al «sujeto» (de la ideología), cortocircuitan la construcción de los procesos de producción autónomos, donde esos sujetos ideológicos hallan su lugar en cuanto funciones.

1. Los procesos en que interviene el psicoanálisis aplicado son procesos (sociales, por ejemplo) estructurados de manera compleja en una pluralidad de niveles por su integración en las estructuras económicas, políticas, **ideológicas**. Esas estructuras no están yuxtapuestas en montón, o en relación de expresión en el todo social, sino en relación de causalidad estructural, lo que implica el ejercicio de dominaciones y de una determinación en última instancia por lo económico, enunciada por Marx, fuera de la cual no hay concepción científica posible del todo social.

2. Los procesos en que el analista interviene están situados necesariamente al nivel de **lo ideológico**: no de la guerra en general,¹² por ejemplo, sino de las **representaciones** y de las prácticas conscientes o inconscientes que los individuos en una sociedad hacen de ella. No obstante, esas representaciones y esas prácticas ideológicas no son, pues, de la única incumbencia del analista, aun cuando éste engrane ahí sus análisis, ya que están sometidas fundamentalmente al conjunto de los efectos estructurales inducidos por el resto de la estructura del todo social sobre la ideología y sobre el sujeto ideológico.

3. El analista interviene a ese nivel preciso de la ideología interpretando los mecanismos, homogéneos para su objeto teórico (los efectos del inconsciente), que determinan la relación que el sujeto ideológico mantiene con los procesos considerados. Por consiguiente, cuando Fornari¹³ declara: «No creo que el psicoanálisis pueda describir la guerra en toda su realidad... De manera general podría decirse que el psicoanálisis puede estudiar los hechos sociales como estructuras-pantalla sobre las que los individuos operan continuamente procesos de transferencia.» Estamos de acuerdo, a condición de ver bien la implicación de lo que se ha señalado: es imposible articular rigurosamente esas «transferencias» en otra cosa que no sea la ideología, pues resulta imposible ignorar el contenido y las condiciones de producción **sociales** de esta ideología como ideología, como desconocimiento social **específico**. Por consiguiente, al ser los

¹² «La guerra» en general es, evidentemente, una representación ideológica semejante y asimismo el sostén de los objetos del psicoanálisis en su manifestación. Pero la ideología tiene como efecto presentarse en cuanto realidad. Esta realidad comprendida de la guerra es la que el psicoanálisis no puede tener como objeto.

¹³ «El psicoanálisis de la guerra», en *Revue française de psychanalyse*, t. XXX, 1966, p. 303.

mecanismos significantes que **engranan** el inconciente con la ideología realmente muy generales, resulta totalmente falso darle los «sujetos» o el «individuo», por objeto, al análisis.

Para terminar ilustremos cómo la tesis de la inscripción del psicoanálisis en el materialismo histórico elimina concretamente esta manera preteórica de plantear el problema, esbozando esquemáticamente la articulación del psicoanálisis aplicado en otras disciplinas del materialismo histórico en el caso de la ideología religiosa (en general).

No se insistirá en la insuficiencia teórica de un simple reconocimiento por parte del psicoanálisis de la «sobredeterminación» de los procesos religiosos, y su consecuencia, la interpretación freudiana de la historia de las religiones, sicologística, que construye el propio proceso histórico mediante mecanismos significantes (rechazo, retorno histórico de lo rechazado) y tropieza con el obstáculo epistemológico que es la cuestión mal planteada del paso del «individuo», del «sujeto», objetos supuestos del psicoanálisis, al colectivo.¹⁴ Evidentemente, hay que empezar por desplazarla para captar el problema real.

Partamos de observaciones muy simples:

1. La neurosis afecta muchos universos significantes «individuales», pero las posiciones subjetivas según las cuales se articula, son **típicas**. Por esta razón primera, no se la podría considerar como el lugar de lo «individual».

2. Las religiones —para tomar un ejemplo de fenómeno colectivo en cuyos mecanismos intenta penetrar Freud con ayuda de datos obtenidos mediante el análisis de la neurosis— son evidentemente problemas «sociales», pero implican procesos esenciales de **singularización** de sus dimensiones típicas.

En realidad, hay que tomar como punto de partida teórico procesos inconcientes generales considerados como cadenas de predicados con un número variable de argumentos-sujetos. El psicoanálisis es la teoría de esos predicados. Resulta que por motivos bastante evidentes él ha dictado las leyes de esos procesos (neurosis) en condiciones

¹⁴ Esta **quaestio vexata** es una trampa epistemológica, fabricada por la propia ideología religiosa para detener la interpretación psicoanalítica, fijada por los volatineros filosóficos.

106 bastante particulares de la situación sicoanalítica en el sentido estricto.

A partir de ahí hay que abordar la relación, establecida por Freud, entre la neurosis obsesiva y la religión,¹⁵ cuyo carácter central se conoce bastante. ¿Qué significa? ¿Hay un problema real del «paso de lo individual a lo social»? En realidad, son las condiciones de producción de ambos fenómenos las que difieren, en tanto que los mecanismos inconscientes que están en juego en gran medida son idénticos: formaciones-sostén diferentes modulan de otro modo las formaciones inconscientes idénticas.

En el caso de la religión, determinado número de condiciones sociales, cuyas determinaciones dependen de otras ciencias excluyendo el psicoanálisis, ponen en juego mecanismos síquicos generales (por ejemplo, ritualización, aislamiento, etc.), cuyo cuadro se presenta, sorprendentemente, en la neurosis obsesiva; aseguran, con los efectos de los mecanismos en cuestión, la reproducción de la estructura productora de efectos (la formación-sostén) a escala de la sociedad, y ello con motivo de una coyuntura muy particular de la ideología dominante, efecto de la estructura del todo social en un momento histórico (ejemplo: ideología que corresponde de manera dominante al modo de producción feudal).

En el caso de la neurosis obsesiva, un individuo singular se ve arrastrado, por una estructura de producción particular (configuración familiar de manera dominante), a una «posición obsesiva» donde entran en juego mecanismos típicos.

Entre las dos estructuras-sostén (configuración fundada en las relaciones significantes en la familia, configuración social), sólo hay de común la estructura de efecto que ellas sostienen. Esta estructura de efecto, mediante caminos diversos, busca y somete los sostenes, en los que induce los mismos procesos: «rituales», «ceremoniales», etc.

Se considerará, pues, a los «individuos» como simples sostenes de distribución de procesos idénticos inducidos por una estructura (aquí obsesiva) y de singularización de elementos significantes que obedecen a leyes generales. No se puede asignar a dicha estructura obsesiva como tal ninguna cantidad de lugares fijos. Pero se puede

¹⁵ «Actos obsesionantes y ejercicios religiosos», G. W., VII, pp. 129-39. **Totem y tabú, passim.**

adelantar que esas diversas interpretaciones concebibles se caracterizan particularmente por el número de lugares distribuidos a partir de la estructura. La neurosis obsesiva se distinguiría así de la religión, no por la oposición de lo individual a lo colectivo como entidades, sino más conceptualmente por la de un predicado de número 1 a un predicado de número n .

Para concluir, destaquemos a este respecto que no se puede oponer ni la «normalidad» de la religión,¹⁶ ni —lo que viene a ser lo mismo— la diferencia entre prácticas neuróticas singulares y prácticas religiosas institucionalizadas, en las que los individuos no estarían «comprometidos» del mismo modo. En realidad, lo característico de las estructuras de inducción (ideología familiar inconciente o ideología religiosa) es implicar idénticamente los sujetos. Por último, religión y neurosis obsesiva se reparten simplemente en función de su pertenencia a las dos formas de la **reproducción** de los sostenes, con el aspecto de su sometimiento ideológico, las cuales ya hemos distinguido.

Una vez salvado este obstáculo, es posible ubicar la investigación sicoanalítica dentro del marco general de una teoría materialista histórica. El único modo de plantear el problema parece ser, en realidad, el siguiente: siendo las religiones formaciones ideológicas particulares, la determinación de cómo el análisis de las formaciones inconcientes históricas que el sicoanálisis aplicado define en esas formaciones ideológicas religiosas puede atribuirse al análisis de esas formaciones ideológicas efectuado sobre las bases del materialismo histórico por otras disciplinas.

El principio de la solución reside en la articulación correcta de los conceptos sicoanalíticos en los conceptos construidos por el materialismo histórico para determinar los procesos de una formación social que se representan en las ideologías.

1. Por una parte, cierto número de procesos analizados en la situación analítica en cuanto a sus condiciones inconcientes de producción, pero que tiene por contenido la omnipotencia de las ideas.

¹⁶ Freud no deja duda alguna en cuanto al hecho de que sea por una resistencia que uno se niegue a considerar las prácticas religiosas como efectivamente obsesivas, o en todo caso que ordenan posiciones subjetivas del mismo orden. La cuestión de saber si todas las prácticas religiosas se han de atribuir a una posición obsesiva o a otras posiciones es importante; pero ocupa un segundo lugar desde el punto de vista que nos interesa.

- 108 2. Admitamos,¹⁷ por otra parte, que en el análisis descriptivo del pensamiento mágico y religioso el analista parte de modos de pensamiento, de mecanismos síquicos muy parecidos a 1.
3. Según las definiciones propuestas, se dirá que hay psicoanálisis aplicado a partir del momento en que se expone y se verifica por medios analíticos apropiados la hipótesis siguiente: en la producción del pensamiento y de las prácticas técnico-teóricas mágicas y religiosas interviene procesos inconcientes, que permiten asignar posiciones inconcientes.
4. Pensamientos y prácticas mágicas y religiosas son sometidas a otras condiciones de producción que sería totalmente erróneo considerar como «secundarias». Ya sea la teoría psicoanalítica (aplicada) la que defina la posición subjetiva de la religión como fenómeno ideológico, ello no implica ni que los mecanismos inconcientes expliquen la totalidad de los fenómenos, ni que sean la condición determinante, en última instancia, de la producción de la religión o de la magia.

Si magia y religión predominan, en efecto, en un momento dado de la historia en la ideologización de los individuos, o se perpetúan en ciertas condiciones, no se debe en modo alguno al hecho de que la humanidad estuviera todavía «en la infancia», metáfora ideológica que de nada sirve para considerar el proceso real de la historia. El juego de la determinación y de la dominación en la estructura del todo social, cuyos conceptos comienzan a definirse mejor,¹⁸ permite anticipar que se trata de las dos formas de dominación ideológica distribuidas a partir de la determinación en última instancia de un tipo arcaico de modo de producción. La estructura general donde se generan esas dos ideologías es, pues, evidentemente indeducible a partir de los procesos inconcientes; es ella, por el contrario, la que define una modalidad específica de ideología que pone en juego procesos inconcientes específicos.

5. La lógica de la transformación de las mismas ideologías (paso del «preanimismo al animismo», a la religión de los dioses, al mono-

¹⁷ El contenido de las hipótesis psicoanalíticas enunciables y verificables no es lo que nos interesa aquí como tal, sino el **desplazamiento** de ese núcleo materialista fuera del espacio de las ideologías teóricas que lo explotan (para los mejores fines, evidentemente) y su **ubicación** adecuada.

¹⁸ L. Althusser, **Leer El capital**, t. 11; **Por Marx**, Ed. Revolucionaria, La Habana, 1966. Badiou, «El (re) inicio del materialismo dialéctico», en **Critique**, mayo de 1967, pp. 437-67.

teísmo, etc.) no se opera ya en virtud de cualquier repetición metafórica oculta de la ontogénesis. Esta lógica es la de la transformación de las sociedades sobre la base de la determinación, en última instancia, por lo económico, induciendo otras condiciones de producción de las ideologías, y, por tanto, de la dominación de tales formas de esas ideologías. El paso al monoteísmo, con las estructuras de requerimiento inconcientes específicas que él conlleva, no podría corresponder al mito freudiano de reactivación lejana del vestigio amnésico colectivo de un parricidio original. Corresponde a la modalidad de la estructura ideológica religiosa dominante, requerida por la transformación del modo de producción. No se puede objetar el hecho de que ello no permita dar cuenta de la persistencia de la ideología religiosa, con esta forma, a través de modos de producción diferentes. Primero, esta persistencia va aparejada a una modificación sensible de la posición de la ideología religiosa (pérdida de la dominación) que sólo puede imaginarse sobre las bases que acaban de indicarse. Luego, las «supervivencias», lejos de atestiguar una oscura independencia de la ideología con relación al modo de producción, manifiestan sólo la fuerza de inercia de los mecanismos inconcientes que funcionan en la ideología.

Concluamos. El analista tiene toda la libertad para construir su objeto sobre esta formación ideológica (las posiciones subjetivas respecto al padre inducidas por el monoteísmo, por ejemplo); pero no puede pretenderse que exhiba las condiciones de producción de la propia formación.



CIENCIA SOCIAL Y RACIONALIDAD CAPITALISTA

PATRICIO BIEDMA

Galileo Galilei, Bertolt Brecht.

1. INTRODUCCION

Los problemas del conocimiento en una sociedad particular, como lo es la sociedad capitalista, han sido insistentemente estudiados de acuerdo a postulados que suelen impedir la profundización de este tema. Se ha considerado al desarrollo científico como una condición previa del desarrollo global de la sociedad, lo que ha permitido eludir una interrogante fundamental: ¿qué tipo de desarrollo es el que subyace a esta formulación?, ¿qué tipo de sociedad se supone cuando se plantean tales postulados? Para algunos, el hecho de considerar que el desarrollo científico precede al desarrollo global significa más que nada que no se puede prescindir del condicionamiento social del conocimiento, lo cual pasa a ser la base de lo que hoy se denomina la «sociología del conocimiento». Para otros, al contrario, tales consideraciones indican más bien la actuación del conocimiento sobre la realidad social. No queremos afirmar que estos postulados sean siempre falsos, aún más: es para nosotros insostenible dejarlos de lado cuando se pretende estudiar este problema. Pero tomándolos como principal apoyo para una reflexión podemos darnos cuenta de que no nos permiten ahondar en el real conocimiento de este tema. Quedándonos en el plano de estas afirmaciones, convertimos, sin quererlo, nuestra argumentación en un círculo vicioso: postular que el desarrollo de la sociedad lleva implícito como condición el desarrollo de la ciencia, no es sino definir al desarrollo de la sociedad a partir de las condiciones de desarrollo que ésta debe realizar en su interior. No es posible, entonces, contentarse con estas afirmaciones que sólo adquieren interés cuando se las logra profundizar y no cuando se establecen como punto final de una investigación.

No es una novedad para nadie argüir que en la génesis del conocimiento científico interviene un factor capital: la producción material de la sociedad. No sólo la historia nos demuestra las coincidencias entre ambos elementos, entre los saltos cualitativos de producción y el desarrollo científico, sino también el objeto sobre el cual la ciencia entera centra su estudio nunca pudo, aunque así lo haya querido, ser una «cosa en sí» independiente de las condiciones reales en que viven los hombres que la construyen. La dinámica de la producción científica ha respondido siempre a la relación de estos

1.12 hombres con la naturaleza y de los hombres entre sí, reflejo de un cierto grado de desarrollo material de la sociedad. Los hombres se relacionan con la naturaleza y entre sí a partir de ciertos límites fijados por el adelanto general de la sociedad; pero es lógico que, al hacerlo, surja entre ellos una cierta forma de pensar y reflexionar sobre estas relaciones, forma que se ha dado en llamar científica porque en ella se encuentra como objetivo el conocer estas relaciones tal cual son, porque aspira a conocer la verdad de ellas.

Diciéndolo de esta manera, el conocimiento de las relaciones del hombre parece ser ejercido por todos los que integran una sociedad; pero desde que ellos se organizan para realizar el trabajo social, desde que se dividen de acuerdo a sus capacidades, dando lugar a la división social del trabajo,¹ esta tarea de conocimiento queda reducida solamente a una parte de ellos, a los que se llaman científicos, que los asumen como trabajo propio y que se enfrentan al trabajo físico y material del resto de la sociedad como trabajo intelectual. Mientras, por tanto, este trabajo intelectual se va separando del trabajo material, se va produciendo el hecho de que aquél, a pesar de tener como base y objeto a las relaciones materiales entre los hombres y de ellos con la naturaleza, pueda diferenciarse de ellas y pensarse a sí mismo como una actividad distanciada de esta materialidad. Con razón Marx y Engels expresan: «La división del trabajo sólo se convierte en verdadera división a partir del momento en que se separan el trabajo físico y el intelectual. Desde este instante, **puede** ya la conciencia imaginarse realmente que es algo más y algo distinto que la conciencia de la práctica existente, que representa **realmente** algo sin representar algo real: desde este instante, se halla la conciencia en condiciones de emanciparse del mundo, y entregarse a la creación de la teoría "pura", la filosofía y la moral "puras", etcétera.»²

La separación entre estas dos actividades no nos está diciendo sino que, a la par que el trabajo intelectual comienza a negar las relaciones reales entre los hombres, las actividades del conocimiento, como actividad intelectual, científica, se rige dentro de los marcos en los cuales los hombres producen para satisfacer sus necesidades

¹ Para el concepto de división social del trabajo véase: Marx y Engels, **La ideología alemana**, Ed. Revolucionaria, La Habana, 1966; también F. Hinkelhammert, **Ideología y estructura**, ILADES, 1968; por último Marx, **El capital**, tomo I, «División del trabajo y manufactura», cap. XII, Ed. Venceremos, La Habana, 1965.

² Marx y Engels, **La ideología alemana**, p. 31.

y, haciéndolo, producen la dominación de unos sobre los otros; en otras palabras: que tanto el trabajo intelectual como el trabajo físico se encuentran coordinados dentro de la división social del trabajo. Entonces, si las relaciones entre los hombres son relaciones de clases, en la que una de ellas impone su dominación sobre las otras, a partir del trabajo que los hombres realizan, no sólo el trabajo intelectual viene a ser una manifestación y objeto de dominio de la clase en el poder, sino que por su distanciamiento de la actividad física, está orientado a negar la realidad de clase y a considerar las relaciones humanas como relaciones «puras» entre hombres. Como se ha visto que el pensamiento científico no escapa al dominio de clase, en una sociedad de clases la teoría científica se debate dentro de los márgenes de la división social del trabajo y no entre los laboratorios científicos donde ya llegan los individuos con una actuación que se les impone como ajena.³ Nuestro hombre científico en el laboratorio, aun cuando crea que se ha emancipado de una sociedad que se desangra en conflictos, se encuentra dominado y, muchas veces, sumergido dentro de la «ceremonia formal» de la investigación científica. Si la ciencia pertenece al ámbito de la división social del trabajo, entonces la ciencia dominante es la ciencia de esta división dominante y la actuación de este hombre científico es una actuación que lo sojuzga sin que él pueda dominarla.

Mientras, por lo tanto, la ciencia permanece en el marco de estos condicionamientos de clase, ella misma se va convirtiendo —como actividad diferenciada del trabajo físico— en una institución social formalizada que administra funciones y posiciones a sus científicos; esta ciencia se transforma en una estructura de conocimientos y como tal niega su potencialidad de investigación de la realidad, se convierte en un *a priori*,⁴ porque debe adoptar el criterio que impone el sistema dominante para conocerse a sí mismo. En otras palabras: estos criterios de dominio, estos criterios que impone el sistema para conocer la realidad, han pasado a determinar la verdad y la falsedad, qué es lo verdadero y qué es lo falso y qué es lo que la ciencia debe determinar como verdad científica y qué como falsedad; han determinado, en fin, en qué consiste el conocimiento científico. Por

³ Lucien Goldman, **Las ciencias humanas y la filosofía**, Ed. Nueva Visión, 1967, p. 33 y ss.

⁴ Para el concepto de «*a priori*», véase fundamentalmente a J. P. Sartre, «*Estaciones de método*», en **Crítica de la razón dialéctica**, tomo I, Ed. Losada. (Hay edición cubana: **Cuestiones de método**, Instituto del Libro, 1968. N. de R.)

114 lo que mientras la ciencia ha tenido como objetivo captar las relaciones del hombre con la naturaleza y las relaciones entre ellos tal cual son, ahora, por el distanciamiento entre el trabajo intelectual y el trabajo manual y físico, aparece claramente que dicha verdad científica depende del grado de desarrollo social que se ha alcanzado y que lo verdadero y lo falso en la ciencia no es un criterio que ella misma pueda imponerse, sino que le viene dado por la forma que adquiere la dominación entre los hombres en dicha etapa de desarrollo. Si se prefiere: mientras la ciencia se orienta a determinar la verdad de las relaciones mencionadas, son estas relaciones las que determinan la verdad de la ciencia. Y en tanto que estas relaciones son relaciones de clase, esta verdad de la ciencia será la de ser la ciencia de la clase dominante.

Pero el verdadero significado de la ciencia no está solamente en sus condicionamientos, aunque siempre debemos empezar a estudiarla por ellos; a la ciencia no se la logra explicar con la simple denuncia que su conocimiento está determinado.⁵ Por el contrario, esta tarea propia del reduccionismo simplista es falsa si se olvida a su vez estudiar que aún en su «pureza», en su conocimiento determinado y en su apriorismo, la ciencia misma construye una realidad sin que ella sea necesariamente real. Al separarse la actividad intelectual del trabajo manual, ambos elementos entran en contradicción entre sí; la ciencia va a oponer sus nociones y conceptos universalistas al particularismo de las relaciones existentes entre los hombres; en su intento de captar la realidad, construye una realidad propia que se opone como negación a las relaciones sociales existentes. Su realidad no existe más allá de la obra científica, pero sus conocimientos universalistas se confunden y finalmente aparecen como la sistematización de la conciencia que poseen los hombres de sí mismos y de lo que les circunda, de la visión que ellos se forman del proceso histórico general.

Al paso, entonces, que la teorización deje de ser libre, en tanto se sumerja dentro del ámbito de dominio de la división social del trabajo, la ciencia deja de ser una ciencia real y se convierte en una formalización que legitima al sistema y cuya función no parece ser el conocimiento, sino el convertir la realidad en un a priori, convirtiendo a su vez una metodología para lograr resultados científ-

⁵ J. P. Sartre, *op. cit.*; también K. Kosik, *Dialéctica de lo concreto*, Ed. Grijalbo, México, 1968.

cos, en los resultados mismos.⁶ Pero en cuanto esta formalización no se reduce ni está totalmente limitada al puro dominio de clase sino que hay que explicarla por mediaciones más complejas, la ciencia se transforma en constructora de una realidad que no existe y que se encuentra en contradicción con las condiciones en que viven los hombres concretos. Esta argumentación presentará, por tanto, al conocimiento científico, como un derivado de la existencia de clases en conflicto en la sociedad, y verá que su función ha de ser traducir el interés particular de la clase en el poder en interés general de toda la sociedad; dirá, por último, que en el conocimiento los hombres producen las condiciones ideales de su propia existencia.

Se apreciará también la necesidad de restringir el campo que aquí hemos llamado científico; primero, deberá centrarse nuestro objeto de estudio dentro de las ciencias sociales, y esto no es porque admitamos que en las ciencias naturales no resulta nuestra argumentación, sino principalmente porque su tratamiento requeriría una investigación específica que aún se encuentra en sus etapas iniciales. Y si nuestra temática aquí se dirige hacia las ciencias sociales, entonces, segundo: deberemos realizar ciertas especificaciones dentro de ellas, a fin de no tomarla en su aspecto general sino en los términos más concretos con los cuales se nos presenta. No todo conocimiento está institucionalizado, como hemos visto hasta aquí, aún cuando gran parte de él se encuentra cristalizado y convertido en mito. Tenemos conciencia de grandes orientaciones teóricas que se enfrentan con la realidad de manera crítica, pero estas orientaciones que intentan cumplir con la función real de la ciencia, no entran generalmente dentro del esquema oficial de la ciencia en uso, que proclama a su manera el monopolio absoluto sobre el conocimiento de la realidad, y se convierten, muchas veces, en rituales de conocimiento o quedan declaradas por el oficialismo como «ideologías». Más a menudo ocurre lo que se denomina la recuperación de la crítica por parte del sistema, que realiza el hecho de que estas teorías que en su nacimiento tenían la intención de ser una guía de acción, pasan a constituir ahora parte del sistema oficial de pensar, que las absorbe despojándolas de toda forma racional de crítica.

El sistema de pensamiento dominante no es pluralista ni aún lo puede ser; por el contrario, para conservar su propio dominio debe ser excluyente, debe enfrentarse a las teorías críticas y, con sus

⁶ Respecto a este punto, véase más adelante.

116 propios criterios de verdad, declararlas falsas. Debe imponer las reglas del juego del conocimiento. Los criterios de verdad institucionalizados son los únicos que para el sistema pueden argumentar la validez de las teorías; y como las teorías críticas no los contienen, pues intentan superar esta institucionalidad a partir de aquellos, quedan declaradas ajenas al sistema dominante de pensamiento, fuera del monopolio del saber. En la discusión teórica se crea la inercia institucional y sólo queda el campo de la práctica social, donde la comprobación puede realizarse. A diferencia de la ciencia institucionalizada, la teoría crítica debe adoptar como laboratorio, como criterio de verdad, a toda la sociedad y no a cuatro paredes a las cuales muchas veces se les pone el rótulo de «ciencia».

2. BASE Y FUNDAMENTOS DE LA CIENCIA SOCIAL

La sociedad a la que nos referimos no es una sociedad abstracta que determina el pensamiento, ni por tanto es cualquier sociedad. Por el contrario, la sociedad que separa el trabajo físico del trabajo intelectual es una sociedad más bien específica, que ha llegado a un determinado grado de desarrollo de la división social del trabajo y que como tal es una sociedad de producción de mercancías, que se rige bajo la lógica del dinero.⁷ Esta lógica del dinero no se restringe solamente al campo de los productos materiales, sino que su presencia indica a su vez que la sociedad entera reemplaza toda otra lógica y la subordina a ella: en esta forma adquiere vigencia el principio del valor de cambio de los productos sociales sobre el valor de uso de ellos,⁸ de tal manera que la apreciación cualitativa del valor de uso se ve desplazada por un único patrón cuantitativo expresado en la forma de dinero. Como el patrón de valor valoriza los elementos de la sociedad, incorporándolos a una única categoría cuantitativa en donde su carácter específico desaparece, ahora dicho patrón es el medio que tiene el sujeto para su participación en el mundo que le rodea, en su vinculación con él, pero también el límite de su acceso. Y bajo esta introducción, la ciencia social no puede aparecer como una actividad ajena a esta lógica, sino inmediatamente involucrada en ella.

En otras palabras: sostenemos que en una sociedad que sobrevive bajo la lógica de la ganancia individual y su reproducción en una

⁷ Véase Marx, *El capital*, tomo I, cap. I, II y III; y tomo II, cap. III y IV para el concepto de producción de mercancía.

⁸ *Ibid.*, tomo I, cap. I, p. 14 y ss.

escala mayor, el criterio cuantitativo que en ella tiene lugar se reparte por toda la sociedad: toda la sociedad es un aparato de producción de ganancia individual y dentro de ella existen sectores en donde la producción de esta ganancia se obtiene en una escala mayor que en otros, por lo que ellos se encuentran mejor considerados y con primacía sobre el resto. En esta racionalidad cuantitativa existe, a su vez, una exigencia de funcionalización cuantitativa de todos los sectores sociales hacia la ganancia individual. Por lo que se comprenderá que para estudiar el problema de la ciencia social es necesario analizar la forma en que dicho sector institucionalizado responde a la exigencia cuantitativa de crear un excedente o un dinero mayor del que le ingresó; en otras palabras: es necesario insistir acerca de la relación de este sector institucionalizado con los otros sectores sociales, para obtener de allí el funcionamiento básico sobre el cual la ciencia social actúa como tal.

Sin embargo, en una sociedad en que la lógica del dinero reina sobre cualquier otra lógica de actuación, el mismo dinero no tiene necesidad de presentarse como «papel moneda» ni aun como producto material, únicamente. Sus formas de manifestarse son diversas, de manera que del ingreso de dinero a un sector social no necesariamente debe esperarse más dinero, o más mercancías; puede esperarse un servicio que va más allá de los servicios económicos. Así, por ejemplo, los servicios de seguridad, la policía, el ejército, etc., no aseguran en absoluto que el dinero que absorben se pueda convertir en más dinero; lo que sí aseguran —y de allí que ellos reciban dinero— es la continuación y reproducción del aparato que suministra la ganancia privada en toda la sociedad. Por tanto, el dinero que absorben no es dinero improductivo, sino que es dinero que asegura el ciclo completo de los restantes dineros en el sistema entero. Es posible, entonces, que la exigencia de una funcionalización que se ciñe sobre todos los sectores, para crear un excedente o una ganancia, pueda convertirse para algunos de ellos en simplemente asegurar la continuación de la ganancia privada total.

Veamos, por tanto, cómo podemos analizar este proceso para el caso de la ciencia social. En primer lugar, la ciencia social institucionalizada recibe dinero del resto de los sectores sociales; este primer paso, representado por el ingreso de dinero a la ciencia, se le va a llamar financiamiento de la ciencia. En él se expresa todo el condicionamiento social de la actividad intelectual: el financiamiento, en sí, en su forma material, es la mediación entre el sector científ-

118 fico institucionalizado y el resto de los sectores sociales; es decir, que es una manifestación de la actuación de la división social del trabajo sobre la ciencia a la que nos referimos; será necesario, pues, sostener que el financiamiento es la base material de la actividad científica, su propio condicionamiento y que manifiesta en toda su complejidad la raíz misma de la ubicación de esta ciencia en la sociedad lo que demuestra que esta ciencia pertenece al ámbito de la división del trabajo, del cual el financiamiento es una expresión temporal y provisoria. Pero la división del trabajo no se establece en esta sociedad como una elección libre del trabajo a realizar; por sus características, esta división es un poder que se superpone sobre las personas y su voluntad, que las oprime y obliga a realizar cierta actividad para no morir de hambre;⁹ asimismo, este poder se superpone sobre los sectores de la sociedad que coordina, por lo que la ciencia social que se encuentra dentro de sus dominios no puede por sí sola determinar sus campos de actuación y pensamiento, sino que dichos campos se encuentran ya determinados de antemano y se le imponen como algo exterior a ella misma. Si se prefiere: su conocimiento es «algo hecho» porque está determinado por una división del trabajo que se establece de manera opresiva; y dado que este conocimiento se orienta a cumplir con las exigencias de la coordinación del trabajo, expresadas en las formas de dinero, esta ciencia deja de ser una forma espontánea de pensar, para convertirse finalmente en la institución-que-piensa; su pensamiento ya no es propio, todo lo que diga ya está dicho con anterioridad. Por lo que es fácil pensar que sus declaraciones de principio, que postulan el conocimiento de la realidad, no son más que palabras huecas.

Es cierto, como hemos dicho con anterioridad, que no se trata de un determinismo puro y simple. Existe una construcción de la realidad de manera científica que influye además sobre la verdadera realidad. Para el caso, comprendemos que el capital generado por sectores sociales no llega a la ciencia social en su forma de simple dinero, sino que viene en forma de dinero que ya expresa una funcionalidad cuantitativa, es decir: llega en forma de **dinero** que debe convertirse en **más dinero**. Estará claro que cuando se deposita bajo dicha exigencia dinero en la ciencia social, se está esperando una ganancia que supere el dinero inicial. Hemos dicho también que la ganancia no adquiere necesariamente la forma de «papel moneda», ni de producto material sino que se puede manifestar de varias

⁹ Marx y Engels, **La ideología alemana**.

maneras, aun cuando todas ellas estén finalmente condicionadas bajo su forma de dinero. Por lo que el financiamiento al sector científico, como sector institucionalizado, no se orienta por el interés general de adelanto de la ciencia, es decir: no actúa en forma independiente de la misma actuación futura de la ciencia; ésta, por el contrario, tiene que cumplir las exigencias de funcionalidad cuantitativa del financiamiento, tiene que realizar (en la acepción económica del término. N. de R.) el financiamiento en su forma de más dinero, tiene que dar un segundo paso respecto al que se inicia con el simple ingreso de dinero a la ciencia. Al paso, pues, de que la actuación científica se encuentra condicionada de esta manera, que la división social del trabajo limita la actuación y el desarrollo de la ciencia social a sus propias pretensiones —las que, por supuesto, nunca coinciden con las necesidades reales o con los pasos necesarios que debe dar la ciencia para maximizar su desarrollo—, se va haciendo cada vez más evidente la generación de recursos científicos subutilizados o declarados inútiles, por el dominio mencionado y por la tendencia cada vez más ostensible a hacer la ciencia social, de las exigencias que plantea el conocer la realidad y que muchas veces se han generado históricamente, un puro formalismo que se cumple ritualmente sin ninguna reflexión y una tecnificación creciente del pensamiento y de las categorías científicas.

El sentido preciso de este primer paso, el paso del financiamiento, es la superposición de las actuaciones de la ciencia social que logran imponerse a base de un criterio ajeno a ella misma, y que es el producto, como se ha visto, de la lógica del dinero que rige las actuaciones en esta sociedad. La relación, entonces, entre la ciencia y la sociedad así especificada, ya no puede ser, como muchos lo han supuesto, una relación de traspaso de racionalidad de una a la otra, una relación de «compromiso» respecto al desarrollo social. La ciencia ahora no es ni puede ser una avanzada de la realidad social de donde surge; hoy la ciencia sólo puede, con toda legitimidad, predecir y proyectar matemáticamente la realidad actual hacia el futuro, pero de ninguna manera modificarla ni superarla porque negaría sus propios orígenes y sus propias limitaciones. En el momento actual, la ciencia (la ciencia social, específicamente) no impone su racionalidad al sistema sino que es al revés: el sistema opta por una formación histórica a la cual la ciencia social sólo le otorga racionalidad a posteriori; esta impotencia es visible dentro del ambiente científico, los valores sustentados de predicción y proyección cien-

120 tífica¹⁰ demuestran que la ciencia social ya no tiene mucho que ver —tal como es hoy día, en su forma oficial— con la transformación de su realidad. Finalmente, su carácter institucional niega su pensamiento como tal; el verdadero pensamiento científico trasciende las normas del sistema y, por tanto, se vuelve a-institucional. Resumiendo este primer paso: la ciencia social está dentro de una realidad particularista, de una realidad de dominación entre los hombres, y ésta le convierte, en ella misma, en su actuación, en una ciencia particularista: su condicionamiento, pues, es un condicionamiento de clase.

Hasta ahora hemos analizado sólo la primera etapa del ciclo. La ciencia institucionalizada recibe dinero para su financiamiento, lo que se expresa como una determinación concreta de la actuación misma de esta ciencia. Pero nadie compra una actuación sin esperar que ella le otorgue ciertos beneficios; en otras palabras: habrá que analizar el segundo paso, que completa el ciclo de la ciencia. Una parte importante de la ciencia social está directamente ligada a la producción material por intermedio del asesoramiento económico, social, etc., y otra cantidad de tareas directamente funcionales a los sectores productivos del sistema. Otro sector importante, aparentemente se separa de la producción y se dedica a la creación de teorías y conocimientos generales acerca de la realidad, etc. Como la determinación que se ha analizado en el primer paso actúa sobre ambos, hemos de concluir que ambos a su vez cumplen con una funcionalidad cuantitativa al sistema. El proceso está claro para el sector dentro de la ciencia que está directamente vinculado con la producción; pero para la parte de esta ciencia que aparentemente se separa del proceso productivo, la funcionalidad cuantitativa que debe cerrar este ciclo no se encuentra de ninguna manera visible. Sostenemos que en una sociedad donde rige el criterio de la ganancia privada no se da en nombre del interés general de toda la sociedad, no hay posibilidad de que subsista si esa ganancia privada no se da en nombre del interés general de toda la sociedad;¹¹ este interés general es falso, en su esencia es un interés particular de la clase en el poder, que lo mitifica y lo hace aparecer como el interés de toda la sociedad. Mientras se hace evidente que

¹⁰ Se refiere a esa modalidad de trabajo que ha adquirido cierta preponderancia y algo de «moda», que es la **prospectiva** o lo **futurible**, que por otra parte se encuentra ya anunciada en los trabajos de Santo Tomás de Aquino.

¹¹ J. P. Sartre, *op. cit.*

este interés abstracto de toda sociedad no es más que el interés de la mayoría dominada y encadenada al trabajo asalariado, la ciencia, como actividad separada y opuesta a él, también se opone a este interés real y se dedica, por intermedio de sus condicionamientos, a presentar el interés dominante como el interés de toda la sociedad. En otras palabras: la ciencia expresa su funcionalización cuantitativa en su forma de asegurar al aparato de dominio su continuación y reproducción; y en la medida que ellas se realizan, fomentan el proceso de acumulación de dinero, por el que este aparato ahora se encuentra con más dinero que al inicio, con un excedente que se apropió del proceso de producción social. El ciclo comienza con el **dinero** que compra a esta ciencia social y termina con el **dinero potencial** que el aparato puede apropiarse, para volver a comenzar a partir de él nuevamente con dinero. La ciencia social se transforma así en una vulgar mercancía, privada de toda expresión propia, que no sea su interés por convertirse en reproductora del sistema entero.

Es necesario ahora especificar la forma concreta que adquiere este segundo paso, el paso de contribución de la ciencia a las posibilidades de reproducción del aparato que sustenta la ganancia privada como lógica. En sus términos generales, el sistema impuesto que hemos descrito necesita para su propia sobrevivencia de una instancia superestructural, es decir, de normas e ideas que lo mitifiquen, que lo hagan aparecer como lo que quiere ser y realmente no es, que aparezca «cabeza abajo». Si la forma de manifestarse de la realidad fuera directa, espontánea, si se pudiera percibir que esta sociedad está hecha para ser «ladrón o para ser robado» esta sociedad no tendría posibilidad alguna de sobrevivencia. Debe darse ahora todo un conjunto de ideas en los hombres, que nieguen lo que realmente existe; son ideas que aquí llamamos universalistas, porque están en contradicción con la realidad particularista que existe concretamente.¹² Por ello el universalismo no es sólo un conjunto de ideas existenciales, como afirma Parsons,¹³ es más que eso: son valores que niegan la existencia de clases en conflicto en la sociedad y que hacen de toda diferencia entre los hombres un fenómeno puramente nominal, primando entre ellos la noción de igualdad. Estos valores se formalizan, constituyendo de esta manera —ahora sí— un conjunto de ideas existenciales, una guía de la actuación; pero ella

¹² Para la noción de universalismo, véase: F. Hinkelhammert, *op. cit.*; y Marx y Engels, *op. cit.*

¹³ T. Parsons, *El sistema social*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1966.

122 —en tanto se realiza en las condiciones concretas en que habitan los hombres, dentro de la dominación de clase— como actuación se niega a sí misma: el valor de la igualdad que propugna comienza siendo una forma de desigualdad; los conceptos pierden los sentidos que originalmente se le han dado: igualdad es desigualdad, desde que esta última necesita de una ideología igualitaria para poder concretarse, necesita de valores que la vean como tal. En su génesis, el proceso de ideologización «invierte» la realidad: en cuanto la dominación histórica del hombre por el hombre existe, se hace necesario que éstos, en sus valores, en sus ideas, consideren a esta explotación como algo intrínseco a la naturaleza de lo social. Solamente así, bajo la creencia de que la explotación es liberación, sólo bajo la creencia de que el contrato de trabajo es libre, etc., puede el trabajador ser explotado en las condiciones capitalistas de trabajo.¹⁴ Las condiciones capitalistas, precisamente, requieren ser postuladas siempre en nombre de valores que son valores anticapitalistas;¹⁵ estas condiciones anticapitalistas (la libertad, la igualdad, etc.) en nombre de las cuales surge históricamente el capitalismo, desde el punto de vista más general, se niegan cuando éste se instala en la historia; entre estas ideas y su institucionalización tenemos así una inversión de contenido: su puesta en práctica genera justamente lo contrario de lo que ellas postulan.

El particularismo de la dominación social tiene como límite de existencia la presencia del universalismo que lo niega permanentemente. Es por tanto evidente a todas luces que la sola actuación del científico dentro de esta realidad de clases se encuentre siempre negada por su teorización, y es también claro el hecho de que si esta ciencia se encuentra dentro de los límites de esta dominación, se adjudique la función de negarla y hacerla aparecer ahora como libertad. Por lo que nada nos da más pie para afirmar la presencia de una teorización universalista que el hecho de que la realidad en la que vive el científico sea particularista, y viceversa. Como contribución general de la ciencia social institucionalizada hacia este sistema, como segundo paso del ciclo que hemos analizado, se encuentra entonces la de racionalizar la propia irracionalidad de la realidad. En todo caso, esta contribución, expresada en toda su dimensión, representa la forma de invertir al particularismo y conver-

¹⁴ J. P. Sartre, «Respuesta a Claude Lefort», «Problemas del marxismo», en *Situación VII*, Ed. Losada, 1966.

¹⁵ F. Hinkelhamert, *Metodología positivista y dialéctica*, ILADES, 1969.

tir el interés particular de la clase dominante en el interés general de toda la sociedad.

Hasta aquí la argumentación puede presentar una apariencia circular; la presencia del universalismo se comprueba por la existencia del particularismo y viceversa. De aquí que debemos especificar nuestra argumentación más general. En el proceso de remplazo de la irracionalidad del sistema por la racionalidad científica la ciencia no hace más que confirmar y demostrar la irracionalidad del sistema entero; de una sociedad que al necesitar de una racionalidad que consiga ocultar su propia realidad, no hace sino evidenciar que en ella la racionalidad no existe. (De aquí que la racionalidad, en tanto sea prestada, como en el caso de los países latinoamericanos, muestra más de lo que esconde: un sistema que inherentemente sea racional no necesita de una racionalidad prestada, sino que sólo necesita expresar la suya propia de manera científica. Todo auge de tecnocratismo y de científicismo en el mundo subdesarrollado de hoy es también una forma de manifestar la irracionalidad del sistema subdesarrollado. La racionalidad prestada adquiere así la forma inmediata de irracionalidad, aunque su función sea precisamente ocultar la dominación de clase. El auge de la tecnocracia como forma de pensamiento en América Latina, es una manera de absorber inertemente una racionalidad que surge de otros contextos, que declaran, por otra parte, permanentemente la crisis del subdesarrollo.)

Por lo que al especificar la forma que adquiere esta prestación de racionalidad no hagamos más que especificar, a su vez, el segundo paso de este ciclo de la ciencia, esto es, el de convertir el interés particular de una clase dominante en el interés general de la sociedad. Dijimos más arriba que la forma de sobrevivir del aparato capitalista estaba dada, fundamentalmente, aunque no de manera única, por la existencia de una superestructura que niega constantemente la realidad de esta sociedad. Que con la manifestación directa de las cosas, espontánea, la sociedad no tendría posibilidades de sobrevivencia. Hay entonces claramente dos planos en los cuales se manifiesta la realidad: el plano más inmediato y de captación directa de las cosas y el plano de la esencia de ellas, donde la realidad aparece tal cual es.¹⁶ La realidad de las relaciones del hombre con la naturaleza y de los hombres entre sí no es directamente cap-

¹⁶ *Ibid.*

124 table, aparece mistificada, opacada, negando lo que representa, a los ojos de ellos.¹⁷ Si la realidad no fuera opaca, la ciencia por supuesto no tendría por que existir; las cosas serían inmediatamente inteligibles para los hombres, lo que hace innecesario un mecanismo especial de conocimiento.¹⁸ Marx lo dice: «Toda ciencia estaría demás si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de éstas coincidiesen inmediatamente.»¹⁹ Como la verdad de estas relaciones no es lo que aparentemente son ellas, la ciencia social para captarlas necesita de una mediación, y como la única forma de mediación en la actualidad es manifestación de este ocultamiento; como el financiamiento, arma importante para conocer las relaciones sociales que tiene esta ciencia, es también una forma de manifestarse la incognoscibilidad de la realidad, entonces a la ciencia le es imposible también superar este plano de la apariencia sin negarse a sí misma. Entendámonos: al acudir al dinero también se acude a una racionalidad que impide conocer la verdad de las relaciones sociales; acudir al dinero, pues, para la ciencia social, es negarse a conocer la realidad. La realidad sólo se conoce, entonces, destruyendo el ciclo mismo del dinero en la ciencia social.

En la medida, por tanto, que la ciencia social permanezca dentro de los márgenes de esta dominación que aquí hemos analizado, su tarea va a consistir en expresar la apariencia universalista de la realidad, sin poder penetrar en un real y profundo conocimiento. En sentido preciso, lo que hace es sistematizar científicamente la norma establecida, institucional, que adquiere por ello la cualidad de ser el único criterio de verdad que esta ciencia puede establecer y, por tanto, que asimismo se presenta como la verdad de la sociedad. Como este criterio de verdad es normalista, la ciencia se formaliza prescriptivamente. El eje científico de verdad-falsedad se convierte también en el eje bueno-malo. Las prácticas sociales de clase se sistematizan porque el científico sólo dispone de ellas para conocer la realidad. Si se quiere: para conocer la realidad, la ciencia social debe dar un rodeo, su conocimiento no puede ser directo por su propia incognoscibilidad; pero si el rodeo se realiza por medios que justamente expresan esta opacidad —es decir, si

¹⁷ Luis Althusser, «La filosofía como arma de la revolución», en **Cuadernos de pasado y presente**, 1968, p. 55.

¹⁸ E. Verón, «Sicología, ideología y subdesarrollo», Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires (mimeo), 1962.

¹⁹ Marx, **El capital**, tomo III, p. 757.

ese rodeo acude a lo que justamente hace necesario que él exista, el dinero y su lógica— entonces al realizar dicha mediación, la ciencia social convierte a este sistema de normas, a esta lógica, en su propio criterio de verdad científica. La teoría social se ha transformado ya en la sistematización de los marcos institucionales de esta sociedad y los métodos que ella pueda utilizar expresan con anterioridad los resultados que obtienen, pues dichos resultados ya están contenidos en la teoría que se quiere comprobar.

Al científico como persona, a nuestro hombre científico de las primeras páginas, se le presenta pues una realidad caótica que puede ser solamente conocida a través de una mediación. Esta mediación tiene sus propias exigencias; le llega como dinero que debè convertirse en seguridad de todo el aparato de dominio, le llega precisamente como lo que le impide conocer claramente la realidad. Y cumpliendo dichas exigencias el conocimiento de la sociedad toma la forma de las normas universalistas que el mismo se impone, para poder así ampliar el margen de la dominación social. Nuestro científico, que acaso intenta una visión crítica de la sociedad, se encuentra obligado a despojarse de la crítica; se encuentra con que su conceptualización debe partir del supuesto de la existencia de una lógica del dinero, que implica un supuesto también de circularidad social, de funcionalidad simétrica y de adaptación de todos los sectores a la sociedad. Es un supuesto entonces de igualdad entre los nombres, que permite que entre ellos existan diferencias de clase. En la circularidad lógica del dinero, los polos opuestos reales que él genera —los polos de clase— se convierten en relaciones de igualdad y de simetría cuantitativa, traduciéndose estas relaciones en la teoría científica por medio de la negación de los conflictos de clase, por medio de conceptos que nieguen la presencia de tales dualismos. La crítica de esta ciencia a la sociedad sólo puede referirse a su desviación respecto al modelo universal del dinero. En vez de posibilitar una toma de conciencia de la realidad, esta ciencia ofrece «lavados» de conciencia de ella.

Aparece claro ahora que la actuación particularista del científico en esta sociedad de clase entra en contradicción con la teorización que él realiza. Es una contradicción que reproduce en la ciencia la contradicción general de la sociedad entre las relaciones sociales de producción y la superestructura. En el plano de la ciencia social, plano en donde se encuentran hombres concretos llenando actividades científicas, esta contradicción adquiere la forma de una contradic-

126 ción entre la práctica científica o la actividad de conocimiento realizada por ellos —que, como se ha visto hasta aquí, representa una actuación particularista desde que se encuentra condicionada por una estructura de clases—, y la teorización científica universalista, orientada a negar este condicionamiento sobre el conocimiento y a presentar la realidad de manera mítica. Se ha visto, por lo demás, cómo del ciclo de la ciencia, del ciclo que comienza con el dinero que se incorpora a la ciencia social y la termina comprando, para culminar con la teoría que facilita y asegura la reproducción del aparato de la ganancia privada, cómo de este ciclo, repetimos, se hace evidente la formación de esta contradicción.

Para poder cumplir este ciclo del conocimiento, la ciencia debe asegurarse para sí el monopolio del saber sobre la sociedad; nadie puede hacerle competencia en este campo, la competencia para ella es destructiva. Por tanto, postulamos nosotros que en la concepción de la sociedad como una circularidad perfecta, en la negación del carácter clasista de ella, se encuentra la principal arma para asegurarse a sí misma dicho monopolio. Si acaso en esta circularidad perfecta que es la sociedad para esta ciencia no existen condicionamientos que no sean puras relaciones simétricas, si en esta sociedad que ella concibe no actúa ninguna determinación, sino que todos sus planos son autónomos, la ciencia social puede adoptar la cualidad de convertirse en árbitro de esta sociedad. Si ella no está condicionada por ningún factor social, si ella no está en la carrera de ningún poder —que, por lo demás, es un concepto que puede expresarlo en su forma condicional y cuantativa—, que coloca a los demás factores sociales dentro de cierto partidismo y que, por tanto, los despoja de su objetividad en sus juicios, si ella es independizable de las meras fuerzas sociales dado que éstas no están en contradicción, entonces ella puede esgrimir su argumento de la objetividad científica, su argumento de ser poseedora de los criterios de verdad, en condiciones que ningún otro sector puede hacerlo. La ciencia social se coloca, por tanto, dentro de las condiciones puras del experimento científico: el científico es ajeno al objeto de conocimiento, lo que le permite apreciarlo con toda objetividad.

El plano de la actuación particularista, que demuestra la imposibilidad de un verdadero conocimiento, queda negado y escondido tras su argumentación universalista, que postula que ella sola es capaz, debido a su objetividad, de conocer la realidad. Como un jugador de «póker», la ciencia social siempre esconde sus cartas de triunfo,

pero no de su propio triunfo, sino del triunfo de todo el sistema que ella sostiene. De allí que la crítica más profunda que pueda realizar esta ciencia a sus científicos es el hecho de considerarlos ajenos y alienados respecto a la realidad que los circunda. Pues en tanto se le diga a nuestro científico que vive en una «torre de marfil», que está alienado de su sociedad, se le están dando todos los argumentos para permitirle conocer la realidad de manera «objetiva»: la crítica a esta «torre de marfil» no tiene en cuenta que sólo la posibilidad de estar en ella es la que afirma la creencia de esta ciencia en su independencia de las fuerzas sociales. Por lo que su crítica en realidad no es crítica, es más bien insistir en la posibilidad de un conocimiento objetivo a su manera. También este artificio se comprueba en el caso de la universidad: cuantas veces se diga que la universidad es una «torre de marfil», se está diciendo también que ella sola puede «conocer» la realidad. Por tanto, cuando una actuación particularista, como en este caso, se encuentra negada por un concepto de «objetividad científica», que en sí representa una real negación del carácter del conocimiento que recibe la ciencia de parte de la división social del trabajo, de la cual ya hemos hablado.

Ahora se nos aparece en toda su extensión la contradicción entre la actuación particularista del científico y la teorización universalista que él realiza. En el curso del tiempo esta contradicción se agudiza, en tanto que la dominación instalada ha de maximizarse para obtener estas tasas de ganancia convenientes; y mientras el particularismo se agudiza, en esta sociedad con crisis cada vez mayores, la ciencia social debe ser cada vez más universalista, hasta el punto que ningún universalismo haga posible la existencia de tal irracionalidad y la ciencia, sin poder expresar ningún concepto universal, termine por negarse a sí misma y destruirse como racionalidad. Por lo que esta contradicción no puede solucionarse por la aceptación de una teorización particularista que no se oponga, de esta forma, a la realidad de dominación. Un tipo de esta teorización destruye a la ciencia como racionalidad; esta contradicción solamente se resuelve mediante una actuación universalista y ella sólo es posible cuando el fenómeno que da lugar a la actuación de clase, esto es, la división del trabajo, desaparezca. Únicamente cuando las contradicciones de la sociedad entera sean resueltas puede resolverse esta contradicción.

128 Y así llegamos a una lógica conclusión: el pensamiento libre es siempre un pensamiento anticapitalista; esta sociedad no puede resistir el que se piense sobre ella, esta sociedad sólo puede admitir el que se la interprete de acuerdo a las ciencias que ella controla. La teorización universalista se encuentra obligada a dar el salto mortal: los conceptos que expone se trasforman en cosas materiales, mientras que las reales cosas materiales dejan de pertenecer a cualquier marco conceptual científico; los conceptos se presentan como el reflejo invertido de las cosas, adquiriendo la cualidad de poseer una vida propia.

3. CRITICA A LA CIENCIA SOCIAL UNIVERSALIZADORA

Lipset²⁰ ha dado una definición de democracia que nos facilita toda ejemplificación de lo que hemos estudiado aquí; dice él: «La democracia de una sociedad compleja puede definirse como un sistema político que suministra oportunidades constitucionales regulares para el cambio de sus dirigentes gobernantes, y un mecanismo social que permite a la parte más grande posible de la población influir sobre las decisiones más importantes mediante la elección entre contendientes para los cargos políticos.»

Esta definición, por decirlo así, describe con bastante exactitud la situación de lo que se da por llamar la democracia actual. Ahora bien, ella impone tal como aparece sus propios criterios de criticabilidad, es decir, todo lo que ella no menciona no es democracia. Pero resulta que esta apariencia se quiebra: la democracia que se define es, en realidad, lo que el aparato de dominio desea que aparezca como democracia; en ella están incluidos solamente criterios formales y, éstos, se imponen ahora como criterios de verdad. La definición adquiere así características técnicas y al reflejar las modalidades del sistema, resulta reflejar también un orden particular de democracia. Por lo que el criterio de verificabilidad, al ser impuesto por el orden vigente, convierte en un puro dogma a este criterio normativo y a la ciencia social que lo sostiene.

La ciencia se convierte en dogma porque su análisis se cierra si la democracia se define por los términos realistas del proceso que se da por llamar democrático; este proceso es finalmente democrático

²⁰ S. M. Lipset, **El hombre político**, EUDEBA, 1963, p. 25.

antes de que se pueda conocer resultado alguno de la investigación. En otras palabras: si lo que se denomina democracia lo determina el orden vigente, no hay necesidad de estudiar dicho orden para saber que él es democrático. La teoría en esta operación desaparece, a pesar de que aparentemente exista; lo que es verdad para esta ciencia social es solamente el hecho empírico, pero no el hecho real, sino el hecho que **aparentemente** tiene vigencia. Esta apelación a los hechos transforma a éstos en leyes, haciendo del criterio de verdad un criterio puramente normativo; esta ciencia, por último, se convierte en moral. La cosificación es completa: la teoría se elimina, la verdad está enteramente contenida en el objeto empírico y la ciencia tiene como única función constatarlo; el método de investigación cumple ahora las veces de teoría y las técnicas de investigación las veces del método.²¹

He aquí, entonces, cómo el concepto que guía la investigación se convierte en concepto normativo; el hecho real complejo queda despojado de todo sentido histórico y significativo y se transforma en un acontecimiento fácilmente categorizable, acontecimiento en donde los detalles se dejan de lado para ceder el paso a lo conocido y traducible. El error es múltiple: por un lado se piensa que las determinantes del acontecimiento en la actualidad son las determinantes de todo acontecimiento en toda la historia. La justificación está dada para estudiar los rasgos de la democracia moderna en las tribus más primitivas;²² lo que las cosas manifiestan en la actualidad constituyen, entonces, para esta ciencia, la esencia misma de todas las cosas en la historia. Por otro lado, piensa que las determinaciones siempre existen y son las mismas, artificio que facilita despojarse de ellas y caer en la indeterminación: entre la sociedad antigua y la sociedad moderna sólo existe una diferencia de grado. Por último, sus conceptos dejan de ser tales, se transforman en operaciones que traducen los supuestos del cual parten: los supuestos del aparato social dominante. Lipset puede afirmar ahora, entonces, que la legitimidad, o sea, «la capacidad del sistema para engendrar y mantener la creencia de que las instituciones políticas existentes son las más apropiadas para la sociedad»,²³ es decir la capacidad de manipulación, es una variable de tal importancia que influye

²¹ M. Castells, *Metodología de la práctica sociológica*, FLACSO, Santiago, 1968.

²² El caso es muy conocido, principalmente entre los antropólogos.

²³ Lipset, *op. cit.*, p. 57.

130 notablemente en la estabilidad de cualquier democracia, realizando, sin que quizá se dé cuenta de ello, la apologética del orden existente. O bien J. L. de Imaz puede afirmar que «todos los ubicados en el ópice de las instituciones políticas, militares, administrativas y económicas, forman una élite **ipso facto**»,²⁴ argumentando y sacralizando a los que gobiernan formalmente una sociedad como realmente los que mandan en ella. En fin, hacen de este sistema el criterio de verdad científica, elevándolo a la categoría de irreducible sacralizado y haciendo del hecho particularista, un fenómeno universal inmejorable: o se admite que la verdad está en contra de estos hechos o se toma a ellos como la verdad y se los eleva a la apologética.

4. LA MERCANTILIZACION DEL CONOCIMIENTO Y EL CASO DE AMERICA LATINA

En la temática que hemos presentado hasta aquí, hemos podido apreciar cuál es el lugar de la ciencia en una sociedad capitalista. Hemos insistido en que este conocimiento, a pesar de plantearse de manera «pura», a pesar de creerse ajeno a cualquier condicionamiento, se encuentra siempre especificado y dentro de los límites del dominio que se establece entre los hombres. Al paso que aceptemos la actuación de este condicionamiento, resultará evidente para nosotros que la actuación del científico, que su propio pensamiento, resulta ser un plano que lo sojuzga, sin que él pueda dominarlo. En el mismo científico, como persona, en su propia existencia, adquiere plena vigencia la oposición que se produce entre su propia teorización; que evaluará la realidad de manera «pura», y su propia actuación que se desempeña dentro de los márgenes de una realidad muy diferente, de una sociedad de dominio y desigualdad. Esta contradicción relaciona en el mismo individuo su carácter de individuo social, en tanto su ciencia se presenta dentro de una dicotomía establecida con anterioridad a ella, ésta es: dominante o dominado, y su carácter individual o de conciencia científica, en tanto ella mistifica tras de sí el dominio social establecido.

Desde que se comienza conociendo, hasta que dicho conocimiento adquiere la forma de práctica concreta, de consolidación de clase, el científico pasa por diversos momentos, en los cuales su teorización, que tiene como meta el universalismo del conocimiento y el ad-

²⁴ J. L. de Imaz, *Los que mandan*, EUDEBA, 1966.

lanto general de la sociedad, se opone a la meta de su práctica; ésta es la de poner al servicio de la clase en el poder el poder de su inventiva, el poder de su ciencia, aun cuando él no sepa que lo está haciendo. Cuando la ciencia ha llegado a cierto grado de complejidad y desarrollo en su actividad que hace necesario buscar financiamientos externos a ella misma, o si se quiere: cuando es necesario el dinero para conocer la sociedad, es por lo demás lógico que acudiendo al propietario de dinero, el científico firma el «cheque en blanco» de su sabiduría. El propietario de dinero que, en otro nivel, es el capitalista, no resulta ser un individuo aislado y fácilmente engañable, no financia aquello que de alguna o de otra manera no le traiga cierto beneficio. La necesidad del conocimiento, en la que tanto se insiste diariamente, es también la necesidad del propietario de dinero, del capitalista, que ve en él la realización de su propio beneficio. Esto ya se sabe: los grandes inventos tecnológicos surgieron siempre como respuesta a una situación previa; se trataba de remplazar a hombres, cuando éstos, en su calidad de trabajadores, hacían huelga, se negaban a trabajar.²⁵ El dinero entra en la ciencia esperando una respuesta, en otras palabras: entra en la ciencia determinando lo que espera de ella, reduciéndola a un objeto que tiene poco de científico fuera de lo que no sea su imaginación para aumentar el dinero que se depositó en ella.

En general, los canales de financiamiento científico están institucionalizados, se realizan a través del estado, de un estado representante de los propietarios del dinero en la sociedad, a pesar de que esta relación no se nos aparezca en forma clara a nuestros ojos. Siguiendo la lógica del dinero, el científico está obligado a ponerse en contra de cualquier intento subversivo de la clase dominada, aun cuando su conciencia apruebe y justifique a este movimiento. Sin que necesariamente se dé cuenta de ello, los resultados de su actuación científica pueden estar muy lejos, incluso ser contrarios, a la posición política que él posee frente a la sociedad. Si se prefiere: al idear la máquina como científico, sin saberlo está cambiando su máquina científica por hombres concretos, remplaza al obrero por su propio pensamiento científico concretizado en máquina. Por más que él crea que contribuye al desarrollo general de la sociedad, en esta sociedad dividida su contribución también se bifurca: contri-

²⁵ Marx, *El capital*, tomo I; véase también: Paul Bairoch, *Revolución industrial y subdesarrollo*, Siglo XXI, 1967. En este libro, el autor postula hipótesis sumamente interesantes entre la relación del progreso tecnológico y el crecimiento económico.

132 buye al desplazamiento de muchos y al engrandecimiento de muy pocos. Para el obrero, entonces, la amenaza de remplazo es su enemigo más cercano, presiona sobre su capacidad de protesta y le niega su humanidad por la simple comparación de su persona con un maquinismo. El científico, sin saberlo, ya se ha colocado del otro lado y en contra de la clase trabajadora. Él siempre dice más de lo que quiere decir, sus palabras se le escapan, su conocimiento —como se dijo— lo sojuzga; y esto es en todos los niveles, ya se trate de científicos exactos y naturales como de científicos sociales aun cuando entre estas ciencias medien diferencias notables. La repercusión del trabajo intelectual está más allá del científico mismo y muchas veces termina engañándolo, haciéndolo declarar aquello que nunca estuvo en su intención. En estas condiciones, el científico comienza a tomar conciencia de que como individuo es una persona parcializada, especializada e incapaz de aprehender la totalidad: en estas condiciones se dará cuenta de que para ser científico hay que ser mucho más que científico, tal como hoy se establece ese término. Hubo necesidad de que la bomba atómica destruyera hombres, para que sus mismos inventores, lamentablemente tarde, se dieran cuenta de ello.

No creemos estar errados cuando proponemos que la mejor manifestación de la mercantilización científica está en el fenómeno, tan poco estudiado, de la emigración de científicos. En este caso, el tratamiento de mercancía no viene solamente dado del país emisor de científicos; para que la emigración sea tal, el país receptor de científicos debe considerarlos también como un puro objeto, debe tomarlos como un producto material más, para que este flujo adquiera las características sistemáticas que posee el intercambio comercial entre países. Para nuestro caso, la correlación entre los niveles de desarrollo y la emigración de científicos, correlación que por positiva no ha sido profundizada, indica una problemática más general. Aun cuando Europa no escapa al fenómeno de la emigración de científicos, América Latina no sólo abastece a Europa con los suyos, sino que también la mayor parte de sus flujos van a Estados Unidos.²⁶ La argumentación que afirma que esta emigración es con-

²⁶ «L'Exode des competences», Commission de la République Française pour l'Éducation, la Science et la Culture, octubre, 1967. Véase además: G. A. Dillon Soares, «La fuga de los intelectuales», revista **Aportes** no. 2, 1966; S. Gutiérrez y J. Riquelme, «La emigración de recursos de alto nivel y el caso de Chile», Unión Panamericana, 1965, etc. Gran parte de las tesis existentes sobre emigración de científicos se basan en la correlación estadística mencionada, sin ahondar más en el fenómeno.

secuencia de distintos niveles de desarrollo entre los países receptores y los países emisores es sin duda acertada, pero en todo caso incompleta, desde que por ahora no aclara en absoluto el problema. Se trata de la necesidad de esclarecer qué significa la presencia de niveles de desarrollo diferentes: haciéndolo se podrá afirmar que la emigración de científicos es una problemática específica de los países subdesarrollados. Se nos dirá, probablemente, que como Europa sufre el mismo fenómeno, la emigración deja de ser un problema exclusivo de la sociedad subdesarrollada. Nosotros postulamos que cuando un científico emigra desde Europa hacia Estados Unidos, como es la corriente europea más importante, está evidenciando una problemática totalmente diferente a la que existe cuando uno de América Latina emigra hacia Europa o hacia Estados Unidos. En todo caso habría que pasar por el análisis de la situación estructural de América Latina subdesarrollada para fundamentar tal posición, lo que no tiene en cuenta ni los objetivos de este trabajo ni los límites de espacio establecidos. Tomaremos más bien un camino reducido; caracterizar a la estructura subdesarrollada en base a una cantidad apreciable de trabajos científicos que existen sobre ella.²⁷ Veremos que para analizar la mercantilización del conocimiento, hemos de recurrir a la estructuración y a la ubicación que adquiere la ciencia en este tipo de sociedades.

Una sociedad subdesarrollada es una sociedad que experimenta la presencia de crisis totales cada vez más agudas, que vive un «im-passe» en su propia dinámica, cuya lógica es regresiva, es decir: no es una lógica de desarrollo, es una lógica de subdesarrollo, y donde la actuación dentro de la racionalidad dominante termina favoreciendo el auge de nuevas situaciones críticas.²⁸ Esta sociedad con tales características, necesita para su propia subsistencia de una ideología del desarrollo, que la presenta como una sociedad de transición hacia una etapa superior, sin grandes saltos de por medio, y que niega la existencia de contradicciones que tengan la suficiente intensidad como para destruir el sistema. No admitirá, por tanto, ninguna crítica; la crítica al subdesarrollo es una crítica total al sistema, es una crítica histórica, es la demostración de su incapacidad para generar una dinámica propia. De esta forma, mediante

²⁷ Para mencionar algunos de los autores de este tema: P. Baran, *Economía política del crecimiento*, FCE, 1964; Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, 1970, etc.

²⁸ F. Hinkelhammert, *El desarrollo Latinoamericano*, Ed. Paidós, Buenos A. 1970.

134 tal ideología, el subdesarrollo adquiere como meta el desarrollo y al hacerlo, esta meta le otorga validez y legitimidad a la actual situación crítica.

Representa, entonces, una exigencia de parte del aparato dominante de esta sociedad, una exigencia que no es necesariamente conciente, el que el subdesarrollo sea interpretado de acuerdo a las reglas que este mismo aparato establece. El pensamiento científico, viviendo dentro de la lógica de tal sistema, no puede expandirse, debe adoptar como fórmula, lisa y llana, el pensamiento de la metrópoli que domina América Latina; o mejor: debe aceptar que la metrópoli no es tal y que el pensamiento científico que en ella existe es la expresión más desarrollada de la ciencia, adoptando por tanto su lógica también para los países subdesarrollados. La adquisición del pensamiento de la metrópoli por parte de la ciencia se produce, entonces, bajo una doble faz: por un lado, por el hecho de establecerse la dependencia a todo nivel y, por el otro, porque para la sobrevivencia del aparato es necesario siempre tomar como patrón de conducta a la metrópoli y actuar en base a la lógica que ella establece. En medio de la situación crítica real que vive el país subdesarrollado, se asienta todo un «colchón» intelectualizado que actúa como un «maquillaje» del aparato que poco a poco se va hundiendo. Por la pura superposición del polo de las sociedades desarrolladas sobre el polo de las subdesarrolladas, que le impiden su propio crecimiento, el modelo que adopta esta última sociedad es siempre el modelo de la sociedad desarrollada y como es ésta precisamente la que se superpone, la que le convierte su transición en regresión, entonces la sociedad subdesarrollada termina siempre reproduciéndose hasta el fin. Por un acto de oscura magia, la ciencia institucionalizada del subdesarrollo ve siempre lo que no existe; el atraso social y su carácter definitivo se convierten para ella en los indicadores de progreso de esta sociedad; el mito para ella es el hecho real y el hecho real a su vez es mito. En realidad, no hay nada más oscuro que la claridad meridiana con la que ella plantea el problema.

Por lo que será comprensible el hecho de que las acusaciones más radicales de esta ciencia al sistema se refieren siempre a hechos que están cerca de ella: la ausencia de financiamientos para la investigación y docencia, la ausencia de material científico y, como hace poco se oía decir a un intelectual, el aislamiento de los centros culturales del mundo. Pero aún no se le ha visto, y esto lo decimos por creerlo significativo, una crítica al sistema entero, a partir si se quiere de las ausencias mencionadas.

Retomaremos ciertos elementos que merecen un mayor análisis. Hemos hablado ya de la contradicción que existía en una sociedad capitalista, entre la teorización y la actuación del científico mismo. En la sociedad subdesarrollada esta contradicción tiene una actuación específica, la cual debemos estudiar. Hemos propuesto, también, que la ciencia actúa como una institución: desde que sus límites están fijados de antemano por el dominio de la sociedad, la ciencia aparece ahora como un sistema de normas que se administran a los «encargados de conocer». Esta normativización científica tiene serias consecuencias para quien pertenece a ese ámbito: en primer lugar, porque percibe una institución que le coarta las posibilidades de acercarse a un universo del conocimiento; como se dijo, la ciencia institucional otorga ciertas herramientas de conocimiento que ya están revelando el tipo y calidad de dato que se desea. En segundo término, su práctica científica no puede reivindicarse con su conciencia universalista. La práctica formada institucionalmente, que en el subdesarrollo adopta mecánicamente la lógica de la metrópoli, no tiene las posibilidades de cumplir con las exigencias del universalismo de la conciencia, con lo cual se hace necesario ahora una adaptación de la teorización al nivel de la práctica existente. La ciencia en el subdesarrollo pierde el elemento de racionalidad que poseía para el caso de países desarrollados, su racionalidad es irracional, porque no hace sino reproducir el «impasse» y el estrangulamiento de toda la sociedad. Aquí la racionalidad es prestada, pero es prestada de otro contexto, no surge dialécticamente de la propia irracionalidad en esta sociedad. Y en tercer lugar, la ciencia como institución presenta su propia estratificación interna: como existe un óptimo de hacer ciencia, conocido por todos, como los resultados se dan de antemano, aun cuando quien los logra piensa que es un puro producto de un serio trabajo de investigación, quien más se ajuste a ellos es a su vez quien más gratificaciones logra. Y al paso que se hacen beneficiarios de estas gratificaciones, materializadas en posiciones académicas, etc., obtienen también la asignación de una nueva función que se les impone: la de controlar el campo de aplicación y producción de conocimientos en su respectiva especialidad; en otras palabras: la de controlar a sus colegas de menor rango.

Se logra así una estratificación institucional, un continuo, bajo el criterio que impone el mismo sistema. Los de arriba controlan a los de abajo y así se conforma lo que llamaremos «aristocracia intelectual». Esta aristocracia coordina y evalúa el trabajo científico

136 y se transforma en un nexo intelectual entre él y el sistema dominante de la sociedad. La ciencia comienza a adaptarse a la teorización científica de esos grupos y es así como con frecuencia se encuentran «modas» dentro de su temática; las modas son expresión de un campo de conocimientos limitado, en el cual las prioridades se establecen a partir de criterios ajenos a la ciencia misma, que aparecen como «científicos» al ser manipulados por esta «aristocracia intelectual». La moda establecida es una de las maneras de extraer del conocimiento todo el peligro que representa el pensamiento libre y la crítica que de él pueda surgir.

La contradicción mencionada entre una teorización universalista y una actuación particularista se manifiesta, entonces, en ambos niveles: en el nivel del individuo mediante la necesidad permanente de adaptación de su conciencia al plano de la práctica institucional, cosificando la conciencia en él, y al nivel de la sociedad entera al establecerse la ciencia como institución y, por tanto, estratificarse en un continuo cuyo criterio está dado por el dominio de la clase en el poder. No nos cabe duda a nosotros que esta diferencia de niveles se unifica, desaparece en la realidad; esta única dimensión cuya actuación representa la actuación de la contradicción en la realidad concreta, presenta al científico una disyuntiva: adaptación a la institucionalidad particularista o rechazo de ella, lo cual implicará desde luego la contrapartida del sistema hacia él. El sistema rechaza en nombre de la continuación y reproducción de su institucionalidad y esa oposición, en el campo de la ciencia, adquiere muchas veces la forma de hacer emigrar a los científicos que no se adaptan al plano de la práctica existente. Otra forma de decirlo: la emigración posibilita la continuidad de la institucionalidad, pero a su vez se va convirtiendo en su propio sepulturero; la teorización universalista pierde su poder si en nombre de ella se denuncia a la práctica como adaptativa al sistema; la compra de «conciencias» se transforma, a largo plazo, más que en su ayuda en una carga que soporta el sistema. Mientras esta sociedad subdesarrollada se mantiene a fuerza de destruirse, el científico que emigra, a su vez, como todo acto de rebeldía ante la sociedad, se destruye como persona nacional, fundando las bases de una nueva ciencia, aun cuando él mismo no se dé cuenta de ello.

Se podrá decir, entonces, que en la sociedad subdesarrollada los factores que realmente se ponen en contradicción son, por un lado, la dinámica ideológica que manifiesta la teorización dinámica de las fuerzas productivas desarrolladas de la metrópoli, y, por el otro,

la contradinámica representada y reproducida al nivel de la simple actuación del científico en el marco del subdesarrollo. El universalismo teórico en estas sociedades estancadas, es realmente el reflejo inerte de la dinámica del desarrollo y el particularismo de su actuación es, por su parte, la manifestación directa de la contradinámica que genera el continuo y creciente estrangulamiento. Por lo que se nos aparece claro ahora que la lógica de esta ciencia en el subdesarrollo sea de convertirse cada vez más en exclusiva, la de no expandirse y refugiarse dentro del núcleo aristocratizante de científicos gratificados por el sistema, dejando de lado y evitando el acceso al conocimiento del resto. La ciencia se convierte en un elemento extremadamente, para decirlo de alguna manera, privado. En el plano de su acceso al público en general, sin embargo, se expande dando a conocer sus interpretaciones lineales de una realidad que siempre se le escapa. Si se quiere: el conocimiento en América Latina se nos aparece como un monopolio: lo ejercen pocas personas y lo consume una gran masa.

De las consecuencias de esta contradicción fundamental podemos extraer también el hecho de que la ciencia se ha convertido en un objeto físico, capaz de ser palpado, que es finalmente una institución. Y solamente siendo un objeto material, solamente convirtiéndose en cosa, es posible venderla y comprarla, sólo así es posible que el financiamiento actúe como hemos interpretado que actúa. Al igual que cualquier mercancía, la ciencia se indiferencia de la materialidad del dinero, actúa a favor de él. Y si la ciencia se vende y se compra, también puede importarse y exportarse. De esta forma el conocimiento que reflejaba las particularidades de un sistema dado del cual había nacido, «pierde» este condicionamiento y se hace conocimiento «mundial». Si se prefiere: no es que pierda las características específicas del conocimiento de clase, de la división social del trabajo, sino que esta división también se hace división mundial del trabajo; se hace conocimiento igual para realidades desiguales; al ser así también el conocimiento es transportable de un lugar a otro, tanto en la categoría del espacio, de un país a otro, como en la categoría del tiempo. Veremos, por un lado, cómo este conocimiento rompe con las fronteras nacionales y, por otro, veremos cómo a la vez destruye y elimina las características históricas de cada contexto: no sólo elude la especificidad de la sociedad que lo adopta, no sólo deja de importarle que se introduzca igualmente tanto en sociedades desarrolladas como subdesarrolladas, no sólo, en otras palabras, se hace conocimiento abstracto, sino que también

como es esta la modalidad de sociedad que condiciona y especifica un conocimiento dado, todas las sociedades anteriores, desde la sociedad esclavista a la feudal, todas ellas quedan incluidas dentro de sus caracteres modernos, actuales, y lo único que varía de una a la otra es la intensidad en la cual se dan los elementos que se encuentran presentes enteramente dentro de la sociedad capitalista. En la ciencia, el método del terror queda finalmente establecido. Este doble proceso de destrucción de fronteras tanto espaciales como temporales reproduce, a su vez, el camino recorrido por la producción social, que debe representar en la actualidad, en cuanto a producción nacional, necesidades internacionales, y en cuanto producto histórico, debe aparecer como necesidad natural que ha sentido el hombre durante toda su historia. Sin embargo, el único obstáculo que se le presenta a esta ciencia que se expande por el mundo a condición de restringirse y reducir el universo del conocimiento, no son como hemos dicho las fronteras nacionales, sino principalmente las fronteras ideológicas que no logra destruir. Superando entonces la apariencia de las fronteras nacionales, la ciencia mantiene y refuerza la existencia de fronteras ideológicas. Tal como lo argumentamos anteriormente: para esta ciencia el conocimiento se elimina.

El hombre científico se da cuenta ahora que está en medio de un real proceso de producción, donde él es la principal materia prima, y en el cual su inteligencia científica se convierte en cosa material tanto como las cosas materiales se convierten en cosas humanas, como hemos visto en el caso del remplazo del hombre por la máquina. Por lo que este hombre científico se encuentra también que al vender su inteligencia se vende como persona y que al entrar su conocimiento dentro del contexto mundial, se convierte en conocimiento internacional regido por la lógica de esas fuerzas, sin que él pueda intervenir directamente en él, sino que su producto termina superponiéndosele; como persona se va dando cuenta de que es un vulgar objeto. Para que el conocimiento particular se eleve a conocimiento internacional ha sido necesario también que la producción nacional se convierta en producción mundial. Al paralelizarse con la producción, el conocimiento se objetiva, materializándose también con él al científico.

Se comprenderán, de esta manera, los condicionantes de la emigración de científicos: en ningún caso se puede reducir la problemática a grados diferenciales de desarrollo de los países emisores y los receptores. O mejor: esta reducción termina siendo simplista, no

argumenta, hasta lo que aquí hemos visto, nada. No se produce, entonces, trasposición mecánica entre el grado de desarrollo y la emigración, sino que la existencia de desarrollo o subdesarrollo está indicando, a su vez, la problemática y la ubicación de la ciencia en dicho contexto. Dentro de la argumentación que aquí hemos dado, la emigración de científicos aparece como una expulsión de científicos, como una forma de manifestar su materialidad y de reproducir un sistema que no admite la crítica. Si se quiere decir de otra manera: la emigración de científicos es una de las formas de apropiación por parte de la metrópoli de excedentes de los países que ella controla. Pero tal afirmación aún es incompleta: no es solamente un excedente apropiado, interviene además un factor de expulsión del científico por el sistema. Sea que un tipo de emigración obedece al enfrentamiento con la disyuntiva entre adaptarse al plano de la práctica existente o rechazo de ella, o que el otro obedezca a los condicionamientos de la situación mundial, sea tanto el uno como el otro, la raíz del problema en ambos está expuesta en la contradicción que hemos señalado entre la práctica particularista y la teorización universalista del científico. La verdadera ciencia, por fin, es más que esta ciencia, es práctica y conciencia científica de la sociedad. La negación del hombre científico de la actualidad es, para nosotros, una inmediata afirmación de un hombre universal, que como tal rebasa los estrechos marcos que imponen las categorías humanas en el presente.

Cuando algunos científicos argentinos emigraron a Chile en 1966 esta argumentación apareció claramente expuesta. La dicotomía para ellos era la misma que aquí expusimos: adaptación o rechazo. A pesar de que este caso considera una situación en la que el rechazo fue explicitado por el país desde el cual emigraron, a pesar de que su salida se produjo en condiciones diferentes a las que normalmente estamos acostumbrados a vivir, a pesar de que muchos tenían «el fusil por detrás y el pasaje por delante», a pesar de todo ello, este caso nos argumenta a nuestro favor. Como en Argentina, no es necesario que la policía invada la universidad y la intervenga militarmente para que el científico vea la necesidad de emigrar; pero la intervención militar, sin embargo, no modifica en absoluto las condiciones generales por las cuales se emigra. A lo sumo sólo las apresura. Más bien, entonces, la intervención militar es la manifestación maximizada del control que se ejerce sobre la ciencia.



**CASIANA
AHUMADA
ENTREVISTA**

PC: Compañera Casiana Ahumada, querríamos comenzar preguntándole por Cristianismo y revolución: ¿para qué fue fundada, con qué objetivos?, ¿qué es hoy?, ¿cuál es su perspectiva?

El origen de la revista **Cristianismo y revolución** está determinado por el testimonio de Camilo Torres y las perspectivas que abre en el proceso revolucionario latinoamericano. Recorriendo todas las etapas de la maduración de su fe cristiana, Camilo es el primero en ver la coincidencia existente entre las exigencias del evangelio y las de la historia y, con su muerte, abre la posibilidad de una convergencia entre la práctica cristiana y la acción revolucionaria. Su sacrificio, que conmueve proféticamente a toda América, revierte en el más auténtico de la masa cristiana que lo incorpora a su problemática; a su proyecto de vida.

Uno de los primeros jóvenes que en Buenos Aires vio en su testimonio la posibilidad de asumir plenamente su fe cristiana y reconoció en él el impacto que haría brotar una nueva y rica vertiente que se sumaría al proceso revolucionario fue el compañero Juan García Elorrio. Juan no conoció personalmente a Camilo pero siguió muy de cerca su evolución: sus estudios como sociólogo, su búsqueda de una acción política y su aceptación de la vía armada como el único camino eficaz por el que pasa la revolución. A escasos meses de su muerte, Juan se propone difundir su mensaje para lo que forja un instrumento que hoy resume su pensamiento y su acción política: la revista **Cristianismo y revolución**. En setiembre de 1966 aparece por primera vez en el contexto de la dictadura militar de Onganía que busca justificar su presencia y sustentar su política de entrega y opresión en el cumplimiento de los objetivos que se traza: reimplantar el «orden» (atacar al comunismo y la «subversión») y defender los valores de la cultura «occidental y cristiana». La iglesia, junto con el ejército, estaría llamada a ser uno de los pilares sobre el cual se afirmaría la ideología de la «revolución argentina».

Una de las tareas fundamentales de la revista fue, justamente, la de desenmascarar esta maniobra, la de demostrar este soporte y enfrentar a los cristianos a una opción: hacerse cómplices siguiendo en esa política de convivencia con la dictadura o enfrentarla recogiendo el mandato de Cristo de liberar al hombre de toda esclavitud. **Cristianismo y revolución** se propuso acercar a los cristianos a la

142 problemática revolucionaria, formar conciencia de la necesidad de su incorporación a la lucha y aportar testimonios y documentos que movilicen a la opinión y la orienten en la definición de un camino de entrega.

En estos años transcurridos se ha ido desarrollando y fortaleciendo en Argentina esta corriente cristiana encaminada a sumarse a la lucha del pueblo por su liberación; pero, sin embargo, al proponernos seguir adelante con esta labor iniciada por el compañero García Elorrio, consideramos que es importante seguir profundizándola, seguir difundiendo el pensamiento más claro y la acción más consecuente. Siempre negamos que el cristiano tuviera un aporte específico que hacer al proceso y prevenimos contra toda forma confesional de aglutinamiento; es por eso que a medida que la lucha se radicaliza vamos aportando en forma creciente información sobre las organizaciones revolucionarias, su accionar y su concepción estratégica.

Una constante en toda la trayectoria de **Cristianismo y revolución** esta dada por la denuncia de las maniobras conciliadoras, de las falsas «salidas» y el apoyo a los movimientos armados. Sin descuidar el aporte documental nos planteamos ir desarrollando, a partir de los acontecimientos nacionales, temas de carácter económico y político que aporten elementos que ayuden a una mejor comprensión del verdadero carácter del sistema, de los intereses que representa, de la necesidad de su destrucción a fin de posibilitar una salida real al país con la instauración del socialismo y del tipo de lucha que esto supone.

En síntesis, proyectamos seguir golpeando la superestructura ideológica del régimen, insistir en el compromiso de los cristianos y difundir material político de las organizaciones revolucionarias.

PC: ¿Cómo se conecta la creación de los comandos Camilo Torres, y la participación en ellos de Juan García Elorrio, con Cristianismo y revolución?

La aparición de **Cristianismo y revolución** provoca un alud de reacciones al postular la exigencia de la acción revolucionaria como un imperativo para los cristianos. Mientras la reacción y los «progresistas» que se disponían a brindar un vacilante apoyo al gobierno de Onganía la atacan duramente hay toda una corriente joven dentro de estructuras eclesiales que ha llegado al hartazgo de los planteos espiritualistas y busca una solidaridad efectiva con los que

sufren hambre y sed de justicia. Desde la JEC (Juventud Estudiantil Católica), la JUC (Juventud Universitaria Católica) y universidades católicas del interior, quienes se imponen participar en la transformación de esta sociedad generadora de violencia y explotación, se acercan a Juan García Elorrio y acuerdan concretar una militancia con una perspectiva revolucionaria. Con esta finalidad se estructuran los comandos Camilo Torres en Buenos Aires y algunas ciudades del interior. Estos comandos surgen estrechamente vinculados a la revista que pasa a ser un instrumento de trabajo de esta nueva tendencia: el cristianismo revolucionario.

Asumir este deber suponía ir provocando una serie de hechos que desenmascararan a la jerarquía y comprometerse en la práctica en las luchas del pueblo contra el régimen militar.

Una maduración alcanzada a través de la reflexión, la vivencia de los sectores marginados y el contacto con quienes ya estaban llevando adelante una militancia pone en tela de juicio el carácter «cristiano» que tienen estas agrupaciones. La necesidad de superar esta exigencia de fe como un factor diferencial y de plantearse una opción política se traduce en una integración a organizaciones del peronismo revolucionario. En esta etapa, aunque García Elorrio se incorpora a esta forma de militancia, hay una mayor independencia con relación a **Cristianismo y revolución** y se crean órganos específicos de prensa: el periódico **Che compañero** y posteriormente **Con todo**.

PC: ¿Cómo se relaciona Cristianismo y revolución con otras publicaciones cristianas y no cristianas empeñadas en la inducción de la transformación revolucionaria en Latinoamérica?

Podría decirte que esta relación es parcial y deficiente. Se da simplemente a nivel de intercambio de materiales y, a veces, de experiencias. En esto juegan principalmente las limitaciones económicas para viajar y poder establecer un contacto personal, y, por otro, que dadas las condiciones de represión en nuestro país no tenemos un lugar abierto de trabajo y son muchas las veces que compañeros latinoamericanos pasan por Buenos Aires y tienen dificultades para ubicarnos. A pesar de esto creo que hay una interinfluencia positiva con otras publicaciones empeñadas en analizar y difundir la problemática revolucionaria.

144 PC: ¿Cómo entienden ustedes la posibilidad y la proyección de nexos con movimientos o corrientes revolucionarias no cristianas?

No concebimos una militancia cristiana aislada. Es más, no proponemos siquiera un nexo en la acción en el sentido de una coordinación entre movimientos u organizaciones cristianas con otras que no lo son, sino que consideramos que la única posibilidad de incorporación a la lucha para un cristiano es la de ser levadura, sal, fermento en la masa, para decirlo en términos evangélicos. Políticamente esto significa sumarse como individuo a las organizaciones que el pueblo se dé en la marcha hacia su liberación. Creo que ya está claro para la opinión en general que no existe una estrategia cristiana.

PC: ¿Podrías darnos una imagen de las proyecciones revolucionarias dentro del movimiento cristiano en Argentina en el momento presente? ¿Cómo se vincula, además, con otros movimientos del mismo corte en el resto de Latinoamérica?

A nivel de laicos hay una militancia creciente orientada, principalmente, hacia organizaciones del peronismo. En el plano sindical hay un apoyo bastante amplio de la CGT, de todos los argentinos y de las agrupaciones de la base; en el estudiantil este apoyo se da a través de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) y en la acción armada en las filas de las FAP y Montoneros. Es conocida la presencia de, por lo menos un sacerdote, Arturo Ferre Gadea (detenido en Taco Ralo en 1967), y un diácono, Gerardo Ferrari (muerto en acción en 1969) integrando las Fuerzas Armadas Peronistas. Dirigentes de la JEC fueron los montoneros Mario Firmenich y Carlos Ramus y de la Acción Católica, Fernando Abal, señalados como las figuras principales de la ejecución del teniente general Aramburu; los dos últimos mueren combatiendo contra las fuerzas de represión. Emilio Maza, Ignacio Veloz, Cristina Liprandi y una proporción importante de la lista que la policía da como «buscados» por su participación en la toma del pueblo cordobés «La Calera», acción montonera efectuada en julio de 1970, son compañeros peronistas de reconocida trayectoria y militancia cristiana.

En el ámbito sacerdotal nace, a principios de 1968, el Movimiento para el Tercer Mundo como una corriente de protesta social que llena, en lo nacional, el vacío de oposición estableciendo un nuevo frente ideológico basado en valores cristianos y con una neta definición hacia el socialismo. Esta corriente es la que va a impulsar

que sacerdotes se inclinen hacia las tesis revolucionarias y se lancen a una acción temporal, sociopolítica y de liberación nacional. El movimiento se desarrolla y va paulatinamente tomando posiciones y comprometiéndose en diversas acciones: apoyos de huelgas, participación en manifestaciones obreras, actuación combativa en conflictos sindicales, denuncia de atropellos, crímenes y torturas, etc.

Punto culminante de este proceso de protesta social en ascenso es la participación de numerosos cristianos, junto a otras corrientes; en los hechos sangrientos de mayo-junio 1969.

Es un hecho que la presencia de Onganía en el poder polariza las posiciones ideológicas dentro de la iglesia: la derecha busca afirmar lo institucional y la izquierda se enfrenta a lo institucional y busca dar impulso y apoyo a los militantes de base. Expresada en el Movimiento para el Tercer Mundo define su posición adhiriendo al proceso revolucionario, a la socialización de los medios de producción, del poder y de la cultura y a la instauración de una sociedad socialista que erradique total y definitivamente toda dominación y explotación del hombre por el hombre.

Su denuncia constante de los abusos de la dictadura y su solidaridad con los militantes perseguidos, presos y caídos los convirtió, en el curso del año 70, en uno de los enemigos más temibles para el régimen. El gobierno considera peligroso al movimiento porque es un frente ideológico que rompe las categorías burguesas de pensamiento, tiene una coherencia interna y una consecuencia en sus acciones públicas, y porque, para un gobierno que se proclama «occidental y cristiano», no es controlable sino a través de la jerarquía. A ella recurrió Levingston para que lo condenara pero sólo consiguió que se le hiciera una advertencia en un documento público de débil argumentación teológica.

En un intento de precisar los límites del movimiento, y su alcance dentro del proceso revolucionario, es necesario tener muy en cuenta que sus integrantes se mueven dentro de la estructura eclesiástica y, aunque en cierta medida marginados y autónomos, pertenecen a ella. Ahora bien, esa estructura es reaccionaria, forma parte del sistema burgués de dominación e intentará desarrollar una política que domine, o al menos neutralice, a su ala rebelde.

De acuerdo a cómo resistan estos esfuerzos de integración a la pastoral de la iglesia, a cómo resuelvan su estrategia interna y a

cómo se ubiquen frente a la marcha del proceso, será el papel de los sacerdotes en la lucha. Es previsible que a medida que se radicalice la lucha el movimiento, si es consecuente con sus planteos actuales, deberá tener bien en claro la inevitabilidad de un rompimiento con la iglesia institucional. Llegado este caso también le resultará difícil mantenerse estructurado como movimiento de superficie pues la represión, ya con las manos más libres, lo atacará frontalmente. En este momento se planteará una definición personal de compromiso en el combate junto al pueblo ante la exigencia de una mayor eficacia en la acción. Es evidente que analizando la composición actual del movimiento se ve un sector bastante numeroso que está lejos de encarar esta opción, y lo más probable es que muchos se replieguen ante esta disyuntiva. En este sentido parecería que fuera inevitable la desintegración del movimiento como tal a medida que el proceso se acelere y profundice.

Latinoamérica vio estructurarse, casi simultáneamente, distintos movimientos con características similares. Su surgimiento obedece a una problemática común dentro de la iglesia y su desarrollo está enmarcado en las peculiaridades específicas de los respectivos países. Crecen en forma paralela pero casi sin coordinación. Un primer acercamiento entre cristianos que en Latinoamérica luchan por la incorporación de los cristianos al proceso revolucionario que se desarrolla en el continente fue el Encuentro Camilo Torres, celebrado en Montevideo en febrero de 1968. Recientemente, desde Santiago de Chile, se convoca a un nuevo Encuentro Latinoamericano a celebrarse en Lima en 1972, que tendrá su jornada preparatoria aquí en La Habana en julio próximo. Vemos esto como un gesto de solidaridad y apoyo a la revolución cubana y como un síntoma de que se acrecienta el caudal de esta vertiente cristiana a la revolución continental.

PC: Dentro de este contexto ¿qué papel juega el peronismo? ¿Actúa como simple factor de movilización, como un ideario político asimilable críticamente, o como estructura completa y coherente capaz de englobar bajo su hegemonía la realización revolucionaria que exige nuestro tiempo?; ¿qué aporta su peso entre las masas obreras y el pueblo argentino en general y hasta qué punto puede ser consecuente con el carácter radical de una revolución?; ¿en qué medida contacta con los ideales de los cristianos revolucionarios?

Nosotros reconocemos que el peronismo es la expresión política mayoritaria de los sectores obreros en Argentina y su mayor y más

clara identificación de clase. Como movimiento asume una tradición histórica de lucha y tiene una trayectoria ascendente en su accionar combativo que, a través de aciertos y errores, va clarificando sus objetivos, va individualizando al enemigo y radicalizando sus métodos de lucha.

Este movimiento de masas que deja en el pueblo una nostalgia de poder se depura de una parte considerable de sus elementos burgueses al producirse la caída de Perón, y la clase trabajadora entra a jugar un papel cada vez más protagónico a medida que el enfrentamiento a los sectores oligárquicos e imperialistas se profundiza.

Quince años de intentos pactistas, de fraude y de proscripción, atestiguan que el peronismo no es encuadrable dentro del régimen y esto mantiene la vigencia de la antinomia peronismo-antiperonismo. Este jaqueo constante que impide la consolidación de los sucesivos gobiernos a partir del 55 forma parte de la política del movimiento peronista, considerado como un todo. Se provoca un desgaste cada vez mayor que explica la presencia en nuestro país de una dictadura militar cada día más represora de un pueblo que lucha por alcanzar sus banderas de justicia social, soberanía política e independencia económica. Esta lucha peronista está inscrita en un proceso de liberación nacional y lleva en sí los gérmenes de la liberación social. De ahí a inferir que el peronismo tiene un programa revolucionario coherente es tomar aspiraciones por realidades. Es un hecho que el movimiento es heterogéneo pero ha avanzado mucho desde el 55 en el sentido de que hay un franco deterioro de las conducciones burocráticas, cuyo nivel de representatividad de la clase trabajadora es casi inexistente, y de que ha ido radicalizando vastos sectores hasta generar su propia vanguardia armada que sí se plantea y propone una salida revolucionaria encaminada a la instauración del socialismo.

El peso del peronismo es decisivo en la lucha revolucionaria en Argentina, es la premisa básica de la que debe partir todo revolucionario y toda organización que aún fuera de él propicie el derrocamiento del sistema capitalista y proponga el socialismo como única salida. Esta realidad permite que se dé una integración del estudiantado con vocación nacional y con coincidencia casi general en la orientación de los militantes cristianos hacia organizaciones del peronismo revolucionario. En el caso del Movimiento para el Tercer Mundo es también consecuencia de su exigencia de una presencia profética dentro de la problemática nacional. Ésta exige al sacer-

148 dote ir a la búsqueda del pueblo e incorporarse a él y, al hacerlo, descubre que éste ha desarrollado toda una valoración, un estilo de vida y una militancia en los que reconoce el auténtico sentido del evangelio. Al integrarse al pueblo se encuentra con el fenómeno del peronismo y ve que en él coinciden sus logros, sus aspiraciones y sus luchas. Y es así como el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo en su tercer encuentro nacional, en mayo de 1970, hace un reconocimiento público del peronismo que es interpretado como una definición política.

PC: Sería interesante saber qué esperan ustedes ver en los cristianos cubanos, cómo conciben su participación en la vida revolucionaria, qué ven y qué aspiran a ver en ellos los cristianos revolucionarios de Latinoamérica.

Cuando el triunfo de la rebelión en Cuba no había síntomas de renovación en el seno de la iglesia católica y esto se refleja en forma acentuada en la iglesia cubana que sufre una fuerte influencia española. Esta situación, que ha de signar su posición ante la revolución, provoca un repliegue ante su definición marxista-leninista que la lleva a servir activamente a la contrarrevolución. Nosotros sabíamos que esa etapa ha sido superada para dar lugar a una actitud de apertura.

Yo, personalmente, pienso que la iglesia católica no es consecuente cuando condena el bloqueo exterior a que es sometida Cuba por el imperialismo yanqui y alienta en lo interno un bloqueo de la propia masa cristiana a la que mantiene en una actitud vacilante y recelosa frente a la revolución.

Hay, sin embargo, algunos síntomas más positivos, como, por ejemplo, la participación de los seminaristas en el corte de caña, hecho que les permitió un contacto con su pueblo, la participación en el trabajo productivo y una primera vinculación con el partido. Este es un punto de partida que, posiblemente, permita superar la posición de mirar críticamente a la revolución desde afuera y ver la necesidad de un compromiso y una colaboración en su desarrollo.

Es también un avance que, por primera vez en Cuba, sectores cristianos hayan organizado una jornada de homenaje a Camilo Torres, lo que denota un mayor grado de identificación con el proceso revolucionario. Creo que queda a estos militantes más concientes de

esa situación el deber de trabajar en la profundización de esta línea a fin de que la incorporación de los cristianos a la revolución sea asumida cada día más masivamente, más plenamente, más fraternalmente junto al pueblo y a los militantes comunistas que la impulsan.

PC: Para finalizar, Casiana, ¿qué opinión tienen los compañeros agrupados en torno a Cristianismo y revolución de la perspectiva conciliar?

Nosotros pensamos que el último concilio ha abierto una nueva perspectiva a los cristianos en el siguiente sentido: hasta ahora la iglesia había enfocado los problemas dogmáticos basándose en principios abstractos extraídos de una realidad ya dada, o sea, los analizaba en vertical teniendo los problemas que adaptarse a la doctrina para que la lógica del análisis tuviera algún sentido.

Es con el concilio que se produce una inversión, aunque tímida, en el tratamiento de los problemas sociales. Por primera vez se parte de categorías científicas como, por ejemplo, causas del desarrollo en contraste con el subdesarrollo y se trata de proponer alguna solución. Esto ha dado la posibilidad a los cristianos de buscar una visión más objetiva de la situación latinoamericana, un contacto con su realidad de miseria y explotación y un acercamiento a militantes de otras tendencias e ideologías. En vastos sectores cristianos se va reconociendo la necesidad de un cambio, de un tipo de cambio que supera en la mayoría de los casos a las orientaciones que propone el Vaticano II, ya que éstas son sólo paliativo dentro del sistema capitalista.

El concilio considerado como cambio en la política oficial de la iglesia católica no plantea ninguna solución real, sino que significa una actualización de sus estructuras y una visión adaptada a la situación de transformaciones sociales que impone el mundo de hoy.

**LOS MONOPOLIOS
JAPONESES
DE NUEVO
EN COREA
WILFRED
BURCHETT**

Durante 35 años —desde 1910 hasta el fin de la segunda guerra mundial— Corea, bajo el dominio japonés, estuvo sujeta a uno de los regímenes más brutalmente rapaces que se hayan conocido, incluso en Asia. Los recursos materiales y humanos del país fueron despiadadamente explotados para alimentar una industria japonesa en rápida expansión. La explotación fue acelerada febrilmente a medida que se construía la maquinaria militar para la conquista de China y luego del resto de Asia en la segunda guerra mundial. Los recursos minerales, los productos agrícolas y forestales, la sangre y el sudor del pueblo, fueron exprimidos con las más implacables presiones que fueron capaces de aplicar los monopolios y militaristas japoneses. Las protestas políticas y las huelgas contra las condiciones esclavistas de trabajo fueron ahogadas en baños de sangre. La cultura coreana fue suprimida: el idioma, la manera de vestirse y otras costumbres, hasta los nombres de familia, tuvieron que ser cambiados para adaptarlos a los de los amos. Cuando la segunda guerra mundial hizo que escaseara el potencial japonés, decenas de miles de coreanos fueron embarcados a Japón como obreros-esclavos para las plantas de municiones. (Ellos y sus

descendientes forman la gran comunidad coreana que vive en Japón actualmente.)

La victoria sobre las potencias del eje en la segunda guerra mundial puso término al señalamiento japonés en Corea, aunque al sur del paralelo 38 los norteamericanos mantuvieron en sus puestos a elementos de la administración japonesa alegando sus calificaciones técnicas, según expresó el presidente Truman en aquella época. El odio a los gobernantes japoneses y a los líderes locales que les servían era universal y tenía profundas raíces en los corazones del pueblo coreano; y sigue siendo así actualmente.

En vista de esto, el restablecimiento en Corea del sur de esos mismos monopolios japoneses que desangraron a la nación coreana durante las décadas de ocupación, es un problema del mayor interés no sólo para los coreanos al norte y el sur del paralelo 38, sino para todas las naciones asiáticas que sufrieron la agresión japonesa durante la segunda guerra mundial. Los métodos usados y algunas de las implicaciones y tendencias de la política exterior japonesa, en realidad, son causas suficientes de preocupación universal respecto a los objetivos de Japón y su primer ministro Sato.

152 El odio y la desconfianza profundamente enraizados contra Japón impidieron incluso a los gobiernos projaponeses de Seúl la normalización de las relaciones con Japón durante los primeros veinte años después de la segunda guerra mundial. En ese tiempo, también Estados Unidos estaba interesado en preservar celosamente su propia posición monopolística en Corea del sur. Así, las negociaciones para normalizar las relaciones, que comenzaron en 1952, no habían llegado a ningún resultado en 1965. Pero este fue el año en que Estados Unidos envió sus propias tropas de combate a la guerra en Viet Nam del Sur, y su poderío naval y aéreo a una guerra de destrucción contra Viet Nam del Norte. El flujo de dólares a Corea del sur tenía que ser interrumpido. De súbito se puso al descubierto la justicia de que Japón compartiera la carga. Precipitadamente se reiniciaron las negociaciones y, a pesar de las tremendas olas de protesta que forzaron al dictador Pak Chung Hee a declarar la ley marcial, hubo una especie de matrimonio a punta de pistola, y un tratado niposurcoreano fue preparado de prisa, firmado y ratificado para fines de 1965. Incluía disposiciones para una exportación considerable de capital japonés a Corea del sur, bajo el manto de reparaciones

por daños de guerra, forma favorita de Japón para la infiltración de su capital en Asia. En realidad, este tratado abrió las compuertas para la penetración japonesa, transformó a Corea del sur en un mercado privilegiado, permitió a los monopolios japoneses poner de nuevo sus manos sobre la economía surcoreana y absorbió gradualmente los recursos y el potencial humano dentro del complejo industrial japonés. En el espacio de tres años, Japón había infiltrado 405 millones de dólares en préstamos privados, en contraste con un total norteamericano de 719 millones. Además, el gobierno al llegar el mes de abril de 1969 tenía concedido créditos por 872 millones de dólares —sólo 9% de los cuales eran no reembolsables como reparaciones—, cuya totalidad se destinó a financiar importaciones surcoreanas de Japón. El producto de la venta de estas importaciones iba a un «fondo de contrapartida», ese invento norteamericano, el más grande desde la rueda, según fue calificado cierta vez, que ha servido para financiar las políticas de exportación norteamericanas y ahora las japonesas. En este caso, el fondo de contrapartida contribuye a financiar los gastos militares surcoreanos. El contribuyente japonés, de este modo, financia a Mitsubishi y otros monopolios que exportan a

Corea del sur, así como a la maquinaria militar surcoreana.

Además de estas dos fuentes de capital, hay una tercera forma de inversión japonesa directa en las industrias japonesas, que totalizaba 284,5 millones de dólares en abril de 1969 y que le da a los monopolios japoneses la propiedad total de la industria de fibras sintéticas, control de 80% de la industria naviera y de reparación de barcos; 30% —que sigue aumentando— de la propiedad de la industria textil; y una importante penetración en la minería, la construcción de maquinaria, la energía eléctrica y lo que exista de la industria de armamentos surcoreana. Muchas de las industrias en proyecto serán de propiedad enteramente japonesa y Japón absorberá su producción total. Como que la exportación forzada de trabajo esclavista coreano a Japón durante la segunda guerra mundial aún está demasiado fresca en la memoria del pueblo —y la minería coreana en Japón se ha manifestado militarmente en favor del régimen socialista del norte—, la nueva modalidad es explotar el trabajo barato sobre el mismo lugar. Un ejemplo típico es el acuerdo de noviembre de 1969 de construir una planta de acero de 1 300 000 toneladas de capacidad, en Pohang, para la cual 90% de los 138 millones

de dólares de capital será aportado por Japón, estando el diseño y la construcción enteramente en manos de los ingenieros japoneses.

Si esta exportación de capital tuviera realmente la forma de ayuda para mejorar el miserable nivel de vida del pueblo surcoreano y si el manejo de tal ayuda se encontrara en manos de un gobierno surcoreano democráticamente elegido, entonces se podría saludar con beneplácito el hecho de que el gobierno japonés estuviera reembolsando algunas de sus deudas con el pueblo coreano. Sin embargo, aparte de unos pocos empleos creados por las nuevas industrias —una simple gota en el océano de millones de desempleados—, el pueblo surcoreano no se beneficia en modo alguno con este aflujo de capital japonés. Por el contrario, ve a su país transformado de nuevo en una colonia japonesa, con muchos de los viejos funcionarios actuando otra vez como asesores o administradores de las compañías.

La realidad es que desde el comienzo de la ayuda japonesa la situación económica global se ha ido deteriorando con más rapidez que nunca, especialmente en aquellos sectores que afectan el nivel de vida del pueblo. La producción de arroz, por ejemplo. Corea del sur, anteriormente, era

154 un área exportadora de arroz. Pero la producción de arroz ha ido declinando continuamente debido a los métodos arcaicos de cultivo y al hecho de que decenas de miles de acres han sido sacados de la producción para la construcción de las 150 bases —incluyendo las de armas nucleares tácticas— que Estados Unidos ha establecido. La **Far Eastern Economic Review** del 14 de noviembre señala que hasta 1967 las importaciones de granos de los años anteriores habían promediado 700 000 toneladas anuales. Esto se elevó a 2,5 millones de toneladas en 1969 y un estimado de 2 millones de toneladas habrán de ser importadas en 1970 a pesar del sobrante de 1969. Los crecidos números de desempleados, que se estiman entre dos y seis millones de personas, se sostienen con raciones de hambre y están privados de la posibilidad de hacer contribución alguna a la economía.

En todos los aspectos, la situación del norte se destaca en agudo contraste. No hay bases extranjeras, no hay deudas extranjeras, no hay inversiones extranjeras, no hay control extranjero o penetración de la trama económica, sino una economía agrícola-industrial bien balanceada que se sostiene enteramente sobre sus pies; auto-

suficiente para todo lo que el país necesita, desde la industria pesada a la ligera, en todo lo que el pueblo consume. Nadie podrá negar esto. Y el norte, a diferencia del sur, fue completamente destruido, en lo que se refiere a obras hechas por el hombre, por los bombardeos norteamericanos durante la guerra de Corea. Ni una sola fábrica, planta de energía, hospital, escuela o templo fueron respetados. Ni un solo pueblo o aldea salió indemne y apenas hubo un solo edificio que quedara en pie.

En respuesta a una serie reciente de artículos en **Le Monde** describiendo, entre otras cosas, los extraordinarios logros económicos de Corea del norte que el autor —Alain Bouc— acababa de visitar, el señor Han Sook, agregado de prensa de la embajada surcoreana en Francia, expresó la siguiente queja: «Usted guarda silencio sobre la forma en que vive el pueblo norcoreano. ¿Tienen acaso la más mínima libertad? ¿Tienen siquiera el derecho a pensar en su felicidad personal? Se les da lo más indispensable en materia de alimentos y otras necesidades diarias, para que puedan encarar un día más de duro trabajo. Los seres humanos en Corea del norte son tratados como las herramientas o piezas de repuesto de las máquinas. El desarrollo económico

nada tiene que ver con el bienestar del pueblo. El pueblo de Corea del norte trabaja miserablemente preparándose para la guerra y no para mejorar las condiciones de su vida.» Y así sucesivamente. El embajador también arroja dudas sobre la autenticidad de los antecedentes oficiales del primer ministro norcoreano y secretario del Partido de los Trabajadores, Kim Il Sung.

Si la veracidad de la opinión del embajador sobre los antecedentes de Kim Il Sung es del mismo valor que sus apreciaciones sobre la situación en el norte, entonces podemos hacer caso omiso de ella.

Por dos veces, en años recientes, he viajado desde el límite más setentrional de Corea del norte con China, en el río Yalú, hasta la línea a lo largo del paralelo 38 que separa al país de Corea del sur. He visitado varias docenas de fábricas, escuelas y granjas cooperativas; he entrado en docenas de hogares y hablado con cientos de trabajadores de fábricas y oficinas, agricultores, estudiantes, alumnos y sus padres. Si hay en Asia un pueblo feliz, relajado y lleno de confianza, ese es el pueblo norcoreano. Si hay niños gordos, con mejillas como manzanas en cada hogar, aldea y pueblo de Asia, esos son los niños norcoreanos.

Desde la creche hasta la universidad, las necesidades de los niños están perfectamente cubiertas. Todo es gratis, desde la leche en la creche hasta sus nuevas ropas de verano e invierno de cada año, y no es necesario añadir que también es gratis la educación, incluyendo los libros de texto, la matrícula, etc.

El déficit de Corea del norte en granos alimenticios antes de la división en el paralelo 38, está ahora superado. Corea del sur, con ayuda japonesa según el artículo antes citado de la **Far Eastern Economic Review**, había aumentado sus arrozales irrigados a 77% del total para fines de 1969. Desde hace cinco años, los arrozales del norte han tenido 100% de irrigación; las aldeas están electrificadas 100%; los campos cultivados con tractores hechos en el norte; las bombas de irrigación, las cosechadoras, los tractores y las combinadas, hechos en el norte.

¿Trabajan miserablemente para la guerra? Sin duda, desde que Estados Unidos invadió Viet Nam del Sur y comenzó a bombardear el norte, desde el tratado niposurcoreano y desde la gran intensificación de las maniobras militares con Japón y Corea del sur basadas en invasiones simuladas de Corea del norte, se ha operado un gran cambio hacia los gastos de defensa, en 1966. El plan

156 setenal de desarrollo económico fue repartido en el espacio de diez años, y el pueblo comenzó a prepararse psicológica y materialmente para la posibilidad de un nuevo estallido de la guerra. Los incidentes del «Pueblo» y de los aviones espías, específicamente dirigidos al espionaje en busca de objetivos militares, justificaban esa vigilancia. Pero no creo que exista otro país, e incluye a los países del mundo socialista, en que haya habido tal expansión de los servicios sociales, incluyendo la salubridad pública, la educación, la recreación, tal esfuerzo por tratar de eliminar las diferencias entre la ciudad y el campo y llevar a las aldeas condiciones de vida comparables a las de las ciudades, como en la República Popular Democrática de Corea. Solamente Bulgaria, uno de los países socialistas europeos, ha hecho progresos comparables en la eliminación de esas diferencias.

En el quinto congreso del Partido de los Trabajadores, en noviembre de este año, se presentó un nuevo plan de seis años encaminado a la duplicación anual de la producción industrial ya impresionante de 1970, la cual había aumentado a un promedio de 12,8% desde 1960 en adelante. Está programado elevar al doble la producción de artículos de consumo, con una reducción

promedio de 30% en los precios. Ahora que la irrigación y la electrificación son de 100% en las aldeas, se asegura el continuo incremento de la producción agrícola por la expansión del sistema de dos cosechas y un gran aumento en el uso de fertilizantes químicos.

Los gastos de defensa seguirán siendo altos, alrededor de 25% de los gastos del presupuesto, porque está claro que hay importantes elementos dentro del régimen japonés (dentro y fuera de la administración) que tienen sus ojos puestos sobre Corea del norte, rica en todos los minerales que requiere la industria moderna. Tales elementos son alentados e instigados por un puñado de surcoreanos, incluyendo al dictador Pak Chung Hee, a los antiguos colaboradores de los japoneses en la represión de sus propios compatriotas, ansiosos de servirles como «gauleiters», y a los capitalistas especuladores en una Corea del norte de nuevo sojuzgada por el militarismo japonés. Las demandas de los ministros del gobierno de Sato de una posición militar equiparable a la posición económica de Japón en el mundo, y el reciente documento oficial sobre defensa, en el cual se sostiene que las armas nucleares pequeñas no violarían la constitución, son indicadores

claros del rumbo que han tomado las cosas.

Las actividades japonesas en Corea del sur deben estar sujetas al más minucioso escrutinio, no sólo por su influjo sobre la situación de Corea en su conjunto, sino como una señal que anuncia los objetivos japoneses en el resto

de Asia y en el mundo en general. La remilitarización de Japón no puede ser separada del militarismo japonés. La penetración japonesa en Corea del sur está encaminada a establecer el modelo de penetración para otros lugares, que ya se está aplicando en algunos otros países asiáticos.



**EL COLO NIALISMO
PORTU GUES
EN LA ERA DEL
IMPERIA LISMO**

(Extractos de un documento de discusión de la preconferencia y declaración de la Conferencia internacional de solidaridad con los pueblos de las colonias portuguesas, celebrada en Roma.)

DOCUMENTO PARA DISCUSION

Portugal, la menos adelantada de las potencias imperialistas, ha mantenido el dominio sobre sus colonias en África —Angola, Guinea «portuguesa» y Mozambique— más tiempo y más desesperadamente que ninguna otra. En el proceso, su papel subordinado en el sistema mundial imperialista ha ido siendo cada vez menos importante: la última de las potencias coloniales es ahora poco más que una neocolonia ella misma. Presionada desde arriba y desde abajo —por los negocios internacionales e intereses políticos, desde afuera; por la clase obrera y campesina, desde adentro; y por la creciente fuerza de los movimientos de liberación en los territorios de ultramar— la clase dominante portuguesa enfrenta ahora el problema de que le queda poco tiempo y poco espacio.

La complejidad del capital internacional ha dotado a los movimientos nacionales de liberación de los territorios de ultramar de una significación global, transformando las guerras locales de li-

beración en elementos integrales de la lucha antimperialista. Han avanzado además más allá de las estrechas definiciones nacionalistas de los primeros movimientos anticoloniales en África, y esto plantea importantes cuestiones para la organización de movimientos de apoyo en las metrópolis imperiales.

CONTRADICCIONES DENTRO DEL BLOQUE REACCIONARIO

El bloque reaccionario contra el que luchan el MPLA, el PAIGC y el FRELIMO, está formado, por una parte, por importantes elementos de los negocios internacionales y por Norteamérica, Gran Bretaña y los países de la OTAN; y por otra, por el capital y el estado portugués. Está además, África del Sur, a la que le interesa exportar su **apartheid** a Mozambique y a Angola, para afianzar su propia posición en el norte. El estado portugués está en el momento presente en la posición anómala de ser la punta de lanza de este bloque, al mismo tiempo que es el eslabón más débil de la cadena imperialista.

El comienzo de la lucha armada en los territorios de ultramar, en los primeros años de la década de 1960, puso al colonialismo portugués en crisis absoluta: los territorios de ultramar que no eran sino una fuente de tributos para el imperio, requirieron en-

160 tonces cantidades sustanciales para sostener los gastos militares. Portugal enfrentaba serias dificultades económicas, y políticamente su posición no era fuerte. Un régimen colonial arcaico no estaba en disposición de reunir mucha ayuda para sus políticas represivas en las condiciones de los primeros años de la década de 1960, momentos en que la descolonización se extendía por África y por muchas otras partes del mundo y creaba una fuerte impresión de que una tercera fuerza surgía en la política mundial, fuerza a la cual las potencias imperiales tendrían que fingir apoyar.

En realidad, estas potencias se habrían sentido felices en esos momentos de ver alguna forma de descolonización en los territorios de ultramar que fuera sustituida por el establecimiento de regímenes nominalmente independientes a través de los cuales podrían continuar ejerciendo su influencia. Pero no existían bases para instaurar tales regímenes porque los portugueses, a diferencia de los británicos, no habían creado con asiduidad una clase para la cual los mecanismos de poder fueran fácilmente asequibles. El único instrumento político para el imperialismo era el colonialismo portugués.

El paso de una política aislacionista establecida a una de alien-

to a la entrada de grandes cantidades de capital extranjero en las colonias africanas y en la propia Portugal, pone en evidencia el desarrollo de esta alianza de la reacción. El vertiginoso crecimiento de los problemas internacionales en la pasada década, ha hecho que esa alianza se fortalezca. Así, esto parecía resolver el dilema de Portugal, porque la entrada de capital liberaba los recursos y proveía el intercambio extranjero necesario para los gastos militares, mientras al mismo tiempo Portugal involucraba a las grandes potencias imperiales en sus políticas, y de ese modo conseguía apoyo político poderoso. Sin embargo, en realidad, la situación portuguesa no es tan halagüeña: su propio capital no puede competir con las grandes corporaciones multinacionales que han entrado por la puerta abierta, y políticamente ha sido reducida a poco más que un instrumento de las grandes potencias imperialistas.

En el momento presente, está dentro de los intereses de las potencias occidentales mantener la plausibilidad aparente de Portugal —porque por razones políticas domésticas no pueden permitirse verse envueltas directamente en otra guerra imperialista— y esto ha dado a Portugal una posibilidad limitada de maniobra. Esas potencias han lan-

zado el esquema Cabora Bassa como un intento de transformar la situación de modo que sirva a sus propios intereses. Antes de desarrollar nuestra argumentación, sin embargo, el primer hecho a anotar es que **el avance de la lucha armada está aumentando la presión sobre el bloque reaccionario, y promete partirlo en pedazos.**

LA ERA COLONIAL

Las inversiones extranjeras han jugado siempre un papel dominante en los territorios de ultramar, pese a que, en términos absolutos, y en comparación con los desarrollos recientes, ese rol no ha sido demasiado grande. Como dijo un hombre de negocios de Mozambique: «Cuando se juzgue la actitud actual del gobierno hacia el capital extranjero, es bueno recordar que cuando Salazar tomó el poder en Portugal hace cerca de cuarenta años, Mozambique era virtualmente propiedad de los extranjeros, muchos de ellos británicos.» Esta situación puede ser rastreada hasta el principio del presente siglo cuando la compañía de fletes fue establecida como instrumento de control —como la compañía de Mozambique, que tenía derechos de soberanía sobre la provincia de Manica y estaba financiada por capital británico, francés y belga—. Esta rama del complejo extranjero se

manifiesta hoy día en algunas de las grandes compañías plantadoras y de transporte como la Sena Sugar Estates, la Benguela Railway y la DIAMANG. En 1926, sin embargo, con el ascenso al poder de Antonio Salazar, hubo un inmediato y firme control gubernamental sobre las actividades de estas compañías y comenzó un período de más de treinta años de una política económica introvertida en las colonias, política que es llamada, demasiado fácilmente, «nacionalismo económico». Era más que eso y tenía sus raíces en la filosofía del «nuevo estado» de Salazar.

Los desenvolvimientos económicos en las colonias eran, y en gran medida son aún, una función del desenvolvimiento de la economía portuguesa —ambos en términos de materias primas que se requieren y la disponibilidad de capital a invertir para obtenerlas—. Así, durante los períodos de crisis económica y guerra de los años treinta y cuarenta, se hicieron relativamente pocas inversiones nuevas por Portugal. Esto no quiere decir de ningún modo que las colonias fueran desatendidas; por el contrario, la idea de Portugal, como potencia imperial y la estrecha integración de las colonias y las metrópolis, era un pilar de la teoría de Salazar sobre el «nuevo estado». La política colonial por-

162 tuguesa ha sido definida por un escritor en tres fases: el período de los descubrimientos, el período de la pacificación y «el período de las exageradamente falsas concepciones del destino colonial de los portugueses, manifestadas desde 1926».

El nuevo estado, incorporado al Acta Colonial de 1930 y a la Ley Orgánica de 1933, centralizó la administración) con lo cual se iba contra la tendencia de los primeros años de la década de 1920, que era hacia la autonomía administrativa y política) y presentando un frente imperial unido, mostró al mundo que Portugal era aún una fuerza con la que había que contar. El Acta Colonial afirmaba la unidad y solidaridad de una Portugal consistente en pueblos étnica, económica y administrativamente variados, pero unidos en propósitos e intereses. Esta «mitificación colonial a partir de los valores del pasado y las promesas del futuro» era una creación objetiva, frente a la desunión y a la crisis política de la metrópoli y el sentido de inseguridad generado por los complotos anglo-germánicos enderezados a meter la mano en los territorios, seguidos por las proposiciones de la Liga de las Naciones para controlar las finanzas y, por tanto, también las colonias, mucho más que una reflexión de los senti-

mientos del portugués medio, pero de lo que no hay duda es de su éxito. La idea de la comunidad lusitana, nacida en Lisboa, se estableció pronto en la arena internacional e hizo sentir su influencia en toda la legislación colonial posterior.

Pero el punto más importante a tener en cuenta cuando se considera este fenómeno, es que, de hecho, nos las estamos viendo ni más ni menos que con una institución colonialista e imperialista en la cual la fuerza política es directamente dirigida hacia las ganancias económicas por parte de la «madre patria». En ningún caso se ve mejor ilustrado esto que en el caso del algodón y de la industria textil. En 1925 se estimó oficialmente que las necesidades anuales de Portugal de algodón en bruto era aproximadamente de 17 000 toneladas, de las cuales 800 toneladas provenían de Mozambique y de Angola. En 1926 el gobierno portugués decidió establecer el algodón como cultivo de los campesinos africanos, mediante un régimen de cultivo forzado. Esto se hizo otorgándole el monopolio de compra a las compañías concesionarias a las que se hizo responsables del desarrollo algodonero —a partir del algodón cultivado por los africanos dentro del área de sus concesiones— teniendo el derecho de ad-

quirir y procesar todo el algodón producido. El algodón se transformó de ese modo en un cultivo obligado para los africanos que vivían en áreas designadas como productoras de algodón —una regulación aplicada rigurosamente por los funcionarios administrativos locales, una regulación en detrimento de los propios cultivos de subsistencia de los campesinos—.

Un sistema de control de precios, cuotas obligatorias de suministro a Portugal y restricciones de la producción textil local, aseguraron a Portugal un suministro de algodón en bruto a precios que significaban una ventaja para su industria textil en el mercado mundial. Al mismo tiempo, las colonias suministraban un mercado seguro para una gran parte de la producción total de la industria. Para Portugal el esquema era altamente exitoso: en 1960 recibió 87% de sus necesidades de algodón en bruto de las colonias y se colocó en el número doce entre los productores europeos de hilo y tejido de algodón, con una industria compuesta de 419 fábricas que emplean un total de 70 000 trabajadores. En 1963 los productos de algodón significaron un ingreso por exportación de 1 500 millones de escudos (\$52,5 millones), alrededor de un octavo de sus exportaciones

conocidas. Por tanto, el crecimiento de una de las más importantes industrias de Portugal puede ser descrito diciendo que se trata de una política de explotación colonial en la cual el cultivo forzoso es parte esencial.

TRABAJO FORZADO

La ventaja de la solución del «nuevo estado» era que esta explotación podía ser llevada a cabo bajo la cobertura de una teoría basada en el supuesto bienestar de los pueblos colonizados —la teoría de que la política de ultramar estaba destinada a lograr la integración tanto social como económica del África portuguesa mediante la «asimilación»—. Este es el tronco del sistema de categorías «indígenas» y «no-indígenas», el cual, «en un período de treinta años, cambió el status legal de menos de la mitad de 1% del pueblo africano». El concepto más fundamental de la política laboral del nuevo estado era la obligación de los africanos a trabajar:

«El estado debe esforzarse en enseñar a los nativos que el trabajo es un elemento indispensable de progreso.» «Si queremos civilizar a los nativos, debemos hacer que adopten, como un precepto moral elemental, la noción de que no tienen derecho a vivir sin trabajar.»

Esta política laboral está incorporada en el artículo 146 de la constitución, que dice: «El estado no puede forzar a la población indígena a trabajar excepto en obras públicas o en la ejecución de sentencias penales o para llevar a cabo una obligación fiscal.» Las excepciones son tan generales que en realidad esto suministra todavía una base legal para la práctica del trabajo forzado. Las categorías de «indígena» y de «no-indígena», hacen que en la práctica, como se ha visto, la teoría de la asimilación sea una cosa sin sentido.

En 1951 las colonias fueron transformados de repente en «provincias de ultramar» —un paso más hacia la «integración»—. También durante la década de 1950, el primer Plan de Desarrollo 1953-1958, comenzó a establecer la infraestructura vital de represas, comunicaciones, puertos, etc., esencial a cualquier explotación económica en gran escala, y al aliento de una más activa inmigración de blancos. Pero Salazar no estaba aún interesado en la introducción de capitales extranjeros.

En teoría, sin embargo, el énfasis estaba puesto todavía en la importancia del predominio de los intereses portugueses, pero en la práctica Portugal nunca tuvo y jamás podría tener el capital para explotar plenamente,

como ella quisiera, los recursos naturales de los territorios. Por otra parte, muy pronto resultó obvio que con el crecimiento de los movimientos anticoloniales en todas partes de África, Portugal iba a necesitar ayuda para mantener y consolidar su posición. Al mismo tiempo, los desarrollos en el campo del capital internacional influían en la situación. Completada la reconstrucción de posguerra y con una Europa libre de la «amenaza» comunista, el capital norteamericano concentró su atención en cualquier otra parte. El estallido subsecuente de las guerras de liberación actuó como un catalizador, añadiendo peso tanto a las implicaciones políticas como a las financieras de la nueva política de «puerta abierta» que Portugal estaba a punto de adoptar. En 1969, **Die Zeit** reportaba: «En una suerte de pánico de último minuto, en los últimos meses Portugal ha abierto de par en par sus puertas, hasta ahora herméticamente cerradas, a las inversiones extranjeras. La razón de este cambio de política es... la convicción de que Portugal perderá inevitablemente la lucha que comienza ahora por su imperio colonial si no puede a tiempo ganar aliados poderosos en la lucha... En esta peligrosa situación, Salazar ha cambiado radicalmente su política económica. Sin mucho

ruido, incluso con un mínimo de publicidad, él ha dispuesto las cosas en el aspecto económico, para internacionalizar su imperio en la mayor medida posible. Es en particular a los norteamericanos, a los alemanes y a los japoneses a los que se le ha pedido cooperación para el desarrollo industrial de las posesiones subdesarrolladas de Portugal en África y Asia». Hoy, esta política parece querer asegurar los resultados intentados: «...Últimamente se ha tomado creciente conciencia de que las inversiones de capital extranjero en África portuguesa tienen su efecto en las actitudes de los gobiernos extranjeros hacia las rebeliones nacionalistas.»

Por tanto, la legislación de la década de 1960 aceptaba lo inevitable y abría completamente las colonias, y daba además generosos incentivos a los inversionistas. Éstos obtenían exenciones de impuestos por diez años, garantías para la repatriación de capital, dividendos y ganancias (mejor garantizados que a los inversionistas de la metrópoli) y franquicias sobre fábricas y materias primas.

Las colonias se están volviendo más y más importantes para la estabilidad de la economía portuguesa, incluso a pesar del costo de las guerras, y están siendo

arrastradas cada vez más al regazo de Lisboa. En el período 1965-67, las importaciones de los territorios de ultramar a Portugal aumentaron en 14%, y sus exportaciones en 20%. En 1961 el ingreso per cápita en Portugal era de \$250 anuales. En 1965 había subido a \$420, todavía uno de los más bajos de Europa, pero una tasa de crecimiento increíble. Esto coincidió con una gran entrada de capital extranjero a la economía portuguesa, pero es también directamente atribuible a la retención de las colonias por parte de Portugal.

UN DEFICIT PERPETUO EN EL INTERCAMBIO COMERCIAL

Portugal ha cosechado otros beneficios, más complejos, de su posesión de las colonias. Éstas tienen un déficit perpetuo en el intercambio con Portugal, y esta última compra muchas de sus importaciones de las colonias a precios que están por debajo del nivel mundial. Este excedente es, para Portugal, una contribución importante a su propia posición comercial —en tanto Portugal tiene un balanza comercial crónicamente desfavorable con el resto del mundo—. Pese a esto, el hecho de que haya siempre un excedente en la balanza de pagos, se debe parcialmente a los ingresos invisibles provenientes del turismo y a los envíos de

166 emigrantes a otros países, pero también a los excedentes de los territorios. En 1968 la balanza de pagos internacional en la zona del escudo tuvo un excedente de 4115 millones de escudos (\$144 millones aproximadamente); los territorios de ultramar juntos contribuyeron con 2241 millones de escudos (\$78 millones aproximadamente), más de la mitad. Estos millones provienen principalmente de las exportaciones de mineral y de las ganancias de las inversiones comerciales. Los planes para la completa integración de los territorios de ultramar contemplaban el establecimiento, para 1972, de un área de libre comercio entre Portugal y los territorios, y el libre movimiento de capital y de personas. Pese a que han sido abolidas varias barreras aduanales, esto opera todavía en ventaja de Portugal, cuyos artículos tienen un mercado libre en los territorios, a menudo en desventaja de las industrias locales. No se ha hecho nada para liberar los controles corrientes de intercambio que restringen el comercio de los territorios. No hay movimiento libre de capital —en los territorios, el escudo no es libremente convertible en el de la metrópoli, pese a que los territorios están considerados partes de la zona escudo a los efectos de las

balanzas de pagos—. Por otra parte, a pesar de que los excedentes de los territorios se producen a partir del intercambio con países extranjeros (y por tanto se trata de moneda dura —el café de Angola va a Norteamérica, el hierro a Japón y a Alemania occidental, el petróleo de Mozambique y de Angola, a Norteamérica; África del Sur hace sus pagos por mano de obra inmigrante en oro—), **los territorios no tienen control sobre las ganancias de su propio intercambio con el extranjero.**

Los pagos interterritorios dentro de la zona escudo son liquidados a través de un intercambio central que es el banco de Portugal, en Lisboa, donde las acciones de cada territorio se guardan en fondos de reserva separados. Todas las cuentas son liquidadas en escudos y de ese modo el oro neto y el ganado por los territorios en el intercambio extranjero beneficia a la cuenta de Portugal. El concepto portugués de «integración económica» significa por tanto que los diamantes producidos en Angola son vendidos por la Diamang a Portugal, que los vende en el mercado internacional y obtiene el beneficio del intercambio extranjero. Despojados de estas ganancias del intercambio extranjero y de sus beneficios, los territorios a su vez tienen que obtener prés-

tamos de la Diamang, que los suministra en escudos. En 1967, Mozambique tenía una balanza de pagos con países extranjeros de 923 millones de escudos (\$32 millones aproximadamente), un déficit en la balanza de pagos de 333 millones de escudos (\$12 millones aproximadamente) con Portugal, y todavía tenía que obtener un préstamo de 150 millones de escudos (5¼ millones) del Fondo Monetario de la Zona Escudo para facilitar sus pagos a Portugal.

Con la afluencia de inversiones extranjeras a las colonias en los últimos años, mayormente concentradas en sectores altamente lucrativos de la exportación petrolera, de minerales y de unos pocos renglones agrícolas, la **raison d'être** económica de la política de Portugal no es difícil de descubrir. Apartándose de su ruta anterior, Portugal está haciendo ahora todos los esfuerzos posibles por alentar al capital extranjero. En setiembre de 1969 se creó la Corporación Financiera Portuguesa para promover operaciones financieras e inversiones, especialmente aquellas que suponen relaciones con países extranjeros. Su capital inicial de \$300 millones procede del gobierno portugués y de los territorios de ultramar y también de «algunas instituciones crediticias y bancarias» de Portugal, es-

tas últimas vinculadas a los monopolios internacionales de capital hasta el grado de ser meramente subsidiarias de los combinados financieros europeos y norteamericanos.

Un vistazo al llamado Tercer Plan de Desarrollo Nacional revela una tendencia similar. Originalmente se contemplaba que las fuentes «nacionales» suministrarían 64% del total, incluyendo 15% del gobierno portugués y casi 20% de los gobiernos territoriales. En el programa de 1969, sin embargo, el financiamiento del gobierno central ha caído a 6,5% y el de los gobiernos territoriales a menos de 10% del total. Comparado con 1968, se esperaba que el financiamiento externo subiera de 2 768,7 millones de escudos (\$97 millones aproximadamente) a 4 170 millones de escudos (\$145 millones aproximadamente). Por otra parte, si el plan de desarrollo transicional se atiende a algo, los desembolsos gubernamentales no alcanzarán ni siquiera esta meta. En Mozambique, por ejemplo, sólo 29,3% de los estimados fueron realmente invertidos. De esto, más de la mitad se invirtió en trasportación y comunicaciones (presumiblemente, inversiones hechas para la guerra), o sea, 40% lo programado originó mientras que 25% de lo programa-

168 mado originalmente se gastó en salubridad, educación y bienestar social.

LA METROPOLI HOY

Todos estos desarrollos no son apenas sorprendentes cuando uno considera que en la propia Portugal, que es ahora virtualmente una colonia del capital occidental, ha estado ocurriendo lo mismo.

El control extranjero permea todos los grandes sectores de la economía excepto la agricultura (e incluso aquí hay ahora una presión resultante del aliento que se le ha dado a la colonización por parte de agricultores de Europa occidental y con la venta de grandes extensiones de tierra). Los bancos más importantes —tales como el Banco Nacional Ultramarino, el Banco Portugués del Atlántico, el Banco Burnay, el Banco Espíritu Santo, el Banco Borges e Irmão— están dominados por capital extranjero, que, a través de ellos, controla las más importantes actividades económicas nacionales.

Las minas de hierro de Moncorvo, las más importantes del país, son propiedad del consorcio alemán del acero, Vereinigte Stahlwerke. Las sesenta minas de uranio más importantes son propiedades británicas y norteamericanas —y Portugal es uno de

los más importantes proveedores mundiales de uranio—. Otros minerales menos importantes, como el estaño, el molibdeno, el cobre y el manganeso, están todos controlados por intereses extranjeros. En otras palabras, la casi totalidad de los recursos naturales del país está controlada por el capital extranjero. E igualmente las industrias de servicio: la producción y distribución de electricidad está dominada por la SOFINA (Estados Unidos), el transporte urbano y la distribución de agua por compañías británicas, lo mismo que las comunicaciones radiotelefónicas internacionales.

Así, la invasión financiera de las colonias es una extensión natural de la situación existente en Portugal, pero África del Sur también suministra un camino a través del cual el capital monopolista, que está profundamente enraizado allí, puede encontrar acceso a las colonias portuguesas. La mano de obra que requieren las minas de África del Sur, condujeron desde temprano a la formación de importantes vinculaciones económicas entre África del Sur y Mozambique. A partir del acuerdo Witwatersrand en 1903, África del Sur ha recibido regularmente suministro de mano de obra inmigrante barata de Mozambique a cambio del uso creciente, en base a

acuerdos, del puerto de Lourenço Marques y de pagos de contado en moneda dura que han significado una contribución importante a los ingresos del gobierno portugués de Mozambique. Hasta una fecha comparativamente reciente, los gobiernos de los dos países hicieron poco caso de la interdependencia de los dos países; las viejas rivalidades coloniales y las diferencias teóricas entre las dos políticas raciales, entroncados con el tradicional desprecio surafricano por los portugueses, desalentaban la extensión de estos vínculos en otros sectores de la economía.

La expansión de las actividades del capital internacional en África del Sur ha sido probablemente una influencia importante operando detrás del reciente incremento de las operaciones económicas de África del Sur en Angola y Mozambique, pero la amenaza planteada por las guerras de liberación ha sido mayormente responsable del cambio de las actitudes diplomáticas. A partir de este peligro, los surafricanos «vinieron pronto a descubrir que sus políticas no eran tan diferentes, después de todo, de las de los portugueses, y el descubrimiento de que todos ellos comparten un concepto de supremacía blanca, llámese asimilación o **apartheid**, llevó a los

gobierno del sur de África a caer en un status de armonía». Esta «armonía» ha sido, desde entonces, considerablemente fortalecida. Como dijo el Ministerio de Relaciones Exteriores de África del Sur en abril de 1969: «Somos países muy amigos y estamos perfectamente identificados los unos con los otros como defensores de la civilización en África. Tenemos una misión común que desempeñar y la estamos desempeñando. Nosotros los surafricanos, gobiernos y pueblos, respetamos y admiramos a los portugueses, y estamos completamente concientes de que, al enfrentar y derrotar al terrorismo, los portugueses están rindiendo un servicio inestimable a occidente y a la humanidad misma.» En el nivel militar, la asistencia de África del Sur —financiera, en materiales y en hombres— es bien conocida. Su participación en la industria minera de Angola y en la agricultura y los trasportes de Mozambique ha sido mencionada antes. Para fortalecer y hacer más estrechas las relaciones comerciales entre Angola, Mozambique y África del Sur, se creó en 1965 el Banco de Lisboa y África del Sur de lo que resultó que, en unos pocos años, África del Sur sustituyó a Gran Bretaña como el más importante socio comercial de Mozambique, después de Portu-

gal. Sin embargo, la culminación de esta colaboración entre los regímenes racistas y el capital internacional, será conseguida por los dos grandes proyectos hidroeléctricos para Angola y Mozambique: el Cunene y el Cabora Bassa.

LA COLABORACION PORTUGUESA-SURAFRICANA

Las ventajas estratégicas de la colaboración portuguesa-surafricana no son en absoluto unilaterales. Además de su enorme ejército, Portugal hace una importante contribución a esta alianza —petróleo. Pese a los esfuerzos extensivos, no se ha descubierto ningún importante yacimiento de petróleo en la propia África del Sur, pero en Cabinda sola, Portugal está produciendo ahora 7,5 millones de toneladas de petróleo cada año. Habida cuenta que sus necesidades son solamente de 3 175 millones de toneladas, le queda un excedente significativo que podía ser exportado a África del Sur. Como dijo el **Financial Times**: «...el hecho de que Cabinda podría, en caso de sanción y bloqueo por parte de las Naciones Unidas, suministrar las necesidades de la mayor parte del sur de África... es un factor nuevo e importante de la ecuación internacional.»

Las consideraciones estratégicas han jugado también su papel en el reacercamiento entre Portugal y el resto de Europa occidental. En los últimos años, casi todas las declaraciones sobre política exterior del gobierno portugués, han enfatizado la importancia de Angola y de Mozambique en el aseguramiento, por parte de occidente, del control del Atlántico, desde la costa occidental de África, y sobre el océano Índico, desde la costa oriental. Tales pronunciamientos han estado inevitablemente acompañados de demandas para que el área de la OTAN se extienda a las colonias, una petición que, en la práctica, ha sido cumplimentada desde hace tiempo. El éxito relativo de Portugal en esta línea, está estrechamente vinculado a la política económica de «puertas abiertas». Es difícil que sea coincidencia el hecho de que, aparte del «aliado más viejo», los dos países con intereses financieros más importantes en Portugal y en las colonias sean aquellos que han probado ser los más firmes y seguros en las guerras coloniales: Estados Unidos y Alemania occidental.

La guerra no ha creado solamente una necesidad política a Portugal de buscar aliados, sino que ha causado un drenaje tal de sus recursos financieros, que

se le ha hecho cuestión imperativa buscar créditos extranjeros para compensar sus gastos militares. En 1967, el excedente de la balanza de pagos de Portugal de 3 641 millones de escudos (\$127 millones) se debió en parte a su excedente estimado de capital, con movimientos a medio y largo plazo, principalmente créditos para importaciones y préstamos financieros. Para dar unos pocos ejemplos de este reciente flujo de capital extranjero a Portugal: en los tres años 1965-1967, los préstamos a los sectores públicos solos, totalizaron \$4 120 millones, incluyendo: \$345 millones de bancos norteamericanos; \$984 millones para el puente sobre el Tagus; \$1 044 millones en préstamos externos (en dólares norteamericanos); \$135 millones provenientes de la firma Siemens-Kreditanstalt, para servicios telegráficos y postales; \$851 millones en créditos para astilleros.

En 1969, Marcelo Caetano admitió la conexión estrecha existente entre las guerras coloniales y las finanzas internacionales: «Todos los esfuerzos militares de ultramar han estado y continuarán estando apoyados en los ingresos ordinarios que antes se habían estado utilizando para invertir en el desarrollo. Ahora tenemos que hacernos cargo de muchos de estos gastos con di-

nero obtenido en préstamos.» De aquí el Decreto Ley 47 296 del 31 de octubre de 1966, que autoriza al ministro de Finanzas a suscribir préstamos internos y externos para financiar los planes de desarrollo.

La naturaleza de la élite portuguesa gobernante y sus relaciones con el capital internacional ayuda a explicar la velocidad con la que el cambio de política de 1961 pudo surtir efecto. La propiedad de la tierra y de la industria en Portugal está concentrada en manos de unas pocas familias que, protegidas por la iglesia católica y por el ejército, han podido ejercer un dominio completo sobre la economía del país. La carencia de capital doméstico ha hecho que los miembros de este grupo no se hayan negado a establecer vinculaciones con las compañías extranjeras; pero el temor de que el capital extranjero pudiera barrerlos y usurpar el control sobre la economía, ha hecho al mismo tiempo que parte del grupo apoye fuertemente la política restrictiva anterior a 1961. Este conflicto estuvo enmascarado durante el apogeo del período salazarista, pero la influencia de los capitalistas que «miraban hacia afuera», dentro del gobierno, puede ser demostrada por el hecho de que incluso en 1958, más de 48

172 exministros y salazaristas, cuatro gobernadores de Angola y cuatro embajadores, ocupaban puestos dirigentes en las más grandes compañías, muchas de las cuales eran extranjeras. Sus contactos económicos y políticos les permitía aprovecharse de la relajación del control oficial.

UN NUEVO CENTRO DE PODER BLANCO

Recientemente los portugueses han estado anunciando planes sobre una inmigración de los blancos a las colonias, asociados con los proyectos de las represas de Cabora Bassa y Cunene. Esto sugiere que ellos intentan crear una potencia blanca teniendo como modelo a África del Sur y a Rodesia.

Teniendo en cuenta los intereses nacionales inmediatos de Portugal, este plan representa un cierto sacrificio en favor de África del Sur, porque Portugal estaría imposibilitada de suministrar apenas una fracción de estos inmigrantes. La emigración total a África en 1965 fue sólo de 14 012 y con su carencia actual de mano de obra, Portugal no puede permitirse dar ese paso, incluso si le fuera posible proveer los incentivos necesarios. Los inmigrantes tienen que ser reclutados obviamente en los países europeos más pobres, con una probable contribución de

África del Sur y de Rodesia. Como quiera que la lealtad de estos inmigrantes será de tipo local, en lugar de mirar hacia el imperio portugués, se volverán naturalmente hacia África del Sur como el protector principal de sus intereses.

Las relaciones recientes entre Portugal y África del Sur, que culminaron en la visita sin precedentes de Voster a Lisboa, indican que a pesar de los inconvenientes, Portugal está intentando optar por la solución surafricana. Esto no es incompatible con sus otras tendencias recientes de buscar relaciones más estrechas con Europa. Ambos movimientos indican que el gobierno de Portugal está siendo obligado a reconocer la realidad de su papel subordinado en el mundo capitalista.

El conflicto aparente entre «Europa» y «África del Sur» es espurio. Gran parte del capital de África del Sur es europeo y muchas de las grandes compañías que tienen intereses en los territorios portugueses operan tanto desde Europa como desde África del Sur. Portugal no está en posición de tratar de decidir a quién le da el control, si a África del Sur o a Europa; la situación es más bien la siguiente: el capital internacional, representado tanto por África del Sur como por las compañías euro-

peas, está ya tomando el control de las colonias portuguesas y buscando la solución de África del Sur como la mejor manera de proteger sus intereses.

LA DESAPARICION DEL CAMINO INTERMEDIO

Debe estar claro que la lucha en las colonias portuguesas no es solamente un problema local: su significación para el mundo no se limita a Portugal. Muchas de las corporaciones que controlan las economías de Norteamérica, Gran Bretaña, Europa y Portugal, están representadas en los territorios de ultramar. Empresas que emplean una gran cantidad de trabajadores en los países metropolitanos, y que suministran los productos comerciales que son tan familiares en la vida cotidiana, por no mencionar los bancos en la esquina de cada calle, se han precipitado a través de la puerta abierta en busca de ganancias.

A estas empresas les interesa ahora que el colonialismo portugués derrote a los movimientos de liberación. A largo plazo, estas empresas se sentirán felices de ver que Portugal hace mutis por el foro de la escena africana, pero la significación de esto no debe ser mal entendida. Lo que se está planeando en este momento es una integración de la economía del sur de África alre-

dedor de África del Sur, en la cual los negocios extranjeros cooperarán de buen grado con el **apartheid** y con los regímenes que se apoyan en colonos blancos, para mantener al pueblo africano subyugado.

El colonialismo arcaico ya apenas puede mantenerse en pie; la meta del bloque reaccionario consiste en sustituirlo por formas de opresión más modernas que se acomoden a la intensiva y creciente explotación que dicta como imperativo el capitalismo moderno.

Así, las líneas están netamente trazadas en el sur de África. De un lado las fuerzas de la reacción —negocios internacionales, Gran Bretaña, Estados Unidos, África del Sur, OTAN, Portugal, etc.—. Del otro, los movimientos de liberación nacional y el apoyo que ellos reciben de las fuerzas progresistas de fuera. No hay compromiso posible en el sur de África: los que como nosotros se oponen a la reacción, debemos tener esto bien presente cuando elaboremos nuestra estrategia para organizar el apoyo a nuestra causa en las metrópolis imperiales.

DECLARACION DE LA CONFERENCIA DE ROMA

1. Una de las características esenciales de la historia de nuestro tiempo es el vigoroso desa-

174 rollo de las luchas de liberación nacional, que en muchos países se ha traducido en la obtención de la independencia y el rescate de la dignidad para cientos de millones de hombres y mujeres, en África y en otras partes. El colonialismo portugués, que se niega a la descolonización y ha desatado y mantiene guerras genocidas contra los pueblos de Angola, Guinea y Mozambique, es manifiestamente un crimen contra la humanidad. Para dominar y explotar los pueblos y las riquezas de Angola, Guinea, Cabo Verde, Mozambique y Sao Tome, ha acudido a todo tipo de acciones represivas. Ha instituido el trabajo forzado, la exportación obligatoria de trabajadores, un sistema de cultivo obligatorio de ciertos renglones agrícolas con el que lucran solamente él y las compañías.

2. Cada vez que estos pueblos han intentado expresar, incluso por medios pacíficos, su rechazo a la brutal explotación que los esclavizaba, el colonialismo portugués ha recurrido a masacres a sangre fría.

3. Esa es la razón por la que, asumiendo a plenitud sus responsabilidades nacionales e históricas, el FRELIMO, EL MPLA y el PAIGC, han conducido a sus pueblos por el único camino por el que pueden lograr su libertad e independencia: las luchas arma-

das de liberación nacional. Al desarrollar la lucha popular victoriosamente, al identificarse a sí mismos con los intereses de sus pueblos, el FRELIMO, el MPLA y el PAIGC han confirmado que son los verdaderos representantes de Mozambique, Angola, Guinea y Cabo Verde. Sus actividades pueden ser apreciadas en la destrucción de las estructuras de dominación, nuevas y tradicionales, y en el establecimiento de un orden social nuevo y popular.

4. Para enfrentar esta situación, los colonialistas de Lisboa están facilitando la penetración de poderosos intereses económicos de las potencias imperialistas para asegurar que estos intereses consideren que su destino está ligado al de la dominación portuguesa. Se convierten de ese modo en defensores de la causa del colonialismo de Portugal, expresándose a través de las políticas de sus gobiernos, y creando así condiciones para un incremento de la internacionalización de la confrontación.

5. La ayuda directa y masiva de la OTAN —por no hablar del apoyo militar y económico que Lisboa recibe de los gobiernos de Estados Unidos, Alemania occidental, Gran Bretaña y Francia— es un factor decisivo en la capacidad de Portugal para continuar su guerra colonial. Los

gobiernos de los estados miembros de la OTAN tienen que desvincularse de este crimen, aislando a Portugal tanto en el nivel político como en el militar, y condenar firmemente esta guerra colonial. Debe ser también subrayado el hecho de que los designios de Portugal son apoyados y fortalecidos por los racistas y por las alianzas coloniales entre Portugal, África del Sur y Rodesia.

6. Pese a la ayuda y colaboración de que disfruta, Portugal no puede controlar la situación; tanto es así, que sus aliados han considerado seriamente el uso de tropas y materiales de África del Sur, en Angola y Mozambique. La lucha de los pueblos de las colonias portuguesas se transforma en este contexto en una contribución vital a la causa de la libertad en África, y a la causa que concierne a toda la humanidad: la independencia nacional y la dignidad humana.

7. Al mismo tiempo, las actividades de las fuerzas democráticas y progresistas para lograr estos objetivos, y en particular el desarrollo del movimiento anticolonialista en Portugal y las otras luchas de liberación en África y en todo el mundo, son un factor importante y necesario para la causa de los pueblos de las colonias portuguesas. Acerca de esto tenemos que de-

clarar que los éxitos ya logrados por los pueblos de Angola, Guinea, Islas de Cabo Verde y Mozambique, al mismo tiempo que un resultado de los esfuerzos y sacrificios de estos pueblos en su fiera lucha, se deben asimismo a la activa solidaridad de los países independientes de África, de los países socialistas, de los países no-alineados, y de las fuerzas democráticas y progresistas de todo el mundo.

8. Por primera vez, delegados de 64 países, representando 177 organizaciones nacionales e internacionales, se han reunido en Europa para estudiar y decidir acerca de los medios de desarrollar la solidaridad política, moral y material con los pueblos combatientes de las colonias portuguesas.

9. Esta solidaridad debe traducirse en acciones urgentes e inmediatas, cuya naturaleza será decidida por la evolución de la situación en cada país y tomando en consideración sus condiciones específicas. Su primera tarea debe ser forzar a Portugal a garantizar una inmediata y total independencia a estos pueblos, que ejercen ya su soberanía sobre grandes áreas del territorio, administrado en Angola por el MPLA, en Guinea por el PAIGC y en Mozambique por el FRELIMO.

10. Para conseguir esto, debemos incrementar el aislamiento de los colonialistas portugueses denunciando el apoyo masivo que reciben de la OTAN en general, y en particular de Estados Unidos, Alemania occidental, Gran Bretaña y Francia. Lo mismo tiene que hacerse con las instituciones económicas y financieras nacionales e internacionales que suministran a Portugal los medios necesarios para continuar su agresión.

11. Debemos también impedir, especialmente a través de la acción de las masas populares, que los países vinculados a la colonialista Portugal, pasen a una nueva fase de intervención armada para remplazar el fracaso de sus estrategias políticas y militares.

12. En conclusión, nuestras actividades tienen que apoyar concretamente los esfuerzos para la liberación y la reconstrucción nacional hechos por el FRELIMO, el MPLA y el PAIGC, a quienes la conferencia considera como el poder efectivo en sus países, en

base a la ley de sus pueblos. Esta nueva situación legal debe ser reconocida internacionalmente.

13. En este décimo aniversario de la declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos a la independencia de los pueblos coloniales, y en el umbral del décimo aniversario del comienzo de la lucha armada nacional de liberación de los pueblos de las colonias portuguesas, la Conferencia de Roma reafirma su solidaridad con los pueblos de Angola, Guinea y las Islas de Cabo Verde, Mozambique y Sao Tome y Príncipe, y llama a todos los países, gobiernos, organizaciones nacionales e internacionales, y a todos los hombres de buena voluntad, a llevar a cabo estas tareas inspiradoras.

¡Los pueblos de las colonias portuguesas vencerán!

¡El colonialismo portugués desaparecera!

Sechaba, vol. 4, no. 8, setiembre de 1970.

**LAS IDEAS
EN CUBA
HUGO
AZCUY**



Hay una frase famosa de E. J. Varona —reiteradamente citada por M. Vitier— que pretendía resumir el espectáculo mezquino de nuestros primeros años de república: «La colonia se nos viene arriba.» Se trataba, realmente, de que la colonia permaneció intacta. Su continuación incólume en el tiempo de la independencia fue resuelta cuando la guerra aún no había concluido, cuando la voluntad de pelea y separatismo seguía firme y el ejército español en jaque.

La gran revolución del 95, hay que decirlo, nació bajo signos prometedores. El balance crítico de un siglo de **verdadera** historia cubana —el XIX— está aún por hacer. Cuando se haga tendremos la comprensión profunda de nuestra excepcionalidad. Cuba alcanzó la expresión ideológica más lúcida y original de este continente a fines del siglo pasado, y, sin embargo, la **gran contienda bélica** que desató «borró» con una rapidez impresionante no sólo todo efecto posible de esa ideología sino, también, su contenido y estilo. La frustración fue temprana y además de liquidar la

posible realización del proyecto martiano, liquidó también al propio Martí. La república, que no era la suya, lo ignoró casi totalmente durante tres décadas y preparó el camino de su interpretación posterior: la de la inermia ideológica.

La centuria pasada es el marco de una lucha progresiva por cristalizar la nación y del regateo vacilante y mezquino de la clase dominante, la burguesía azucarera, por garantizar un **statu quo** que no podía ser nacional. Para los hacendados cubanos la perspectiva futura no se ubicaba nunca en un desarrollo interno del país; su negocio era producir para exportar. El futuro quedaba, pues, proyectado hacia un orden internacional que los funcionalizaba en un sentido muy definido. Su prosperidad y pujanza se situaba en un contexto de relaciones que no podía ser constreñido por fronteras «patrióticas». La guerra larga, la de los diez años, fue negocio y lección política para los hacendados. Si el liberalismo estaba de moda, y podía asumirse sin peligro de perturbación de la estructura productiva, enhorabuena

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

buena. Después del 78 el autonomismo se encargó de exacerbar su abstractismo y falso universalismo y de ofrecer, con ciertas prevenciones tácticas, una alternativa ideológica inocua para el régimen económico. Quedaba, así, por una parte, la visión profunda y revolucionaria de unos pocos (Martí, Gómez, Maceo) y, por otra, la apariencia de una continuidad de tradición patriótica. Se diría, una vez expulsados los españoles, que el objetivo de la guerra era estrictamente político y que este hecho lo consumaba. Y después: la república vegetal de casi tres décadas. Sencillamente no pasó nada. El ideal revolucionario quedaba como recuerdo individual no confirmado por la memoria oficial.

La nación dormida no comenzó a despertar hasta finales de los años veinte. Pero ya con este lastre. Una vez más la posición revolucionaria fue arrinconada primero y escamoteada después. La mirada profunda y radical de las pocas figuras que resumen lo cimero de la revolución del 30, fue apartada, obnubilada por el medio neocolonial. El rescate de la cultura

nacional, animado en muchos casos por un noble propósito, se emprendía, así, bajo estos tristes auspicios. El orden social vedaba de nuevo el conocimiento de nuestra historia verdadera. Hay una deuda irrenunciable con el grupo de cubanos que entonces emprendió la recuperación de nuestro pasado cultural. Pero ya hoy el reconocimiento tiene que suponer el recuento crítico, porque es posible y la realidad lo exige. Nuestro único bochorno, en todo caso, no puede ser otro que el de no haber hecho prácticamente nada en este sentido, y tener aún que presentarnos en una incómoda y penosa desnudez. Es el caso de **Las ideas y la filosofía en Cuba** de Medardo Vitier, dos obras reunidas en un volumen y así reditadas por el Instituto Cubano del Libro con una nota introductoria que ha motivado la respuesta de Cintio Vitier en **Bohemia**.

La referida nota introductoria mezcla, de modo lamentable, problemas diferentes. Por una parte el propósito del autor y el valor cultural intrínseco de la obra; por otra, la distancia crítica con que tenemos que leer **hoy** un

 NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE

libro como éste. Lo primero justifica su publicación y la de otros muchos libros cubanos que deben ser releídos y estudiados, y aquí hay un propósito encomiable. Lo segundo nos impone explicitar nuestros conceptos críticos sin prevenciones doctrinales ni aspiraciones asépticas que no ayudan a nadie.

Este y otros libros de Vitier han sido una indudable contribución a nuestra formación cultural. La expresión de una dedicación admirable y sostenida, a veces ingrata, por descubrir y mostrar los fundamentos intelectuales de nuestra nacionalidad, casi constantemente controvertida por la realidad neocolonial. A un hombre como él le hubiera bastado con su erudición humanística para medrar en su medio mezquino, sin tener que desenterrar e intentar explicar un pasado que a pocos interesaba. Tal obra es de por sí meritoria.

Tengamos en cuenta que a Vitier le interesa, sobre todo, el fenómeno ideológico-cultural, que es donde ve lo sustancial, lo permanente. Por tanto, hace un rodeo a nuestros más grandes hechos

del siglo: las guerras de independencia. Aquí ve sólo acción, epopeya de las armas, un tema interesante y valioso; pero no el suyo, que es el de las ideas. Aquí se muestra el primer rasgo esencial de su **interpretación** que no compartimos.

Vitier conoce el marxismo (pp. 72, 123, 124, etc.) y en múltiples ocasiones insiste en el carácter concomitante de las ideas (p. 121) con relación al contexto socioeconómico. Pero esta importante valoración se pierde entre sus prevenciones y su concepto de las minorías intelectuales como realizadoras de «todo adelantamiento» (p. 11; la idea recorre todo el libro). De hecho fija su vista en los textos y toma lo escrito en su expresión inmediata. La resultante es una línea continua, siempre igual a sí misma, que recorre todo el siglo.

Nos dice que hay épocas orgánicas y épocas críticas. Estas últimas son las que «... remueven, abaten, cancelan...; todo nuestro siglo XIX forma una época crítica, de pasos lentos, firmes, continuos» (p. 12). Sin embargo,

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

al terminar la lectura nos queda una insatisfacción acerca de lo removido o cancelado.

Vitier capta una incongruencia fundamental para comprender la historia de nuestra ideología: «...la formación cubana se inicia con las normas de una cultura (la europea) que arribaba en el siglo XVIII a un punto de su madurez, mientras que aquí las cosas se distinguían por lo desigual de los aportes raciales, lo incipiente de la vida superior, la falta de coherencia histórica...» (p. 49). Esta observación, sin embargo, queda aislada y sin valor metodológico y teórico. Porque el autor, a pesar de su intención declarada, no logra rebasar el marco estricto de las ideas, y dentro de estos límites no es posible encontrar una respuesta al problema apuntado. El asunto queda obviado como una simple curiosidad. Se continúa con el método y la **concepción** que estaban en el **principio** de la obra: la búsqueda comparativa, el rastreo de los orígenes europeos del pensamiento cubano.

El carácter circular de esta posición epistemológica queda al descubierto en cuanto aparecen las primeras valoraciones políticas. Vitier sustenta una tesis muy difundida en nuestra historiografía: los «gérmenes» de la nacionalidad aparecen con las primeras obras escritas y los intentos de reforma que expresan una voluntad de ruptura con el contexto ideológico anterior a la última década del siglo XVIII. La nación va siendo forjada por los «cubanos prominentes» (p. 73) que producen la remoción del viejo orden intelectual. Eso justifica la importancia que concede a su explicación de la escolástica, con la que comienza su estudio sobre la filosofía en Cuba, y la demolición de la misma a fines del XVIII y comienzos del XIX. La nación resulta prefigurada por Caballero, Varela, Luz y las primeras instituciones reformistas. Hay que tener en cuenta que Vitier, acertadamente, no hace depender el valor de la cultura política cubana de su originalidad. Precisamente lo que pretende es encontrar sus fuentes o equivalencias europeas. Las consecuencias sal-

tan a la vista: sólo pueden distinguirse matices intelectuales según la mayor o menor influencia de una u otra corriente europea de pensamiento; pero las premisas ideológicas del siglo permanecen constantes, son ellas las que lo definen como una época crítica. ¿Cuáles son estas premisas?

Conjuntamente con las ideas en Cuba desde fines del siglo XVIII, Vitier hace una exposición del sentido predominantemente liberal del pensamiento europeo moderno. Selecciona sus aspectos fundamentales y los presenta en su coherencia teórica, como estructura subyacente que no tiene que ser necesariamente conocida para ser profesada. Ante nosotros desfilan estos temas, que después serán develados en el fondo, o la superficie, de los autores estudiados: la razón universal y abstracta, la inferencia deductiva, el derecho natural, el individualismo, el constitucionalismo político, la propiedad, el humanismo. Estos son los elementos unitarios y constantes que definen la ideología cubana del siglo: «La doctrina individua-

lista, que la legislación positiva traduce en régimen de garantías y de derechos humanos estatuidos, se halla, bien sea declarada, o bien implícita, en el P. José Agustín Caballero, en el P. Varela, en Saco, en los conspiradores, en la revolución de Yara (sobre todo en los discursos de sus asambleas), en la propaganda autonomista, en el movimiento que culminó en la guerra de 1895» (p. 91).

El problema metodológico e ideológico de tal interpretación no reside en que sea falsa, muy por el contrario nos parece que, dentro de ciertos límites, la investigación y sus resultados son rigurosos. Pero es parcial y omisa; la historia real, aquélla que, según el propio Vitier, condiciona las ideas, queda marginada de la historia intelectual. Como consecuencia se pierden ciertas distinciones elementales y, también, la posibilidad, incluso, de una evaluación más profunda de algún pensador como José Martí.

Anexionistas, reformistas, autonomistas, independentistas, representan cosas muy distintas.

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

en nuestra historia. Y no remitimos estas diferencias a consideraciones éticas. Precisamente lo contrario, la valoración igualitaria que hace Vitier se da como una reducción eticista de carácter abstracto (pp. 139, 167, etc). Claro que en la historia no hay finales preconcebidos y lo que empieza de una manera puede terminar de una muy distinta. Así, la frustración cubana del 98 rescribió nuestra historia y pocos años después, en la república de los manengues, serían los autonomistas los que le harían algún espacio a los combatientes, pero no era por esto por lo que ellos habían combatido.

La retórica autonomista, con todos los elogios que merezca como tal (p. 157), no le sirvió a Martí para nada, que, en todo caso, si de antecedentes ideológicos se trataba, fijaba su mirada en los hombres de la guerra larga. Y hay que decir, además, que la diferencia entre el 68 y el 95 no consiste en la sola y simple afirmación de que en el primer caso se trataba de un «movimiento aristocrático» y en el segundo de uno de «raigambre

más extendida en las masas» (p. 126). El partido revolucionario cubano representaba el momento de mayor profundidad ideológica y política alcanzada en América Latina; precisamente: la ruptura con el liberalismo y la búsqueda de un camino propio, americano. Pero la **exegética** posterior convirtió a José Martí en el «apóstol de la independencia», en un místico, en resumen: en una figura inocua para la república neocolonial. Vitier se siente obligado a defender a Martí de las **nubes** en que forzosamente lo tienen que ver quienes se mueven en esa interpretación (pp. 178 y ss.) y dice que era «realista» porque se interesaba por las cosas prácticas e inmediatas, y pone como ejemplo su interés por las **cosas** de la industria y la agricultura. Con este enfoque dissociativo no es posible percibir el verdadero realismo de Martí, que no es, por cierto, pragmático ni empírico, que no depende del llamado sentido práctico de las cosas, sino de su comprensión profunda, teórica, de la realidad latinoamericana en su conjunto, del papel del naciente imperialismo yan-

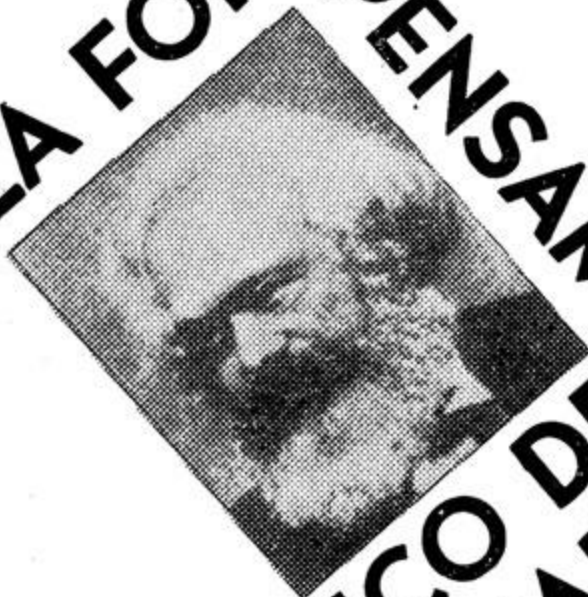
NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE

qui. Este es, sin duda, el momento culminante del pensamiento político cubano de la época.

El estudio de las ideas en Cuba tendrá que hacerse de nuevo, y será inevitable tener en cuenta lo escrito hasta ahora: bien por un propósito crítico, o por necesidad de inventario. Pero esta vez el estudio podrá y tendrá que ser integral, poner al descubierto las

claves de la comprensión de nuestra historia ideológica: sus motivaciones profundas, el porqué de las trasferencias culturales y su significado verdadero. Sólo así podrá cumplirse **hoy** con el justo reclamo de Cintio Vitier de que esta tarea se lleve a cabo «desde posiciones sustentadas con la misma seriedad con que ellos trabajaron».

**LA FORMACION DEL
PENSAMIENTO
ECONOMICO DE
MARX**



ANGEL

HERNANDEZ

I

El libro del economista belga Ernest Mandel,* publicado por primera vez en 1968, forma parte de una polémica, que dura ya varios años, sobre la importancia de las obras del joven Marx en la trayectoria posterior de su pensamiento.

En su fase actual, esta polémica tuvo su inicio a principios de la década del sesenta, y en ella participaron, de una u otra forma, economistas, filósofos y dirigentes políticos, tanto marxistas como no marxistas, de diversos países de Europa y, en menor medida, de Estados Unidos.

Varias obras de Marx fueron constante referencia en el debate: los **Manuscritos económicos y filosóficos de 1844**, publicados por primera vez en el año 1932, que constituyen los resultados de la primera aproximación de Marx a la ciencia de la economía política, cuyo estudio había iniciado en el otoño de 1843.

* Ernest Mandel, **La formación del pensamiento económico de Carlos Marx**, polémica, Ed. Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.

La ideología alemana, escrita en colaboración con Federico Engels en 1845 y publicada íntegramente también en el año 1932, que tuvo como objetivo «despejar el contraste de nuestra opinión con la opinión ideológica de la filosofía alemana, respecto a ponernos en regla con nuestra conciencia filosófica de antaño».¹ Esta obra, conjuntamente con las **Te-sis sobre Feuerbach (1845)**, indica una etapa de cambios decisivos en la formación del pensamiento de Marx, y es precisamente en el **sentido** de estos cambios donde se inscriben los puntos centrales de la polémica.

Miseria de la filosofía, del año 1847, escrita contra Proudhon, que se sitúa en un terreno tal que permite a Marx reconocerla, en 1859, como el texto en el que sus «puntos de vista decisivos han sido expuestos científicamente por primera vez, aunque bajo la forma de una polémica»² (en ella Marx ha encontrado una línea teórica que no sufrirá varia-

¹ C. Marx, **Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política**, Ed. Política, La Habana, 1966, p. 14.

² *Ibid.*, p. 14.

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

ciones fundamentales en lo sucesivo).

Los **Fundamentos de la crítica de la economía política** (Grundrisse), redactados por Marx entre los años 1857-58 y publicados por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú en 1939, y que constituyen los trabajos preparatorios de **El capital**. (Los **Fundamentos**, según algunos autores, es la prueba decisiva de que Marx no abandonó nunca el concepto de enajenación tal y como aparece en sus escritos juveniles.)³

Son estas mismas obras las que han de servir a Mandel, primordialmente, como punto de arranque y apoyo para sus análisis, que empero las trascienden y nos ofrecen valoraciones de casi toda la obra de Marx.

Mandel muestra en forma exhaustiva y bien documentada los puntos teóricos fundamentales —y polémicos— que a su juicio explican la formación y desarrollo del pensamiento económico de Marx. Para ello realiza:

a. Un análisis de la trayectoria del pensamiento de Marx y Engels en sus años juveniles (capítulo 1) que —salvando ciertas características específicas de cada uno— permite advertir a Mandel un desarrollo que sigue los siguientes momentos: «de la crítica de la religión a la crítica de la filosofía; de la crítica de la filosofía a la crítica del estado; de la crítica del estado a la crítica de la sociedad, es decir, de la crítica de la política a la de la economía política, que termi-

³ **El Grundrisse** constituye —para estos autores— algo así como un golpe mortal para aquellos que interpretan el pensamiento de Marx a partir de un rechazo de toda idea referida a una «esencia humana» y, en este sentido, de la idea de hombre enajenado. En él, Marx utiliza, efectivamente, el concepto de **enajenación**, lo que, sin embargo, a mi juicio no valida la opinión de Martín Nicolaus cuando dice: «el lector del **Grundrisse** encontrará una línea de continuidad directa que se remonta a muchas de las ideas de los **Manuscritos** de 1844, y desde la perspectiva del **Grundrisse** no estará muy claro si los manuscritos anteriores eran en efecto un trabajo de filosofía, o si eran sencillamente una fusión de líneas de pensamiento económico y filosófico para lo cual no existe un precedente moderno (...) El **Grundrisse** es el eslabón perdido entre el Marx maduro y el Marx joven». («El Marx desconocido», **Pensamiento Crítico** no. 18-19, p. 211).

 NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE

na en la crítica de la propiedad privada».⁴

b. El señalamiento de los criterios que sigue Marx en los **Manuscritos del 44** y **La ideología alemana** para su fundamentación del comunismo (capítulo 2).

c. Un estudio del desarrollo de conceptos centrales de la teoría económica de Marx, en que trata de aclarar su relación con algunos economistas clásicos. Este estudio abarca varios capítulos: «Del rechazo a la aceptación de la teoría del valor-trabajo» (capítulo 3); «El perfeccionamiento de la teoría del valor, la teoría de la plusvalía y la teoría del dinero» (capítulo 6); «El perfeccionamiento de la teoría de los salarios» (capítulo 9).

d. Algunas consideraciones acerca del intento de Marx de efectuar un «primer análisis general del modo capitalista de producción», entre los años 1846-48 (capítulo 4). En este capítulo se incluye una certera crítica metodológica al sociólogo funcionalista norteamericano Talcot Parsons.

e. Un capítulo sobre un tema de viejas polémicas: «El problema de las crisis periódicas» (capítulo 5) y dos capítulos sobre temas de nuevas polémicas: «Los Grundrisse y su significación en la obra teórica de Marx» (capítulo 7) y «El modo de producción asiático y las premisas históricas del desarrollo del capital» (capítulo 8).

f. Otro capítulo, a mi juicio fundamental en el libro, que adopta la forma de un resumen de las ideas principales: «De los Manuscritos de 1844 a los Grundrisse; de una concepción antropológica a una concepción histórica de la enajenación» (capítulo 10), donde Mandel precisa su posición en relación al debatido concepto de enajenación.

g. Un capítulo final, desprendido lógicamente de toda su argumentación anterior, sobre un tema contemporáneo: «¿Desenajenación progresiva por la construcción de la sociedad socialis-

⁴ Ernest Mandel, **La formación del pensamiento económico de Marx**, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970, p. 7.

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

ta o enajenación inevitable en la "sociedad industrial"?)»

II

¿Qué relación existe entre las obras de juventud de Marx y sus obras de madurez? ¿Se trata de una evolución teórica «continua», que permite hablar de una permanencia de las concepciones del Marx joven en el Marx maduro, o, por el contrario, esta evolución ha sido interrumpida por logros teóricos de tal envergadura que hacen posible hablar de etapas diferentes? Y, de ser cierta esta última alternativa, ¿cuáles serían estos logros teóricos, y cómo entender la relación entre los mismos y la conciencia que Marx tenía de ellos?

De acuerdo con las respuestas que se han dado a estas preguntas es posible distinguir dos posiciones fundamentales.

La primera entiende que no existe diferencia fundamental entre las concepciones de sus obras juveniles y las de sus obras de madurez; bien porque estén pre-

sentes explícitamente algunos conceptos de aquéllas en éstas cual es el caso de la utilización reiterada del término **enajenación** en **El capital**; bien porque estos conceptos se consideran implícitos en ellas, subyaciendo en toda la argumentación o **trasfigurados** como en el caso del fetichismo de la mercancía.

Marx es, en esta interpretación, uno solo. Se parte de una **continuidad** explícita o implícita en el pensamiento de Marx a través de toda su producción teórica. El concepto que sirve de eje a esta continuidad es el concepto de **enajenación**, de **trabajo enajenado**, de hombre enajenado.⁵ La obra de madurez de Marx, sobre

⁵ En la definición del concepto trabajo enajenado, Marx considera los aspectos siguientes:

- a) la relación del obrero con el producto de su trabajo;
- b) la producción como el proceso en donde se efectúa el acto de enajenar, la autoenajenación;
- c) la consecuencia que se desprende: al enajenar el hombre 1) de la naturaleza y 2) del hombre mismo, el trabajo enajenado **enajena la esencia del hombre**. C. Marx, **Manuscritos económicos y filosóficos de 1844**, Ed. Política, La Habana, 1965, pp. 76-77.

todo **El capital**, es vista a través del prisma de las concepciones del trabajo enajenado.⁶

Mandel hace la siguiente distinción dentro de esta primera línea: «los que tratan de negar la diferencia entre los **Manuscritos de 1844** y **El capital**, que encuentran ya en los **Manuscritos de 1844** lo esencial de las tesis de **El capital**», y los que «consideran que el Marx de los **Manuscritos de 1844**, expone de una manera más "global", más "integral", el problema del trabajo enajenado, dando particularmente una dimensión ética, antropológica o hasta filosófica a esta noción y que de este modo oponen a los dos Marx, o "revaloraron" **El capital** a la luz de los **Manuscritos de 1844**».⁷

La segunda considera que entre el Marx de los **Manuscritos del 44** y el Marx de **El capital** existen diferencias sustanciales; «consideran que las concepciones del joven Marx de los **Manuscritos de 1844** acerca del trabajo enajenado no solamente están en contradicción con el análisis económico de **El capital**, sino que inclusive eran un obstáculo que

impidió al joven Marx aceptar la teoría del valor-trabajo. Para los representantes extremistas de esta escuela, el concepto de enajenación es un concepto "premarxista" que Marx tuvo que superar antes de llegar a un análisis científico de la economía capitalista».⁸

⁶ En ocasiones, y partiendo de la consideración del hombre enajenado, tal y como la expone Marx en los **Manuscritos del 44**, como sustrato teórico, se ha llegado a formular una interpretación ética de **El capital**.

⁷ E. Mandel, *op. cit.*, p. 210. Entre los primeros, Mandel sitúa a autores como Erich Fromm, M. Rubel y marxólogos católicos como R. D. Bigo, R. P. Calvez y H. Bartoli. Entre los segundos a Heinrich Popitz, Heinrich Weinstock, Jakob Hommes, Victor Leemans y Herbert Marcuse.

⁸ *Ibid.*, p. 210. Entre los representantes de esta tendencia Mandel señala a Wolfgang Jahn, Auguste Cornu, Emile Bottigelli, Manfred Buhr y Louis Althusser.

De éstos, los más conocidos entre nosotros son Cornu y Althusser, publicados en Cuba en los últimos años. En el caso de Althusser no se trata solamente del hecho de que el concepto enajenación sea o no **premarxista**, sino de que existe un **corte epistemológico** que «divide el pensamiento de Marx en dos grandes períodos esenciales: el período todavía "ideológico" anterior al corte de 1845, y el período "científico" posterior al corte de 1845. Este **corte epistemológico** concierne conjuntamente a **dos disciplinas** teóricas distintas. Es al fundar la teoría de la historia (materialismo histórico)

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

En esta interpretación, se parte de una discontinuidad en el pensamiento de Marx. El concepto de enajenación es señalado como el concepto que en su rechazo, da fe de un cambio fundamental. ¿Cuál es la posición de Mandel en este problema? ¿Qué lo distingue de las posiciones arriba señaladas?

No cabría situarlo, en sentido estricto, en alguna de estas posiciones aún cuando esto no significa que se sitúe al margen de ellas.

Mandel aprecia una discontinuidad en el pensamiento de Marx, pero esta discontinuidad no con-

lleva un abandono del concepto de enajenación y de la concepción que éste implica.

Para él, existe una «**teoría marxista de la enajenación**, que es el desarrollo coherente de la que aparece en **La ideología alemana**, y la superación dialéctica de las contradicciones que hay en los **Manuscritos de 1844**».⁹

Desde este punto de vista, los **Manuscritos** no son sino el texto donde se efectúa una «transición de la primera a la segunda, donde la concepción antropológica sobrevive a veces, sin dejar ya de realizar un avance considerable respecto a la concepción hegeliana».¹⁰

De esta manera, el concepto de trabajo enajenado es visto describiendo la trayectoria del tránsito de lo **antropológico** a lo **histórico**.

III

El paso siguiente sería preguntar: ¿Qué es lo antropológico?

⁹ *Ibid.*, p. 230.

¹⁰ *Ibid.*, p. 208.

cuando Marx, en un solo y mismo movimiento, rompe con su conciencia filosófica anterior y funda una nueva filosofía (materialismo dialéctico)». Louis Althusser, **Por Marx**, Ed. Revolucionaria, La Habana, 1966, p. 22. Puede verse también **Los Manuscritos de 1844**, p. 143. Fernando Martínez, en «Marx y el origen del marxismo» publicado en **Pensamiento Crítico** no. 41, pp. 44-45, señala al respecto: «Pero el camino de Althusser es diferente: al despojarse de la ideología humanista, el descubrimiento de la pertenencia ideológica expresada en la comprensión que cada hombre hace de la vida social es colocado fuera de sus propias reglas, ya para siempre científico como ya para siempre de piedra inmóvil parece la cabeza colocada en el cementerio de Highgate.»

Por la vía de la aproximación, se puede señalar que el término se refiere a una exposición —más o menos sistemática— de determinados conocimientos sobre el hombre; que estos conocimientos, además, implican posiciones filosóficas determinadas. Una concepción antropológica también contiene proposiciones acerca de su forma de entender la relación entre el hombre y la naturaleza, así como del hombre con los demás hombres.

En los **Manuscritos del 44**, trasciende una concepción antropológica en la descripción del hombre enajenado. Ella supone al menos:

1. La existencia real de una **esencia humana**.
2. La posibilidad del hombre de poner fuera de sí —objetivar, enajenar— determinados atributos que le pertenecen (en primera instancia el objeto de su trabajo —enajenación del producto— y también su «actividad vital», que es convertida de **fin** en un simple **medio** para la existencia).
3. Consecuentemente, la pérdida de la esencia humana en la

sociedad y la posibilidad de su encuentro y apropiación en el proceso de una revolución humana.

En esta etapa de la evolución del pensamiento de Marx, aún se deja sentir el peso de la filosofía especulativa alemana y muy especialmente la concepción feuerbachiana del hombre.

Mandel aborda lo antropológico en la obra del joven Marx, a partir de la relación de Marx con la filosofía anterior (Hegel y Feuerbach) y, en segundo término, de la relación de Marx con la economía política y los presupuestos desde los que se efectúa este **encuentro** crítico.

La relación entre Marx y Hegel ha sido objeto de numerosos estudios y discusiones por parte de filósofos y economistas, tanto marxistas como no marxistas. Es, por tanto, un punto extremadamente polémico y sobre el que no existe acuerdo. Para Mandel se trata de que la filosofía del trabajo de Hegel es la que «provee los instrumentos conceptuales con los que Marx efectuará esta primera confrontación con

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

la economía política»¹¹ y de que «la naturaleza mistificadora de esta teoría radica en el hecho de que, por un lado, Hegel considera que esta enajenación se funda en la **naturaleza del hombre**, cuando no en la naturaleza a secas, y por el otro lado, no admite que la contradicción que resulta de la oposición de la riqueza y la pobreza pueda conducir a una eliminación de esa enajenación mediante una transformación de las estructuras de la sociedad, desde el momento en que se llega a cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas».¹²

En cuanto al primer aspecto, hay razones para pensar que la primera confrontación de Marx con la economía política se hace más cerca de Feuerbach que de Hegel, entre otras cosas porque por esta época, Marx había tomado ya una distancia crítica de Hegel que permite entender que aun cuando se haya servido de determinados conceptos de su filosofía del trabajo, sus **presupuestos** —tanto teóricos como metodológicos— no eran en sentido estricto hegelianos. Incluso, Marx indentifica la posición de

Hegel con la de la economía política.¹³ El proyecto crítico de Marx abarcó, como sabemos, tanto a uno como a la otra.

«Para Hegel —dice Marx— la **esencia del hombre** —el hombre— equivale a la **autoconciencia**. Toda enajenación de la esencia humana no es, pues, **sino la enajenación de la autoconciencia**. La enajenación de la autoconciencia no es considerada como expresión de la **verdadera** enajenación del ser humano, su expresión reflejada en el reino del conocimiento y del pensamiento.»¹⁴ En este párrafo Marx se sitúa críticamente ante Hegel, a partir de la verdadera **enajenación**. Los instrumentos conceptuales de esta verdadera **enajenación** no están en Hegel sino en Feuerbach, en forma de una aproximación **crítica**.

¹¹ *Ibid.*, pp. 198-99.

¹² *Ibid.*, pp. 200-01.

¹³ «La posición de Hegel es la de la moderna economía política». C. Marx, **Manuscritos económicos y filosóficos de 1844**, Ed. Política, La Habana, 1965, p. 161.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 162-63.

Todo parece indicar, pues, que la crítica a la filosofía hegeliana es realizada en los **Manuscritos** desde posiciones feuerbachianas; Marx se sirve en los **Manuscritos** de Feuerbach para realizar tanto la crítica de Hegel como la de la economía política.

El entusiasmo de Marx por Feuerbach en esta etapa lo demuestra el siguiente párrafo: «Feuerbach es el único que tiene una actitud **seria, crítica** respecto a la dialéctica hegeliana y el único que ha hecho descubrimientos genuinos en este campo. De hecho es el verdadero superador de la vieja filosofía.»¹⁵

Es después de esta etapa que Marx comenzará su crítica a Feuerbach en el punto central en el que se había unido a él: el concepto de hombre enajenado.

Trasladémonos entonces a los fundamentos teóricos, es decir, al punto de partida de esta crítica de la filosofía y de la economía política efectuada por Marx en los **Manuscritos**.

Mandel cree que el punto de partida de esta crítica no es, en modo alguno, el concepto de tra-

bajo enajenado; sino por el contrario «**la comprobación práctica de la miseria obrera**, que crece en la misma medida en que crecen las riquezas que produce esta misma clase obrera».¹⁶

Yo pienso que se trata de fenómenos de distinta naturaleza. El primero es un hecho de naturaleza ideológica que debe diferenciarse de un enunciado teórico, lo que no significa, por supuesto, una subestimación. Por el contrario, el análisis debe contemplar este presupuesto ideológico como un «elemento interno del desarrollo teórico de Marx»,¹⁷ pero esto no significa oponerlo a otra posición crítica

¹⁵ *Ibid.*, p. 154.

¹⁶ E. Mandel, *op. cit.*, p. 202.

¹⁷ Me parece válida, en este sentido, la crítica que realiza Fernando Martínez: «Creo que es necesario estudiar los presupuestos ideológicos **como un elemento interno** del desarrollo teórico de Marx, por su **función teórica** en el origen y en el trabajo teórico ulterior de Marx, en cuanto participan en la selección de objetos e hipótesis de trabajos teóricos, en la actitud de Marx hacia las teorías ajenas, en su acto de "producción" teórica misma; en cuanto son, en suma, un índice para la comprensión del pensamiento de Marx como un elemento de una realidad histórico-social determinada.» *op. cit.*, p. 45.

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

a partir del «concepto» de trabajo enajenado. En este último caso, el concepto de trabajo enajenado, es algo así como un presupuesto teórico, un concepto a partir del cual se explica, incluso, la propia miseria obrera: «El obrero se hace más pobre mientras mayor riqueza produce, mientras más aumenta su producción en poderío y extensión» (...) «Este hecho expresa sólo que el objeto que produce el trabajo —el producto del trabajo— se le opone como algo **alienado**, como un **poder independiente** del productor.»¹⁸

Mas, «¿cómo podría enfrentar el obrero el producto de su actividad como un extraño, si no fuera que en el momento mismo de la producción se enajena de sí mismo? Después de todo, el producto es el resumen de la actividad, de la producción. Si entonces el producto del trabajo es la alienación, la producción misma debe ser una alienación activa, la alienación de la actividad, la actividad de la alienación».¹⁹

De esta forma, el concepto de trabajo enajenado es el presupuesto desde donde se efectúa

la crítica a la economía política. Esta crítica se realiza aún **desde** la filosofía. En **La ideología alemana**, Marx romperá definitivamente con su conciencia filosófica anterior. A partir de ese momento considerará la filosofía como una de las diversas formas de conciencia social.

El segundo aspecto del planteamiento de Mandel que señalamos en el principio de esta parte tercera, es al menos discutible. No es posible criticar a Hegel el hecho de que no admita «que la contradicción que resulta de la oposición de la riqueza y la pobreza pueda conducir a una eliminación de esa enajenación mediante una transformación de las estructuras de la sociedad, desde el momento en que se llega a cierto nivel de las fuerzas productivas», lo cual es precisamente uno de los más importantes logros teóricos de Marx. Más, cuanto que este argumento del nivel de las fuerzas productivas no aparece aún en los **Manuscritos**. Todavía aquí el comunismo

¹⁸ C. Marx, *Manuscritos...*, op. cit., p. 71.

¹⁹ *Ibid.*, p. 74.

es fundamentado por Marx como una «supresión positiva de la **propiedad privada**, como la apropiación de la vida **humana** es, pues, la supresión positiva de toda enajenación».

El comunismo es, así, la «supresión **positiva** de la **propiedad privada como autoenajenación humana**, y, por consiguiente, como auténtica **apropiación de la esencia humana** por y para el hombre». ²⁰ Nuevamente habrá que buscar en **La ideología alemana**. Es allí que aparecerá el concepto de fuerzas productivas como un elemento a considerar en las formulaciones acerca del comunismo. Sobre esto volveré más adelante.

IV

Pasemos ahora a preguntarnos, ¿qué es la concepción histórica de la enajenación? Mandel propone lo que a su juicio constituye algo así como el mérito de Marx; éste sería haber situado la enajenación en una dimensión histórica. Este tránsito de una concepción antropológica a una concepción histórica de la ena-

jenación se habría producido en los **Manuscritos**, es decir, esta sería una obra de transición donde habrían intervenido supuestos de ambas concepciones. En **La ideología alemana** se expondría entonces de un modo acabado y consecuente el carácter **histórico** de la enajenación.

Ahora bien, ¿cuáles serían los presupuestos de esta concepción histórica?

El paso crítico fue dado por Marx —según Mandel— cuando éste «comenzó a criticar al propio Feuerbach y **apoyándose en Hegel** (subrayado mío) porque el aporte de éste podía añadir a la antropología una dimensión histórico-social que estaba ausente en Feuerbach». ²¹

No es posible detenerme en el punto que se refiere a la relación Hegel-Marx en el momento en que este último —en forma más o menos sistemática— expone su comprensión del fenómeno histórico. Quiero no obstante, señalar, aunque sólo sea de pasada, que no creo que pueda entenderse la

²⁰ *Ibid.*, pp. 107-08.

²¹ E. Mandel, *op. cit.*, pp. 197-98.

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

obra de Marx total ni parcialmente apoyada en Hegel con vistas a añadir a la antropología una dimensión histórico-social.

Me parece, más bien, que **La ideología alemana** es el punto más distante —críticamente hablando— de Hegel, como lo sugieren estas palabras de Marx: «Esta concepción revela que la historia no termina disolviéndose en la "autoconciencia", como el "espíritu del espíritu", sino que en cada uno de sus fases se encuentra un resultado material, una suma de fuerzas de producción, un comportamiento históricamente creado hacia la naturaleza y entre unos y otros individuos, que cada generación trasfiere a la que le sigue, una masa de fuerzas productivas, capitales y circunstancias que, aunque de una parte sean modificados por la nueva generación, dicta a ésta, de otra parte, sus propias condiciones de vida y le imprimen un determinado desarrollo, un carácter especial.» Y más adelante: «Y estas condiciones de vida con que las diferentes generaciones se encuentran al nacer deciden también si las conmociones revolu-

cionarias que periódicamente se repiten en la historia serán o no lo suficientemente fuertes para derrocar la base de todo lo existente. Si no se dan estos elementos materiales de una conmoción total, o sea, de una parte, las fuerzas productivas existentes y, de otra, la formación de una masa revolucionaria que se levante, no sólo en contra de ciertas condiciones de la sociedad anterior, sino en contra de la misma "producción de la vida" vigente hasta ahora, contra la "actividad de conjunto" sobre que descansan, en nada contribuirá a hacer cambiar la marcha práctica de las cosas el que la **idea** de esta conmoción haya sido proclamada ya una o cien veces, como lo demuestra la historia del comunismo.

«Toda la concepción histórica, hasta ahora, ha hecho caso omiso de esta base real de la historia, o la ha considerado simplemente como algo accesorio, que nada tiene que ver con el desarrollo histórico.»²²

²² C. Marx, F. Engels, **La ideología alemana**, Ed. Revolucionaria, La Habana, 1966, pp. 39-40.

En este asombroso párrafo se dan elementos para comprender los fundamentos de la crítica a toda la filosofía alemana anterior —que incluye por supuesto a Hegel— así como los elementos teóricos que pueden fundamentar el comunismo.

Más adelante Mandel expone lo que constituye —según él— los principios de la concepción histórica de la enajenación: «En la sociedad primitiva, el individuo aporta directamente trabajo social. Está armoniosamente integrado a su medio social, mas si parece "plenamente desarrollado", ello sólo se debe a la extrema **exigüidad** de las necesidades de que ha tomado conciencia. En realidad, la pobreza material de la sociedad y la impotencia de los hombres ante las fuerzas de la naturaleza son en ella fuentes de enajenación, sobre todo social (de sus posibilidades **objetivas**), ideológica y religiosa. (Aquí Mandel hace una referencia a Novock y Oiserman, que no reproduzco, pues no modifica en nada el texto.)

«Con los lentos progresos de la productividad social del trabajo

va apareciendo progresivamente un excedente económico que crea las condiciones materiales del cambio, de la división del trabajo y de la producción mercantil. En ésta, el individuo se enajena del trabajo y de su actividad productora, su trabajo se convierte cada vez más en trabajo enajenado. Esta **enajenación económica**, que ahora se suma a la enajenación social, religiosa e **ideológica** es esencialmente el resultado de la división social del trabajo, la producción mercantil y la división de la sociedad en clases.»²³

Según esta concepción de Mandel, Marx habría producido una teoría histórica de la enajenación caracterizada por:

1. El traslado del fenómeno de la enajenación a una dimensión histórica que asumirá como problema el **origen** de la enajenación en las sociedades primitivas. (En éstas se presupone la existencia de un hombre «armoniosamente integrado» con su medio social y natural.)

²³ E. Mandel, *op. cit.*, p. 230-31.

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

2. La utilización de los conceptos **división social del trabajo y producción mercantil**, como conceptos centrales, con los que se piensa el origen de la enajenación. (Se establece un nexo causal entre éstos y el fenómeno de la enajenación.)

Cabría preguntarse, a partir de 1, si **La ideología alemana** es un «desarrollo coherente» de la teoría de la enajenación o por el contrario, si es el resumen de una crítica a la concepción misma de la enajenación.

Pienso que no se trata del empleo o no del término **enajenación**, sino, más bien, de las **premisas** que supone su aceptación. El término **enajenación** remite a una concepción de la «naturaleza humana» fundamentada en una «esencia humana» (perteneciente, por derecho propio, a una antropología), con la que **filosóficamente** rompe Marx a partir de su concepción del hombre como «el conjunto de sus relaciones sociales».

Parece difícil compatibilizar la idea del hombre poseedor de una «naturaleza humana» y la de que

este hombre es el «conjunto de sus relaciones sociales».

Por otra parte, la enajenación puede encontrarse en todos los tiempos, al menos desde las primeras sociedades clasistas hasta las sociedades contemporáneas altamente industrializadas, porque la propia terminología con que se hace explícita —enajenación en el objeto, en el producto, actividad vital enajenada, etc.— permite esta movilidad al concepto, que lo convierte en categoría atemporal.

El problema de la utilización del término **enajenación** por Marx en sus obras de madurez no debe ser planteado como una **vuelta** a las concepciones de sus años juveniles. El sentido con que utiliza el término debe ser considerado, a mi entender, en relación con la **totalidad** conceptual a la que Marx, sin duda, había llegado en los años 1857-58; es decir, que habría que empezar por preguntar si el término «encaja» en esta totalidad conceptual, o, por el contrario, si existen otros conceptos —conceptos de la teoría económica— que han tomado el lugar que ocupaba el término

enajenación, con un consecuente **desplazamiento** teórico; y si no son estos conceptos los que en definitiva le sirven para explicar su objeto de estudio: el modo capitalista de producción.

La característica señalada en 2 nos lleva hacia el planteamiento del **origen** de la enajenación, que en Mandel se da como un resultado de la división social del trabajo y de la producción mercantil.

Esta explicación causalista trata de establecer la existencia de un conjunto de nexos necesarios dados desde los primeros tiempos de las comunidades primitivas.

Una cierta lógica haría pensar que, como la enajenación es producida por la división social del trabajo, suprimiendo ésta se eliminará aquélla; en forma similar, si la enajenación es producida por la propiedad privada, eliminando esta última se eliminará también aquélla; lo mismo podríamos decir para la producción mercantil.

Mandel no nos presenta una solución simplista: «La enajenación no es "suprimida" por un

acontecimiento único, del mismo modo que no aparece de golpe. Decae progresivamente del mismo modo que aparece progresivamente.»²⁴

Así intenta escapar —sin lograrlo— de esta lógica, bien porque se da cuenta de la imposibilidad de suprimir la división social del trabajo, bien porque piensa que la eliminación de la propiedad privada no hace desaparecer, **per se**, todo lo que el término enajenación denota.

En los **Manuscritos**, refiriéndose a la propiedad privada, Marx dice lo siguiente: «Por tanto, la **propiedad privada** resulta del análisis del concepto de **trabajo alienado**, es decir, de **hombre alienado**, de trabajo enajenado, de vida enajenada, de **hombre enajenado**. En verdad —continúa— hemos obtenido el concepto de **trabajo alienado** (o **vida alienada**) como resultado del **movimiento de la propiedad privada**, en la economía política. Pero al analizar este concepto resulta claro que, aunque la propiedad privada parece ser la fuente, la

²⁴ E. Mandel, **op. cit.**, p. 233.

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

causa del trabajo alienado es en realidad su consecuencia.»²⁵

La relación que trata de establecer Marx entre la propiedad privada y el trabajo enajenado ha sido fuente de interpretaciones diversas y numerosos equívocos. Por supuesto, no trato de demostrar la claridad de estos párrafos. Puede ayudar, sin embargo, considerar el hecho de que la crítica de Marx a la economía política es todavía, por esta época, una crítica **filosófica**, y que esta crítica toma como presupuesto el concepto de **trabajo enajenado**. «Así como hemos encontrado el concepto de **propiedad privada** partiendo del concepto de **trabajo enajenado, alienado**, por medio del **análisis**, del mismo modo cada **categoría** de la economía política puede ser desarrollada con la ayuda de estos dos factores.»²⁶ Sabemos que Marx no teorizará sobre la propiedad privada, sino sobre la propiedad privada **burguesa**. Esta delimitación —ajuste de la categoría económica a un modo de producción específico— lo apartará definitivamente, desde **Mi-**

seria de la filosofía, de toda metafísica económica.

De esta ambigüedad en cuanto a la relación entre la propiedad privada y el trabajo enajenado —ambigüedad que tiene su explicación en el papel asignado al concepto de trabajo enajenado— pasamos, en **La ideología alemana**, a una tentativa de explicación sobre otros presupuestos. Los conceptos económicos juegan ya en esta obra un papel decisivo.

El concepto de división social del trabajo —posiblemente traducido de Smith— es un concepto que ocupa un lugar notable en este texto. Le sirve a Marx para pensar en la causa de numerosos males sociales; llega, incluso, a proclamar la necesidad de su supresión.

Aquí podríamos preguntarnos si el concepto de división social del trabajo no sustituye a veces —desde otra concepción del fenómeno histórico— al concepto de trabajo enajenado, toda vez

²⁵ C. Marx, **Manuscritos** . . . , p. 83.

²⁶ **Op. cit.**, p. 85.

 NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE

que ambos le sirven en distintos momentos para dar fe de la miseria y de la situación de los trabajadores en la sociedad capitalista.

Hay, además, una identificación del concepto de división del trabajo con el de propiedad privada: «Por lo demás, división del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice, referido a la esclavitud, lo mismo que el otro referido al producto de ésta.»²⁷

No es posible resolver teóricamente lo enigmático de estas aseveraciones sin tener en cuenta el hecho de que Marx se encuentra aún, en esta etapa, en pleno estudio de la economía política, lo que explica de cierto modo su **forcejeo** teórico: ha roto con su conciencia filosófica anterior sin haber logrado aún una terminología definitiva, que tendrá que asumir —críticamente— de la economía política

En **Miseria de la filosofía**, aparece por primera vez la crítica a la extrahistoricidad de las categorías de la ciencia económica burguesa.²⁸

Esto indica el punto central de la crítica de Marx a la economía burguesa: la forma en que ésta emplea sus categorías, esto es, con una cierta idea de **eternidad** que se halla implícita en los conceptos que utiliza para pensar su objeto.

«Los economistas presentan las relaciones de la producción burguesa —la división del trabajo, el crédito, el dinero, etc.— como categorías fijas, inmutables, **eternas**.»²⁹ Esta forma ahistórica de razonar de la economía burguesa será sustituida en Marx por una forma **«histórica»**. Esto significa delimitar para una totalidad social (modo de producción capitalista) y un momento histórico dado (el presente histórico de ese modo de producción) las categorías que explican su funcionamiento como totalidad, lo que constituye un cambio en la perspectiva desde la que se hace posible teorizar la **historia**:

²⁷ C. Marx, F. Engels, *op. cit.*, pp. 32-33.

²⁸ C. Marx, «Prólogo», *op. cit.*, p. 14.

²⁹ C. Marx, **Miseria de la filosofía**, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, s. f., p. 100.

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

como la sucesión de modos de producción. Para Marx, en lo adelante, todo concepto —incluido el de división social del trabajo —que no exprese su ubicación en el modo de producción capitalista, será sustituido o abandonado. La **historia** estará siempre en **función** de la explicación del presente capitalista.³⁰

A mi juicio la idea de una enajenación **historizada** no encaja en los conceptos económicos que Marx comienza a asumir a partir de **Miseria de la filosofía**.

La idea de historizar la enajenación no es más que una variante que permanece dentro de la aceptación de la idea de enajenación misma y la de una determinada concepción de la historia en Marx que puede provocar una confusión sobre el sentido de la historicidad en éste.

El libro de Mandel, no obstante los señalamientos críticos, no es simplemente una obra más sobre el tema; es un texto que incita a la reflexión y a la confrontación de ideas. Sorprende la copio-

sa bibliografía referida, aunque no siempre haya una relación directa entre ésta y las tesis que Mandel pretende demostrar. Es, en síntesis, uno de esos libros que no pueden pasar desapercibidos para todo aquél que se preocupe por los problemas contemporáneos del pensamiento marxista.

³⁰ Entre las razones que pudieran explicar la concepción de Mandel sobre la idea de la enajenación historizada está, a mi juicio, su concepción sobre el método de Marx. En este punto Mandel es bastante explícito en la Introducción a su libro **Tratado de economía marxista**, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.

En él, Mandel describe lo que a su juicio son los principios metodológicos de Marx: «El método debe ser pues, genético-evolutivo, crítico, materialista y dialéctico. **Genético-evolutivo:** porque el secreto de toda "categoría" no puede ser revelado sin examinar al propio tiempo su origen y evolución, que no es sino el desarrollo de sus contradicciones internas, es decir, la revelación de su propia naturaleza» (p. 9); y más adelante: «En todo caso el examen crítico genético-evolutivo de estas "categorías fundamentales" (no sólo las de "trabajo", "sociedad" y "producto necesario", sino las de "mercancía", "cambio", "dinero" y "capital") nos lleva a la antropología, a la sociología y a la sicología social.» (p. 16).

De esta manera, el método no es puesto en relación con la teoría del modo de producción capitalista, sino en función de una «teoría» de la historia, e, incluso, de una antropología.

autores

Michel Tort

filósofo marxista francés, discípulo de Louis Althusser. Dictó un curso en la universidad de La Habana como profesor invitado a los cursos de verano de 1970.

Patricio Biedma

investigador del Centro de Estudios de la Realidad Nacional, universidad católica, Santiago de Chile.

Casiana Ahumada

directora de la revista argentina **Cristianismo y revolución.**

Wilfred Burchett

periodista australiano conocido por sus numerosos artículos sobre problemas del extremo oriente.

Hugo Axcuy

profesor de filosofía de la universidad de La Habana. Colaborador de nuestra publicación.

Angel Hernández

miembro del departamento de filosofía de la universidad de La Habana. En el no. 11 de nuestra revista aparece su artículo "El problema teoría económica - período de transición" en colaboración con Jorge Gómez.



